
Unos Pocos días de Diciembre
SERIE ESCÁNDALO, SECRETOS Y NOCHES DE PASIÓN, 3
MADISON DAVIS

Unos Pocos días de Diciembre

MADISON DAVIS



©MADISON DAVIS

Título original – Unos pocos días de diciembre

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Una ladrona arrepentida.

Un vizconde marcado por el pasado.

Un deseo que puede cambiarlo todo

Helen Lander ha dedicado su vida a cuidar de unos huérfanos, pero un error la empuja a robar un collar… y a reencontrarse con el único hombre al que nunca pudo perdonar: James Lewellyn, vizconde de Brayden.

Él la ha estado buscando durante una década, consumido por la memoria de la joven que un día dañó y al mismo tiempo lo marcó para siempre. Ella solo quiere proteger a sus niños y mantener intacta la nueva vida que ha construido con tanto esfuerzo. Pero un acuerdo imposible los obliga a fingir que son amantes en una lujosa fiesta navideña.

Entre la nieve y el muérdago, cada gesto se convierte en tentación. La atracción que los une es tan peligrosa como irresistible, y pronto Helen descubrirá que enfrentarse al hombre de su pasado puede ser más difícil que rendirse a él una vez más.

¿Podrá James recuperar su confianza… o esta Navidad solo avivará una pasión imposible de contener?

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1

Londres, 1807

Su sonrisa lo atrajo como un faro en aquella noche húmeda y fría, acercándolo al calor de su presencia. Pero sus amigos lo apartaron de la hermosa mujer que vendía naranjas. La fuerza lo empujó hacia la calle empedrada. Un carruaje se desvió a la izquierda justo a tiempo y evitó que James Lewellyn, vizconde de Brayden, muriera antes de darle a su padre lo único que deseaba: un heredero legítimo.

James se incorporó y volvió a trastabillar sobre los adoquines, cayendo sobre las gastadas botas marrones de la mujer. Quizá no debería haber tomado aquella tercera... ¿o era la cuarta? copa de brandy. Adam y Steven lo sostuvieron de los brazos para enderezarlo.

—¿Está bien, señor? —preguntó ella en voz baja.

No podía tener más de dieciocho años. Sus ojos, grandes y claros, quizá azules a la pálida luz de la luna, lo miraban con inquietud. No era la primera vez que la veía. Siempre que pasaba por esa calle, ella estaba allí, con su cesta de naranjas y una tímida sonrisa para él. Cada vez que la veía, sentía una atracción difícil de explicar. Usualmente lo obsequiaba con una sonrisa radiante, pero ahora el ceño fruncido le surcaba el gesto. Por él.

—Estoy bien —murmuró—. Solo he bebido demasiado brandy esta noche.

Ella frunció sus cejas rubias en muda reprobación. No era la única que desaprobaba su conducta. A menos que llegara completamente sobrio a casa, su padre le impondría una severa reprimenda. Primero el juego, luego la bebida, y tenía una idea bastante clara de lo que sus amigos pretendían a continuación: un comportamiento poco propio del hijo de un conde. Al menos según la opinión de su padre.

James no apartaba la mirada de la joven. Quería saber su nombre, averiguar si el aroma a naranjas venía solo de la fruta o también impregnaba su piel. Sin embargo, otra vez sus amigos lo alejaron, esta vez con más suavidad.

—Buenas noches, bella dama —se despidió mientras lo apartaban.

—Buenas noches, señor —le respondió ella con una voz musical que lo alcanzó aun a distancia.

—No sigas embobado con una mujer que no te dará lo que quieres —masculló Steven, con un ligero balbuceo—. Y no vamos a permitir que te acuestes con una pobre inocente. —Giró la cabeza y les dedicó a ambos una sonrisa socarrona—. Alguno de vosotros debería ganar experiencia.

Después de este incidente Adam y Steven lo condujeron hasta una casa de la calle Kent. Tras una noche muy provechosa en la mesa de juego, habían logrado la tarea —no tan difícil— de emborrachar a James. Quizá sabían que era la única manera de convencerlo para que los acompañara. Él miró la fachada y negó con la cabeza. Cuando un hombre entró en el edificio, el sonido de la alegría estalló en el interior.

—¿Dónde estamos? —preguntó James, aunque intuía el destino.

—Lady Russell tiene a las chicas más limpias de la ciudad —replicó Adam.

Podían afirmar estar limpias, pero lo último que James necesitaba era contraer una enfermedad o, peor aún, engendrar un bastardo. Su padre jamás le perdonaría tal deshonra.

—Debería irme a casa.

Steven soltó una carcajada.

—No te pongas nervioso, James. Todos tenemos que pasar por la primera vez.

Adam secundó la risa.

—Cuesta creer que todavía no hayas...

Pero James, en efecto, no la había tenido. Su padre le había advertido contra las prostitutas que rondaban Eton y la ciudad. Como heredero del condado, James tenía la responsabilidad de llevar una vida limpia, casarse cuando llegara el momento y engendrar su propio heredero. Además, su padre ya había sufrido bastante con la muerte de su esposa en un accidente de carruaje cuando James tenía diez años y su hermana, apenas dos. Intentar cumplir los deseos paternos era lo mínimo que podía hacer. O al menos intentarlo.

—De verdad tengo que irme —insistió.

—Esta vez no —atalayó Adam—. Lady Russell te encontrará a la mujer perfecta.

—No necesito pagar por una mujer —refunfuñó.

—No tendrás que hacerlo —intervino Steven—. Es tu cumpleaños y casi Navidad. Considéralo un regalo de dos viejos amigos.

Pagar por una mujer le parecía perverso y moralmente reprobable. Acababan en ese camino porque no tenían otra salida. No tenían a nadie.

—Solo digo que no creo que sea una buena...

—Es una buena idea. Una idea excelente —lo cortó Steven—. Una de las damas de Lady Russell te enseñará lo que un hombre

debe saber antes de casarse.

James frunció el ceño. Conocía los rudimentos del acto; ¿qué más podía haber que aprender?

—No tengo intención de casarme en unos años. Y aun así...

—Demasiado tarde. Ya hemos llegado —sentenció Adam con una sonrisa.

Subieron a James por las escaleras, abrieron la puerta lacada en negro y lo empujaron al vestíbulo. Casi tropezó y cayó sobre el suelo de mármol ajedrezado. Por suerte, Steven lo sujetó a tiempo.

—Sé un hombre y hazlo —le susurró al oído—. Tu futura esposa te lo agradecerá.

Ahora su amigo sonaba como su padre. James aún no quería una esposa. Solo tenía dieciocho años. Pero al entrar en el salón y echar un vistazo, comprendió que sí deseaba aprender más sobre las relaciones entre hombres y mujeres. Varias paseaban con vestidos diseñados para lucir sus encantos. Lady Russell ofrecía una selección amplia: pelirrojas, rubias y morenas, mujeres de pechos menudos, generosos o intermedios.

Su llegada despertó susurros y risas entre algunas jóvenes, y miradas lascivas entre las mayores. Adam se inclinó y comentó en voz baja algo a una de ellas mientras James permanecía boquiabierto. Los pantalones le apretaron por la erección súbita. Parpadeó para aclararse y se acercó al criado que servía bebidas en una esquina para pedir un brandy.

—No te había visto aquí antes —ronroneó una voz a su espalda.

James se volvió. El vestido de la mujer se abría casi hasta el ombligo y le ofrecía una espléndida vista del valle que formaban sus abundantes pechos. Tomó el brandy y lo apuró de un trago.

—¿Es tu primera vez? —insinuó ella con una sonrisa cómplice —. Espero que me elijas. Me llaman Pearl y me encanta enseñar a los caballeros lo que necesitan saber.

—Gracias, Pearl. Lo tendré en cuenta —respondió con cortesía.

Pidió otra copa con premura y se alejó de la prostituta. Tenía que existir una forma más digna de aprender sobre el sexo que yacer con una mujer que había estado con tantos hombres.

—Vamos, Brayden —lo llamó Steven desde la puerta—. Lo tenemos todo preparado.

James se estremeció. Ya no podía echarse atrás, ¿verdad? ¿Qué pensarían sus amigos? Lo sabía bien: lo tomarían por un cobarde, un muchacho demasiado asustado para convertirse en hombre.

Decidió hacerlo al menos esta vez. Después buscaría alguna manera de ayudar a esas mujeres. Encontraría la forma de reformarlas para que no tuviesen que vender su cuerpo por unas libras.

Mientras seguían a Steven por la escalera, James se fijó por primera vez en el entorno. Cuando sospechó que lo llevaban a un burdel, esperaba un tugurio con mujeres desnudas pavoneándose. No había imaginado una escalera de mármol, la barandilla de nogal burlado, una lámpara de cristal suspendida del techo de dos pisos ni las pinturas, hermosas y abiertamente eróticas, que adornaban las paredes color burdeos.

Steven lo arrastró por el largo pasillo. Murmullos y gemidos llenaban la galería. Oír las voces excitadas y los suspiros de placer aceleró la sangre de James en su rígido miembro. Tal vez su cuerpo anhelaba aquella noche más que su cabeza.

—Sí, Dickie. ¡Oh, sí!

James solo podía imaginar qué le estaría haciendo Dickie a esa mujer para arrancarle semejante respuesta. Quizá aprender unas cuantas cosas antes del matrimonio favorecería tanto a él como a su futura esposa, fuese quien fuese.

—Ven, James. Pronto te tocará —lo arengó Steven, deteniéndose ante la última habitación a la izquierda antes de abrir

la puerta.

James lo siguió a una estancia pequeña, pintada en rojo oscuro y colmada de objetos femeninos. Una gran cama con dosel, cubierta por una colcha de encaje belga blanco, ocupaba casi todo el espacio. En la mesita contigua descansaban frascos de lociones y aceites que perfumaban el aire con aromas exóticos del Lejano Oriente.

—Lady Russell atiende ahora a otro cliente, pero vendrá en unos minutos para ayudarte a elegir a la mujer que mejor te convenga —avisó Steven junto a la puerta—. Diviértete y deja de escuchar la voz de tu padre en tu cabeza. Estoy casi seguro de que incluso él ha visitado un burdel.

James estuvo a punto de reír cuando Steven cerró la puerta tras de sí. Su padre jamás acudiría a una prostituta. Siempre le repetía que controlara sus instintos y se reservara para el matrimonio. Al fin y al cabo, su madre llevaba ocho años muerta y él no se había vuelto a casar ni, que James supiera, había tomado una amante.

Se sentó en el borde de la cama y pensó en qué clase de mujer quería para su primera vez. Cerró los ojos. Le vinieron a la mente imágenes de su pequeña flor de naranjo, como le gustaba llamarla. Quizá, si pedía una joven de cabello rubio, ojos azules y sonrisa angelical, Lady Russell lograría su fantasía. Abrió los ojos y encajó la realidad. Aunque encontraran a una mujer que se pareciera a su flor de naranjo, no olería a fresco y limpio con ese toque punzante de naranja.

Llamaron con rapidez a la puerta. Había llegado el momento. Tocaba enfrentarse a Lady Russell, elegir a una dama y hacerse un hombre. Se incorporó tambaleante y carraspeó.

—Adelante.

La puerta se abrió y entró una mujer de unos treinta y cinco años. Llevaba el rubio oscuro recogido hacia atrás, salvo unos rizos sueltos que enmarcaban, con arte, su rostro ovalado. Mientras lo miraba, su sonrisa impecable parecía helarse.

Él la observó a su vez, preguntándose por qué le resultaba vagamente familiar. Ninguno de los dos se movió. Solo se miraron, como sopesando de qué podían conocerse. Un pequeño reloj en la mesilla marcaba los minutos.

—¿James? —susurró al fin.

¡Esa voz! La conocía. La había oído tantas noches, cuando el miedo lo asaltaba, o cuando ella le cantaba para dormir.

¡No!

No podía ser. Estaba muerta. Debía de ser el brandy, que le nublaba la mente.

—James, ¿eres tú de verdad? —Se acercó despacio y alzó la mano para rozarle la mejilla.

Él se apartó como si aquella caricia le quemara la piel. Se volvió hacia ella y, con el tono más severo que había usado jamás, soltó:

—¿Madre?

Ella parpadeó para contener las lágrimas y apretó los labios. La condena de su hijo la hizo retroceder un paso.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó él—. Claro que lo eres.

James se aferró al poste de la cama como a un salvavidas. Cientos de preguntas chocaban en su cabeza, pero solo una logró salir:

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —Se sentó en el borde de la cama y lo miró—. ¿Por qué os abandoné a ti y a tu hermana? ¿Por qué dejé a vuestro padre? ¿Por qué vine aquí y abrí una casa como esta?

Solo quedaba otra pregunta realmente importante.

—¿Lo sabe mi padre?

Un leve estremecimiento le recorrió el cuerpo.

—Sí —murmuró.

James apretó con más fuerza el poste. Una cosa era que uno de los padres mintiera y engañara a su hijo; otra muy distinta, que ambos se confabularan para traicionarlos. Pero su padre jamás haría algo tan vil. Seguramente acababa de descubrir la verdad sobre el engaño de ella.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Casi desde el día en que me fui.

La ira deshizo su confusión etílica.

—¿Sabía que estabas viva y no hizo nada por salvarte de esta vida?

Ella dejó escapar una risa suave.

—Sé que te cuesta creerlo, pero mi vida ha sido mucho mejor lejos de tu padre que con él.

—¿Cómo puedes decir eso? —Por fin soltó el poste, se plantó frente a ella y esperó a que el mundo dejara de girar—. ¿Por qué no me dijiste que estabas viva?

—No podía, James. Intentaba protegerte.

—¿Protegerme? —prorrumpió—. Quien necesita protección eres tú.

—¿Por qué? —Abrió el brazo para abarcar la estancia—. Mira a tu alrededor. Aquí estoy bastante segura.

—Te ganas la vida… como…

—¿Como qué, James?

—Acostándote con cualquier hombre que te pague.

Ella intentó tomarle la mano, pero él la retiró. Sus delicados hombros se contrajeron.

—Solo me acuesto con los hombres con quienes deseo estar.

—¿Y eso se supone que debe consolarme?

—Supongo que no —replicó. Se puso en pie frente a él, apenas a la altura de sus hombros. No había reparado en lo menuda que era: ojos de azul oscuro que ahora le lanzaban chispas de ira—. No tienes idea de lo que viví con tu padre. Cuando llegue el momento, te lo contaré.

—Entonces cuéntamelo ahora —gruñó.

—No. No es el momento. Estás ebrio y has sufrido un sobresalto demasiado grande. Debes irte a casa y pensar en lo que has descubierto esta noche. Cuando estés listo, te lo explicaré todo.

—¿Se supone que he de irme y aceptar que mi madre, a quien creí muerta, está viva y al frente de una casa de citas?

El rostro de ella palideció.

—Yo no soy una…

—¿Ah, no? Diriges esta casa. Y has dicho que te acuestas con quien te place. Eres una ramera.

Antes de que pudiera volver a negarlo, él salió al pasillo y bajó las escaleras. Al subir, se cruzó con un lacayo que llevaba una botella de brandy de primera en una bandeja de plata. James la cogió y escapó de aquella casa de pesadilla.

Echó a correr por Kent Street hasta desplomarse casi en la entrada lateral de la iglesia de St. George. Se sentó en el escalón de ladrillo, descorchó la botella y dio un trago largo.

Estaba viva.

Tras casi ocho años, estaba viva.

¿Cómo?

¿Cómo había podido mantenerse alejada de ellos todo ese tiempo? ¿No se había preocupado por sus hijos, si no por su marido? Estaba viva. Los últimos ocho años habían sido una farsa y él, un necio por creer todo lo que su padre le contó.

Una prostituta.

Una ramera común.

Su madre no era mejor que una mujerzuela. Y lo peor era que su padre lo sabía desde el principio. Les había mentido a él y a su hermana. Emma ni siquiera la recordaba: tenía dos años cuando la muy… se marchó dos días antes de Navidad. Si alguna vez se descubría que su madre vivía y se ganaba el sustento como cortesana, la reputación de Emma quedaría arruinada.

Emma no debía enterarse jamás.

Una lluvia fría de diciembre le empapaba los pantalones. Encogió las piernas bajo el arco del pórtico y bebió otro trago de la botella robada para espantar el frío. No podía volver a casa borracho y furioso. Antes debía decidir qué decirle a su padre cuando lo encarara.

Jamás se había sentido tan perdido y solo. Ni siquiera cuando murió su madre. Sacudió la cabeza. Pero no estaba muerta. Los había abandonado para venderse a cualquiera. Apoyó la frente en las rodillas.

¿Cómo había podido abandonar a sus hijos? ¿Abandonarlo a él?

La llovizna se volvió aguacero mientras seguía allí, bebiendo. La mente se le nubló mientras veía pasar los carruajes. De pronto, alguien tropezó con sus pies al buscar resguardo.

—Maldita sea —murmuró—. Casi derramas mi brandy.

Parpadeó, tratando de enfocar al pequeño cuerpo acurrucado en la esquina opuesta. El fresco aroma de naranjas lo envolvió. Era ella, su flor de naranjo. La mujer que, en realidad, había deseado aquella noche.

—No parece quedar mucho en la botella —repuso ella, tomándola.

—Sírvete.

—Eso pensaba hacer. —Se llevó la botella a los labios y dio un trago.

James, fascinado, siguió con la mirada la línea esbelta de su cuello cuando echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quién eres?

—Nadie —respondió, y le devolvió la botella—. Gracias. ¿Por qué estás aquí?

Ella soltó una risa leve.

—Por lo mismo que tú, para guarecerme de la lluvia. —Tembló; los dientes le castañearon.

Él le devolvió la botella.

—Bebe.

Ella la aceptó con avidez.

—Gracias otra vez. Ayuda a entrar en calor. —Tomó otro sorbo —. ¿Cómo te llamas?

Él vaciló un instante.

—Jem —dijo, aunque solo Emma lo llamaba así—. ¿Por qué vendías naranjas tan tarde?

—Intentaba acabar con el cesto. Hoy no ha sido un buen día.

—No. Definitivamente no —concedió, mirando la cesta a medio llenar. La temporada navideña nunca era propicia. Todo lo malo parecía ocurrir entonces, al menos para él.

—¿Perdiste mucho en el juego esta noche?

—¿Cómo sabes que he estado jugando? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—¿No es eso lo que hacen la mayoría de los jóvenes? O juegan o buscan compañía.

Quizá no era tan inocente como fingía, pensó él.

—En realidad he ganado una suma respetable —replicó con orgullo—. ¿Qué haces con tu dinero?

—¿Te refieres a la miseria que saco vendiendo naranjas? —apretó los labios—. Solo intento salir adelante.

Él se movió y su hombro rozó el de ella. En el bolsillo del abrigo tintinearon unas monedas.

—¿Y si te compro el resto del lote?

—No acepto caridad. Trabajo para ganar el dinero extra que necesito.

—Vaya, una mujer con escrúpulos —murmuró, acercándose, poco a poco, a su calor—. Me gusta.

—Debería irme a casa —susurró.

—No lo hagas.

Ella volvió el rostro hacia él; apenas los separaban unos centímetros. El impulso de inclinarse hasta rozar sus labios era casi irresistible. ¿Tendrían el dulzor de las naranjas que vendía?

—Toma otro sorbo. —Se apartó lo justo para tenderle la botella.

—Tengo que irme. —Se puso en pie de prisa y recogió su cesta —. Yo…

Él también se levantó.

—Quiero besarte —susurró, arrinconándola entre la piedra y su cuerpo.

—No —musitó ella.

—Necesito a una mujer que no sea como ella —murmuró.

James acercó los labios a los suyos. La atrajo y deslizó la lengua por su boca cuando ella cedió. Un deseo nuevo, abrumador, lo anegó. Necesitaba su consuelo, su suavidad. Cuando alzó la mano para acariciarle el pecho, la oyó jadear.

—No —gritó en voz baja—. Así no.

Pero James estaba demasiado perdido para comprender qué quería decir.

Capítulo 2

Londres, 1817

James cerró la puerta de un portazo y lanzó el sombrero al otro lado de la habitación. ¿Por qué lo irritaba tanto justo esa noche? No era como si no hubiera vivido algo similar en varias ocasiones durante los últimos ocho años. Cruzó hasta la chimenea y extendió las manos hacia el fuego. Desde luego, aquella maldita sala de baile no había ofrecido ningún calor.

Sin embargo, nunca le habían pedido de forma expresa que se marchara de una fiesta. Hasta esa noche.

Se acercó a la pequeña licorera, se sirvió un vaso de whisky y lo apuró de un trago. Volvió a llenarlo antes de dirigirse a una silla. Mientras daba un sorbo, oyó abrirse la puerta y se preguntó si había elegido bien su refugio.

—Dudo mucho que eso te ayude con tu problema —dijo una voz femenina que se aproximaba.

Al pasar junto a su asiento, le revolvió el pelo y se sentó enfrente.

James alzó la copa a modo de saludo y bebió el resto.

—Me está ayudando muchísimo.

—No puedo creer que Lord Cronwell montara semejante espectáculo pidiéndote que te marcharas delante de todos —comentó Lady Russell.

Él hizo una mueca.

—Bueno, si tú ya lo sabes, seguro que toda la alta sociedad se ha enterado.

Su madre soltó una risa suave.

—Eso es exagerar. La mayoría de la alta sociedad está cómodamente instalada en sus fincas, lejos de Londres.

—No todos —susurró, pensando en sus amigos recién casados. Quizá era lo que se merecía, al fin y al cabo. Hacía diez años que había dejado de ser un joven respetable.

—Puedes resolver este asunto con facilidad —dijo su madre, mirándolo con fijeza.

—¿Y cómo voy a arreglar mi reputación a estas alturas? Mi madre, a quien todos creen muerta, está viva y es la propietaria del burdel más popular de Londres; mi padre ha dicho a todo el mundo que ella murió y, según lo último que he oído, he matado a más de veinte personas y seduzco vírgenes inocentes en sus propias camas.

—Nadie sabe nada de mí salvo tú y tu padre. Además —añadió con una risita—, juraría que solo era una virgen, y no en su cama.

—Exacto. Y, la última vez que lo comprobé, solo había matado a cinco, todos empeñados en matarme primero.

Su madre se recostó en el sillón de terciopelo azul y suspiró. Apenas parecía una cortesana con aquel elegante vestido de seda. Incluso diez años después de haberla descubierto, él seguía sin saber si recibía hombres en su dormitorio. Pero daba igual. Ella dirigía la casa y se llevaba su parte de las ganancias de las chicas.

—James, restaurar tu reputación no es tan difícil. Eres hijo de un conde. Eres rico por derecho propio.

James dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—No me interesa el matrimonio.

—¿Por qué no?

—¿De verdad tú me haces esa pregunta? —Giró el vaso vacío entre los dedos hasta que lo soltó con un toque sobre la madera—. Quizá me parezco demasiado a mi madre.

Ella exhaló hondo.

—No dejes que mis errores empañen tu futuro.

—Para eso ya es tarde, madre.

—James, sé que piensas que fui egoísta —dijo en voz baja—. Si hubiera sabido lo que provocaría abandonaros a ti y a Emma, jamás lo habría hecho.

—Lo sé —murmuró él, cerrando los ojos para rehuir el tema. No era la primera vez que ella intentaba explicar sus actos de hacía dieciocho años. Su padre tenía tanta culpa como ella, quizá más. Él declaró su muerte. Él le prohibió volver a la finca o intentar ver a sus hijos. Él la dejó en la indigencia, empujándola a la prostitución.

—Algún día necesitarás un heredero —retomó su madre, volviendo a la cuestión de la respetabilidad—. Y casarte con la mujer adecuada resolvería tus problemas. Basta con un padre que quiera un título para su hija. Creo que la señorita Susan Coddington sería una buena elección. Su padre es barón y he oído que le gustaría verla convertida en vizcondesa.

James cerró los ojos y sopesó sus palabras. Tenía razón, pero él nunca había deseado casarse. El matrimonio exigía confianza y honestidad, y eso era algo que no podría ofrecer a una mujer. Por otra parte, si se casaba solo por respetabilidad, poco importaría. Mientras le diera un heredero y lo devolviera al seno de la alta sociedad, podría guardar sus secretos.

—James, una buena mujer puede mejorar muchísimo tu reputación. La adecuada te vuelve respetable con solo un anillo en su dedo. Pero solo si…

Su voz se apagó mientras miraba fijamente la chimenea.

—¿Si qué?

—Solo si dejas de trabajar para el señor Jensen. Mientras sigas haciendo encargos para él, tu reputación seguirá resintiéndose.

Él exhaló y se preguntó si aquello nacía del deseo de enmendar su nombre o de mantenerlo a salvo. En cualquier caso, daba lo mismo. Mientras trabajara para Jensen, ponía en riesgo su vida y su reputación.

—James, tengo algo para Emma —dijo ella de pronto.

Se acercó a un pequeño cofre sobre el escritorio y sacó un colgante. Los rubíes brillaron con la luz del fuego cuando se lo tendió.

—¿Quieres que se lo dé? —preguntó él.

—Sí, como regalo de Navidad.

—Faltan tres semanas para Navidad —gruñó James.

La Navidad siempre le traía recuerdos amargos.

—Quiero asegurarme de que lo reciba antes de su boda. Dile que lo llevé el día de la mía y que pensaste que le gustaría lucirlo en la suya.

James tomó las piedras y las examinó. Eran de buena calidad, aunque no pudo evitar preguntarse por su origen.

—¿Tengo que decirle que se los has regalado tú?

—Oh, James… —le agarró las manos—. Por favor, hazlo por mí.

Él asintió, rindiéndose ante las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—Le diré que papá los encontró entre tus cosas.

—Dile que tú los hallaste en el ático, por favor.

James sabía muy poco de lo que había empujado a su madre a abandonar a su padre. Cuando, un año después de aquella noche fatídica, volvió a esa casa, ella le contó las infidelidades de su marido. Sabía que su marcha tenía que ver con varias amantes y una hija bastarda.

—Como desees —concedió.

Ella soltó sus manos.

—Prométeme que, al menos, pensarás en lo que te he dicho de tu reputación.

Se levantó para irse, y él la sostuvo con la mirada. Antes incluso de considerar el matrimonio, debía enmendar un error. Encontrar a aquella mujer era lo único que nunca había logrado… hasta ahora.

—Tendré muy en cuenta lo que me has dicho.



James entró en silencio en la casa de Lord Sheraton. Aunque lo habían invitado a las festividades por el bautizo de la hija de Sheraton, solo había una razón para estar allí. El aire helado de diciembre le calaba los huesos, pero la casa estaba templada. Entregó el abrigo al mayordomo y pasó al salón.

Tras un viaje de cinco meses que lo había llevado a Francia, estaba exhausto y harto de los dos papeles que le habían impuesto. Buscó la única razón de su presencia aquella noche. Grace Winslow arqueó una ceja y señaló con un leve gesto el vestíbulo. Esperó a que ella saliera para reunirse después en el despacho de Sheraton.

—Bienvenido de nuevo, James. ¿Cómo fue el viaje? ¿Conseguiste lo que querías?

Lo último de lo que deseaba hablar era de haber perseguido por toda Francia a una espía inglesa.

—Basta, Grace. He esperado cinco meses más para saber su nombre. Lo quiero ahora.

Grace dejó escapar una risa suave.

—Muy bien, cumplo mi promesa. La mujer que buscas es Emily Jones.

James aguardó una chispa de reconocimiento; nada. Un nombre tan común como lo había sido ella. Solo una vendedora de naranjas.

—¿Sabes si sigue viva? Han pasado diez años.

—Sin duda está viva.

Frunció el ceño al ver cómo Grace bajaba la mirada al responder.

—¿Qué me ocultas?

Grace sonrió y le rozó la mejilla con la yema de los dedos.

—¿Por qué iba a ocultarte nada, querido hermano? La mujer que buscas estaba en la sala de la que acabas de salir.

—¿Está aquí? ¿En el salón de Sheraton?

—Sí —confirmó, aún sonriendo.

—Maldita sea, Grace —casi bramó—. ¿Por qué no me lo dijiste allí dentro?

—Precisamente por esa reacción. —Lo sostuvo la mirada un instante.

James fulminó con la vista a su medio hermana. Con su cabello negro azabache y sus ojos grises, no se parecía en nada a él, pero guardaba un leve aire con su hermana Emma. Y había heredado de su padre la obstinación.

Cuando supo de la existencia de Grace, la buscó convencido de encontrarla en la miseria. En cambio, descubrió a una joven hermosa de diecisiete años viviendo en Mayfair con una tía que hacía las veces de tutora. Después supo que su padre pagaba todos sus gastos, con la condición de que jamás revelara su nombre. Dar con Grace, nueve años atrás, había sido una de las pocas cosas buenas que surgieron de su desastre familiar. Aunque a veces —como ahora — le dieran ganas de estrangularla.

—El momento debe ser perfecto —dijo ella en voz baja.

—¿El momento de qué?

—De volver a verla.

—No estamos aquí para que nos emparejes. Lo único que importa es verla y pedirle perdón por mis actos.

Las dotes de médium de Grace la habían convertido en la casamentera predilecta de la alta sociedad. Pocas personas sabían que James la había obligado a intervenir en tres de esos emparejamientos.

—En eso coincidimos —replicó, y se inclinó hacia él—. Vosotros dos seríais un desastre juntos.

James ignoró el comentario y sacó del bolsillo un collar de rubíes. Lo balanceó en la mano hasta que Grace se lo quitó con rapidez. Solo lo había llevado para sonsacarle más información.

—Es precioso —murmuró, admirándolo.

—Sí. A Emma le encantará.

Grace apretó el collar entre las manos.

—Es de Lady Russell, ¿verdad?

—Sí —asintió—. Un regalo de Navidad para que Emma lo luzca el día de su boda.

—Es muy antiguo. Podría haber pertenecido también a tu abuela.

—Eso esperaba: una reliquia familiar, no una baratija comprada con las ganancias del burdel.

Grace abrió las manos y lo miró con una sombra de tristeza.

—Pero nunca sabrá que era de su madre, así que carece del valor sentimental que debería.

—Le diré que su madre lo llevó el día de su boda. Le bastará.

—Si tú lo dices. —Le devolvió el collar—. No lo pierdas antes de Navidad.

James ladeó la cabeza.

—¿De verdad crees que permitiría que le pasara algo?

—Por supuesto que no.

—Tengo que ir a buscar a Emily Jones —anunció, dirigiéndose a la puerta.

—James, sé amable con ella —pidió Grace en un susurro—. Ha pasado por mucho.

Él soltó el aire. Sabiendo que parte de ese dolor era responsabilidad suya, asintió.

—Está bien.

Salió del despacho y regresó al salón. Como había sido vendedora de naranjas, supuso que habría entrado al servicio. Había lacayos alineados en la sala, pero ninguna doncella a la vista. Tal vez se le había escapado.

A medida que pasaban los minutos, conversó con Sheraton, aunque sus ojos seguían cada entrada de un criado. Ninguna mujer coincidía con la descripción que llevaba diez años clavada en su memoria: menuda, rubia, de ojos azules.

La frustración creció al sospechar que Grace le había mentido otra vez. Se apartó para acudir junto a Lady Sheraton. La encontró sentada en el sofá con su hija, Isabel, en brazos.

—Brayden, ven a sentarte conmigo —lo invitó con una sonrisa amable.

Aquel matrimonio y la maternidad le sentaban bien, decidió él.

—¿Cómo se encuentra, Lady Sheraton?

—Muy bien. ¿Quiere sostenerla?

No era un hombre que se derritiera con los niños, menos aún con los bebés, pero algo lo empujó a aceptar. Ella le colocó a la

pequeña, inquieta, en los brazos y le mostró cómo sujetarle el cuello. Cuando él la miró, la niña gorjeó y le dedicó una sonrisa desdentada.

—Tiene un don natural —comentó—. A Banning le costó varios días sentirse cómodo teniéndola en brazos.

James sonrió con sorna.

—Sheraton jamás aprendió a tratar a una dama.

—¿Ah, no? —replicó una voz grave.

James alzó la vista y encontró a Sheraton mirándolo con recelo.

—Es cierto.

Sheraton se inclinó y tomó a su hija de los brazos de James.

—Creo que debería advertirle que mantenga las manos alejadas de mi hija.

Lady Sheraton rió quedo.

—Creo que incluso a Brayden le gustan un poco más mayores que Isabel, Banning.

—Prefiero que puedan caminar —ironizó James—. ¿Ha visto a la señorita Winslow?

—¿A Grace? —preguntó Lady Sheraton—. No. La vi salir y no ha vuelto. A diferencia de usted. ¿Necesita algo de ella?

—No.

Se contuvo para no poner los ojos en blanco. El tono de la amiga insinuaba otras cosas. Obviamente, Grace no había revelado a nadie su parentesco. Justo lo que su padre quería.

Debía de haberse escabullido sin que él la viera. Y, sin más pistas sobre quién podría ser esa Emily Jones, lo sensato sería marcharse. Su estómago rugió. Tal vez no aún.

Encontró a Lord Lymington junto a la mesa de refrescos.

—Buenas noches, Lymington.

—Te perdiste un bautizo precioso, Brayden.

—No creí que la iglesia sobreviviera a mi entrada.

Lymington soltó una risita.

—Probablemente no. Me enteré del incidente en el baile de Lord Cronwell anoche. Espero que sus groserías no te mantengan alejado de la sociedad.

—¿Por qué habrían de hacerlo? —replicó con más indiferencia de la que sentía.

—Exacto. Casarme con Bridges y volver a la sociedad fue lo mejor que pude hacer.

James prefirió ignorar el comentario y escogió algunos aperitivos. Al ver el ponche de huevo en la gran ponchera de cristal, el estómago se le revolvió. No necesitaba recordatorios de la época que se avecinaba.

—¿Ponche de huevo, ya?

Lymington volvió a reír.

—Fue idea de mi esposa. Hizo que la cocinera de Lady Sheraton preparara un poco para ponernos en ánimo navideño. Creo que era su manera de recordarme que más me vale encontrarle algo bonito por Navidad.

Lymington había hecho exactamente lo que la madre de James le había recomendado, y con excelente resultado: recuperó su reputación y tenía una esposa que lo quería.

James pinchó un trozo de jamón y lo dejó caer en el plato. Al ir a por otro, se detuvo al sentir un leve empujón en el costado.

—Oh, perdón.

Sonrió a la mujer menuda. Ella se subió las gafas por el puente de la nariz y lo miró. Había algo en ella vagamente familiar, pero no lograba situarlo. Con su vestido gris de cuello alto, el moño apretado y las gafas, supuso que sería una de las amigas intelectuales de Lady Sheraton.

—¿Nos conocemos?

—No lo creo. —Intentó retroceder, pero Lady Lymington estaba justo detrás.

—Brayden —saludó Lady Lymington con un leve gesto—. Debo disculparme. Me topé con Helen y, sin querer, te empujó. —Se apartó un paso para dejar espacio—. Es una querida amiga mía, la señorita Lander. Dirige…

—El hogar para huérfanos de Kent —completó James.

Por eso le sonaba. La habría visto entrar o salir de la casa contigua a la de Lady Russell.

Lady Lymington sonrió.

—Debí imaginar que la conocerías.

—Solo su labor —aclaró James.

La señorita Lander parecía desear que el suelo se la tragara. Fijaba la vista en las puntas de sus zapatos, apenas visibles bajo la falda de muselina. La pobre se veía completamente fuera de lugar. Se preguntó cómo la hija de un vicario se había hecho tan amiga de aquellas damas de alta cuna.

—Helen, este es el vizconde Brayden —anunció Lady Lymington, radiante.

—Es un placer, señorita Lander.

—Gracias, milord —respondió dócil, inclinando con rapidez la cabeza—. Bridges, debo irme ya.

—Por supuesto —aceptó Lady Lymington—. Pase a despedirse de Jennifer y Margaret.

James observó cómo se alejaban hacia Lady Sheraton y Lady Noland. ¿Qué tenía la señorita Lander que le impedía apartar la mirada? Negó para sí. Lujuria. Aunque tampoco había motivo real. En Francia se había permitido demasiadas mujeres.

No tenía sentido mirarla. Era inocente, apenas podía sostenerle la mirada. Y eso era lo último que necesitaba, o quería, en una mujer. Buscaba a alguien dispuesta y con experiencia, sin los ardides de una cortesana. La señorita Lander no era nada de eso.

Capítulo 3

Helen se relajó en la comodidad de su cama y respiró hondo. Incluso una hora después, las manos aún le temblaban. ¿Cómo había podido hacer aquello? ¡Delante de sus amigas!

Y lo que era peor: ¡en casa de su amiga y ante un vizconde! Un vizconde muy guapo.

Había algo en Lord Brayden. Sus labios, pensó con una sonrisa. Eran los labios más perfectos que había visto jamás en un hombre. Hizo una mueca. Había habido otro hombre con unos labios igual de perfectos. Helen negó con la cabeza. Ese hombre no era un vizconde.

Solo había sido un joven borracho, de cabello castaño claro y ojos verdes. Los del vizconde Brayden eran color avellana. Lo cual, pensó, a veces podía parecer un tono de verde. No podía ser él. Habría dicho algo, o le habría dado alguna señal de que la reconocía. A menos que estuviera tan ebrio aquella noche que no la recordara.

No, definitivamente no era él, decidió.

Con lentitud, metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó el botín del día. Los rubíes brillaron a la tenue luz de las velas. Al contemplar el colgante, el miedo dio paso a la frustración. El intrincado diseño de oro formaba un escudo sobre el rubí central.

—¡Maldita sea!

Arrojó el collar a la cama. ¿Qué iba a hacer ahora? Aquel colgante era demasiado singular para llevarlo a una casa de

empeños. El prestamista podría reconocer el escudo y entregarla a los hombres de Bow Street. ¿Cómo había sido tan imprudente?

Se oyó un golpecito en la puerta y una mujer mayor entró sin esperar respuesta.

—¿Has conseguido algo bueno?

Hannah se sentó en la cama y se quedó mirando los rubíes esparcidos por la colcha como sangre derramada.

—Demasiado bueno —respondió Helen.

—¿Cómo has logrado algo así? —preguntó Hannah, alzando la voz.

Helen se cubrió la cara con las manos.

—No tuve suerte en Bond Street esta tarde. Así que le robé la cartera a un caballero en la fiesta del bautizo. Pensé que encontraría unas monedas sueltas. Jamás imaginé que hallaría esto. Estaba tan nerviosa que lo metí en el bolsillo. Bridges chocó conmigo y estoy casi segura de que notó que le metía la mano en el faldón.

—¿Qué vas a hacer?

Despacio, se apartó las manos del rostro y negó.

—No lo sé. Mira el escudo. No puedo empeñarlo.

Hannah se quedó mirando el colgante.

—Tengo un hermano que podría darte algo por él.

—No puedo arriesgarme. —Helen se colocó el collar alrededor del cuello. Tomó el espejo de mano y se quedó boquiabierta al ver su reflejo—. ¿Te imaginas llevar algo tan bonito?

—Yo no. Quizá tú, con tus buenos modales.

Buenos modales, se burló para sus adentros. Si Hannah supiera la verdad, no estaría tan impresionada. Cualquiera puede aprender modales. Helen se quitó el collar y lo contempló una vez más. De pronto, la puerta de la habitación se abrió de golpe y una niña entró corriendo.

—¡Señorita Torie! —chilló, lanzándose a los brazos de Helen—. He tenido una pesadilla.

Helen estrechó con fuerza a la niña.

—Shhh, Jodie. Ya pasó.

—No, no —sollozó—. El hombre me perseguía otra vez. Quería llevarme lejos de aquí.

—Eso no va a ocurrir —susurró Helen.

De todos los niños a su cargo, Jodie era especial. Había sido la primera. Sin ella, quién sabe qué habría sido de su vida. La pequeña la había salvado del destino al que parecía abocada: la prostitución.

Helen le alisó el pelo negro y rizado y murmuró palabras tranquilas. Al sentir su respiración hacerse rítmica, supo que se había vuelto a dormir.

—Es la segunda vez esta semana —le dijo en voz baja a Hannah—. No es propio de ella.

—Y siempre es el mismo sueño: un hombre que intenta llevársela.

—¿Crees que debería preocuparme?

—Será una fase. Yo la llevaré de vuelta —susurró Hannah.

Helen soltó a la niña y dejó que Hannah la tomara en brazos. Volvió a mirar el collar y supo qué haría con él. Jodie solo tenía nueve años, pero algún día llevaría cosas bonitas: vestidos de seda y collares de rubíes. Y, si no, quizá para entonces podría empeñarlo por ella.

Helen se levantó y fue al armario de la ropa blanca, donde guardaba la caja con el nombre de Jodie. Colocó el colgante dentro. Cuando la niña fuera mayor y se hubiera olvidado del collar, Helen podría entregárselo.

Ahora su única preocupación era encontrar algo más que empeñar antes de que se acabaran la comida y el carbón. Sabía que

podía cruzar a la casa contigua y pedir dinero a Lady Russell, pero detestaba esa idea.

Era culpa suya que estuvieran tan justas de fondos. El mes anterior había acogido a dos niños nuevos, distintos a los demás. Además, había comprado algunos adornos para regalárselos la mañana de Navidad. Y jamás debería haber comprado presentes para los bebés de Jennifer y Bridges. Tendría que haber excusado su ausencia en el bautizo. Pero deseaba ver a sus amigas.

Quería ser una de ellas, y no vivir siempre en el margen.

No importaba, se repitió por enésima vez. Nunca sería realmente una de ellas. Y lo de hoy lo demostraba. ¿Qué pensarían si descubrieran que no era más que una ladronzuela?



James subió los escalones de su casa de Duke Street. Adoraba aquella vivienda íntima que había podido comprar gracias a la herencia de su abuela; le había permitido abandonar la casa de mentiras de su padre. Llevaba casi diez años viviendo allí… solo.

¿Por qué, de pronto, eso le molestaba? Le encantaba su vida. Con tantos primos, no tenía por qué casarse solo para darle un heredero a su padre. Pero en los últimos meses algo no encajaba, y las maniobras de Lord Cronwell en la fiesta de la noche anterior solo habían empeorado las cosas. Quizá estar fuera durante cinco meses le había hecho olvidar cuánto disfrutaba de su libertad sin ataduras.

Ni siquiera esa idea lo convencía. Tras ver a tres amigos enamorarse y casarse sin remedio, no creía desear lo mismo. No era su caso. Podía tener a cualquier mujer cuando quisiera. ¿Qué hombre podría querer más? Entonces, ¿qué lo inquietaba?

Tal vez su necesidad de pedir perdón a aquella mujer.

Emily Jones.

Era el único remordimiento de su vida. Aquella noche estaba tan borracho que las palabras no le cruzaron la mente anegada de brandy. Arrinconar a aquella pobre muchacha contra el muro de la iglesia había sido más que una mala acción. Fue una agresión. Como mínimo, le debía una disculpa, y probablemente mucho más.

Llevaba años intentando hallarla. Pero sin un nombre, no había tenido suerte. Por fin, dos años atrás, acudió a Grace en busca de consejo, y ella prometió ayudarle a descubrir el nombre de la joven con sus dotes de médium. Antes de revelarle que era Emily Jones, le pidió que la ayudara a emparejar a sus amigos.

Mañana volvería a casa de Grace para exigirle explicaciones. Ahora quería algo más que un nombre. Quería saberlo todo sobre esa mujer.

Owens abrió la puerta cuando James alcanzó el último escalón.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Owens. —James se sacudió la fina capa de nieve del abrigo y se lo entregó al mayordomo—. Creo que me retiraré.

Owens miró el reloj del salón.

—Son solo las diez.

James dejó escapar una risa breve.

—Esta noche estoy cansado. Después de tanto viaje, quiero acostarme temprano.

—¿Espera a alguien?

Esbozó una sonrisa burlona ante la complicidad de Owens.

—Aunque no lo creas, esta noche solo quiero dormir.

—Como desee, milord.

James subió la escalera con paso pesado, ansioso por la comodidad de su cama. Oyó los pasos de su ayuda de cámara

siguiéndolo.

—Buenas noches, Pryor.

—Buenas noches, milord. ¿Ha disfrutado de la velada?

—Apenas.

Al entrar en su habitación, Pryor lo acompañó.

—Esta noche puedo encargarme de mi ropa, Pryor. Puede retirarse.

—Sí, milord. ¿Está seguro?

—Prometo no dejar los pantalones y la chaqueta hechos un ovillo.

—Muy bien.

Pryor salió echando una última mirada, como esperando sorprender a James tirando la chaqueta al suelo.

Cuando se cerró la puerta, James se dejó caer sobre la cama. El cansancio le pesaba en cada músculo. Con lentitud, se desató la corbata, la dobló con cuidado y la dejó sobre el tocador.

Recordó el collar que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se agachó para sacarlo.

—¡Maldita sea!

No había nada en el bolsillo salvo una pelusa. Repasó mentalmente sus pasos. Tras recoger el collar de Lady Russell la víspera, lo había dejado en la mesilla de noche. Aquella tarde lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y fue directo a la casa de Sheraton para el bautizo. Se lo mostró a Grace y volvió a guardarlo. Tal vez se había caído durante el regreso.

Bajó a grandes zancadas.

—Owens, haga revisar el carruaje a fondo. He perdido un collar de rubíes. Y envíe un lacayo a casa de Lord Sheraton.

Siguió hacia el estudio. Escribió deprisa una nota para Banning explicando lo ocurrido.

—Que se entregue en mano a Lord Sheraton y esperen respuesta.

—Sí, señor. —Owens tomó la misiva y se alejó.

Sin más que hacer que aguardar, James empezó a pasearse de un lado a otro del pequeño estudio. Tenía que haber algo que se le escapaba. Fue a la licorera y se sirvió un vaso generoso de whisky. El líquido le calentó la boca y el pecho.

¿Qué había pasado por alto?

Apuró la copa y se sirvió otra. La llevó a los labios, se detuvo y frunció el ceño. La señorita Lander había chocado con él junto a la mesa de refrescos. Negó con la cabeza. Aquella mujer acogía huérfanos para apartarlos del delito. Conocía demasiados carteristas por su labor. Ella no lo era.

¿Quién más pudo ser? Nadie se había acercado lo bastante para meter la mano en su bolsillo. Además, no había en esa fiesta quien necesitara el dinero que podría sacar de un collar así.

—Señor, los cocheros han revisado a conciencia el carruaje y no han hallado nada.

James se volvió hacia Owens.

—¿Alguna noticia de Lord Sheraton?

—Aún no, señor.

—De acuerdo.

Fijó la vista en el vaso y bebió despacio. No había agujeros en el bolsillo, y nadie más en la fiesta habría podido robarle la joya. Su mente regresó a la señorita Lander. Le recordaba un poco a la mujer que buscaba, pero ella no era vendedora de naranjas. Había oído lo bastante para saber que era hija de un vicario. Y, sin embargo, encajaba con la vaga imagen que guardaba desde hacía diez años.

Trató de recordar otras veces en que hubiera visto a la vendedora de naranjas. Solo le venían su cabello rubio, sus ojos azules y una sonrisa capaz de iluminarle el rostro con dos hoyuelos. Nunca había visto sonreír a la señorita Lander, pero dudaba que aquella mujer tímida luciera una sonrisa tan dulce.

Maldita sea. Si no hubiera estado tan ebrio aquella noche, nada de esto habría sucedido.

—Señor, ha llegado una nota de Lord Sheraton —anunció Owens, entrando.

James la tomó y la leyó de un vistazo. Sheraton no había encontrado nada, aunque prometía seguir buscando. Arrugó el papel y lo arrojó al pequeño fuego de la chimenea.

—Maldita sea.

—¿Necesita algo más, señor?

—No. Solo respuestas. Mañana por la mañana volveré a ver a Grace y quizá incluso haga una visita a la angelical señorita Lander en su hogar para huérfanos.

¿Angelical?

—Maldita sea —murmuró, irritado consigo mismo.

Había caído en la trampa más vieja. Enviar a la mujer angelical en quien nadie sospecharía y hacer que cometiera el delito. Bien. La señorita Lander no tenía idea de que acababa de engañar al diablo.

Y el diablo siempre gana.

Capítulo 4

Helen se dirigió a casa de Grace con la esperanza de que su amiga pudiera darle algún consejo. Después de pasarse casi toda la noche dándole vueltas a su encuentro con Lord Brayden, rezaba para que Grace le asegurara que todo iría bien. Quizá pudiera usar sus habilidades de médium para confirmarle que Brayden no era el hombre de su pasado.

Aunque Helen empezaba a temer que sí lo fuera.

—Buenas tardes, señorita Lander —saludó el mayordomo de Grace al abrirle la puerta.

—Buenas tardes, Timms. ¿Está la señorita Winslow en casa?

—Creo que recibe una visita, pero veré si desea que la espere.

—Gracias. —Helen se acomodó en la silla acolchada de terciopelo del vestíbulo.

Timms regresó enseguida con una sonrisa.

—Le ruega que aguarde en el salón.

Cuando comenzó a subir hacia el salón, oyó un alboroto en el pasillo trasero. Resonaron pasos firmes que se acercaban. Se pegó a la pared, como queriendo volverse invisible.

—James, espera —le llamó Grace al hombre.

Helen vio cómo Lord Brayden se detenía y se volvía hacia ella.

¿James… Jem? Se le cortó la respiración. Oh, Dios mío. Tenía que ser él.

—No tengo nada que esperar salvo más mentiras por tu parte.

—Ayer te dije la verdad. Ella estaba allí —replicó Grace.

—Grace, si sabes su nombre, puedes decirme si sirve en casa de los Sheraton o no.

Grace suspiró.

—No, no está al servicio.

Brayden torció el gesto.

—Entonces, como pensaba.

—¿Qué harás?

—Aún no lo sé. Pero, sea tú amiga o no, pagará por lo que hizo.

Grace se irguió.

—Igual que tú pagarás por lo que hiciste.

—Me parece justo.

Brayden se dirigió a la puerta. Timms la abrió y él salió. Iba a decirle una última cosa a Grace cuando la vio.

Grace alzó la vista y reparó en que Helen estaba de pie en la escalera. Sus ojos se agrandaron de sorpresa.

Helen empezó a retroceder hacia el interior de la casa, pero Grace se interpuso y le apoyó la mano en el pecho.

—Grace —murmuró.

—Ahora no. Aún no sabes nada, y sabes bien que no debes dar nada por sentado.

—Buenas tardes, señorita Lander. —La miró con frialdad.

—Buenas tardes, Lord Brayden.

El miedo la hizo estremecerse. Él no sabía nada, se repitió. Si supiera que había tomado el collar, habría dicho o hecho algo.

—Que tenga una tarde agradable, señorita Lander. Le advierto que la noche puede tornarse desagradable.

Se dio la vuelta y se marchó sin más.

Helen se preguntó qué significaban sus palabras. Aquel tono ominoso le provocó una punzada de aprensión. ¿Sospechaba que ella era la ladrona?

Grace se acercó a toda prisa.

—No sabía que estabas ahí, Helen.

—Lo siento. No pretendía escuchar. No sabía que conocías a Lord Brayden. ¿Es cliente?

Grace se había convertido en una casamentera muy solicitada en la alta sociedad. Tal vez Brayden buscaba esposa.

—No, no es un cliente —respondió Grace, seca—. Nos conocimos hace muchos años.

Helen entró en el salón esperando que su amiga continuara, pero no lo hizo.

—¿Qué te trae hoy por aquí? —preguntó Grace, sentándose en el sillón de brocado.

—Necesito ayuda —comenzó Helen despacio.

Tenía que saber si el apuesto hombre que le había lanzado veladas amenazas era quien sospechaba.

—Hay un hombre en mi pasado.

—Y no era precisamente un caballero, ¿verdad?

Helen frunció el ceño y miró a su amiga. ¿Cuánto sabía Grace?

—No, era caballero, pero no actuó como tal. Me temo que puede volver a mi vida y quería saber si es así.

Grace se mordió el labio inferior. Se inclinó y le tomó la mano.

—Sí, volverá. En el fondo ya lo sabías, ¿no?

Helen tembló de nuevo.

—¿Sabes quién soy?

Grace asintió.

—Sé que no eres Helen Lander.

Helen se cubrió la boca con la mano. Todo lo que llevaba diez años intentando olvidar le golpeó la memoria. Necesitaba una salida.

—¿Él sabe quién soy?

—Sí —susurró Grace—. No creo que quiera hacerte daño, Helen. Creo que desea pedirte perdón por lo que hizo.

—¿Qué sabes?

Grace se recostó y dijo:

—Creo que tú y ese hombre compartisteis un encuentro breve. Después, de alguna manera, conseguiste dinero, cambiaste de nombre y abriste tu hogar para varios huérfanos.

—¿Eso es todo?

—Sé que tu verdadero nombre era Emily Jones. Y sé quién fue el hombre que te trató tan mal.

Helen bajó la mirada al diseño floral de la alfombra.

—Es él, ¿verdad?

—¿No lo recuerdas?

—Solo me dijo que se llamaba Jem. Y entonces era distinto. Más joven. Llevaba el pelo más largo y claro. Su carácter… era más suave y dulce.

—¿Brayden, dulce? —Grace dejó escapar una incredulidad sincera—. En los nueve años que le conozco, jamás lo definiría así. Es de los hombres más duros que he visto. Parece no importarle nada y haría lo que fuera por conseguir lo que quiere o necesita.

La visión de Grace no encajaba con el joven que Helen recordaba. Él había sido el único caballero que la saludaba cuando

vendía naranjas. Le sonreía sin lascivia. No podía haber cambiado tanto.

—¿Qué hago ahora, Grace?

—Volverás a casa y, si acude, lo hará para disculparse. Acepta sus disculpas y se irá.

—Puede delatarme y descubrir mi farsa —exclamó Helen—. Todo lo que he construido en estos diez años se desmoronará. Si Jennifer, Bridges o Margaret descubren la verdad, me odiarán por haberles mentido.

—Tus amigas no te abandonarán. Pero, si te inquieta tanto, inclúyelo en la disculpa. Solo la aceptarás si promete mantener tu identidad en secreto.

Helen asintió. En el fondo seguía siendo la muchacha intrépida de siempre. La niña que, con nueve años, era capaz de robarle la cartera a un hombre sin ser vista. Conocía cada calle y cada callejón de Whitechapel. Solo esperaba que estos diez años fingiendo ser una ratoncita tímida no la hubieran borrado.



James alzó la vista del salón de White’s.

—He terminado con este asunto —anunció, recorriendo la estancia con la mirada. Para cualquiera que los observara, no eran más que dos amigos tomando una copa.

Patrick Jensen se recostó en la silla y sonrió.

—No hablas en serio. Te encanta la emoción: los viajes, las intrigas… vives para eso.

James se pasó los dedos por el cabello corto. Había sopesado con cuidado las palabras de su madre durante el último día, y tenía

razón: para recuperar su respetabilidad, debía dejar de trabajar para Jensen. Bajó la voz hasta un murmullo.

—Estoy cansado, Jensen. Llevo casi diez años en esto. He atrapado a tus espías y a otros delincuentes. Se acabó.

—No puedes.

James arqueó una ceja.

—Claro que puedo.

—No me obligues a suplicarte, Brayden. No hay nadie más. Es un caso sencillo y ni siquiera tendrás que salir del país.

—No.

—Por favor, escúchame antes de repetirlo. —Jensen tomó la botella de whisky y sirvió dos vasos—.

—¿Beber en horario de trabajo?

—Si con eso aceptas, al príncipe no le importará.

James se preguntó cuánta información conocía el príncipe sobre aquellos encargos.

—Solo necesito que recojas una misiva. Thomas Benson estará en la fiesta de Lord Farleigh, que comienza el 12 de diciembre. Mi fuente asegura que Benson recibirá datos sobre un complot para asesinar al príncipe regente. Lo único que has de hacer es quedarte con la nota y traérmela cuanto antes.

—¿Farleigh?

Jensen asintió y probó su copa.

James pensó cómo lograría Jensen que lo invitaran. La celosa vigilancia de Farleigh sobre su esposa era bien conocida, y más tratándose de él. Bebió un sorbo e inclinó la cabeza. Era lo último que deseaba. Hasta recibir aquella petición, pensaba vigilar a la astuta señorita Lander. Pero la familia real seguía conmocionada por la muerte prematura de la princesa Charlotte, apenas unas semanas

antes. Con la sucesión en entredicho, si alguien lograba asesinar al regente, cundiría la agitación.

—¿Y bien? —apremió.

—Eso es todo. La información viajará en una misiva que alguien entregará a Benson.

—Así que solo he de robársela. ¿Por qué no se lo encargas a Roberts?

Jensen bajó la vista a los papeles de la mesa.

—Roberts murió hace tres días intentando obtenerla. Además, te necesito allí por si oyes algo. Y porque, si hace falta, puedes colarte en una habitación y encontrar la nota.

James masculló una maldición.

—De acuerdo. Lo haré, pero entiende que es mi último trabajo. Para siempre.

Jensen se puso en pie y le tendió la mano.

—Lo entiendo. Gracias.

Cuando se marchó, James se recostó en la silla, pensativo. De algún modo tendría que aplacar los celos de Farleigh. Una sonrisa le curvó los labios. Solo necesitaba una amante a la que llevar consigo. Nadie de peso social acudía a las veladas de Farleigh por culpa de Lady Farleigh; a nadie le importaría que él llevase a una mujer. Pero ¿a quién?

Tenía muchas a quienes pedírselo, pero todas querrían convertirse en su amante real o, peor, en su esposa. No le interesaban, salvo para alguna noche de placer. Tenía que haber otra opción.

Apuró el whisky y miró la hora. Maldición. Casi las dos. Le había prometido al muchacho que vigilaba a la señorita Lander que no tardaría.

Tras saludar con la cabeza a algunos conocidos, salió del club y subió a su carruaje. Se dirigió a casa de Grace para comprobar si la

señorita Lander seguía con su media hermana. Halló al chico junto a una farola, atento a la puerta.

—¿Ha salido alguien, muchacho?

—Ella sigue dentro, señor.

James sacó unas monedas y se las puso en la mano.

—Gracias. Ahora me encargo yo.

—Sí, señor —respondió el chico, y se alejó calle abajo con una sonrisa.

Esperó en el carruaje casi una hora, hasta que por fin ella salió. La insensata iba sin doncella. Descendió justo cuando Helen se encaminaba hacia él. Ella se detuvo, los ojos muy abiertos. Al empezar a darse la vuelta, James la tomó del codo y la condujo hacia el vehículo.

—¡Lord Brayden!

—Señorita Lander, hace una tarde estupenda, ¿no le parece?

—Debe soltarme —susurró, procurando no llamar la atención.

—Suba al carruaje. Tenemos mucho de qué hablar.

Intentó zafarse una vez más pero al comprender que no lograría soltarse, subió. Se recostó en los cojines de terciopelo y cruzó los brazos.

James ocupó el asiento de enfrente. Su serena belleza lo sorprendió. Llevaba el cabello recogido en un moño suelto y varios mechones rubios le rozaban las mejillas pálidas. Al verla de nuevo, advirtió lo menuda y delgada que era.

Y esta vez no había duda: era la mujer a la que llevaba diez años buscando.

—Es usted muy diestra —murmuró.

Sus ojos azules se abrieron apenas.

—¿En qué, milord?

—En la profesión que ha elegido.

—Cuido de ocho niños. Nada más —replicó, tensa.

—Ajá.

Ella desvió la vista hacia la ventanilla.

—¿Adónde me lleva y por qué?

—Llegaremos pronto.

Su calma lo desconcertaba. La mayoría de las mujeres obligadas a subir a un carruaje rozarían la histeria. Algo le decía que, en lugar de entrar en pánico, calculaba su fuga.

Helen, frente al señor de los demonios, sopesaba la mejor estrategia. Aunque escapara, él sabía dónde vivía y quiénes eran sus amigas. La encontraría. No quedaba sino esperar y averiguar sus intenciones. A la luz del día, mientras las sombras jugaban sobre su rostro hermoso, no creía que fueran respetables.

Al verlo con claridad, se preguntó cómo pudo pensar que no era él. El hombre de su pasado. Brayden había cambiado su vida, lo supiera o no. Y prefería que jamás aprendiera cuánto.

El carruaje se detuvo. Brayden bajó con presteza antes de que ella pudiera intentarlo. Se le curvaron los labios. De aquel hombre no escaparía.

—No sé por qué sonríe, pero si fuera usted, estaría preocupada —advirtió él.

—¿Por qué? —se plantó ella.

—Por lo que tenga planeado para usted.

Descendió e intentó pasar a su lado; él la sujetó con firmeza por el codo.

—Dudo que sea peor que lo que ya me ha hecho.

Apretó la mandíbula; un tic le palpitó junto a la barbilla.

—Vamos.

Helen sonrió, amplia. Había encontrado su arma. Él la condujo por la escalinata de una casa adosada, a pocas manzanas de la suya. Bien situada, costosa. Ella jamás podría permitirse algo así.

La puerta se abrió y el mayordomo, boquiabierto, se quedó inmóvil mientras su señor hacía entrar a la mujer casi a empujones.

—No se aparte sin mi permiso, Owens.

—S… sí, milord.

La guio escaleras arriba hasta el segundo piso y empujó una puerta. La hizo entrar y se apostó delante, bloqueando la salida con su corpulento cuerpo. Un escalofrío le recorrió la espalda. El rostro de él se había ensombrecido; los ojos, de un avellana cálido, viraron a un verde oscuro.

—¿Qué piensa hacer ahora? —provocó ella. No había nada que él pudiera hacerle que no hubiese intentado ya en el pasado.

—Averiguar la verdad.

—¿La verdad sobre qué?

—Sobre todo.

Se aproximó despacio. Helen echó un vistazo en busca de una salida. En el segundo piso, con la puerta tapada por un hombre enfurecido, solo podía retroceder. Dio pasos atrás hasta chocar con la gran cama. ¿Cómo no advirtió antes que era un dormitorio? Y, por el aspecto, el suyo.

—¿Qué quiere de mí, Brayden?

Una media sonrisa se dibujó en sus labios.

—Lo que es mío.

Helen tragó. Era imposible que supiera lo del collar. Dios… ¿y si lo sabía? No era mujer de entrar en pánico, pero el mundo le dio vueltas. No debía descubrir dónde lo había escondido.

—No sé de qué habla —respondió con calma.

Él se inclinó lo suficiente para que ella aspirara el aroma a sándalo de su jabón.

—Era de oro con rubíes.

Apartó las dudas. Podía salir de aquello mintiendo.

—¿Y por qué iba yo a tener algo así? Soy una mujer sin recursos que cuida huérfanos. Nada más.

¿Por qué no podía apartar la vista de sus labios?

—¿De veras? Entonces, si registrara su casa, no hallaría nada que encaje con lo que busco.

Le sostuvo la mirada.

—Adelante. Regístrela. No tengo su collar.

De pronto, él la empujó sobre la cama y la inmovilizó con el cuerpo. Ella le clavó las manos en los hombros, hasta que él le apresó las muñecas con una sola mano por encima de la cabeza. Con la otra, descendió hasta su bolso y tanteó el contenido.

Helen se retorció bajo su peso y sintió su erección presionándole el muslo.

—¡Déjeme levantarme!

Él rió, muy cerca de su oído.

—¿Segura? Hay tantas cosas que podríamos hacer.

—No tengo su collar.

—Nunca he dicho que fuera un collar.

Capítulo 5

James observó el desfile de emociones en su rostro y contuvo la risa. Sin duda, ella intentaba urdir una mentira convincente. Le había prometido a su madre que Emma recibiría el collar la mañana de Navidad para lucirlo en su boda, fijada para la víspera de Año Nuevo. Eso le dejaba apenas unas semanas para hallarlo… o para que ella se lo devolviera.

—Está bien —se encogió de hombros—. Me ha atrapado. ¿Y ahora qué?

Él parpadeó y negó, incrédulo. ¿De veras acababa de admitir la culpa con tanta facilidad? Se apartó, tomó asiento en el borde de la cama.

—¿Perdón?

—Quizá le haya quitado un collar. ¿Va a llamar a los de Bow Street?

¿Cómo había logrado aquella mujer tan menuda darle la vuelta a la situación? Esperaba súplicas, lágrimas, tal vez un soborno insinuante para comprar su silencio. No la maldita verdad.

—¿Debería?

—No, si quiere que vuelva a sus manos —respondió con una leve sonrisa.

—¿Está pidiendo rescate por mi collar?

Se alzó con calma y dio un paso atrás.

—Es un plan bastante ingenioso, ¿no cree? Al fin y al cabo, no tiene idea de dónde está. Por lo que sabe, podría haberlo empeñado.

De algún modo la mocosa lo había leído al instante. Sabía que la joya era importante para él. Maldita sea. Solo quedaba fingir.

—El collar no es tan valioso. Aun así, ha cometido un delito, así que creo que seguiré su consejo y llamaré a Bow Street.

Ella lo examinó, una ceja rubia arqueada.

—Adelante. Y jamás averiguará dónde está, porque no sería tan tonta como para guardarlo en mi casa. Solo yo sé quién lo tiene por mí.

James se puso en pie y avanzó hacia ella.

—¿Y sus amigas? ¿Qué dirán cuando descubran que es una carterista? Ni siquiera saben su verdadero nombre, Emily Jones.

La tragada fue visible; retrocedió un paso.

—Si son realmente mis amigas, lo comprenderán.

Él negó.

—Son damas de posición. Sus maridos no permitirán que vuelvan a tratar con usted.

—Entonces estamos en un punto muerto.

—Yo no lo diría así.

—¿Qué es lo que de verdad quiere, lord Brayden? Aquí hay algo más que un collar. —Cruzó los brazos, fina y desafiante.

James suspiró. Si alguna vez quisiera tener una amante, sería exactamente su tipo: astuta, hermosa, capaz de mantenerlo en vilo. La compañera perfecta para esa misión. Salvo que la única manera de llevarla consigo sería como su amante.

Y eso era peligrosísimo.

Aun así, salvo fugarse con una de las chicas de la casa de su madre, no conocía a nadie que no buscase sacar mayor provecho. Solo necesitaba una mujer que fingiera ser su amante. Esta pequeña lenguaraz quizá fuese justo lo que precisaba. Era evidente que necesitaba dinero, o no habría robado el colgante. Pagarle también aliviaría su culpa por lo ocurrido años atrás.

—Muy bien, siéntese. —Le indicó la silla junto a la ventana.

Por una vez, obedeció sin protesta.

—Tengo una propuesta, señorita Lander.

—Oh, seguro que la tiene —devolvió en un murmullo.

—No en ese sentido. Bueno… en parte sí, como imagina.

Ella se incorporó como para marcharse.

—Siéntese —ordenó con brusquedad.

—¿Qué quiere de mí?

—Necesito ayuda con un pequeño problema. Y creo que usted es la solución.

Ella ladeó la cabeza; un mechón rubio le cayó sobre la frente. Lo apartó con los dedos.

—¿Cuál es el problema?

—Necesito una amante —admitió en voz baja.

Sonrió con sorna.

—¿Ah, sí? ¿Y cree que me acostaré con usted solo porque es vizconde y me hace una oferta?

Una parte de él habría querido estrangularla; otra, cruzar la distancia y callarle la boca con un beso. Contuvo ambos impulsos.

—Para asistir a una fiesta en el campo, necesito presentarme con una amante.

—Debo reconocer que es una excusa novedosa.

—Quiero que me ayude.

—¿Y qué gano yo? —lo taladró con la mirada—. Ni se le ocurra pensar que seré su amante de verdad.

—Si hace este trabajo conmigo y me devuelve la joya, prometo callar su actividad delictiva. Tampoco diré a sus amigas quién es. —Al verla tomar aire, añadió—: Y le daré cinco mil libras.

Helen se quedó boquiabierta. Aquello rozaba la locura. Por cien libras lo habría hecho. Criada en las calles de Londres, sabía que había más de lo que él contaba. ¡Cinco mil libras era una fortuna!

—¿Por qué tanto? ¿Qué más espera?

—Considérelo una disculpa por mis actos de entonces —murmuró.

Culpa. Podría usarla si convenía.

—De acuerdo. Aun así, quiero saber exactamente qué espera de mí.

James se sentó en el borde de la cama.

—Como he dicho: debe asistir conmigo a una semana de fiesta.

—¿Como su amante?

—Sí. Puede usar un nombre falso. Dudo que muchos de la alta sociedad le reconozcan.

—Algunos, pero no muchos —admitió—. No me agrada que crean que soy su amante. Si esto llega a oídos de mis amigas…

—¿Se refiere a Lady Sheraton, Lady Lymington y Lady Noland?

Tras todas sus admoniciones para que no llevasen a un hombre a la cama, se horrorizarían.

—No deben enterarse.

—No hay otra forma. Ninguna de sus amigas trata con quien asiste a estas veladas.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entiendo. Y si cree que voy a permitir que me toque, se equivoca.

Él enrojeció levemente.

—No esperaría eso. Será un acuerdo estrictamente comercial. Tenga presente, sin embargo, que compartiremos habitación y, probablemente, cama.

Helen cerró los ojos. Compartir cama con él sería arduo. Su sola presencia alteraba el pulso. Pero cinco mil libras vestirían, alimentarían y abrigarían a los niños durante mucho tiempo.

—Lo haré.

—Partimos el jueves. —La recorrió con la mirada—. Mañana pasaré a recogerla para ir de compras.

Bajó la vista hacia la alfombra. Hasta tener ese dinero, no podía gastar ni un penique.

—No puedo…

—Yo costearé los vestidos.

Asintió, despacio.

—Tendré que contratar a alguien que me ayude con los niños en mi ausencia.

—Cualquier gasto derivado de esto, lo pago yo.

—Muy bien, entonces.

Necesitaba salir de aquella estancia. La abrumadora esencia de él la enloquecía. Verlo de nuevo despertaba los antiguos sentimientos que había albergado. Entonces habría hecho cualquier cosa por él. Y lo hizo.

Incluso hoy podría haber rechazado la propuesta. No tenía prueba alguna de que hubiese tomado el collar. Aunque la mayoría no la conociera de cerca, sus obras de caridad la amparaban en

aquella ciudad sórdida. Nadie creería al libertino. Pero, en lugar de plantarse, cedió como una cobarde.

Debía recordar que la razón verdadera no era él. Eran los niños. Podría darles una Navidad de verdad, con regalos y una gran comida. Incluso unas ramitas de acebo en Nochebuena para alegrar la casa. Cosas para las que nunca hubo dinero. Y, sobre todo, carbón y pan durante mucho tiempo.

—Debería irme ya —concluyó.

Se levantó y caminó hacia la puerta. Él la sujetó de la muñeca antes de que alcanzara el pomo.

—Helen, falta algo.

Inspiró con brusquedad al escuchar cómo la llamaba por su nombre y se volvió. Su maldita mano era un grillete.

—¿Ah, sí?

—Cuando estemos a solas, no te tocaré. Lo prometo. Pero en la parte pública de la fiesta quizá debas acostumbrarte a algún contacto, si queremos resultar creíbles. —La atrajo—. Puede que incluso deba hacer… esto.

Acortó la distancia y, tan rápido, que ella no tuvo tiempo de apartarse, posó la boca sobre la suya. Y el calor de aquel contacto bastó para que comprendiera que no quería resistir. Debía hacerlo. Por mucho que anhelara rodearle el cuello y ceñirse a su cuerpo.

Su lengua rozó sus labios, pidiendo rendición. No podía dejarse arrastrar por el deseo que le ardía en las venas. Un gemido se le escapó. Así empezó todo la última vez: con un beso. El recuerdo punzante la obligó a apartarlo.

—Como he dicho —murmuró él, ronco—. Tendrás que acostumbrarte.

—No creo que sea posible.

—Fingirás que disfrutas de mis besos o nadie nos creerá.

Le alzó la barbilla. A la luz mortecina, sus ojos parecían verde oscuro, sin rastro de avellana. Y era demasiado guapo. Tendría que blindarse si iba a estar tan cerca de él otra vez.

Helen liberó la barbilla y dio un paso hacia la salida.

—No se preocupe. Estoy segura de poder interpretar a la amante devota.

—Viendo tu destreza para mentir, no me inquietaba. —Se movió, posó la mano en la puerta; luego tomó sus gafas y se las quitó. Se las llevó a los ojos y rió con desdén—. Lo suponía. Otra mentira.

Ella se las arrebató y se las colocó con firmeza.

—Las dejarás en casa. Ninguna amante mía parecerá una maldita intelectual.

—Como desees.

Extendió la mano al pomo, pero su palma grande cubrió la suya.

—Solo una cosa más —susurró, duro—. Desprecio a los mentirosos. A partir de ahora, solo me dirás la verdad.

Ella sonrió.

—Me pide que finja ser su amante, pero exige siempre la verdad.

—No la exijo. La impongo.

Helen miró su mano.

—Como desee, milord. Pero reclamo el mismo respeto.

—Por supuesto.

Giró el pomo y abrió.

—Te recogeré a mediodía para ir de compras.



James avanzó despacio hacia su estudio, preguntándose por qué lo invadía aquella melancolía. Tal vez era la sensación habitual que le llegaba cada diciembre. No recordaba que nada bueno le hubiera ocurrido nunca en ese mes.

Aun así, su encuentro con la señorita Lander había salido mejor de lo esperado. Aunque, si ella le hubiese entregado el collar, estaría más tranquilo. Comprendía sus motivos y, en su lugar, quizá habría hecho lo mismo. Ahora ella sabía que tenía algo con lo que presionarlo.

Solo rezaba para que no advirtiera la otra cosa que podía usar en su contra. Si llegaba a conocer la culpa que lo corroía por sus actos de hacía diez años, podría servirse de ella a su antojo. Él sería incapaz de negarle nada. Jamás debía descubrir el alcance de su culpa.

Se sentó al escritorio y revisó la pila de correo sin abrir. Había algunas invitaciones a las que bien podría responder, pero la mayoría le resultaban prescindibles. Acomodó las notas y escribió "no" en la parte superior. Pryor, que también hacía de secretario, contestaría por él.

—Milord —anunció Owens desde la puerta—. Su hermana está aquí.

—¿Emma?

Owens sonrió.

—Es su única hermana, milord.

Bueno, no exactamente, pero nadie más sabía de Grace.

—Hágala pasar.

Se puso de pie, sabiendo que Emma se lanzaría a sus brazos. El repiqueteo de pasos ligeros precedió su entrada.

—¡Jem! —Como esperaba, se arrojó a su abrazo—. No puedo creer que hayan pasado cinco meses. ¿Y por qué no viniste a casa a verme?

Se apartó, aún sujetándola por los hombros.

—Ven, siéntate en el sofá. Ya he pedido a Owens que nos traiga té.

Emma tomó asiento y lo miró con expectación.

—Tienes que contármelo todo de tu viaje. ¿Qué tal Florencia?

Por mucho que detestara la mentira, su situación a veces lo exigía. Muy pronto pondría fin a ese asunto, y las únicas falsedades que quedarían serían los secretos familiares.

—Encantadora —dijo—. Además de reunirme con un socio, visité un museo magnífico.

Emma soltó una risita.

—¿Tú, en un museo? Vamos, Jem, tendrás que esforzarte más.

—Si hice algo más, no sería propio contarlo en compañía decente.

Emma se inclinó y le apretó la mano.

—Te he echado de menos, hermano.

—Y yo a ti. ¿Cómo está tu prometido?

Esperó a que Owens dejara la bandeja de té.

—¿Lo sirves tú? —preguntó.

—Por supuesto.

Ella vertió dos tazas humeantes con la elegancia de una dama consumada. James se sintió orgulloso. Con su rostro ovalado, los rizos negros y los grandes ojos azules, había sido una sensación en su temporada… hasta que Braxton la reclamó.

Le tendió la taza y prosiguió:

—Braxton está bien, pero últimamente se muestra distante. Creo que se le están encogiendo los ánimos: le queda menos de un mes de soltería.

—Braxton es un buen hombre, de una familia excelente. Tendrás razón con los nervios, pero no hará ninguna tontería.

James probó el té y, por un instante, sintió sosiego. Su hermana a salvo, un buen té inglés… todo parecía en orden.

Emma se mordió el labio inferior. Conocía ese gesto: había algo más.

—¿Qué pasa en realidad, Emma?

—Yo también estoy nerviosa —confesó, alzando hacia él sus ojos azules—. ¿Y si me estoy equivocando? Intenté hablar con papá, pero despreció mis dudas.

Por supuesto que lo haría. Quería a Emma casada. Braxton era un conde; más que adecuado para su hija.

—¿Por qué crees que podría ser un error?

—No sabría decirte. Últimamente no me emociona verlo. Me siento aliviada cuando manda una nota excusándose. ¿No debería alegrarme de ver al hombre al que amo?

James suspiró. ¿Cómo aconsejar sobre el amor cuando nunca se había enamorado?

—Ojalá pudiera decirte lo que necesitas oír.

—Pero tú nunca te has enamorado, ¿verdad?

Se encogió de hombros. El arrebato juvenil por una vendedora de naranjas poco contaba.

—¿Has hablado con tus amigas?

—Lo intenté, pero todas creen que soy una tonta. Solo repiten que Braxton es un gran partido y que debería sentirme orgullosa de que me eligiera.

Quiso decirle cuán equivocadas estaban: el gran partido era Emma, no Braxton.

—No eres ninguna tonta. Tómate la próxima semana para examinar de verdad lo que sientes antes de que sea tarde.

Y si retrasaba la boda, él ganaría tiempo para recuperar el collar si la señorita Lander no lo devolvía.

—Quizá tengas razón. Es que su familia puede ser exasperante. Su madre me apartó en la cena de los Houghton para decirme que mi vestido era inapropiado.

Emma respiró hondo y bebió otro sorbo.

—¿Qué tenía de malo tu vestido?

—Que era demasiado oscuro para una soltera —replicó, ofendida—. No lo era, Jem. La tía Lewellyn jamás permitiría que usara algo impropio.

James contuvo una sonrisa.

—Si lo elegisteis tú y la tía Lewellyn, sería perfecto. —Y, viendo la angustia en su rostro, añadió—: ¿Qué más te inquieta?

Ella desvió la mirada.

—Tú. Su madre ha insinuado, en voz muy baja, que el matrimonio de Braxton con la hermana de Brayden podría no sentarles bien.

James apretó los puños. Lo que él hiciera no debía afectar a Emma. Pero sabía que siempre lo haría. Cada vez con más fuerza, la idea de una esposa respetable se filtraba en su pensamiento.

—¿Lo amas, Emma? Y me refiero a lo más hondo del corazón.

Emma bajó la vista a su vestido color junquillo.

—¿Puedes imaginar tu vida sin él? —susurró.

Ella asintió apenas.

—Sí. Y a veces pienso que quizá sería mejor.

James cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Su padre se enfurecería, y probablemente culparía a Emma por cancelar la boda. Según él, todo era culpa de James; ¿por qué iba a ser distinto?

—Si de verdad lo crees, debes detener esa boda antes de que avancen más los preparativos.

—Lo sé —dijo en un hilo de voz—. Pero no sé cómo decírselo.

No necesitó preguntar a quién. Braxton lo aceptaría con entereza. Su padre, no.

—Si quieres decírselo antes del jueves, estaré a tu lado. El jueves marcho a una fiesta en el campo y no volveré hasta la semana siguiente.

—Gracias, Jem. Te diré lo que decida. Creo que me tomaré el fin de semana para pensar en lo que siento por Braxton. La tía Lewellyn y yo también asistiremos a una reunión con su familia.

—Disfrútala.

—Y tú también, hermano.

James sabía que aquella semana no la disfrutaría. Además de concluir su encargo, tendría que lidiar con una atracción condenada hacia una pequeña rubia. Y no estaba nada seguro de salir victorioso.

Capítulo 6

Helen contempló la pieza de terciopelo azul y suspiró. Jamás había rozado una tela tan fina. Brayden había insistido en que la modista le confeccionara un vestido con aquel terciopelo. Aunque lo luciría durante toda la semana, al volver a casa tendría que devolverlo o quizá venderlo. De todos los tejidos elegidos hasta entonces, aquel era su favorito. Tal vez a él no le importaría que se quedara, al menos, con ese vestido.

—Te quedará precioso —le murmuró al oído.

Ella se sobresaltó.

—¿Estás bien?

—No me había dado cuenta de que estaba tan cerca —replicó.

—Como te dije antes, tendrás que acostumbrarte.

Sabía que nunca se acostumbraría a tenerlo tan próximo. Su presencia le desordenaba los sentidos y le provocaba un tumulto incontrolable en el estómago. De algún modo, debía mantener su trato en un terreno profesional. Nada personal.

Casi rió al pensarlo. Con Brayden, todo resultaba demasiado personal.

—Ven a ver las otras telas que he escogido para ti —indicó, tomándola del codo—. Necesitarás dos vestidos de seda para las veladas y un traje de montar, por si el tiempo acompaña.

—Brayden —se plantó—, esto es excesivo. No necesito tantos vestidos para una simple reunión en casa.

Él le apretó el codo a modo de advertencia y la atrajo hacia sí.

—Los necesitas, y más aún. No lo discutas.

El tono grave le dejó claro que discutir sería inútil. «Muy bien».

La condujo hasta una mesa donde el tendero había dispuesto dos sedas. Helen no podía apartar la vista de la pieza de color rojo intenso. Anhelaba tocarla para comprobar si era tan lujosa como imaginaba. La modista había insistido en añadir adornos verdes para hacer el vestido más festivo, pues el baile tendría como motivo la Navidad.

—Esto es demasiado, —susurró.

—Es perfecto, y te favorecerá, —respondió él con aplomo. Tomó la tela y se la echó sobre los hombros. A Helen se le curvaron los labios en una sonrisa involuntaria.

—Brayden, —siseó cuando el tendero se volvió—, no puedo llevar algo tan ostentoso. ¿Qué pensará la gente?

Él alzó una ceja.

Ella sabía muy bien lo que pensarían: que era su amante y que, por ello, podía permitirse un vestido sensual. Antes de aquella noche funesta, se había esforzado por no caer en la trampa en la que tantas mujeres en su situación terminaban. No había sido fácil. Sabía el dinero que podían ganar por dejar que un hombre se acostara con ellas. Si hubiese cedido, incluso habría podido asegurarse un puesto como amante de un hombre rico. Pero no quería eso para sí. Y, sin embargo, ahora se hallaba en la misma tesitura, aunque fuese fingida.

Como siempre, se preguntó qué diría su madre. Apenas la recordaba: murió cuando Helen tenía siete años. Tras la muerte de su padre, cuando ella contaba solo tres, su madre se marchó a la taberna y sirvió cerveza. Si Helen era sincera consigo misma, lo más probable es que sirviera algo más que cerveza a los clientes.

—¿En qué piensas? —inquirió él.

—En nada importante.

Volvió a deambular por la tienda mientras Brayden daba instrucciones a la modista. Se preguntó cómo sería si nada de aquello fuese fingido, si tuviera dinero para comprar en un establecimiento así. Debía dejar de soñar. Solo las hijas y esposas de los lores adquirían allí sus prendas.

Se detuvo ante un rollo de lana a cuadros y se quedó mirándolo. Perdida en cavilaciones sobre cómo sería volver a ser una verdadera dama, Brayden la tomó de pronto del brazo y la guio hacia la parte trasera de la tienda, detrás de una cortina. Antes de que pudiera articular palabra, él se apoyó en la pared con ella frente a su pecho. Le cubrió la boca con la mano. El corazón de Helen martilleó con fuerza.

—Shh, o tendremos que dar explicaciones, —le susurró con brusquedad al oído.

Helen oyó la campanilla de la puerta y, después, las voces risueñas de unas damas que entraban. Se acercaban mientras examinaban los rollos de tela. Oh, Dios mío… Al final él la había salvado. Bridges y Jennifer habían cruzado el umbral. Si la descubrían con Brayden… Se estremeció al imaginar las consecuencias.

Aun así, su mente se desvió hacia el pecho sólido contra el que estaba apretada, la mano callosa que le cubría la boca y el aroma a sándalo que lo envolvía todo.

—¿Lo entiendes? —murmuró él, tan bajo que apenas llegó a oírlo.

Ella asintió.

Él retiró despacio la mano y la deslizó a su cintura. Helen rezó para que Jennifer y Bridges terminasen pronto. Estar tan cerca de él aceleraba su pulso y le encendía la piel. ¿Cómo iba a soportar dormir a su lado toda la semana?

Permanecieron así unos minutos, hasta que por fin oyó a sus amigas salir de la tienda. Helen soltó un largo suspiro y se apartó.

—Tenemos que irnos antes de que entre alguien más —propuso.

—De acuerdo, pero aún no hemos acabado —repuso él, alejándose para volver a hablar con el tendero.

Helen apretó los puños. Jamás había conocido a un hombre tan exasperante. ¡No pensaba entrar en otra tienda con él!

—Muy bien, todo está arreglado —anunció al regresar—. Los vestidos estarán listos el miércoles por la tarde. Tendrás tiempo de empaquetarlos. —Hizo una pausa—. Tienes un baúl, ¿verdad?

—Sí, tengo un baúl —respondió. No era necesario aclarar que estaba prestado.

—Perfecto. Ahora necesitas ropa interior nueva, gorros, guantes…

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y lo fulminó con la mirada.

—No va a ayudarme a comprar ropa interior. Además, nadie la verá; la que tengo basta.

—¿Ah, no? —arqueó una ceja—. ¿No es eso lo que haría un hombre por su amante?

—No.

—Yo diría que sí. Y no olvides que te veré en ropa interior, y no me complacería encontrarte con prendas únicamente «apropiadas».

—Canalla —espetó ella, saliendo hacia la puerta.

Él la sujetó del brazo y la hizo girar. Sus ojos color avellana se habían vuelto de un verde airado.

—Soy el hombre que puede desbaratar tu mundo. No lo olvides.

Ella se soltó de un tirón.

—Estoy segura de que no me dejará olvidarlo.

—No lo haré —musitó.



James empujó la puerta del burdel de Lady Russell y subió las escaleras tras saludar con un leve gesto a las damas. Varias parecieron decepcionadas al verlo dirigirse a las estancias privadas de su madre. Llamó apenas a la puerta y entró en la habitación vacía. Alguna de las mujeres avisaría de su llegada y ella acudiría enseguida.

Deambuló por la suite, apreciando el gusto de la decoración. Aunque la mayor parte de la casa lucía rojos y burdeos llamativos, allí los muros estaban revestidos de un azul pálido con ribetes en blanco y oro. No parecía, en absoluto, el dormitorio de la propietaria de un burdel.

Diez años atrás había huido de aquel lugar como si lo persiguiera el diablo. Ahora lo encontraba mucho menos desagradable que la casa de su infancia. Solo iba allí para ver a su hermana. En cuanto a su padre, podía pudrirse en el infierno.

—James.

Giró la cabeza al oír la voz serena de su madre.

—Buenas tardes, madre.

—Qué agradable sorpresa.

—Pasaba cerca y pensé en verte —comentó, sentándose en una butaca de terciopelo dorado.

—¿Qué te sucede de verdad, James?

Debió suponer que ella advertiría enseguida que algo lo inquietaba.

Le contó la visita de Emma y su falta de entusiasmo por la próxima boda.

—No estoy seguro de que quiera a ese hombre —añadió.

Las cejas de su madre se unieron en un gesto dolido.

—Ojalá pudiera aconsejarla.

—Renunciaste a ese derecho hace casi veinte años —replicó con aspereza.

A veces, cuando menos lo esperaba, la ira hacia ella emergía. Aunque entendía que no había sido culpa suya del todo, el resentimiento regresaba una y otra vez.

—Lo comprendo, James. Pero eso no significa que no anhele lo que ya no tendré.

Bajó la mirada a sus faldas de seda. A sus cuarenta y cinco años seguía siendo una mujer hermosa. Algunas hebras plateadas salpicaban su cabello rubio y varias arrugas enmarcaban los ojos. Aun así, irradiaba belleza.

—Entonces, ¿qué más te trae hoy?

—El jueves me marcho a una fiesta. No podré venir en quince días.

Asintió.

—Sin duda, la de Farleigh.

—¿Cómo lo sabes? Bah, mejor no me digas cómo te enteras de esas cosas.

Con quién se acostaba su madre no era asunto suyo. Había decidido no pensarlo hacía años.

—Aquí se oye todo —rió ella suavemente.

James recorrió la estancia con la mirada y se acercó a la ventana. Sus ojos volaron hacia la casa de Helen. ¿Estaría allí?

—¿Qué te preocupa de verdad, cariño? —preguntó en voz baja —. ¿Has meditado lo que te dije?

—Sí.

—Excelente. He pensado que la hija mayor de milord Farber podría ser otra opción. Lleva tres temporadas y no se ha interesado por nadie.

—Madre, consideraré a la señorita Farber y a la señorita Coddington cuando regrese de la fiesta.

Ella frunció el ceño y cruzó los brazos.

—Vas a hacer otro encargo para Jensen.

—Sí, pero será el último. Y no es eso lo que me inquieta.

—Entonces, ¿qué es?

—¿Qué sabes de la señorita Lander? Necesito averiguar todo lo posible antes de confiarle una misión tan importante.

—¿La señorita Lander?

—Tu vecina, la de al lado.

—Sí, la conozco —respondió con rigidez—. Claro que no tratamos. Creo que es hija de un vicario. Acoge a huérfanos. Parece bastante agradable.

James se volvió y la observó en silencio un largo instante. Había un matiz extraño en su voz, como si callara algo. ¿Qué más podría saber de Helen? Esa era, al fin, la imagen que ella ofrecía al mundo: una ratoncita discreta que recogía huérfanos para salvarlos de la delincuencia. Se preguntó si alguien, aparte de él, sabía que en realidad era una ladrona.

«Me pregunto qué sabes de ella… y por qué». Su madre se alzó y cruzó los brazos.

—La señorita Lander no es una mujer para alguien como tú.

James parpadeó.

—¿Alguien como yo? Tu hijo.

—Exactamente. Un hombre que usa a las mujeres para su placer…

—Y para el de ellas, también.

Ella siguió como si no lo hubiera oído:

—Un hombre que apenas ahora ha decidido que la respetabilidad importa. Un hombre sin deseo real de casarse. Un hombre que ni siquiera parece respetar a las mujeres.

—Ahí sí he de protestar —repuso con gravedad—. Respeto plenamente a las mujeres.

—No, no es cierto. Para ti son juguetes. Y no permitiré que trates mal a la señorita Lander. —Sonó como una leona en guardia —. Además, ella no mejorará tu posición. Necesitas a la hija de un par.

—No tienes por qué preocuparte, madre. No pienso tratar a la señorita Lander con otra cosa que no sea respeto. Y, dada su historia, jamás haría más que besarla. Cualquier otra cosa está descartada.

Después de lo que le había hecho, Helen debía odiarlo.

—Más te vale —advirtió—. Esa joven es una dama dulce e inocente.

James contuvo la risa. Se preguntó qué pensaría su madre de la dulce e inocente dama si supiera que Helen había robado el collar de su hija.



—Helen, ella está aquí —anunció Hannah desde el umbral del pequeño despacho de Helen.

—¿Están todos los niños arriba? —preguntó Helen mientras colocaba la pluma en su soporte.

—Sí.

—Muy bien, entonces —Helen se alisó el cabello—. Hazla pasar.

Tomó un sorbo de su té tibio y tragó para dominar el temblor que le recorría la garganta. Al oír los pasos suaves, se le tensaron los nervios y un nudo le apretó el estómago.

—Buenas tardes, Helen.

—Buenas tardes, lady Russell. ¿Nos sentamos en el sofá? —Odió sentir cómo la voz le vacilaba cada vez que hablaba con aquella mujer.

—Sí —respondió lady Russell, avanzando con elegancia hacia el sofá gastado. Tras acomodarse, dio unas palmaditas en el cojín contiguo—. Siéntate conmigo.

Helen se puso en pie y caminó despacio hacia el sofá. Aquella mujer podía arrebatárselo todo si lo deseaba. Pero no por mucho tiempo. Si superaba la semana siguiente, tendría dinero suficiente para que lady Russell no pudiera hacerle nada. El dinero de Brayden le daría la seguridad y la protección que había buscado toda su vida.

—Siéntate —ordenó.

Helen obedeció de inmediato y cerró las manos temblorosas sobre el regazo.

—¿Donde conociste a lord Brayden? —inquirió lady Russell sin preámbulos.

Helen frunció el ceño. Hacía diez años le había confesado a lady Russell que había perdido la virginidad con un hombre, pero jamás reveló su nombre. ¿Por qué preguntaba por él ahora? ¿Los habría visto juntos de compras?

—Lo conocí hace unos días, en la velada de lady Sheraton. Era la primera vez que lo veía, aunque es amigo de lord Sheraton.

—Maldito sea —murmuró lady Russell, clavando la mirada en Helen—. Debes mantenerte alejada de él.

—¿Por qué? —replicó ella con fingida inocencia.

—Ese hombre es un libertino empedernido. Te empleará sin miramientos, más que cualquier otro —apuntó lady Russell, apartando la vista—. Y no pienses ni por un instante que te pedirá matrimonio. No quiere saber nada de eso. No respeta a las mujeres.

—Por supuesto —concedió Helen con recato.

Las breves interacciones de los dos últimos días le habían mostrado cuánto había cambiado él en diez años. El rostro de lady Russell, en cambio, se tensó con un rictus de dolor, como si Brayden la hubiera herido alguna vez. Tal vez estuviera enamorada de él. No sería tan extraño: ella era mayor, sí, pero Brayden poseía encanto. Helen lo sabía demasiado bien.

—Helen, no estoy segura de que comprendas la gravedad de lo que te digo. Bajo ninguna circunstancia debes fomentar ni siquiera una amistad con lord Brayden.

—Como desees —aceptó. Y no mentía. No tenía la menor intención de alentar una amistad ni ninguna otra relación con aquel hombre. Solo debía soportarlo una semana. Podía fingir indiferencia y, con suerte, él creería que no sentía el menor interés. Pasado ese tiempo, solo lo vería en algunos actos sociales.

—Lo siento, Helen —musitó lady Russell—. Te diría más si pudiera, pero no me es posible. Por favor, sigue mi consejo con respecto a ese hombre.

—Lady Russell, le debo todo y más. Si me pides que no trate a lord Brayden, haré cuanto esté en mi mano por evitarlo. No podré impedir que nos crucemos si él acude a un evento de mis amigos, pero no le daré aliento alguno.

Lady Russell se levantó y fue hacia la pequeña chimenea.

—Ojalá bastara para detenerlo. Cuando fija la atención en una mujer, hace cuanto puede por conseguirla. No querría verte convertida en su amante, Helen.

Odiaba mentirle, pero no tenía alternativa. Lady Russell no debía descubrir sus planes para la semana siguiente.

—Lady Russell, nunca seré la amante de lord Brayden. Ni de ningún otro hombre, por cierto. Tengo ocho niños a mi cuidado. ¿Cuándo encontrarías tiempo para semejante cosa? —añadió con una sonrisa leve.

Lady Russell rió quedamente.

—Muy cierto, querida. Te mantienen muy ocupada —respondió, volviendo al sofá. Por fin le dedicó a Helen una sonrisa franca—. ¿Cómo está?

—Está muy bien.

Lady Russell miró hacia la puerta con nostalgia.

—La vi hace una semana desde mi ventana. Está creciendo tanto…

—Y cada día está más guapa. Cuando llegue el momento, le buscaré un padrino. Se merece una temporada y un hombre que la trate bien.

Helen pensó en Jennifer o en Bridges para apadrinar a la niña llegado el día. Si no, no tenía idea de cómo lograrlo, aunque ahora no importaba. Debía preparar a todos para su semana de ausencia.

Y rezar para que lady Russell no descubriese con quién pensaba marcharse.

Capítulo 7

Helen se recostó en el cómodo asiento del carruaje y suspiró. Nunca había estado lejos de los niños y los echaría mucho de menos. Dejarlos esa mañana había sido de las cosas más difíciles que había hecho. Todos tenían lágrimas en los ojos y le hicieron prometer que volvería antes de Navidad.

Afortunadamente, Brayden había encontrado a una mujer muy adecuada para ayudar a Hannah a mantener a los niños bajo control. Podrían sobrevivir una semana sin ella. O al menos eso intentaba repetirse Helen.

Llevaban una hora de viaje y, salvo por un breve comentario, el hombre sentado frente a ella permanecía en silencio. Quizá tenía muchas cosas en la cabeza. Aunque, al mirarlo, lo vio con los ojos bien cerrados y la respiración acompasada, como si durmiera. No entendía cómo alguien podía dormir en un carruaje en marcha.

Por otra parte, Brayden seguramente había salido de Londres otras veces, a diferencia de ella. Helen se echó la capa de piel sobre los hombros y miró por la ventana. Los edificios de Londres quedaban ya a lo lejos y, delante, se extendían campos blanqueados por una nevada ligera. Se veían algunas casas pequeñas y posadas, pero sobre todo el paisaje la cautivaba.

La emoción la invadió al alejarse del único lugar que había conocido. Su mente rebosaba de curiosidad por la finca a la que se dirigían. Jennifer le había descrito las propiedades de lord Sheraton, pero Helen no podía imaginar su tamaño. Habiendo crecido en la

miseria, su modesta casa de Kent Street siempre le había parecido enorme.

—¿En qué piensas? —la voz de Brayden sonó ronca, como recién despierto.

Ella giró la cabeza y lo miró. Sus ojos, aún somnolientos, se habían entreabierto mientras la observaba. El corazón de Helen se aceleró al contemplar a aquel hombre apuesto.

—Solo estaba mirando fuera.

—¿Por qué?

Ella apartó la mirada y volvió al ventanal.

—Nunca había estado tan lejos de Londres.

—¿Nunca? —preguntó él, incrédulo.

—No —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pero apenas hemos dejado la ciudad.

—Aun así, es más lejos de lo que he estado nunca.

Él rió por lo bajo.

—Me sorprende de veras. He viajado toda mi vida. Admito que daba por hecho que todo el mundo hacía lo mismo.

—¿Le parece divertida mi vida? —La indignación le subió a la garganta. ¿Cómo se atrevía a reírse de ella?

—No —replicó en voz baja—. Me parece bastante triste.

—Encantador —dijo Helen, volviendo a mirarlo—. Ahora solo soy objeto de su lástima.

—Lo único que eres en mi mente es…

—¿Es…? —apremió, cuando él dejó la frase en el aire.

—Nada —cortó con brusquedad—. Estás aquí para fingir ser mi amante. Nada más.

—¿Por qué debo hacerme pasar por una amante fingida, Brayden? —ladeó la cabeza y frunció los labios—. Cuesta creer que tenga problemas para encontrar una de verdad.

—No necesito las complicaciones de una amante real esta semana. Necesito a una mujer que haga su papel y no se haga ilusiones de que voy a cambiar por ella —su mirada, intensa, la atravesó—. No lo haré. ¿Nos entendemos?

—Perfectamente. No quiere compromisos ni ataduras de naturaleza sensual.

Y si eso era cierto, ¿por qué se cargaba el ambiente de tensión en el carruaje? ¿Por qué, cuando él la miraba, el corazón de Helen se desbocaba?

Los minutos siguientes transcurrieron con lentitud. Ella volvió a contemplar el paisaje e intentó ignorarlo, mientras Brayden, frente a ella, fruncía el ceño.

—¿Cómo pasaste de vender naranjas a acoger niños? —rompió al fin el silencio sofocante—. La cantidad que me robaste no te habría dado para alquilar una casa más de unos meses.

Helen negó con la cabeza, desconcertada.

—¿De qué está hablando? Yo nunca le robé dinero.

—El dinero que gané apostando aquella noche. Desapareció… y tú también.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, decepcionada.

—Así que simplemente asumió que yo lo había cogido.

—Sabías que había ganado una suma. Lo llevaba en el bolsillo cuando hablamos. Más tarde ya no estaba. ¿Por qué iba a pensar otra cosa? Nunca te culpé. Después de lo que pasó, supuse que te llevaste lo que te correspondía.

Él la tenía por poco más que una prostituta.

—Estaba borracho esa noche. Dormía cuando le dejé, a usted y al dinero, en la iglesia. Probablemente alguien pasó por allí y se lo

robó después de que me fuera.

Brayden apartó la mirada y apretó la mandíbula.

—Quizá —admitió en un murmullo.

—¿Por qué me creería? —musitó ella, negando con la cabeza.

¿Por qué iba a creerla? No era más que una vendedora de naranjas que se había entregado a un hombre en la calle como una mujer de pago. Y, por supuesto, le había sustraído un collar del bolsillo. Ella misma no se habría creído.

—He dicho que quizá. Pero incluso tú habrás de admitir que tenía motivos para pensar que robaste el dinero.

—Realmente no importa.

Aunque a ella sí le importaba. La mayor parte de su vida había elegido mal, pero aquella vez no. Y eso contaba.

Se volvió hacia la ventana, consciente de que nunca sería el tipo de mujer en la que él pudiera confiar. Y se preguntó por qué le importaba lo que pensara. Su papel allí era interpretar un personaje, como una actriz sobre el escenario.

—No respondiste a mi pregunta —dijo él con calma.

Ella frunció el ceño y lo miró.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo pasaste de vender naranjas a acoger niños?

Helen cerró los ojos y contuvo las lágrimas. La promesa que se había hecho diez años atrás nunca le había resultado difícil de cumplir… hasta ahora.

—¿Cómo cree que lo hice? —inquirió, sosteniéndole la mirada hasta que él la apartó.

—De la manera fácil —murmuró, con un deje de disgusto.

Helen se mordió la lengua hasta saborear un rastro metálico. Ojalá pudiera decirle la verdad. Después de vivir una mentira

durante diez años, habría sido un alivio desahogarse con alguien. La necesidad de contárselo la abrumaba, pero no podía ceder. Lo que él pensara de ella no debía importar.

—Una verdadera dama lo negaría —susurró él.

—No soy una verdadera dama y nunca lo seré —replicó.



James apretó los puños y contuvo la ira que le provocaba en lo que ella se había convertido. Muy posiblemente, en lo que él la había convertido. Quizá, si nunca la hubiera tocado, habría seguido vendiendo naranjas hasta entrar al servicio de una familia respetable. Donde el dueño de la casa la habría reclamado, pensó con asco.

En lugar de eso, había vendido su cuerpo a cualquier hombre que la quisiera. Y lo peor era que él habría sido el primero en la fila si hubiera sabido dónde se alojaba. Se culpaba por su desgracia, aunque sabía que no era del todo culpa suya. Ella podría haberle pedido ayuda.

Pero, después de lo ocurrido aquella noche, dudaba haber hecho algo por ella. Su confianza en las mujeres se había hecho añicos. Todas pensaban en sí mismas.

Entonces, ¿por qué le importaba lo que le hubiese pasado a aquella jovencita?

Porque lo que él había hecho los unía para el resto de sus vidas. Tenía con ella una deuda que jamás podría pagar con dinero. Y por mucho que anhelara su perdón, nunca lo obtendría. Tampoco lo merecía.

Ojalá entendiera por qué ansiaba saber más de ella. Deseaba comprenderla, conocerla mejor. Y, lo que era peor, la deseaba. La única mujer a la que jamás podría volver a tener era la que más anhelaba. El silencio del carruaje lo empujaba a pensamientos peligrosos.

—Helen —rompió por fin el mutismo—, háblame de tus padres.

Ella giró la cabeza con el ceño fruncido.

—No hay nada que contar. Mi padre fue panadero hasta que murió, cuando yo tenía tres años. Mi madre hizo lo que tuvo que hacer hasta que una enfermedad se la llevó, cuando tenía siete.

—¿Quién te acogió después?

—La mujer del piso de arriba —murmuró, mirando los zapatos que asomaban bajo la manta.

—¿Y fue ella quien te obligó a vender naranjas?

—La señora Perkins hizo lo que creyó necesario.

—¿Y qué fue eso?

—Me enseñó a robar carteras para ganar lo suficiente y mantenerla —susurró—. Debía hacerlo o me habría puesto en la calle.

—¿Qué clase de mujer despiadada dejaría a una niña pequeña afuera para que le consiguiera dinero? —La furia le subió, y tuvo que contener el impulso de dar una patada a algo.

Helen soltó una risa desdeñosa.

—No es tan inocente, Brayden. Sabe lo que les pasa a las niñas que se quedan en la calle. Robar carteras fue mi salvación. Y se me daba bien. Tenía un sitio cálido donde dormir y comida en el plato. La mayoría de los chicos y chicas que robaban habrían matado por lo que yo tenía.

Él conocía demasiado bien el destino de muchas de esas muchachas, porque su propia madre las había explotado.

—¿Por qué no acudiste a mí en busca de ayuda después de…?

Ella cruzó los brazos.

—¿Después? Lo único que sabía de usted era que se llamabas Jem. ¿Cómo se supone que iba a encontrarte?

—No lo sé —admitió en un susurro y por favor, deja de llamarme de usted. Debes acostumbrarte a tutearme.

De aquella noche recordaba poco. Tras el regreso de su madre de entre los muertos, se había dejado cegar primero por la ira y luego por el brandy. Incluso nueve años después de saber por qué lo había hecho, la frustración por el engaño seguía bullendo en su interior.

—¿Por qué es tan importante para ti mi vida?

—Desde luego que no lo es. Solo siento curiosidad por lo que has hecho estos diez años y converso contigo para pasar el rato.

—He estado cuidando de niños huérfanos. Nada más.

—Y robando carteras cuando te place —añadió él.

—No. Solo cuando ando corta de dinero —replicó.

—¿Y qué harás con lo que ganes en este encargo?

Ella volvió el rostro hacia la ventanilla, con melancolía.

—Darles a los niños una Navidad como Dios manda: regalos, una gran comida y ropa bonita para ir a la iglesia.

La mujer era un conjunto de contradicciones. Robaba, pero al parecer solo para ayudar a los pequeños a su cargo. Y, cuando se le presentaba la ocasión de alejarse de sus responsabilidades, lo único que deseaba era darles más.

James desvió la mirada al paisaje que corría junto al carruaje. Algo no encajaba. ¿Cómo una mujer sin recursos mantenía un hogar para huérfanos solo con sus dotes de carterista? Era buena, sí, pero las probabilidades de que la atraparan eran altas y las piezas empeñadas jamás rendían su valor real.

Entonces, ¿de dónde salía el dinero? La única vía que él conocía para que una mujer ganara lo necesario era la prostitución. No cualquiera, sino la de una amante mantenida por un hombre rico. ¿Podía ser? ¿Tendría Helen un protector?

No podía formular esa pregunta. ¿Quién era él para juzgarla? Su vida distaba de ser intachable. Las mujeres lo tenían mucho más difícil, en especial sin un hombre que las sostuviera. Las opciones eran escasas.

Aun así, la idea de que se entregara a cualquier hombre adinerado le revolvió el estómago. Merecía algo mejor. Tal vez el dinero que iba a pagarle la ayudaría a liberarse de su último protector. Si es que deseaba esa libertad, se dijo.

Parecía un torbellino de contradicciones. No podía evitar la curiosidad. Si de veras tenía un protector, debía de ser muy discreto; de otro modo, sus amigos ya habrían oído rumores. Quizá, incluso, esos amigos contribuían con donativos para los huérfanos.

—Helen, ¿cómo llegaste a relacionarte con tus amigos?

Ella lo miró con frialdad y, por un instante, creyó que rehusaría responder. Bajó la vista a sus manos, esbozó una sonrisa leve y se le formaron unos hoyuelos diminutos.

—Conocí a Jennifer en la biblioteca.

—Entonces sabes leer.

—Sí. Aprendí cuando tenía dieciocho —contestó con orgullosa sencillez.

Él guardó ese dato. Parecía feliz de saber leer, y aquella edad significaba algo.

—Jennifer y yo queríamos el mismo libro —continuó ella, volviendo la cabeza hacia él—. Acabamos conversando y me invitó a su casa, a un salón literario para discutirlo.

—¿De veras?

Se rió suavemente.

—Nunca me había sentido tan fuera de lugar. Pero Jennifer, Bridges y Margaret me incluyeron en la charla y me invitaron a volver al mes siguiente. Cuando supieron que dirigía el hogar para huérfanos y que, como ellas, no deseaba casarme, empezaron a invitarme a tomar el té. En poco tiempo nos hicimos muy buenas amigas.

—Pero ahora las tres están casadas —le recordó.

—Es cierto, aunque solo después de hallar a su pareja perfecta.

O la persona que Grace juzgaba perfecta, pensó él.

—Me alegra que hayas encontrado amigas así.

Ella le sonrió con ternura, y el corazón de James dio un brinco.

—Gracias —musitó con timidez.

El carruaje aminoró hasta detenerse. Helen lo miró, intrigada.

—¿Por qué nos paramos? Es demasiado pronto para llegar a Farleigh.

Un mozo de cuadra llamó a la portezuela.

—Milord, ¿un momento, por favor?

—Por supuesto —respondió James.

El mozo abrió y la nieve se arremolinó en el vano.

—El cochero dice que el tiempo empeora. Recomienda detenernos unos kilómetros más adelante, en una posada.

—No —susurró Helen—. Debemos llegar a Farleigh.

—La fiesta no empieza en realidad hasta mañana por la noche. Prefiero que lleguemos sanos y salvos —repuso James, volviéndose hacia el mozo—. Dígale al señor Chester que haga lo que considere mejor.

—Sí, milord.

James se recostó en los cojines y estudió el rostro preocupado de Helen.

—¿A qué viene tanta prisa por llegar a Farleigh?

—Tengo un trabajo que cumplir. Prefiero hacerlo y terminar —replicó.

—Y cobrar.

Ella le devolvió una sonrisa tensa.

—Exactamente. Me alegra que entendamos nuestras posiciones. Solo estoy aquí para fingir ser tu amante. Recuerda que no es más que una función. Cuando estemos a solas, nuestra relación se limita a la de empleador y empleada.

—Lo entiendo perfectamente, señorita Lander. Eres mi empleada y nada más.



Helen tomó la mano de Brayden y descendió del carruaje. Tenía que admitir que, después de cuatro horas encerrada con él, necesitaba aire. Su presencia la abrumaba en un espacio tan reducido, y sus preguntas la intimidaban.

Al menos ahora disfrutaría de algo de paz durante una noche. La idea de dormir sola le parecía maravillosa. Sin niños que la despertaran a deshora. Ni siquiera recordaba la última vez que había dormido del tirón.

—Vamos —invitó él, ofreciéndole el brazo.

—Sí.

Cuando llegaron a la puerta de la posada, esta se abrió. Un hombre corpulento, de cabello castaño y amplia sonrisa, los saludó.

—¡Brayden! ¿Vas de camino a Farleigh?

—Ancroft, hace meses que no te veo —repuso Brayden con una leve mueca.

Ancroft miró a Helen y sonrió, dejando al descubierto unos hoyuelos profundos.

—Ya veo por qué. Debes de estar muy ocupado.

El doble sentido la incendió de vergüenza. Esperó que Brayden aclarase la situación, pero comprendió al instante que no podía hacerlo: estaba allí para representar un papel.

El nombre del hombre le resultaba vagamente familiar, aunque no lograba ubicarlo. ¿Lo habría mencionado alguna de sus vecinas? No lo creía; solían ser discretas. ¿De dónde, entonces, le sonaba?

Brayden la atrajo hacia sí.

—Muy ocupado, sin duda, Steven.

—¿Te quedas a pasar la noche también? El tiempo ha empeorado —observó Ancroft, alzando la vista a la nieve que caía de las nubes.

—Sí. Con suerte, mañana podremos completar el resto del camino. Y hablando del mal tiempo, debo poner a esta encantadora mujer a resguardo —intervino James, adelantándose.

—Deberíamos cenar juntos esta noche, Brayden. Los tres —propuso Steven.

Helen percibió la advertencia muda que James dirigió a su amigo, aunque no entendió el motivo.

—Ya he reservado un comedor privado y preferiría la compañía de un viejo amigo y, quizá, de uno nuevo —añadió Ancroft, guiñándole un ojo.

—De acuerdo. Cena a las siete —aceptó Brayden, y dio un paso adelante, arrastrándola con él.

—Buenos días, milord —los saludó un mozo al cruzar el vestíbulo.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Brayden murmuró:

—Para él es «milord».

Ella se detuvo y retiró el brazo de su agarre.

—¿Y cómo iba a saberlo si nunca nos presentaste?

—Lo discutiremos arriba.

La irritación por sus modales le subió a la garganta.

—Como estaré en mi habitación con la puerta bien cerrada, dudo que esa conversación tenga lugar.

Él la acercó tanto que Helen sintió en la mejilla su aliento cálido.

—Te equivocas, porque jamás permitiría que mi amante durmiera sola.

El corazón le golpeó el pecho. No podía hablar en serio. Todo era una representación. Ella no era, no podía ser, no sería su amante. Aun así, le costaba apartar la vista de aquella mirada intensa.

—Pero estamos en una posada, no en la fiesta —balbuceó.

—Y, sin embargo, lord Ancroft ya sabe que estamos juntos. Así que juntos nos quedaremos… toda la noche.

Capítulo 8

James subió la escalera chirriante con Helen pisándole los talones. Maldito Steven por aparecer allí. Con él rondando, James no tenía más remedio que mantenerla en la misma habitación. Al abrir la puerta, confirmó sus sospechas: la única cama, en el centro, apenas admitiría a dos personas salvo que se acurrucaran.

Y él sabía que no podría dormir tan cerca de ella.

Las horas a solas en el carruaje casi lo habían consumido. No dejaba de desviar la mirada hacia ese rostro dulce. Sus pensamientos volvían a sus labios una y otra vez, hasta que decidió que la conversación ahogaría la tentación. Tampoco funcionó.

¿Cómo podía una mujer que había pasado por tanto seguir pareciendo tan inocente?

—Esto no puede ser —protestó ella al entrar tras él.

—No tienes nada que decir al respecto —replicó con brusquedad. Entendía sus razones, pero no volvería a dormir en el suelo: tras cinco meses sin una cama decente la mayor parte de las noches, dormiría donde le viniera en gana.

—¿No tengo otra opción?

—Ninguna. La cama es pequeña, pero nos las arreglaremos.

—Un caballero se ofrecería a dormir en el suelo —dijo, dejando el baúl en el suelo. Cruzó los brazos y golpeó la tarima con el pie, impaciente.

Él rió por lo bajo.

—Cariño, yo no soy un caballero.

—Eso lo aprendí hace diez años —replicó, alzando una ceja.

James se quitó el abrigo y avivó el fuego, haciendo que las brasas trepasen por la chimenea. Apoyó el antebrazo en la repisa y se quedó mirando las llamas. Ninguna mujer lo había afectado de tantas maneras. Quería protegerla y, al mismo tiempo, poseerla. No tenía derecho a lo uno ni a lo otro.

Se preguntó cómo podía ella soportar estar en la misma habitación que el hombre que la había violado. Tal vez su vida dura le había enseñado a dejar atrás el pasado, algo que él parecía incapaz de hacer.

Mientras ella se movía por la estancia, él escuchaba cada una de sus respiraciones, cada susurro de las enaguas. ¡Maldición! ¿Por qué ella? ¿Por qué no podía dominar aquella maldita atracción? Era un error. Si tuviera juicio, la devolvería a Londres y se enfrentaría solo a los celos de Farleigh.

Ella se sentó en la silla pequeña, demasiado cerca del fuego y de él.

—¿Quizá ahora me dirás por qué no consideraste oportuno presentarme a lord Ancroft?

Él se apartó de la chimenea y fue a la ventana.

—No hemos desarrollado nuestra historia.

—¿Nuestra historia?

—Quién eres, cuándo y cómo nos conocimos —dijo, fijando la vista en la nieve que caía y rogando que amainara para no quedar atrapados otra noche.

—Oh —murmuró ella—. No había pensado en eso.

Él se volvió para mirarla.

—Lo sé. Quizá sea buen momento para decidirlo.

—De acuerdo. Entonces, ¿quién soy? —preguntó con una sonrisa.

—Creo que lo mejor es decir que eres una viuda del campo.

—¿La señora Jones, quizá?

James se sentó frente a ella.

—Perfecto. Ahora bien, ¿cómo conocí yo a una viuda en el campo?

Ella se tocó los labios con el dedo. Sus ojos azules brillaron en la luz menguante. Una sonrisa lenta le curvó la boca.

—Pero no me conociste en el campo. Fui a la ciudad a visitar a mi tía.

—Y mientras la visitabas…

No tenía ni idea de dónde podrían haberse cruzado.

—¿En el Museo Británico?

Él negó.

—Muy improbable que yo estuviera allí.

—¿En la ópera?

—No.

—¿En una librería? —sugirió.

—Bien, entonces. Nos conocimos en una librería. No alcanzabas un volumen de poesía y te lo bajé. A partir de ahí hablamos largo y tendido, hasta que decidiste que querías un amante. El primero desde que murió tu marido, hace dos años.

—¿De qué murió?

—¿Qué más da?

—Alguien podría preguntarlo. Necesito que digamos lo mismo.

—Tisis —dictaminó, sabiendo que era frecuente.

—¿De veras?

Impaciente, se pasó las manos por el pelo corto.

—¿Por qué no?

—Esperaba algo más emocionante que la aburrida tisis —respondió con un encogimiento de hombros.

—Mátalo como mejor te parezca.

Ella sonrió, divertida, con los ojos muy abiertos.

—Muy bien. Fue un escándalo terrible, ¿sabes? Su mejor amigo se interesó por mí de forma impropia. El pobre Harry no tuvo más remedio que retarlo a duelo. ¿Te imaginas, su mejor amigo? Cuando todo terminó, ambos estaban muertos por mi culpa —sacudió la cabeza, con lágrimas en los ojos—. Trágico.

James soltó una carcajada. No recordaba la última vez que algo lo había hecho reír así, de verdad.

—Bien jugado, señora Jones.

—¿Las lágrimas fueron excesivas?

—Absolutamente perfectas.

De pronto dejó de temer por su actuación aquella semana. Ella interpretaría el papel como si hubiese nacido para el escenario. Y él haría bien en recordar que su presencia allí no era más que un trabajo.



Helen vio cómo la criada cerraba la puerta tras de sí, dejándola a solas con dos hombres y sin chaperona. Si alguna de sus amigas la viera así, se moriría de vergüenza. Por suerte, nadie conocería la verdad. Cuando terminara aquella semana, volvería a ser Helen

Lander, la piadosa mujer que acogía huérfanos. Y contaría con un dinero extra que le daría un poco de libertad y seguridad.

Lady Russell tendría poco que decir sobre lo que Helen hiciera o con quién se relacionara. Por mucho que le debiera, siempre había sabido que podía arrebatárselo todo en un instante y devolverla a la calle sin nada.

—¿Puedo conocer ya a esta hermosa mujer? —preguntó lord Ancroft con una sonrisa, acercándose a ellos.

—Steven, esta es la señora Jones —presentó Brayden con calma—. Emily, este es Steven, marqués de Ancroft.

Helen hizo una reverencia, deseando haberla ejecutado como correspondía. Lady Russell le había enseñado la forma correcta, pero no era un gesto que practicara a menudo.

—Milord —susurró.

Ancroft le tomó la mano y rozó el dorso con los labios.

—Un placer conocerla, señora Jones.

—Igualmente, milord.

Se enderezó y lo observó como lo haría cualquier amante. Los ojos marrones de él brillaban mientras le dedicaba una sonrisa apacible. La inquietud que la había acompañado durante el día, primero en el carruaje y luego en la habitación con Brayden, por fin empezó a disiparse. Lord Ancroft parecía saber cómo hacer que una mujer se sintiera cómoda.

—¿Nos sentamos? —propuso, indicando la mesa dispuesta para tres.

—¿La señora Mayweather no se une a vosotros? —preguntó Brayden mientras se acercaban.

—Buscaba algo más de lo que yo podía darle.

—Ah, el matrimonio —apuntó Brayden con una sonrisa autoindulgente.

—Eso es lo que desean la mayoría de las mujeres, ¿no es así, señora Jones?

Helen ocupó el asiento que Brayden le había cedido.

—Para algunas, supongo que sí.

Brayden tomó asiento con el ceño marcado.

—¿Y usted no?

Negó y alzó los ojos al techo con fingida paciencia.

—Olvidas que ya estuve casada, querido. ¿Por qué iba a encerrarme otra vez en esa institución? Solo sirve para que los hombres nos controlen.

Ancroft soltó una risa breve.

—Me gusta, Brayden. Es refrescante oír a una mujer hablar con tanta franqueza.

—Sí —concedió él, aunque la miró con curiosidad, como si no acabara de creerla.

Llamó el posadero y entró con dos sirvientes. Una criada dejó una botella de vino y otra depositó una cesta de pan caliente. Al instante, a Helen le rugió el estómago.

La muchacha llenó las copas mientras el posadero recitaba el menú. Helen tomó la suya y probó el vino seco y afrutado. El calor le aflojó el cuerpo cansado. Ojalá estuviera en su propia habitación, para pedir un baño.

—He… Emily —comenzó Brayden, mirándola—, ¿prefieres pescado o asado?

—El asado, por favor.

—¿Estás bien? —se inclinó hacia ella—. Pareces un poco aturdida.

—Discúlpenme, señores. Solo estoy cansada del viaje.

Ancroft asintió.

—Lo comprendo perfectamente. Al menos estás mejor que la amiga de mi prima.

—¿Ah, sí? —murmuró ella.

—La pobre Jennifer no soporta mucho rato el traqueteo del carruaje sin… bueno, ya me entiendes.

Helen miró a Brayden, helada. De pronto le faltó el aire. ¡Claro que recordaba el nombre! Ancroft era primo de Margaret y amigo de lord Sheraton y de Bridges. Aunque nunca lo había tratado, había oído hablar de él más de una vez.

Conocía a sus amigas. Si ataba cabos, estaba perdida.

Y todo por culpa de Brayden.

Al notar que la mirada de él se volvía fría, comprendió que quería que siguiera la charla.

—¿Quién es su prima, milord? Quizá la conozca.

—Lady Margaret. Se ha casado recientemente; ahora es la duquesa de Noland.

—¿La conoces, Emily? —intervino Brayden, clavándole los ojos. La advertencia sobraba.

Helen negó despacio, como sopesando la pregunta. Se volvió hacia Ancroft.

—No creo. Estoy segura de que deben de ser damas encantadoras si son amigas suyas, milord.

Por fortuna, los criados regresaron con la cena. Helen alzó la copa y bebió un trago largo. Aquello podía tornarse mucho más difícil de lo previsto. Brayden le había asegurado que ninguno de sus conocidos estaría en la fiesta. La situación era pésima y ya estaba demasiado metida para dar marcha atrás.

Conforme avanzaba la velada, Helen ató varios hilos. Ancroft y Brayden se conocían de antiguo, pero entre ellos persistía cierta distancia, como si Brayden no permitiera que nadie se le acercara de verdad. Y, sobre todo, estaba casi segura de que la única razón de

aquella cena era ponerla a prueba. Brayden quería medir su reacción al vínculo de Ancroft con sus amigas. Aquello solo avivó su enfado con el hombre a su lado y la empujó a beber más de lo que había bebido en su vida.

—¿Recuerdas la noche de tu decimoctavo cumpleaños, Brayden? —sonrió Ancroft—. Pensábamos que jamás te atreverías a entrar en casa de lady Russell.

—¿Lady Russell? ¿Quién es? —preguntó Helen con inocencia.

Él había ido a la casa de lady Russell antes de tenerla en la escalera lateral de St. George. La ira volvió a hervirle.

—Quizá sea un asunto para recordar entre nosotros, Steven —atajó Brayden, reclinándose y probando el vino.

Ancroft se encogió de hombros.

—No seas tan mojigato. Por Dios, esa mujer es tu amante.

—Cierto —concedió Brayden—, pero sigue siendo de mal gusto hablar de esas cosas delante de ella.

—Sin embargo —intervino Helen—, ya que estoy aquí y me han dejado una pregunta sin respuesta, creo que deberíamos hablar de ello.

—Me gusta, Brayden —celebró Ancroft. Se inclinó hacia ella y, en voz baja, añadió—: Si alguna vez él te aburre, estaré encantado de ser tu protector.

Helen le sonrió y después miró a Brayden. Se inclinó y le acarició la mejilla, deleitándose con la firmeza de su mandíbula, con la esperanza de desconcertarlo tanto como Ancroft la había desconcertado a ella.

—Dudo que pueda aburrirme. Y pienso asegurarme de que él tampoco se aburra conmigo.

Brayden le tomó la mano y posó un beso suave sobre sus nudillos. Un escalofrío le recorrió el brazo cuando intentó retirarse. Él no la soltó. La miró fijo, y el verde de sus ojos se oscureció.

Vaya modo de intentar desconcertarlo.

—Cariño —susurró—, no tienes nada de qué preocuparte.



James observó cómo Helen se esforzaba por mantener el equilibrio al subir los escalones irregulares. Abrió la puerta y ella tropezó al cruzar el umbral. La sujetó con firmeza y le susurró:

—¿Cuánto vino has tomado?

—Tres copas.

—Si quieres seguir fingiendo ser mi amante, tendrás que aprender a aguantar mejor el alcohol.

Cerró la puerta con el pie y la condujo hasta la silla junto a la chimenea.

—¿Por qué se mueve la habitación? —murmuró ella, llevándose una mano a la frente.

—No se mueve —replicó, echando más carbón al brasero para que durara toda la noche—. Estás borracha.

—No, no lo estoy. ¿He dicho «no»?

—Sí. Y eso no hace sino demostrar lo que digo. Has bebido demasiado.

Ella se incorporó tambaleándose.

—Pues no estoy borracha. ¿Y por qué no me dijiste que Ancroft es primo de Margaret?

—Si hubiera imaginado que saldría el tema, te lo habría contado.

—No, no lo habrías hecho. Era una prueba, ¿verdad? Querías ver si era capaz de manejar una presentación ante un hombre que conoce a mis amigas. —Cruzó los brazos—. ¿He aprobado?

—No. Me miraste como si buscaras una respuesta, cuando tus ojos solo debían estar puestos en Ancroft.

¿Cómo había adivinado que la estaba poniendo a prueba? En cuanto vio a Steven en el patio y Helen no comentó su nombre, James decidió medir su reacción ante un hombre no solo conocido, sino pariente de una de sus amigas. Si Steven no hubiera mencionado a Jennifer, él habría sacado el nombre de Margaret.

—Bueno, quizá debería mantener la vista en Ancroft todo el tiempo. Después de todo, insinuó que buscaba una nueva amante.

Una oleada de ira lo atravesó. Acortó la distancia y la atrajo hacia sí.

—No harás tal cosa. Mientras yo te pague, la única persona a la que mirarás será a mí.

Se perdió en el fuego azul de sus ojos y se sobresaltó. El impulso de besarla volvió con fuerza, inoportuno y terco. No podía tocarla, no después de lo que le había hecho. Pero nada de lo que le dictaba la razón impidió que inclinara la cabeza hacia la de ella. Helen abrió un poco los labios, anticipando el roce.

Justo cuando él iba a acercarla más y cerraba los ojos, ella lo empujó.

—¿Qué crees que haces? —exclamó—. No estoy tan borracha.

—Claro que no —murmuró. Porque, para poder tocarla, tendría que estar completamente ebria. Se apartó del perfume sutil que le nublaba el juicio.

—Tengo que cambiarme de ropa —suspiró—. Ve detrás de la mampara.

—No puedo quitarme el corsé sin ayuda. Dijiste que lady Farleigh pondría a mi disposición una doncella.

Oh, cielos. Tendría que desatarle el corsé y ver cómo la piel blanca como la nieve quedaba expuesta a su mirada hambrienta. Estar tan cerca de ella sería su perdición. Había sido un necio por no aplacar sus deseos con alguna de las muchachas de lady Russell la noche anterior. Tal vez así habría sobrevivido a esta prueba.

—Te desataré el corsé —consiguió decir al fin.

—Seguro que tienes mucha práctica —replicó ella, fulminándolo con la mirada.

—La tengo —admitió con sequedad—. Busca tu ropa de dormir detrás del biombo.

Helen sacó un pesado camisón de franela y lo miró por encima del hombro.

—¿Dónde está el camisón que me compraste?

—En mi baúl. Y no pienso ponérmelo delante de ti.

La cautela en sus ojos delató su nerviosismo.

—Ponte lo que prefieras para dormir —añadió en voz baja—. No haré nada más que desatar tu corsé. Tienes mi palabra.

—Excelente. La palabra de un libertino, un mujeriego y un jugador. No tengo nada de qué preocuparme —ironizó, y se internó tras el biombo—. También necesitaré ayuda con los botones del vestido.

Él dejó escapar un leve gemido.

James se colocó detrás del biombo y alzó las manos hasta su espalda. Fue desabrochando uno a uno los pequeños botones. Poco a poco, la piel nacarada quedó al descubierto ante sus ojos hasta llegar al último. Le temblaron las manos al deslizar la tela por los hombros de ella.

—Puedo quitarme el vestido —susurró Helen, ronca.

Ojalá estuviera tan afectada como él. La sangre le golpeaba en las sienes mientras aguardaba a que se desembarazara de la prenda. Aquello era una locura.

—¿Puedes desatarme el corpiño ahora?

Podía. Y también podría arrancárselo con la camisa, tumbarla en la cama y hacerla suya hasta el amanecer. Pero no. Con dedos rápidos, soltó las cintas del corpiño.

—Ya está —anunció, y volvió junto a la cama. Apretó la mano en el poste y dejó escapar el aire.

—Gracias.

El roce de telas avivó su imaginación hasta pintar escenas de un cuerpo desnudo que no debía imaginar. Oyó sus pasos acercarse. No quería verla con el camisón puesto. No era… decoroso. Ni siquiera uno de franela.

—¿Estás bien? —preguntó ella—. Te agarras al poste como si fueras a caer.

—Estoy perfectamente —logró decir. Al fin se volvió, y la vio cubierta de franela del cuello a los pies.

Helen rió quedo.

—Por un momento pensé que me dirías que este camisón no sirve para una amante.

Tenía que devolverle a la cabeza la idea de «amante de imitación».

—Tienes razón. Ese camisón nunca serviría para una amante de verdad. Pero tú solo finges serlo, así que es más que apropiado.

—Y una amante de imitación es todo lo que seré jamás —susurró.

Capítulo 9

Helen despertó despacio, tratando de ubicar dónde estaba tendida. Parpadeó de nuevo y distinguió a Brayden en la silla, junto a la chimenea, con los ojos cerrados. Al incorporarse, el martilleo en la sien arreció. ¿En qué cabeza había cabido pensar que tres copas de vino la ayudarían anoche?

Con un quejido, apartó las mantas y escogió en silencio la ropa para el día. Si se daba prisa, quizá estaría vestida antes de que él despertara. Volvió a mirarlo y suspiró. La ropa arrugada delataba que había dormido en la silla, no en la cama junto a ella. Anheló acercarse y rozar con los dedos el vello oscuro de su mandíbula. Pero no era su amante ni su prometida; no tenía derecho. En lugar de ceder a ese impulso, se fue tras el biombo para vestirse.

—¿Qué hora es? —preguntó él, somnoliento.

—Poco después de las siete —respondió Helen mientras ajustaba los cordones del corsé.

Después de la estupidez de ponerse la víspera un corsé con cordonera a la espalda, había aprendido la lección. Tener a Brayden tan cerca, con sus manos tocándole la piel desnuda, era algo que no podía repetirse. Le había costado todo el autocontrol no volverse y besarlo. Estaba allí para cumplir un trabajo. Las emociones lujuriosas tendrían que apaciguarse.

Oyó a Brayden moverse por la habitación. Los pasos se detuvieron. Incapaz de contener la curiosidad, asomó un instante por la pantalla y lo vio de pie frente a la ventana.

—Por favor, dime que ha dejado de nevar —pidió.

—Así es. No deberíamos tener problemas esta mañana, aunque iremos despacio.

—¿Por qué decidió lord Farleigh celebrar una fiesta en invierno?

Brayden negó.

—Tiene la idea romántica de que la temporada de Navidad debe celebrarse durante todo diciembre.

—Eso sí que es extraño.

—Espera a ver su casa —añadió, sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué?

—¿Has oído hablar de la costumbre alemana de llevar un árbol de hoja perenne al interior y ponerle velas?

Helen salió de detrás del biombo ya completamente vestida.

—¿Un árbol cubierto de velas… dentro de la casa? ¡Qué cosa más rara! Y peligrosa, si me preguntas.

—Coincido —dijo Brayden, rebuscando en su bolsa una camisa limpia—. No creo que esa moda llegue a gustar a la gente sensata.

Helen aguardó mientras él se lavaba y cambiaba. No quería pensar en que estuviera desnudo con una simple tela entre ambos. Sin embargo, la mente se le iba sola a esa imagen. Maldito hombre: era demasiado apuesto para la paz de sus sentidos.

Cerró los ojos y pensó en lo que dirían sus amigas si supieran que había pasado la noche en una habitación con Brayden. Sonrió al imaginar a Bridges animándola a seducirlo. Jennifer asentiría. Margaret sería más cauta, aunque probablemente diría lo mismo.

¿Y Grace? De todas, siempre se había sentido más próxima a ella. Quizá porque la educación de Grace no había sido mucho mejor que la suya. Y no tan impecable como la educación ficticia de Helen, esa que todas creían real.

—¿Va todo bien?

Helen abrió los ojos y contuvo un suspiro. Con chaqueta y pantalón negros, él parecía sombrío… y aún más atractivo.

—¿Por qué lo preguntas?

Brayden sonrió con esa media sonrisa tan suya.

—Tenías los ojos cerrados.

—Pensaba en mis amigas, nada más.

—Ah. Creí que quizá te arrepentías de aquellas tres copas de vino.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Ese arrepentimiento ya lo pasé.

Brayden rió por lo bajo.

—Entonces sospecho que el resto del viaje será un paseo agradable y tranquilo.

—Así será.

Ahora solo tenía que averiguar cómo resistirse a él cuando les tocara volver a compartir cama.



James golpeaba el suelo con el pie, impaciente, mientras aguardaba a que el lacayo abriera la portezuela del carruaje. Tras otras seis horas encerrado con Helen, necesitaba aire. Quería respirar sin que el tentador aroma de ella le llenara las fosas nasales. Por fin, la puerta cedió y salió con brusquedad. Le tendió la mano, preparado para la descarga de emoción que lo recorría cada vez que la rozaba.

Ella apoyó la suya en la de él, y ahí estaba otra vez.

Al bajar, Helen soltó un jadeo.

—Esa no puede ser la casa de Farleigh, ¿verdad?

James miró la mansión de granito pardo y luego a ella.

—Por supuesto que lo es.

—¿Quieres decir que alguien vive de veras en este lugar?

—Sí —repuso, perdiendo la paciencia—, Farleigh.

Helen negó con la cabeza. Él dio un paso y se detuvo al ver que ella no lo seguía.

—¿Qué ocurre?

—Mira el tamaño de esto —susurró—. Es tan grande como un castillo.

James volvió a observar la casa y se encogió de hombros.

—En realidad, no es tan grande. La residencia de mi padre, en Dorset, la supera.

Helen abrió la boca, atónita.

—¿La de tu padre es mayor? ¿Qué hace con tanto espacio?

—La mayor parte del tiempo la mantiene cerrada.

—Qué desperdicio —murmuró, avanzando un poco con un suspiro.

Al fin James comprendió su azoramiento.

—Nunca has estado dentro de una casa como esta, ¿verdad?

—Nunca. Lo más parecido ha sido la casa de Margaret en Londres.

Aunque grande para la ciudad, la mansión ducal era poca cosa frente a muchas fincas campestres de la alta sociedad.

—Helen, no debes mostrarte impresionada —advirtió—. Como mi amante, todos supondrán que eres una mujer con ciertos recursos.

Ella se sonrojó levemente, pero asintió.

—Si quieres, cuando lleguemos a nuestra habitación, podrás desahogarte y hablarme de lo magnífico que te parece este sitio.

—Gracias, Brayden.

—Muy bien, señora Jones. ¿Lista?

—Lista.

La nieve cubría la grava, que crujía bajo sus botas al avanzar hacia la entrada. Un mayordomo les franqueó la puerta y los condujo al interior, cálido y luminoso. James miró de reojo a Helen y contuvo una sonrisa: donde antes había asombro, ahora lucía un tedio impecable al cruzar el vestíbulo.

—Buenas tardes, milord —saludó el mayordomo, e hizo una reverencia a Helen—. Buenas tardes, señora. Un lacayo los acompañará a su alojamiento. La cena es a las siete; a las seis se servirá jerez en el salón.

—Gracias —respondió James, y siguió al lacayo escaleras arriba.

El criado abrió y les dejó pasar a la suite. Un saloncito, con sofá y dos sillas, precedía a la amplia alcoba, donde una cama enorme de caoba dominaba la estancia. Al menos, aquella pieza era lo bastante grande para dormir sin rozarse.

—Sus baúles subirán enseguida, milord.

—Gracias.

Helen se acercó a la ventana y contempló la extensión de la finca. Cuando la puerta se cerró tras el criado, James aguardó a que ella soltara por fin sus impresiones. Permaneció muda.

Se acercó despacio.

—¿Va todo bien?

Helen negó.

—No.

—¿Qué pasa?

—Todo. No pertenezco aquí. Este lugar es para damas, y yo no lo soy.

Él la hizo volverse para mirarlo.

—Quizá Helen Lander no sea una dama, pero la señora Emily Jones sí. No lo olvides.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Haré todo lo posible.

James la sujetó por los hombros y la sacudió apenas, hasta que ella alzó la vista.

—Harás más que eso. Convencerás a todos ahí abajo de que eres la señora Jones, viuda de un terrateniente.

—Sé cuál es mi trabajo —replicó, soltándose—. Eso no significa que me sienta cómoda con él.

—¿Qué es, exactamente, lo que te incomoda? —insistió.

Helen se volvió hacia la ventana.

—Fingir ser tu amante.

—¿Y por qué?

Ella prácticamente había admitido haber vendido su cuerpo. ¿Por qué le costaba fingir lo que, según él, no le era ajeno?

—No importa. Cumpliré con lo acordado y tú me pagarás cuando terminemos.

James soltó un suspiro hastiado.

—Helen, por una vez, ¿podrías ser sincera conmigo?

—Muy bien. —Apoyó la frente en el cristal unos segundos y volvió a hablar—. Porque no soporto estar en la misma habitación que tú.

No sabía por qué le sorprendía. Se había preguntado muchas veces cómo soportaba ella su cercanía después de lo de hacía diez años. Al menos, ahora lo decía en voz alta.

—No tienes nada que temer de mí —repuso con calma—. No haré nada que te cause dolor. Es más: procuraré no entrar en el dormitorio hasta que te hayas dormido.

Ella se volvió con una mueca de disgusto.

—Ambos sabemos que eso solo alimentará rumores. Superaré mi aversión y sacaré lo mejor de la situación.

—¿Cómo?

—Disfrutaré de la compañía… y de la mesa.

Él dio un paso.

—¿Y si tengo que tocarte delante de los demás?

Helen arqueó una ceja rubia.

—Haré todo por aparentar que lo disfruto.

De pronto, James supo que mentía. Intuición de jugador: reconocía un farol cuando lo veía. Y Helen Lander estaba faroleando.

—¿Y si tengo que besarte? —La suavidad de su voz ocultaba la irritación por otra mentira.

—Me veré obligada a soportarlo.

—¿Vamos a comprobar cómo soportas mis besos?

Antes de que ella pudiera retroceder, la atrajo y posó la boca sobre la suya. La cólera por sus medias verdades se deshizo cuando Helen entreabrió los labios. Él aprovechó para profundizar el beso y saborear el tímido roce de su lengua.

Ella se apretó contra su cuerpo y alzó los brazos, rodeándole el cuello. Aún le quedaban dudas: por alguna razón, ella se empeñaba en mantenerlo a distancia, pero su respuesta decía lo contrario. ¿Era eso un gesto aprendido, una máscara de inocencia?

Mientras le respondía, el cuerpo de James le exigía que la llevase a la cama. No podía. No mientras la sombra de aquella noche siguiera entre ellos. Si lo hacía, ella lo odiaría para siempre. Y, por extraño que fuera, no quería ese odio.

Se apartó con lentitud, sonriendo ante su expresión desconcertada.

Aquel no era el rostro de una mujer que soporta un beso.

Le alzó la barbilla con suavidad.

—Si sigues besándome así, acabaré creyendo que me deseas.



A las seis en punto, cerraron la puerta de la habitación y bajaron las escaleras en silencio. Las últimas tres horas habían sido una cuerda tensa para Helen. Después de un beso que casi le hizo fallar las rodillas, intentó mantenerse lejos de él. En un espacio tan reducido, poco podía hacer. Él se había echado en la cama de forma nada apropiada y se durmió una hora. Ella, mientras tanto, observó el ascenso y descenso de su pecho. Con los ojos cerrados, el rostro de Brayden se relajaba y resultaba aún más apuesto. Tenía que apartar esa imagen. Aquel hombre era un libertino. Y su empleador, nada más.

—Estás muy guapa esta noche —comentó él cuando alcanzaron la gran escalinata.

—Gracias.

—No muestres los nervios, Helen —le murmuró al oído.

El tibio aliento le recorrió la espalda como un escalofrío.

—No olvidaré a qué he venido.

—Entonces demuéstramelo.

Helen esbozó una sonrisa y le dirigió una mirada afectuosa. Se inclinó y rozó la mandíbula de Brayden con la punta de los dedos

enguantados. Los ojos color avellana de él se oscurecieron hasta volverse verde esmeralda.

—No tienes nada que temer, Brayden. Conozco mi papel.

—Demasiado bien —masculló.

Ese hombre seguía teniéndola por una ramera. Quizá debería decirle la verdad, pero aún no. Necesitaba la pequeña distancia que los separaba para conservar el juicio. Aunque, tras aquel beso, estuvo a punto de contárselo todo. No comprendía su reacción hacia ella. No era el tipo de caballero al que le importara si una mujer había estado con varios hombres. Por lo que había oído, frecuentaba la casa de lady Russell con regularidad.

—Vamos —propuso, ofreciéndole el brazo.

Ella lo tomó e ignoró la conciencia, demasiado nítida, del propio contacto. Mientras descendían, mantuvo la sonrisa y fingió que él era realmente su protector.

Entraron juntos en el salón y todas las cabezas se volvieron hacia la mujer del brazo de Brayden. Los caballeros respondieron con sonrisas de aprecio; algunas damas la miraron con franca envidia. Un hombre se acercó despacio. Con el brazo enlazado al de Brayden, Helen notó cómo él se tensaba a medida que el recién llegado se aproximaba.

—Brayden, qué interesante verte aquí. Supongo que no pudiste resistirte a la invitación de Hannah.

—Farleigh, quizá algún día superes tus celos —replicó Brayden, y se la llevó sin siquiera presentarla.

—Eso ha sido bastante descortés —observó ella—. Y con nuestro anfitrión.

—Déjelo estar, señora Jones.

La condujo hacia el borde del salón. Helen recorrió la estancia con la vista, atenta a cualquier rostro conocido. Por fortuna, parecía que Brayden había acertado: nadie la reconocía.

Lord Farleigh volvió a aproximarse, esta vez del brazo de una hermosísima mujer de cabello castaño rojizo. Ella le sonrió a Brayden de una forma nada apropiada. Helen alzó la mirada y sorprendió una sonrisa de agradecimiento en el rostro de él. La punzada de celos fue inmediata. Aquella dama era de las más bellas que había visto, y su aplomo denotaba que sabía moverse ante cualquier público.

—Brayden —susurró la recién llegada.

—Lady Farleigh, un placer volver a verla.

Lady Farleigh posó los ojos en Helen.

—¿Y quién es esta pequeña joya?

—Lord y lady Farleigh, les presento a la señora Emily Jones —acercó a Helen un paso—. Emily, lord y lady Farleigh.

Helen hizo una reverencia sin apartar la vista del conde. Sabía muy bien que las amantes buscaban siempre a su próximo protector, y no podía actuar de otro modo. Además, después del intercambio entre lady Farleigh y Brayden, le apetecía infligir una pequeña venganza. Lord Farleigh le tomó la mano y besó el dorso.

—Es un placer conocerla, señora Jones. Confío en que usted y lord Brayden disfruten de mi pequeña fiesta.

¿Pequeña fiesta? Helen echó un vistazo: contaba, como poco, a medio centenar de invitados.

—Gracias, milord. Estoy segura de que Brayden y yo lo pasaremos de maravilla.

Esperó que el tono coqueto resultara evidente para el conde… y para su esposa.

Brayden le lanzó una mirada rápida.

—Vamos, señora Jones. Nos queda mucha gente por conocer.

Mientras la apartaba del conde, le susurró:

—Bien hecho, Helen. Pero no te excedas.

—¿A qué te refieres?

—Tu actitud coqueta puede parecer un aliciente para la mayoría de los hombres. Podrían pensar que buscas un nuevo protector.

Helen rió por lo bajo.

—Eso es lo propio de una amante, milord.

Él se detuvo y le sujetó el brazo con firmeza.

—Quizá. Pero quiero que todos crean que solo eres mi amante. Que no andas buscando otro hombre. ¿Estamos?

Intentó soltarse, sin éxito.

—Perfectamente —respondió entre dientes—. Siempre que tú no estés buscando a otra.

—¿Qué insinúas?

Helen puso los ojos en blanco.

—No era difícil advertir que lady Farleigh te tenía echado el ojo.

—Quizá —concedió con una sonrisa desdeñosa.

Dos caballeros jóvenes se acercaron con sonrisas cautelosas.

—Brayden, ¿cómo estás? —saludó uno.

—Muy bien, Singleton.

Singleton recorrió a Helen con una mirada descarada.

—Farleigh se ha superado esta vez.

—¿Y quién es esta belleza? —añadió el más joven, clavándole los ojos en el escote.

—Señora Jones, le presento a lord Brentwood y al señor Singleton.

—Encantado de conocerla, señora Jones —exclamó Brentwood con entusiasmo excesivo.

Helen murmuró una respuesta, con deseos repentinos de alejarse de aquel grupo. Esas miradas impúdicas le provocaron una sensación desagradable en la nuca.

—¿Estás bien? —preguntó Brayden—. Te has quedado pensativa desde el último corrillo.

—Esos dos no hicieron más que mirarme de un modo lascivo.

Él arqueó la ceja izquierda.

—¿Y eso te sorprende? Eres una amante, y como tal, presa fácil.

—Pues no me gusta.

Él le apartó la silla y se sentó a su lado. Se inclinó de nuevo hacia su oído.

—Entonces concéntrate en mí. Debería ser el único en tu cabeza durante la cena.

—¿Por qué?

—Para que todos entiendan que solo estás aquí para mi placer.

Ella le dedicó una sonrisa tan impecable como falsa.

—Por supuesto.

Durante la cena, lo observó y conversó sobre todo con él y con la pareja sentada enfrente. Notó cómo Brayden vigilaba a todos los presentes, evaluándolos. ¿Qué buscaba allí? No se lo había dicho, pero Helen dudaba que asistiera sin motivo.

Aunque el tono de la fiesta era más informal y menos respetable de lo habitual, la etiqueta dictaba que las damas se retirasen al salón mientras los caballeros tomaban brandy y fumaban.

—Señora Jones —la llamó una voz pulida—. ¿Podría hablar conmigo?

—Sí, señora.

Una aprensión súbita la atravesó mientras seguía a lady Farleigh.

Lady Farleigh tomó a Helen del brazo y la condujo al salón.

—No pude evitar fijarme en cómo mirabas a ese demonio de Brayden. No es un hombre fácil de atrapar. Pero Farleigh tampoco lo fue.

No deseaba decirlo, porque lady Farleigh le parecía amable, pero no tenía alternativa.

—Para él no soy más que una amante.

La condesa rió quedamente al franquear el umbral.

—Como lo era yo para Farleigh. Debes convertirte en algo más que una amante si quieres asegurarlo.

Helen se detuvo y la contempló.

—¿Usted era su…?

—Sí, querida. Pasar de amante a condesa no es sencillo, pero puede lograrse. Si precisas ayuda, cuenta conmigo.

—Gracias, lady Farleigh.

—Por favor, llámame Hannah.

Helen le sonrió. No tenía el menor deseo de convertirse en la amante —ni en la esposa— de Brayden, pero la condesa no tenía por qué saberlo.

—Gracias, Hannah.

Capítulo 10

A medida que avanzaba la noche sin rastro de Thomas Benson, la frustración de James crecía. ¿Cómo vigilar a Benson si el hombre no aparecía? ¿Y si la información de Jensen era errónea? Llevaba casi diez años haciendo esos «trabajos extraños» para él. No sería la primera vez que le daban datos equivocados.

Pero, tras una década, estaba cansado de juegos, mentiras y secretos. Al principio, aquellas tareas le habían servido para no pensar en su familia. Después de descubrir que su madre fallecida era propietaria de un burdel, casi enloqueció. Y lo que le había hecho a Helen solo agravó la herida.

No soportaba estar en la misma casa que su padre embustero y aceptó cuanto encargo Jensen le ofreció. Cuando por fin se reconcilió con su madre, fue comprendiendo que huir no solucionaba nada. Seis años atrás decidió que debía encontrar a Helen y, al menos, pedir perdón. Solo pretendía disculparse y ayudarla con dinero. En cambio, la arrastró a su vida de mentiras.

La miró y sonrió sin poder evitarlo. Conversaba animadamente con Hannah, la esposa de Farleigh.

—No puedes quitarle los ojos de encima, ¿verdad?

James parpadeó y volvió el rostro hacia Steven. Tocaba hablar de ella.

—¿Puedes culparme?

Steven soltó una carcajada.

—En absoluto. Yo tampoco la perdería de vista.

—Exacto.

Steven bajó la voz.

—¿Cuál es la verdadera razón de que hayas venido esta semana?

James apretó la mandíbula.

—He estado fuera del país varios meses. Pensé que era buen momento para relajarme con la señora Jones.

—Claro. Y, en vez de llevarla a una casita de campo encantadora, la traes a una fiesta donde no faltan los degenerados.

Se rió otra vez.

—Sí, tiene todo el sentido.

—No te metas en mi vida —cortó James.

A veces se preguntaba cómo habría sido su destino si Steven y Adam no lo hubieran arrastrado al burdel.

—Por supuesto —replicó Steven con un destello airado, se puso en pie y salió de la estancia.

En lugar de unirse a los juegos de la sala trasera, James recorrió las habitaciones en busca de Benson por enésima vez. Nada. Preguntarle a Farleigh levantaría sospechas si el conde estaba implicado.

Regresó al salón y se encaminó hacia Helen. Necesitaba dormir de una vez, y dudaba lograrlo con ella a su lado. Le tendió la mano.

—Creo que es hora de retirarnos, señora Jones.

—Qué formal, Brayden —observó Hannah con una sonrisa pícara—. A estas alturas es aceptable que la llames Emily.

—Supongo que sí.

Helen aceptó su mano y se alzó.

—No me molesta en absoluto —añadió, y, mirando a Hannah con una sonrisa—: Solo importa cómo me llama en privado.

Hannah arqueó las cejas.

—Tienes razón. Buenas noches.

Ojalá lo fuera, pensó James. Ofreció el brazo a Helen y subieron.

—Lo has hecho muy bien esta noche.

—Gracias —respondió con rigidez—. Pensé acudir contigo cuando los caballeros volviesen del brandy, pero Hannah quiso que me quedara a charlar.

—Hiciste bien. ¿De qué hablaron?

—Desea que la ayude con la decoración. Quiere llenar de plantas las repisas de las chimeneas, colgar ramilletes de muérdago y poner grandes troncos de Navidad en los fuegos. Nunca había oído nada así, y aún faltan dos semanas para Navidad.

James rió por lo bajo.

—Quieren que todo el mundo se divierta y creen que la Navidad ablanda los corazones. Limítate a disfrutar.

—Me ha agradado hablar con lady Farleigh —comentó.

—Es encantadora. La conozco desde hace mucho.

James abrió la puerta de su habitación.

—Claro que sí —replicó ella.

El amargor en su tono le hizo preguntarse de qué más habían hablado. Cerró tras ellos.

—¿Qué quieres saber, Helen?

Ella cruzó la alfombra espesa y se dejó caer en un sillón de brocado.

—¿Tuviste una relación íntima con ella?

Él se apoyó en la puerta, con los brazos cruzados.

—No creo que sea asunto tuyo.

—¿Ah, no? Tú querías saberlo todo de mi pasado. Creo que tengo derecho a preguntarte lo mismo. —Se puso en pie y cruzó los brazos—. ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

—Suenas como una esposa celosa, no como una amante que debería esforzarse por hacerme feliz.

—¿Hacerte feliz? Solo soy una amante de mentira, ¿recuerdas?

—No tendrías por qué serlo —susurró.

Con los brazos cruzados, Helen enmarcaba sin querer la suave curva de sus pechos. Él apartó la vista.

—No puedes cambiar las reglas ahora —se burló ella.

—Puedo hacer lo que quiera —replicó con suavidad.

—No sin mi permiso.

Aquel cubo de agua fría le cayó de lleno.

—Tienes razón.

—¿Por qué no regresas con lady Farleigh? Seguro que se alegra de verte.

La sostuvo con la mirada hasta que ella la apartó.

—Quizá lo haga. Al menos tendría un cuerpo cálido a mi lado.

Helen abrió mucho los ojos al captar el insulto.

—Quédate con la cama esta noche. Yo dormiré aquí fuera, con mi cuerpo frío.

Él se encaminó a la puerta, furioso consigo mismo por dejar que aquella mujer insignificante encendiera su ira con tanta facilidad. Solo quería dormir. No lo lograría hasta que ella se acostase.

—Quizá esté más cómodo en otra cama.

Salió y cerró de un portazo.



A través de una rendija en las cortinas se filtraban los primeros rayos rosados del alba. Helen apretó los párpados; aún no podía ser de día. Al ver la pálida luz, comprendió que había dormido más que en años. Siempre se levantaba a las seis, por lo común porque varios niños ya andaban despiertos a esa hora. Sabiendo que sería inútil intentar conciliar otra vez el sueño, abrió los ojos.

No estaba en el sofá, como cuando se había acostado la noche anterior. Inmóvil, escuchó una respiración regular a su lado. ¿Se habría levantado sonámbula? No, jamás le ocurría. Debía de haberla llevado a la cama cuando se durmió. ¿Por qué lo habría hecho? ¿Y cuándo? Tras el portazo de él, no tuvo claro si pensaba volver. Para no arriesgarse, había decidido dormir en el sofá.

Se preguntó si se habría acostado con Hannah. O con alguna de las mujeres fáciles que aún quedaban en la fiesta. No la habría sorprendido. Aquel hombre no era más que un libertino empedernido; hasta lady Russell se lo había advertido. Entonces, ¿por qué sentía esa punzada de decepción? No deseaba volver a enredarse con un hombre como Brayden. Una vez era bastante.

Apartó la colcha sin hacer ruido y posó los pies en el suelo. Avanzó de puntillas hasta el armario de ropa blanca, rogando que no chirriase. Tomó un vestido de lana verde y se escabulló tras el biombo para vestirse con rapidez. Por fortuna, alcanzaba los botones de aquel modelo. Recogió el cabello en un moño suelto y, al cruzar la estancia, se detuvo para mirar al hombre tendido en la cama. Brayden parecía relajado; nunca lo había visto así. En los pocos días que lo trataba, siempre lo había notado rígido, y solo lo oyó reír una vez. ¿Qué demonios acallaba por dentro?

Sacudió la cabeza. No importaba. Él la había empujado a aceptar aquel trabajo. Una vez terminada la semana, solo se verían

en reuniones de sus amigos comunes, y dudaba que él acudiese a muchas.

Salió sin ruido y bajó las escaleras. Por primera vez se quedó boquiabierta ante lo que la rodeaba. Los peldaños de mármol blanco descendían a un vestíbulo inmenso. En las paredes de seda colgaban retratos enormes en marcos dorados. Mientras avanzaba hacia la sala de desayunos, la ostentación seguía asombrándola.

—Vaya, has madrugado —comentó una voz varonil, arrastrada.

Helen volvió la cabeza y sonrió a lord Ancroft.

—Estoy acostumbrada. Y son casi las ocho.

—Pensé que Brayden procuraría retenerte en la cama todo el día.

El calor le subió a las mejillas. ¿Qué respondería una amante?

—Quizá él necesitaba dormir.

—Estoy seguro de que, después de estar contigo, lo necesitaría —murmuró Ancroft.

Helen se quedó con la boca entreabierta. No supo qué contestar.

—Mis disculpas, señora Jones —dijo él en voz baja—. Últimamente he estado de muy mal humor.

—Acepto sus disculpas. —Se acercó a la mesa y tomó asiento frente a él—. ¿A qué se debe?

—No lo sé. Tal vez deba salir de Inglaterra una temporada. Italia, quizá. Un querido amigo siempre quiso ver Florencia y Venecia.

—Entonces deberían ir juntos.

Ancroft esbozó una sonrisa.

—Creo que su marido podría objetar. Y su hijo pequeño.

Se refería a Bridges, por supuesto.

—Podría plantearse viajar solo —sugirió Helen.

Él se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano.

—Podría. O podrías venir conmigo.

—Dudo mucho que lo haga, Steven —intervino Brayden desde la puerta, con voz fría.

Ancroft soltó su mano y se recostó.

—No puedes culparme por intentarlo, Brayden. Algún día se dará cuenta de que tú jamás te comprometes con nada. De hecho, nunca te he conocido una amante. Mujeres, sí. Pero amante, no.

Brayden cruzó la estancia con movimiento felino.

—Ahora la tengo.

Helen se tensó cuando él se acercó. El aire se volvió denso mientras ambos se medían con la mirada. Se sintió como una leona atrapada entre dos machos rivales y buscó algo que rebajara la tensión.

Rió muy quedo hasta que los dos se volvieron hacia ella.

—Me parece que olvidan que soy yo quien decide con quién me acuesto. Si quisiera, podría marcharme con lord Ancroft. —Alzó la vista y encontró la mirada airada de Brayden—. Pero prefiero mi situación actual.

Brayden tomó la silla junto a ella.

—Yo también —replicó en un tono apagado.

Ancroft frunció el ceño.

—Perdóneme, señora Jones. No quise faltarle al respeto.

—Lo comprendo —dijo Helen—. Quizá solo necesite encontrar otra amante que lo entretenga.

Ancroft desvió la vista hacia la ventana.

—Dudo que eso aplacara mi ánimo.

Entonces entró un hombre alto, de cabello castaño claro. Paseó la mirada por el grupo reunido en torno a la mesa redonda.

—Ancroft.

—Benson —saludó Steven—. ¿Qué te trae por aquí?

—He llegado hace unos minutos. Tengo asuntos con lord Farleigh, pero no me quedaré más que unos días. —Lanzó a Brayden una mirada breve—. ¿Brayden?

—Creo que no nos conocemos —dijo este, poniéndose en pie para estrecharle la mano—. Y ella es una amiga mía, la señora Jones.

Benson le estrechó la mano a él y luego se inclinó sobre la de Helen.

—Un placer, señora Jones.

Los dedos de Brayden se cerraron como un grillete sobre el hombro de ella.

—Cariño, necesito hablar contigo un momento antes de la cena.

—Por supuesto, querido. —Helen se levantó y le devolvió una mirada cargada de reproche.

—En el salón. —La tomó de la mano y la condujo fuera, con la sensación de la mirada de Ancroft quemándole la espalda.

Al oír voces en el salón, Brayden siguió hasta la biblioteca desierta. El clic de la cerradura subrayó la gravedad del encuentro.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella en voz baja. Nunca había visto la magnitud de su ira, pero intuía que no sería agradable.

—Sí. Varias cosas. —Él empezó a pasear de un lado a otro—. Primero: ¿por qué saliste de nuestra habitación sin informarme?

Helen se acomodó en un sillón de brocado y lo observó caminar.

—Seguías dormido. No creí necesario despertarte para poder desayunar.

Se detuvo frente a ella. El avellana de sus ojos viró a un verde encendido.

—No salgas sin mí. Hay hombres muy intrigantes aquí.

—¿Como tú?

Él entrecerró los ojos.

—Algunos creerán que eres presa fácil solo porque eres mi amante.

—Un papel que tú me obligaste a desempeñar.

—Un trato que aceptaste —replicó con una sonrisa mínima.

—Así es. Continúa.

—No alientes a Ancroft bajo ninguna circunstancia. Su antigua amante acaba de romper el acuerdo.

—¿Así que busca reemplazo?

Sus ojos se endurecieron.

—Ni lo sueñes.

Helen le sonrió con dulzura provocadora.

—Nuestro arreglo dura una semana. Al acabar, podría interesarme ese puesto. Al fin y al cabo, es marqués y será duque. Ser la amante de un duque tiene sus ventajas. —Sabía que debía dejar de provocarlo, pero no podía evitarlo—. Piensa en el dinero para los niños. Podría abandonar mis actividades delictivas.

De pronto, él la alzó del asiento y la pegó a su pecho. El corazón de ella se desbocó.

—No llevarás a otro hombre a tu cama —dijo, despacio.

—¿De veras? —escupió ella—. Tú no volviste a nuestra alcoba hasta muy tarde, después de acostarte con…

—Con quien me acueste es asunto mío. —Le alzó la barbilla.

—Igual que con quién me acueste yo. Puedo elegir a cualquier hombre. No tienes voz en eso.

—Oh, sí la tengo —amenazó, antes de inclinar la boca sobre la de ella.

Si no lo conociera, habría creído que aquel beso era un castigo celoso. Pero en cuanto Helen respondió, sus labios se volvieron más suaves, y la reprimenda se convirtió en seducción. La lengua de él acarició la suya y una oleada de tensión le sacudió el vientre. Le rodeó el cuello con los brazos, buscando acercarlo más. Necesitaba aliviar el deseo punzante que la atravesaba. Su mano subió al pecho de él, y cuando el pulgar de Brayden rozó su pezón tenso, escapó de sus labios un gemido.

Él deslizó la boca hasta su oído y apretó las caderas contra las de ella. Helen notó con claridad su erección. El calor se acumuló entre sus muslos y rezó para que la tocara por fin.

—¡Maldición! —estalló él, apartándose. Se plantó ante la ventana, clavando la vista en la llanura nevada.

—¿Brayden? —susurró.

—No digas nada.

¿Qué podía decir? La besaba como si pensara llevarla a la cama y, al segundo, se alejaba como si fuera el diablo. No la quería, pero tampoco toleraba que otro la pretendiera. Algo estaba muy torcido allí.

—Tenemos que hablar de lo que acaba de pasar —insistió.

Él se volvió con el ceño hendido.

—No hay nada que discutir.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no soy suficiente para ti ni para tu amigo Ancroft?

—Jamás dije eso.

—No hacía falta —replicó—. Tus actos lo gritan.

Helen se encaminó a la puerta. No llegó: él la hizo girar con un movimiento seco.

—No hemos terminado. Mantente apartada de Ancroft y de cualquier otro hombre aquí.

—Entonces exijo lo mismo. Si voy a ser la amante solícita, más te vale ser el protector devoto.

Antes de que él pudiera responder, Helen salió de la biblioteca con el pulso en llamas.

Capítulo 11

James se quedó mirando la puerta abierta, incapaz de moverse. Al fin se dejó caer en una silla y fijó la vista en las brasas de la chimenea. Helen podría acostarse con quien quisiera cuando este trabajo terminase y desapareciera de su vida para siempre. Se peinó el cabello con los dedos, furioso consigo mismo. En realidad, ella nunca se iría del todo. Entre el vínculo forjado diez años atrás y el hecho de que se relacionaba con tres de las esposas de sus amigos y con su media hermana, siempre oiría hablar de ella.

Siempre la vería. Aunque fuera a través de la ventana de su casa, cuando visitara a lady Russell. Sabría que Helen estaba allí, quizá mirándolo, quizá condenándolo por entrar en un burdel.

¿Qué demonios le importaba lo que ella pensara? Era un hombre soltero y podía visitar un burdel si le venía en gana. Lo que ella opinara no importaba.

Helen era pura tentación, pura pasión. Había sido un error llevarla a la cama la noche anterior. Volvió a la habitación después de jugar a las cartas con Brentwood y la encontró tan incómoda en el sofá que no tuvo más remedio que trasladarla. Dormir a su lado fue imposible. Pasó horas en vela mientras ella dormitaba.

—¿Qué está pasando exactamente entre vosotros dos?

James alzó la cabeza. Steven lo observaba con fijeza.

—No pasa nada entre nosotros.

—Respuesta extraña para alguien que, se supone, es su protector.

—No te metas, Steven. No sabes nada de ella.

—Sé que intentáis convencer a todos de que sois amantes y, sin embargo, no me lo creo. Mientras tú estás aquí sentado con más enfado del que te he visto en años, ella ha vuelto sola al comedor con cara de desdicha.

James apretó los puños.

—No te metas.

—No soy idiota. Sé que has trabajado para gente influyente.

Debió de notar su gesto perplejo, porque añadió:

—Sheraton me lo contó.

James asintió. Sheraton solo lo sabía porque él lo utilizó una vez, al empezar a tratar con Jensen.

—Puede que tuviera ciertos negocios en el pasado.

Steven soltó una risita.

—O incluso ahora. —Calló, midiendo las palabras—. No estarías aquí sin una buena razón. Farleigh lleva dos años proclamando en público lo poco que te tolera, pero no puede negarle nada a su esposa. No has venido solo a visitarla. Si necesitas ayuda, te la doy. Deja que la señora Jones se marché.

James echó un vistazo atrás para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada.

—No puedes ayudarme.

—Claro que sí. Si la señora Jones está aquí para…

—La señora Jones está aquí como mi amante. Nada más.

—Brayden, puedes mentir a muchos y te creerán. —Steven sonrió con sorna—. A mí no. Te conozco desde hace demasiado.

—He dicho que está aquí estrictamente como mi amante.

—Brayden —atajó Steven, con rudeza.

—Muy bien, ¿puedes robarle la cartera a un hombre sin que lo note? —saltó James.

—No, pero dudo mucho… —La frase se le murió en los labios —. No pretenderás que la señora Jones puede hacer algo así.

—Mejor que nadie que haya visto jamás.

—¿Mejor que tú? —preguntó Steven, cauto.

—Muchísimo mejor —admitió James—. Es la mejor que he visto en mi vida. Probablemente por eso no la han ahorcado ya.

Steven tomó asiento frente a él.

—¿Cómo la encontraste?

James negó con la cabeza. Aquello era un desastre. Con los lazos de Steven con Margaret, Bridges y Banning, pronto descubriría que la señora Jones era, en realidad, Helen.

—Tienes que prometerme que lo que voy a contarte no saldrá de esta habitación.

—Por supuesto.

—¿Has oído a Margaret o a Bridges hablar de su amiga, la señorita Lander?

—Sí, la dueña de la casa de… No. No me digas que la señora Jones es la señorita Lander.

—Son la misma persona —confirmó James—. Me robó la cartera en el bautizo de la hija de Banning. No me di cuenta hasta que Bridges chocó con ella por accidente.

—¿Y cómo estás seguro de que fue ella?

—Porque lo admitió. Llegamos a un acuerdo. Necesitaba una amante para evitar que Farleigh se convirtiera en un problema. Con una amante, no pensará que voy detrás de Hannah. Así que aceptó ayudarme y yo no hablaría de su habilidad con sus amigas.

—Ah, un pequeño caso de chantaje.

—Quizá —concedió James.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Steven.

Solo Sheraton sabía algo de lo que James hacía para Jensen. Y, aun así, probablemente ignoraba hasta qué punto los rumores eran ciertos. Sin embargo, este era su último trabajo y Steven conocía a Benson. Podría acercarse a él más de lo que James podía.

—¿Qué sabes de Benson?

Steven se encogió de hombros.

—Poco. Nos hemos visto algunas veces, sobre todo a través de Farleigh. Es el segundo hijo del vizconde de Ellington. No he oído nada de apuros económicos, así que supongo que está holgado.

James bajó la voz hasta casi un susurro:

—¿Hay alguna razón por la que quisiera ver muerto al príncipe?

—¿Qué? —Steven abrió la boca, atónito.

—Ya me has oído.

Steven frunció el ceño.

—No se me ocurre ninguna. Su familia no roza el linaje de nadie poderoso. Yo estoy mucho más cerca de la sucesión que cualquiera de los suyos. Tú estás más cerca.

—Lo sé. Pero ¿hay alguien aquí que esté más próximo a la línea de sucesión que tú?

—Nadie que haya visto. ¿Alguien ha advertido al príncipe?

James soltó el aire.

—No tengo acceso a esa información.

—¿Qué puedo hacer? —insistió Steven—. No voy a permitir que maten al futuro rey de Inglaterra. Con Charlotte fuera de juego, la sucesión es delicada.

—No pierdas de vista a la señora Jones. No confío del todo en ella. Me temo que se vendería por una gran suma.

—No lo creo. Apostaría a que siente cierta lealtad al rey.

James cerró los ojos. Steven siempre había tenido el corazón blando con las mujeres. Sobre todo con las hermosas.

—No le he dicho exactamente por qué estamos aquí.

—Entonces quizá deberías —replicó Steven, seco.

Eso exigía confiar en ella. Y James, todavía, no podía.

.



—Qué hombre tan odioso —murmuró Helen al salir del comedor.

—Vaya, quiero saber a qué hombre odioso, de entre los muchos que hay aquí, te refieres.

Helen se detuvo en el umbral del pequeño salón y se tapó la boca. Margot estaba sentada con su hija en brazos.

—Lo siento, milady. No sabía que estaba aquí.

—¿Milady? Te dije que me llamaras Margot. Entra y cierra la puerta para que no nos molesten.

—Sí, milady.

Helen cerró y tomó asiento frente a lady Farleigh.

—Su hija es preciosa. ¿Cuántos meses tiene?

—Suzette tiene tres. —Le ofreció a la niña—. ¿Quieres cogerla?

Helen echaba de menos a todos sus niños. El pequeño ya tenía tres años y hacía tiempo que no la necesitaba en brazos. Tomó a Suzette, y sostenerla le despertó una oleada de nostalgia.

—¿A qué hombre odioso te referías? —preguntó Margot con una sonrisa—. ¿Té?

—Sí, por favor.

Helen no tenía idea de qué decirle.

—¿El hombre? —insistió Margot, dejando la taza en la mesita de cerezo—. Mi primera suposición sería lord Brayden. Al fin y al cabo, es tu protector y el más probable en provocarte ira.

Helen asintió.

—Perfecto, empezaremos por él —anunció Margot.

¿Empezar? ¿Quería que chismorrearan? Recordó tantas conversaciones con Jennifer, Bridges, Margaret y Grace: hablar de hombres se había vuelto costumbre según se iban casando.

—Supongo que habéis discutido.

—Supongo que sí.

—Vuelve a meter al hombre en la cama lo antes posible. Allí olvida cualquier disputa y, una vez satisfecho, te dará todo cuanto pidas.

—No es tan fácil —se le escapó, y supo que solo había encendido más la curiosidad de Margot.

La condesa frunció el ceño y tomó a Suzette cuando la niña se removió.

—Tonterías.

Helen bajó la vista a su falda de lana. Volvió a preguntarse si Margot y Brayden habían sido amantes. Él jamás respondería, y a Margot le parecía impropio preguntárselo. Tendría que superar aquellos celos minúsculos. Margot amaba a su marido.

Recordó su primera vez con Brayden: fue todo menos buena. Aunque habían pasado diez años, aún se preguntaba si ahora sería distinto. Si él intentaba seducirla, dudaba tener fuerzas para resistir de nuevo. ¿Sentiría esa magia increíble de la que hablaban sus amigas al estar con sus esposos?

—Emily, ¿en qué piensas?

—En nada importante. Seguiré tu consejo y haré lo posible por llevarlo a la cama.

—Buena chica. Una vez que lo tengas de vuelta, te contaré mis secretos para mantenerlo allí… y conseguir ese anillo en tu dedo.

¿Casarse? ¿Con Brayden? No se le ocurría nada peor. Dudaba que tuviera corazón. Además, no quería casarse. Aunque a veces el dinero escaseaba, solo rendía cuentas ante sí misma.

Y ante milady Russell.

Pero en nueve cortos años ya no tendría que hacerlo. Entonces la casa sería suya, libre de cargas. Podría mantenerla abierta a los huérfanos o vivir sola. Sabía que echarlos no era opción, pero había días en que soñaba con no tener responsabilidad alguna.

—Emily, deberías controlar esa tendencia a distraerte. A un hombre le gusta creer que lo único en tu cabeza es él.

—Sí, milady.

—Ahora ve a hablar con tu hombre. No tenemos nada planeado hasta la cena. Mañana adornaremos las repisas con ramas verdes mientras los criados cuelgan el muérdago.

Helen frunció el ceño.

—Siempre oí que traer acebo antes de Nochebuena trae mala suerte.

—Pamplinas. No creo en eso. Tenemos varios trineos y, con la nevada de anoche, sería un paseo de lo más romántico para ti y Brayden.

Helen se contuvo para no poner los ojos en blanco.

—Lo pensaré.

En lugar de intentar llevar a Brayden a su cama, decidió ignorarlo el resto del día. En el almuerzo, Margot cambió la mesa para que todos conversaran con más gente. Helen quedó entre el señor Benson y lord Bingham.

Tomó asiento junto a Benson y le dedicó una sonrisa correcta.

—Buenas tardes, señor Benson. Qué tiempo tan… pintoresco.

—Buenas tardes, señora Jones. —Él deslizó una mirada al escote de su vestido—. Seré más feliz cuando llegue la primavera. No soy amigo de la nieve.

Ella aprovechó para observarlo. Con su cabello castaño claro, los ojos pequeños, la nariz desviada y los dientes algo torcidos, no era el tipo de hombre que arrancaba suspiros. No obstante, tenía cierto atractivo rudo.

Entonces, ¿por qué aquella náusea sorda en el estómago? Se le erizaba la piel cada vez que él la miraba.

—Cuénteme a qué se dedica, señor Benson.

—Tengo una finca en Kent que me legó mi tío, sin hijos varones. Por desgracia, la herencia no incluía título, así que solo soy un terrateniente.

—No hay nada de malo en serlo.

Mientras un criado le servía pescado, añadió:

—¿Qué diversiones le complacen?

Él alzó una ceja y sonrió. Se inclinó para susurrar:

—Estaría encantado de mostrarle las que me gustan, señora Jones.

Helen reprimió un estremecimiento y sonrió con cortesía.

—Estoy segura de que podría, pero ahora mismo estoy con lord Brayden.

—Desde luego. —Volvió a pasearle la mirada por el corpiño—. Si esa situación cambiara, me encantaría saberlo.

Tragó para ahogar la náusea. Brayden tenía razón respecto a ciertos degenerados en aquella fiesta. Tendría que mantenerse alerta. El almuerzo siguió con una charla tediosa sobre el tiempo y la política. Como el segundo asunto no le interesaba, se mantuvo

callada y observó la mesa. Lord Farleigh conversaba en voz baja con lord Ancroft; desde su sitio no alcanzaba a distinguir el tema.

Miró a Brayden. Mientras hablaba con el señor Singleton, parecía escuchar la conversación entre lord Brentwood y otro caballero. ¿Qué hacía Brayden? No daba la impresión de divertirse, así que ¿por qué insistía en asistir? ¿Sería por acostarse con Margot?

Helen estaba convencida de que Margot amaba a su marido. Entonces, ¿por qué iba Brayden a intentarlo… y, de ser así, qué necesidad habría de traerla a ella?

Algo más estaba ocurriendo allí.



James miró hacia la mesa donde Helen estaba sentada junto a Benson. Quizá debería haber hablado con ella, como le había sugerido Steven, pero aún no podía. Conocía a las de su clase: el dinero lo era todo. No dudaría en vender información a quien pagara más.

Aun así, estaba junto a Benson. Podría haber tirado de astucia para sonsacarle lo que él necesitaba con desesperación. Nadie en aquella fiesta parecía conocer de veras a ese hombre.

Lo único que James había oído era que Benson podría tener negocios con Farleigh. Sin embargo, no los había visto intercambiar más de una o dos frases. Empezaba a preguntarse si Jensen le había dado datos equivocados.

No sería la primera vez.

Al terminar el almuerzo, James decidió averiguar exactamente qué había sacado Helen de su charla con Benson. Rodeó la mesa

para alcanzarla antes de que saliera del comedor. La tomó del codo y la condujo hacia su aposento.

—¿Qué estás tramando ahora? —siseó ella.

—¿Interrumpo algún plan que tenías con el señor Benson?

En el último peldaño, ella se detuvo.

—Quizá. Hace un día perfecto para un paseo en trineo.

—Bien. Entonces eso haremos —resolvió, guiándola por el pasillo hasta su habitación—. Coge tu capa y el manguito, y nos vamos.

No pensaba pasar la tarde con ella cuando debería vigilar a Benson. Pero, sabiendo que Steven detestaba el frío, podría encargarle que lo observara durante una hora.

—No voy a ir…

Su voz se apagó cuando él le clavó una mirada dura.

—Te pago para que hagas lo que te diga —recordó.

—Por supuesto. Voy a por mis cosas.

Volvió enseguida con la capa negra. Él se puso el abrigo y se encaminó a la puerta. Tras organizar el paseo, la acompañó fuera. Un viento cortante le robó el aliento y lamentó la idea. Habría sido más cómodo hablar en la habitación.

Con una cama enorme a mano. Y una chimenea encendida. Su cabeza se llenó de pensamientos equivocados.

Sacudió la tentación. No podía volver a tenerla. Ella estaba allí para fingir ser su amante, nada más. Si no compartieran aquel pasado, ya la habría seducido y ahora estaría empezando a cansarse de ella. Como de todas las demás.

Los arropó bajo la manta de piel y tomó las riendas del mozo. Con un chasquido, el trineo se deslizó sobre la nieve. La miró y sonrió: los ojos de Helen brillaban de emoción.

—¿Puedo suponer que nunca has montado en trineo?

Negó.

—No —respondió entrecortada.

Al ver sus mejillas sonrosadas, preguntó:

—¿Vas abrigada?

—Sí. —Miró alrededor—. Es un lugar precioso.

Frenó a los caballos y, por un instante, se permitió contemplar el paisaje. Una capa nueva de nieve blanqueaba los árboles. El único sonido era el canto de los pájaros. Como si fueran las dos únicas personas en el mundo.

Pero él estaba allí para cumplir un encargo. Y, si ella podía ayudar, mejor.

—¿Qué impresión te causó el señor Benson? ¿Lo conocías?

—No. ¿Y tú?

Helen se estremeció; él no supo si por el frío o por la idea de tratar con Benson.

—Me pareció el tipo de esta fiesta: un libertino solo interesado en su placer.

James apretó los puños.

—¿De veras?

—Me miró el escote sin pudor, aunque sabía que estoy contigo. Incluso insinuó que le alegraría saber que nos habíamos separado.

—¿Ah, sí?

La idea de que Benson le hiciera una proposición a escasos asientos de distancia lo enfureció. Él no había logrado acercarse sin levantar sospechas.

—No entiendo por qué te molesta tanto —añadió con frialdad —. En tu posición deberías estar acostumbrada a miradas así.

Helen apretó la mandíbula. Él aguardó la réplica que cuestionara su «ocupación». Cuando ella no dijo nada y apartó la

vista, sus sospechas se afirmaron.

—¡Mira! —señaló Helen hacia el borde del bosque—. Qué cierva tan hermosa.

—Es preciosa —concedió él—. ¿Cómo lo sabes?

—No lleva cuernos.

Se sonrojó, avergonzada.

—Oh.

—¿Quieres seguir? —preguntó él, en voz más suave, sin saber por qué deseaba aliviar su incomodidad—. ¿O ya he obtenido todas las respuestas sobre Benson? ¿Tal vez aún no he terminado de menospreciar tu carácter?

—¿Se habló de algo más? —ignorando su pulla, agitó las riendas y el trineo reanudó la marcha.

—No. Empezó a hablar del tiempo y de política con el señor Singleton.

—¿De política?

Ella se encogió bajo la manta.

—No presté atención.

—¿Por qué? —inquirió con dureza.

—Porque no me interesan ni la política ni el señor Benson. ¿Para qué iba a escuchar?

Como él no le había explicado su misión, ella no tenía motivo para saber por qué le importaban las palabras de Benson. James dejó ir un suspiro largo; el aliento se arremolinó como bruma.

—Por supuesto que no te interesa la política —dijo al fin.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Debería haber escuchado?

Demasiado lista.

—Habría sido útil.

—¿Y vas a decirme por qué?

—No puedo, Helen. Lo siento.

Y lo sentía. Una mujer inteligente podía avanzar con Benson más que él. Pero era imposible. No arriesgaría su seguridad.

—Muy bien —replicó, rígida—. ¿Tendremos que quedarnos toda la semana?

—Aún no lo sé.

—¿Cuándo lo sabrás?

—Te lo diré cuando lo sepa —apretó las riendas, deseando volver cuanto antes—. ¿Por qué tanta prisa por regresar a Londres? Pensé que te gustaría esta escapada.

—Echo de menos a mis niños.

Por supuesto, pensó con amargura. Probablemente quería marcharse para alejarse de él.

—Lo entiendo.

—Si hay algo que pueda hacer para que regresemos antes, ¿me lo dirás? —preguntó en voz queda.

Quiso decir que no. Quiso decir que sí. Al final, se refugió en la ambigüedad.

—Quizá.

Capítulo 12

Helen regresó del extraño paseo en trineo y se dirigió a su habitación. Por fortuna, Brayden decidió quedarse abajo con lord Ancroft. ¿Qué intentaba en realidad ese día? Cada vez estaba más convencida de que tenía un motivo oculto para asistir a la fiesta y, de algún modo, tanto Ancroft como Benson estaban implicados.

Caminó despacio de un extremo a otro. ¿Por qué iba a interesarle Benson? Sabía que Brayden jamás le diría la verdad. Quizá pudiera obtenerla de lady Farleigh.

Podría funcionar. Hablar con Margot también le daría pistas sobre Brayden. Helen se sentó en el escritorio del saloncito y escribió una nota rápida para él, avisándole de que pensaba reunirse con Margot.

Solo esperaba alcanzarla antes de la hora de vestirse para la cena. Cuando iba hacia la puerta, advirtió que primero necesitaba pasar tras la mampara. Al terminar, contuvo el aliento al oír girar la llave.

—Si no está en nuestra habitación, podemos hablar en privado aquí —dijo Brayden en voz baja.

Escuchó pasos que cruzaban el salón y se detenían.

Se sentó en el taburete, oculta por el biombo, y aguardó a que se marcharan.

—Está con Margot —añadió él.

Debía de haber leído la nota en el escritorio. Aquello podía brindarle la ocasión de averiguar qué buscaban.

—¿Por qué no se lo has dicho todavía? —era la voz de lord Ancroft.

Las mejillas de Helen ardieron de vergüenza.

Por favor, que no entren en el dormitorio, rogó en silencio.

—No puedo confiar en ella —respondió Brayden—. Es una ladrona, Steven.

—No se puede confiar en ninguna mujer —replicó Ancroft—. Pero creo que podría ayudarte.

—¿Cómo?

—Úsala para llegar a Benson.

Helen abrió los ojos de par en par. ¡Tenía razón!

—Le parece un lascivo —continuó Brayden—. Le miraba el escote en la mesa del almuerzo, aun sabiendo que estaba bajo mi protección.

Steven soltó una breve risa.

—Suena a algo propio de ti y, sin embargo, ella no te tiene por lascivo.

—No. En su opinión soy mucho peor —murmuró Brayden.

—¿A qué te refieres?

—A nada importante.

¿Por qué creía él que ella lo juzgaba tan mal? No siempre era un caballero, cierto, pero no le provocaba el asco que le causaba Benson. Con Brayden cerca, el aire se cargaba de emoción y tensión.

—No consigo acercarme a Benson para saber si recibió la misiva. Esta mañana he registrado su cuarto y no he encontrado nada.

—Si no vas a recurrir a la señorita Lander, juega a las cartas con él esta noche —sugirió Steven—. Gánate su confianza.

¡Ancroft sabía su nombre! ¿Cómo lo había descubierto? ¿Se lo habría dicho Brayden? Él conocía la importancia de ese secreto para ella. Apretó los labios, herida.

Apartó la punzada de traición y siguió escuchando.

—Solo necesito esa misiva y podré salir de este lugar —gruñó Brayden.

Steven rió entre dientes.

—Y alejarte de la tentación.

Brayden masculló algo ininteligible.

¿Qué clase de nota era aquella? Si Helen podía ayudar a encontrarla, abandonarían esa maldita fiesta y regresarían a Londres. Se apartaría de él antes de que sus defensas cedieran. Tenía que haber un modo de ayudarlo.

Ancroft había dicho que podían utilizarla para acercarse a Benson. Cierto que, si la misiva estaba en su poder, probablemente ella podría quitársela. Pero ¿cómo saber si realmente la llevaba encima?

—Haz que la señorita Lander le robe la cartera, Brayden.

¡Ancroft también lo sabía!

—No la usaré para eso. Solo está aquí para que Farleigh me deje en paz con lo de Hannah.

—¿Cuándo entenderá que Margot lo ama? —atajó Steven.

—No ayuda que ella siga mirándome como si quisiera llevarme a la cama delante de él.

Helen oyó cómo se movían por la estancia. Rezó para que no se acercaran a la mampara. La puerta del salón crujió y luego se cerró. Ojalá se hubieran ido. Brayden montaría en cólera si la descubría escuchando.

Permaneció inmóvil, alerta a cualquier sonido. Transcurrido un minuto, se alzó y asomó. No había nadie. Avanzó de puntillas hasta

la puerta del salón y echó un vistazo: vacío.

Arrojó su nota para Brayden a la chimenea; ya no necesitaba hablar con Margot. Sentándose junto al fuego, se preguntó por qué. Margot podía darle datos sobre Benson, sí, pero tendría que conseguirlos sin levantar sospechas.

Y, cuando la puerta se abrió y Brayden entró en la estancia, supo que debía actuar cuanto antes, porque cada vez que lo veía, sus defensas se resquebrajaban un poco más.



Apenas cerró la puerta tras de sí, James preguntó:

—¿Qué haces aquí? Creía que estabas con lady Farleigh.

Ella se encogió de hombros.

—Necesitaba pensar y preferí volver para tener un poco de intimidad. Además, pronto será hora de vestirse para la cena.

—Ponte el vestido de terciopelo azul esta noche —dejó la chaqueta sobre una silla.

—¿Por qué?

Quizá no sabía lo hermosa que estaba con ese vestido; tal vez fingía timidez.

—Combina con tus ojos.

—Brayden… —vaciló.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar unos minutos?

Él tomó la silla de enfrente, mirándola de lleno.

—Depende del tema.

—Voy a compartir cama con un hombre del que apenas sé nada. Pensé que sería sensato conocernos mejor.

—¿Por qué te importa? Solo estás aquí para fingir que eres mi amante.

La réplica salió cargada de sarcasmo, pero incluso al hablar se preguntó qué pretendía ella.

Helen volvió la vista hacia la chimenea y asintió.

—Claro.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. No sé nada de ti. ¿Tus padres viven? ¿Tienes hermanos?

No le haría daño concederle algunos detalles.

—Mi padre vive y tengo una hermana de veinte años.

—Oh.

¿Necesitaba más?

—Emma, mi hermana, está prometida con lord Braxton. Se casarán después de Navidad.

Ella ladeó la cabeza con una pequeña sonrisa.

—Algo en tu voz dice que no te entusiasma.

Demasiado perspicaz.

—Braxton es un buen hombre.

—¿Pero…?

—No estoy seguro de lo que ella siente por él.

Helen se inclinó hacia delante.

—Entonces detén ese compromiso. No puedes dejar que se case sin saber si lo ama. El matrimonio es para toda la vida. Es vital que lo quiera.

Recordó las palabras de su madre y se preguntó si el amor era, de veras, la respuesta. Amar a su marido solo le trajo dolor. Tal vez fuese mejor que Emma se casara con Braxton: si no lo amaba, él no podría herirla.

—El amor no es la respuesta —murmuró, clavando la vista en el fuego.

—¿Quién te hizo tanto daño? —susurró ella.

Él giró la cabeza con brusquedad.

—Nadie.

Pareció dispuesta a seguir, pero cerró la boca.

—¿Y usted, señorita Lander?

—¿Qué hay de mí, milord?

—Aún me intriga cómo una mujer sin recursos pasó de vender naranjas a dirigir una casa y acoger huérfanos.

Lo observó con frialdad; sus ojos azules se endurecieron.

—Creí que ya lo habías averiguado todo.

Se levantó y fue al dormitorio.

¡Maldición! ¿Por qué no era capaz de dejar en paz su antigua ocupación? A menos que no fuera tan antigua. Miró cómo las llamas lamían la chimenea.

No deseaba conocer esa respuesta. Se culpaba por lo que ella llegó a ser. Si no la hubiese tocado aquella noche, su vida podría haber sido otra.

Sacudió la cabeza y entró para ver qué hacía. La encontró tras la mampara, forcejeando con los botones del vestido.

—¿Por qué no llamaste a una doncella?

—Puedo sola —murmuró, estirando los brazos hacia la espalda.

—No, no puedes.

Se colocó detrás del biombo y apartó sus manos. La cercanía le encendió pensamientos indeseables. Desabrochó los pequeños botones, uno a uno, respirando el sutil aroma a lavanda de su piel. El deseo lo alcanzó al descubrir más de aquella piel nacarada.

Oyó la respiración de ella, rápida. ¿Sentiría la misma tensión? No debería desearlo después de lo que pasó. Pero él la deseaba desde hacía días, sin tregua.

—¿Ya has terminado? —la voz de Helen llegó entrecortada.

No quería terminar.

—Sí.

—¿Te importaría salir para que pueda quitarme el vestido?

—Por supuesto.

Se acercó al armario de ropa blanca y sacó su propio atuendo. Debería haberle contratado una doncella. Margot había ofrecido la suya, pero sabía que Helen no querría importunarla. Así que le tocaba hacer de criado.

—Brayden.

—¿Sí?

—¿Puedes abrochar estos malditos botones?

Al menos ahora la vestiría, no la desnudaría.

—Está bien.

Dominando el deseo, regresó tras el biombo y abrochó con rapidez. Esperó a que se volviera. ¿En qué demonios pensaba cuando mandó hacer aquel vestido? El azul zafiro realzaba sus ojos; el corpiño se curvaba lo justo para insinuar el valle entre sus pechos.

—¿Estás bien?

Nunca lo estaría después de verla así. Le nació un impulso irracional de encerrarla para que nadie más la mirase.

—Perfectamente —la voz le salió un punto áspera.

Ella pasó junto a él con un leve encogimiento de hombros.

—Muy bien, entonces.

Se quedó tras el biombo un instante, buscando aire. Ella no sabía lo que le provocaba. Y nunca debía saberlo; lo odiaría por volver a desearla. Aunque quizá ya lo sospechara.

Cuando estuvo vestido para la cena, le ofreció el brazo. Entraron en el gran salón y un lacayo les sirvió jerez. James la observó sorber, recordando, como de lejos, la noche en que bebió brandy a morro en la iglesia de St. George.

Hannah se aproximó con una sonrisa cómplice.

—Buenas noches, señora Jones; milord Brayden.

—Lady Farleigh, está radiante esta noche —repuso James.

Helen masculló algo y lo fulminó con la mirada.

—¿Qué tal el paseo en trineo? —preguntó Hannah.

—Muy bien —respondió Helen.

—Un poco frío —añadió él, arqueando una ceja hacia Helen.

—Ay, Brayden —rió Hannah—. Quizá deberías llevarla a tu habitación y derretir su corazón.

Helen se tensó.

James la miró con una media sonrisa.

—Quizá debería.

Hannah se alejó, aún riendo.

—¿Cómo te atreves a avergonzarme así? —siseó Helen.

—¿Aún no has aprendido que me atrevo a casi todo?

Ella se soltó y se apartó. Él la vio caer en la cuenta de su error: miró alrededor y regresó, contrariada.

—Ni una palabra —murmuró—. Solo he vuelto contigo porque no conozco a nadie más aquí.

—No olvides que finges ser mi amante. Te conviene recordarlo y dejar de mirarme con esos ojos.

—Por supuesto. ¿Cómo olvidaría al hombre que me paga?

Estuvo a punto de reír ante el filo de su tono.

—Exactamente, señora Jones. Harás lo que te diga, cuando te lo diga.

—Solo si forma parte de la actuación.

La condujo al comedor y reparó en que la habían colocado de nuevo cerca de Benson. Frunció el ceño, desconcertado. ¿Se lo habría pedido Helen a Hannah cuando habló con ella aquella tarde? Hannah no lo habría consentido sabiendo que era su amante.

A menos que Helen se lo hubiera contado.

Esa noche, hablarían largo y tendido. Iba a sacarle respuestas.



Helen tomó un bocado de faisán y masticó despacio. Cualquier cosa con tal de evitar una conversación demasiado larga con el señor Benson. Aunque, en realidad, debería hablar con él para ver qué podía averiguar.

Echó un vistazo a la mesa, donde el exasperante Brayden estaba sentado junto a lord Bingham. El viejo conde apenas mantenía los ojos abiertos, lo que dejaba a Brayden con una persona menos con quien conversar. Él arqueó una ceja al notar su mirada.

Se preguntó quién habría herido tan profundamente a aquel hombre para que fuese incapaz de respetar a las mujeres. Una parte de ella quería contarle la verdad sobre su pasado, pero no podía

revelar sus secretos cuando él no estaba dispuesto a revelar los suyos.

—Señora Jones, he oído que esta noche habrá baile —dijo el señor Benson tras sorber un poco de vino—. ¿Me reservaría un baile?

¡Bailar! Cielos, no encajaba allí.

—Lo siento, señor Benson, pero no puedo.

Él frunció el ceño. Seguramente pensó que era descortés. No lo era: podía fingir ser una amante, pero jamás podría fingir ser una dama perfecta.

—Quizá en otra ocasión —añadió para suavizar la negativa.

—Supongo que reservará todos sus bailes para Brayden.

Juraría haber percibido un matiz de celos en su voz. Si encontraba la misiva que Brayden necesitaba, podría volver a casa antes. Por desgracia, eso significaba coquetear con Benson.

—Me he lastimado el pie esta tarde, señor Benson. No bailaré con nadie esta noche.

—¿Se encuentra bien?

Ella sonrió, aunque sintió la mirada ardiente de Brayden desde varios asientos más allá.

—Estaré bien. Solo ha sido un esguince leve. Debí de perder el equilibrio con una piedra oculta bajo la nieve.

—Debería quedarse dentro, donde está a salvo.

Se sentía mucho más segura sola en un trineo con Brayden que sentada junto a Benson en una sala abarrotada.

—Lo tendré en cuenta.

—Dígame, señora Jones… —hizo una pausa y miró hacia la mesa, como para asegurarse de que Brayden no la observaba—. ¿Cuánto tiempo lleva con Brayden?

—Unas semanas.

Se inclinó más.

—¿Es feliz con él?

—Más o menos —respondió, procurando ser vaga—. No siempre me complace.

—Yo podría complacerla —susurró—. Permítame hacerlo, señora Jones.

—Lo pensaré.

—Hágalo —dijo con otra mirada lasciva.

Por fortuna, la cena terminó antes de que siguiera insinuándose.

Las mujeres pasaron al gran salón para tomar té y sidra caliente, mientras los hombres se quedaron con el brandy y los puros. Lady Farleigh se acomodó en el sofá y dio unas palmadas en el asiento contiguo.

—Señora Jones, venga, por favor.

Ay, Dios. ¿De qué querría hablar con ella Margot?

—Sí, milady.

—Emily, tenemos que hablar. —Con un gesto indicó a las demás que siguieran a lo suyo—. No he podido evitar notar la tensión entre tú y lord Brayden.

Helen asintió apenas.

—Tampoco pasé por alto las miradas del señor Benson. —Se inclinó—. ¿Te interesa el señor Benson?

—No logro formarme una opinión clara sobre ese hombre —repuso Helen.

Tomó su sidra y deseó que la conversación terminasen. Al aspirar el aroma especiado, esbozó una sonrisa: era el único

capricho que se permitía cada Navidad, por ajustado que estuviera el presupuesto.

—El señor Benson es segundo hijo. Está mucho mejor con Brayden. Es un hombre más rico.

¿Por qué Margot la empujaba hacia Brayden? Era evidente que había tenido una relación íntima con él, así que ¿por qué querría que Helen estuviese con él? No tenía sentido… salvo que fuese para tranquilizar a su marido con la presencia de Brayden. Quizá esa era la respuesta.

—Es cierto, pero la riqueza no siempre hace al hombre —respondió Helen—. Puede que disfrute más de la conversación del señor Benson que de la de Brayden. Aunque el señor Benson no parece socializar con nadie aquí, salvo en la mesa.

Margot rió quedo.

—¿Y Brayden sí? Benson solo está aquí por una propuesta de negocios para mi marido.

—¿Qué clase de propuesta?

Margot ladeó la cabeza, ceñuda.

—Ni se me ocurriría inmiscuirme en los negocios de mi esposo.

—Por supuesto —murmuró Helen.

Creyendo haber despertado la curiosidad de Margot, cambió de tema y habló de la decoración navideña prevista para el día siguiente.

Al fin se reunieron los caballeros y lady Farleigh anunció que el salón de baile estaba abierto, con músicos para danzar y mesas para el juego. Brayden se acercó y le ofreció el brazo. Caminaron juntos, en silencio, hacia el salón de baile.

—¿Disfrutaste de la cena? —preguntó por fin, rompiendo la incomodidad.

—¿No viste quién estaba a mi lado? ¿Cómo iba a disfrutar con Benson mirándome sin pudor?

Cada vez que pensaba en Benson, solo sentía repugnancia.

Él frunció el ceño.

—¿Le pediste a Margot que te sentara junto a él?

Ella se detuvo en el umbral.

—¿Con qué propósito?

—Se me ocurren varios. Tal vez buscas otro protector. Alguien que te ofrezca algo más que un revolcón rápido y unas cuantas libras.

Se tensó. Se repitió que daba igual lo que él pensara, porque ella conocía la verdad. Por mucho que desease arrojársela a la cara, no podía hacerlo sin arriesgar los secretos que había prometido guardar.

Optó por ignorarlo. Fijó la vista en los bailarines que cruzaban la pista con perfecta sincronía, al compás de los músicos. Oh, cómo deseaba poder bailar. Que Brayden la sostuviera mientras avanzaban por el salón sería un sueño. La música cesó y algunas parejas abandonaron la pista mientras otras se unían.

Lady Farleigh y el señor Benson se colocaron en fila para bailar. Brayden los miró y luego bajó la vista hacia ella.

—Baila conmigo —ordenó, más que pidió.

Ella tragó el nudo de miedo en la garganta. ¿Por qué imaginaba que sabía bailar? ¿Pretendía humillarla?

—No puedo.

—¿Perdón?

—No puedo bailar contigo.

—Te pago para que seas mi amante. Como tal, bailarás conmigo —dijo, empezando a conducirla hacia la pista.

Ella se plantó, mirándolo con ira. Tenía que estar intentando avergonzarla; no veía otra razón para su actitud.

—No bailaré contigo.

Él la sostuvo con la mirada y, al cabo, sonrió con desdén.

—Por supuesto… debí recordar lo diligente que eres en tu oficio. No te apures: te pagaré un extra por el baile.

Capítulo 13

Helen salió corriendo de la sala con los ojos anegados. Sus palabras le habían golpeado de lleno. En lugar de subir a su cuarto, donde él podría hallarla con facilidad, buscó refugio en la biblioteca. Cerró la puerta tras de sí y se acercó al pequeño fuego que todavía ardía en la chimenea.

—Buenas noches, señora Jones.

Se sobresaltó y se volvió hacia el sillón donde lord Ancroft descansaba con una copa de brandy en la mano.

—Buenas noches, milord. No sabía que había alguien aquí.

—¿Ha estado llorando?

—No —se secó con rapidez una lágrima rebelde.

—Por supuesto que no. —Inclinó la cabeza hacia el asiento contiguo—. ¿Por qué no está con Brayden?

Se sentó y contempló al apuesto caballero. Por un instante se preguntó qué le ocurría para que Brayden le resultase tan irresistible y, en cambio, aquel hombre, tan bien parecido, no. Ancroft era amable, agradable, cálido. Parecía disfrutar de su charla.

—Me dijo cosas desagradables, así que preferí escabullirme para tener un poco de intimidad.

Ancroft asintió, comprensivo.

—Brayden no es un hombre sencillo. —Se quedó mirando el fuego—. Ojalá supiera por qué ahora es tan indiferente.

—¿Ahora?

—No debería haber dicho nada. —Apuró un sorbo de brandy—. Le pido disculpas. ¿Le apetece brandy o jerez?

—No, gracias. —Alisó la falda—. Pero me interesaría saber más sobre lord Brayden. Ha dado a entender que ha cambiado. ¿Es así?

Ancroft la sostuvo con la mirada un largo rato, sopesando qué decir.

—Sí. Estaba muy distinto. Tal vez fueron los años… o algo que le sucedió.

—La gente no cambia tanto sin motivo.

—Le pasó algo. —Volvió al fuego—. Hace diez años. No recuerdo la fecha exacta, pero fue cerca de su cumpleaños. Lo que fuera lo transformó: de un hombre atento, al que le importaba la opinión de los demás, a alguien duro e indiferente.

Diez años. Se preguntó si fue antes o después de la noche que pasaron juntos. Las pocas veces que lo había visto antes de aquel momento, él le había sonreído con amabilidad en los ojos. No volvió a ver esa gentileza desde que se reencontraron.

—¿No te ha contado qué fue? —preguntó en voz baja.

—No. Lo intenté varias veces y me rendí. Lo que lo marcó no es algo de lo que vaya a hablar.

—Gracias por contármelo, milord.

—No se enamores de él. Solo le hará daño.

Sabía que no podía enamorarse de un hombre dispuesto a herirla. Lujuria y deseo no eran amor. Aun así, deseó poder ayudarle a vencer sus demonios.

—No lo haré, milord. ¿Puedo pedirle un favor?

Bebió el resto del brandy y volvió a mirarla.

—Por supuesto.

—Sé que le han dicho quién soy en realidad. —Negó con la cabeza cuando él empezó a protestar—. Por favor, solo le pido que

guarde mi secreto. No soportaría que mis amigas supieran quién soy y qué hago aquí con Brayden.

Él cerró los ojos, asintió y sonrió.

—Puedo hacerlo, señorita Lander. —La miró con curiosidad—. ¿Cómo es posible que no nos hayamos conocido hasta ahora?

—Sinceramente, no lo sé. Solíamos ir más a casa de Jennifer que a ninguna otra. Ahora que ella, Bridges y Margaret se han casado, apenas nos queda tiempo para socializar.

—Entonces debe de ser eso.

—Gracias, lord Ancroft.

Él le devolvió la sonrisa y Helen volvió a preguntarse por qué su corazón era tan exigente. Tenía delante a un hombre gentil y apuesto, y no sentía más que amistad. No había tensión cuando él entraba en una estancia, como ocurría con Brayden.

—¿Steven? ¿Estás ahí?

Hablando del rey de Roma… Helen mantuvo la mirada en las brasas mientras Brayden cruzaba el umbral.

—Estoy junto a la chimenea.

—Malditas sombras, no veo nada. —Avanzó hasta la luz—. ¿Has visto a Helen? No la encuentro.

Ancroft se puso en pie y se volvió hacia él.

—Quizá, si la trataras con la amabilidad que merece, no la perderías con tanta facilidad.

—¿Qué demonios significa eso?

—Os dejaré a solas para que lo averigüéis.

Pasó a su lado y salió. Maldito sea, pensó ella.

—¿Helen? —llamó Brayden.

—¿Qué quieres?

Él se acercó y ocupó el asiento que Ancroft había dejado.

—¿Por qué huiste?

—¿De veras lo preguntas?

—Quiero la verdad, Helen.

—Me llamaste puta. —Se incorporó y se acercó más al fuego, evitando su mirada. No quería que viera cuánto le había dolido.

—Te pido perdón. —Se levantó y acortó la distancia hasta situarse justo detrás de ella—. ¿Por qué no quisiste bailar conmigo?

—No me apetecía.

—¿No te apetecía o no sabías? —Le posó las manos en los hombros.

—¿Cuándo iba a aprender? ¿Mientras robaba monederos? O quizá contraté un maestro de danza con todo lo ganado vendiendo naranjas.

—Lo siento —susurró, y besó el punto donde el cuello se unía al hombro—. Fui un grosero insensible al no comprender que nunca habías bailado.

Trató de ignorar el estremecimiento que le provocaron sus labios.

—No. Fuiste un grosero insensible por llamarme puta.

Él sonrió contra su piel, y el calor le recorrió el cuerpo.

—Tienes razón.

James jamás se había sentido tan necio. Cuando ella huyó, supuso que era por el insulto. Tardó en entender que quizá no sabía bailar. La verdad era que conocía tan poco de ella que ya dudaba de todo.

—Me fascinas, Helen. Quiero saber más, pero cada vez que pregunto no obtengo la verdad.

—Podría decir lo mismo de ti. —Se apartó y volvió al sillón—. Tal vez le avergüenza.

—¿El qué? —preguntó muy bajo.

—Mi educación.

—He hecho muchas cosas de las que no me siento orgullosa. Si preguntas a tus amigos, te dirán que te alejes de mí por mi reputación. Fui una niña obligada a robar carteras para sobrevivir.

—Que fueras una cría no lo hace más fácil de aceptar. Y desde luego no eras una niña la semana pasada.

La miró y esbozó una sonrisa leve.

—Has compensado de sobra: acoges huérfanos y evitas que cometan tus errores.

Ella guardó silencio un instante, pensativa.

—Cuéntame algunos de los tuyos —susurró.

¿Por qué quería conocer sus errores? Ella era el mayor de todos. Aun así, asintió.

—Si lo hago, ¿me contarás algo de ti?

—Te diré lo que pueda.

—Bien. Uno de los peores fue cómo te traté aquella noche de hace diez años.

—Dime algo que no sepa.

Se recostó y alzó la vista al techo.

—A veces trabajo para un hombre del gobierno. Hace años estuve en Francia y lord Sheraton y Adam, lord Kesgrave, me ayudaban. Debía entregarles cierta información a tiempo. Decidieron concluir antes de lo previsto. Como no llegué, un niño murió y a Sheraton le dispararon.

—Pero has dicho que entraron antes de tiempo. No podías haberlo evitado.

James negó, cerrando los ojos para no ver repugnancia en los de ella.

—No llegué porque me detuve en una posada y…

Odiaba admitirlo.

—¿Y qué? —preguntó ella, quedo.

—Me acosté con una mujer. Si no me hubiese detenido por eso, habría llegado antes de su entrada. Entonces se habrían enterado del niño.

Ella se inclinó y le rozó la pierna con los dedos hasta la rodilla. Él abrió los ojos y se quedó mirando aquella mano delicada. A nadie le había contado su versión; siempre dijo que llegó tarde y nada más.

—Lo siento —susurró—. No podías saber lo que iba a pasar.

—Eso no cambia las cosas, ¿verdad?

Se recostó y negó despacio.

—No, no las cambia. ¿Por eso estás aquí esta semana? ¿Trabajas para ese hombre?

No veía daño en admitir parte.

—Sí.

Ella sonrió, y el corazón de él latió con fuerza. ¿Qué tenía su sonrisa para desatar tantos pensamientos impropios?

—¿«Sí» es todo lo que puedes decirme?

—Por desgracia, sí. No puedo revelar más, Helen. —Se levantó, sirvió dos copas de brandy y le ofreció una—. Me toca preguntar. ¿Puedo?

Ella se mordió el labio y miró su copa.

—De acuerdo.

No pretendía empezar con algo demasiado íntimo, así que optó por lo sencillo.

—¿Quién te enseñó a leer?

Ella alzó la vista y la apartó enseguida.

—Nadie importante.

—Entonces ¿por qué es un secreto?

Él quería entender su vida. Sospechaba que lo ocurrido entre ambos había influido en ella.

—Solo fue una mujer que vivía en la casa.

—¿La señora Perkins?

—No. Ella murió cuando yo tenía dieciséis —respondió, y se cubrió la boca con la mano. Apartó la mirada, sonrojada.

—¿Y qué hiciste después de que muriera la señora Perkins?

Helen cerró los ojos. No debería contarle ni siquiera eso sobre su vida. Pero él le había revelado una parte de la suya. Quizá, si descubría la cruda verdad, se sentiría repugnado y la dejaría en paz. Entonces ella no tendría que luchar contra esa maldita atracción que sentía por él.

—La señora Perkins no tenía familia. Así que, cuando la encontré muerta una mañana, llamé a un hombre que conocía para que se llevara el cuerpo.

Brayden hizo una mueca.

—¿Qué clase de hombre?

—Un ladrón de cadáveres. —Lo sostuvo con la mirada—. Me pagó por el cadáver. Con ese dinero pude permanecer en sus habitaciones tres meses más.

—¿Por qué?

Ella se volvió con toda su furia contenida.

—¿Me estás tomando el pelo? Mi elección era quedarme en su cuarto el mayor tiempo posible o salir a la calle a vender mi cuerpo. Intenté encontrar empleo, pero nadie quería a una chica sin referencias… salvo para su placer, por supuesto. Entonces, carecer de experiencia era un mérito.

—Lo siento —murmuró, apartando la vista—. ¿Qué ocurrió después de esos tres meses?

¿Cuánto podía contarle? Sabiendo que él frecuentaba aquel lugar, debía tener cuidado.

—Fui a trabajar a un burdel —admitió, despacio.

Brayden la miró con incredulidad.

—Ahora sé que mientes. Eras virgen cuando yo… nosotros…

—Cuando tuvimos relaciones sexuales, Brayden.

—Yo no lo llamaría así. —Se puso en pie y empezó a pasearse por la biblioteca.

Al observarlo, comprendió que su historia podía repelerlo. Nada, sin embargo, parecía sofocar su deseo por él. Incluso cuando le contó lo de aquel niño, solo había querido consolarlo, abrazarlo, aliviar su angustia. Tenía que decirle algo de la verdad sobre su tiempo con milady Russell.

—No dije que trabajara como prostituta, solo que trabajaba en el burdel. Me encargaba de las habitaciones.

Él se detuvo junto al sofá y clavó los dedos en el respaldo tapizado.

—¿Por qué te permitiría eso la dueña? Eras joven y hermosa, habrías ganado mucho dinero. En especial por tu virginidad.

—Créelo o no, era una mujer amable. No obligaba a ninguna a hacer lo que no estuviera preparada para hacer. Me dijo que, si cambiaba de idea, me dejaría subir.

—Así que, después de que tú y yo tuviéramos sexo —como tan elocuentemente lo dijiste—, empezaste arriba.

Ella dudó. Al fin, dejó salir la verdad.

—No. Nunca subí.

Él pasó a su lado, y cada palabra sonó más tensa que la anterior.

—Entonces, ¿cómo acabaste comprando una casa por tu cuenta?

—Otra persona la paga.

—Por supuesto —masculló con disgusto.

—¿Por qué te obsesiona mi pasado? No significo nada para ti.

—Tienes razón. —Y salió por la puerta.

Helen quiso gritar de frustración. Siempre que creía que empezaban a ser sinceros, algo se interponía. En parte era culpa suya. Pero tenía una promesa que cumplir. Jamás había conocido a un hombre tan exasperante. No tenía derecho a hurgar en su vida. Todo lo que había hecho fue por pura supervivencia, algo de lo que él, joven mimado, nada sabía.

Nunca entendería a ese hombre. Dejó el brandy intacto sobre la mesa y se recogió en su habitación. ¿Sería capaz Brayden de hablar con sinceridad con alguien? ¿Y por qué le importaba tanto su pasado? Ella no era nadie. Cuando acabara la semana, apenas se verían de vez en cuando.

La idea de verlo una o dos veces al año le encogió el corazón. Quería ayudarlo, hacerle ver que aún quedaba bondad en su interior. Pero si él no podía ser sincero, dudaba que hubiera esperanza. Se detuvo en la puerta.

Si ella no podía serlo con él, ¿la habría para ella?

Capítulo 14

Helen pasó la mañana siguiente en el exterior con Margot, cortando acebo y ramas perennes para adornar la casa. Mientras cortaba otra ramita, se preguntó por qué Margot no encargaba a los sirvientes aquella tarea.

—Huele esto —pidió Margot, acercándole una rama de pino recién cortada.

Helen aspiró el aroma resinoso y suspiró.

—Huele de maravilla. Pero ¿no cree que da mala suerte meterlas en casa antes de Nochebuena?

—Tonterías, Emily. La mala suerte no existe.

Helen no estuvo de acuerdo. Había visto bastante infortunio en Whitechapel como para no tentar al destino.

—Vamos —dijo Margot, jovial—. Creo que ya tenemos suficiente. Si hace falta más, enviaré a los sirvientes. Ahora necesito una taza de té caliente.

Helen asintió y regresó con ella hacia la casa. Esperaba pasar la mañana observando a Benson, pero Margot insistió en que la ayudara con los adornos. Ya dentro, dejó la capa a un lacayo y se encaminó a la biblioteca en busca de Brayden.

Al doblar la esquina del vestíbulo, camino del comedor, vio al señor Benson salir de la biblioteca y guardar un papel en el bolsillo del chaleco.

Tenía que ser lo que Brayden andaba buscando. Habló de una misiva delante de Ancroft. Si se lo contaba a Brayden, quizá se enfurecería por haber espiado. Sin embargo, si ella misma le llevaba la nota, podrían dar por terminada aquella descabellada misión. Volvería con sus hijos y la vida recuperaría su cauce.

Benson se le acercó. Helen le sonrió.

—Buenas tardes, señor Benson.

—Buenas tardes, señora Jones.

Con un poco de suerte, durante el almuerzo se sentaría a su izquierda, justo junto al bolsillo donde había guardado el papel.

—¿Va al almuerzo? —preguntó él al llegar a su altura.

Había que mantenerlo animado, por si no lograba sentarse cerca. Le sostuvo la sonrisa.

—Sí.

Él le ofreció el brazo derecho.

—¿Puedo acompañarla?

—Me encantará.

Rezaba para que Brayden no estuviera ya en el comedor. Se encendería al verla entrar del brazo de Benson. Mientras caminaban, se concentró en los paisajes de las paredes. Si pensaba en el hormigueo que le recorría la piel, saldría huyendo. Al cruzar el umbral, se estremeció al ver a Brayden conversando con Ancroft.

Él le lanzó la mirada más fría que le había visto nunca. Dio un paso, pero Ancroft le sujetó el brazo para detenerlo.

Benson pareció ignorar la tensión repentina.

—Aquí está, señora Jones. Por desgracia, no estaremos cerca.

—Quizá podamos hablar después del almuerzo.

Los ojos de Benson se iluminaron.

—¿Dónde desea que nos veamos?

—En el estudio de Farleigh.

—Nos veremos allí —concluyó, y se dirigió a su asiento, al otro lado de la mesa.

Solo tenía que soportar la comida entre Brayden y lord Bingham. Como el conde mayor se dormía a media comida, dudaba que aportara conversación.

Brayden se acercó con aire despreocupado para el resto, no para Helen. Ella notó su mandíbula tensarse y un leve tic en la mejilla. Él le retiró la silla. Su aliento cálido le rozó el hombro.

—Hablaremos de esto después —le susurró.

—Tengo planes.

Se sentó y sonrió a la pareja de enfrente.

—Nos veremos en nuestra habitación.

—Por supuesto.

Pero no antes de reunirse con Benson. Si todo salía bien, le entregaría la nota a Brayden y empezaría a hacer el equipaje.

Brayden tomó asiento a su lado. Tras estar junto a Benson, la presencia de Brayden resultaba extrañamente reconfortante. No tenía sentido: él era un hombre mucho más peligroso.

La comida fue un suplicio. Brayden apenas le habló. Bingham cabeceó como si dormitara. La pareja de enfrente estaba tan embelesada que solo tenía ojos el uno para el otro.

Al terminar, Helen se levantó hacia la puerta, pero Brayden le sujetó el codo.

—Creo que tenemos una reunión pendiente.

Se soltó.

—Antes debo hablar con lady Farleigh. Me ha pedido ayuda con la decoración del baile.

—Tienes una hora. Si no vuelves a nuestra habitación, iré a buscarte.

—Entendido.

No fue un gran alivio. Podían pasar demasiadas cosas en una hora a solas con Benson. Tenía que conseguir la misiva deprisa.

Se alejó de Brayden y se dirigió al estudio de Farleigh. Al entrar, encontró al señor Benson en un sillón orejero, con una copa de brandy.

—Buenas tardes de nuevo, señora Jones. —Alzó la copa—. ¿Le apetece?

—No bebo alcohol.

Se sentó frente a él, con una sonrisa.

—Entonces… —dijo despacio—. ¿De qué quería hablar exactamente?

Acomodó la falda de seda.

—Lord Brayden y yo no nos llevamos bien últimamente. Sentía curiosidad por saber por qué se interesó por el estado de nuestra relación.

—Creo que eso ya lo sabe. —Bebió un sorbo—. ¿Segura de que no quiere?

—Prefiero la mente despejada cuando tomo decisiones así.

Él le devolvió una sonrisa cargada de intención.

—Me agrada que se tome en serio las negociaciones.

—Debo hacerlo. Hablamos de mi vida y de mis ingresos. Una mente nublada por el alcohol le permitiría aprovecharse de mí. —Sonrió con dulzura—. Y no dejaré que eso ocurra.

—Me gustan las mujeres inteligentes.

—Dígame, señor Benson, ¿qué puedo esperar de usted?

—Lo que usted desee: un amante gentil, un amante exigente…

—Me refería —lo cortó— a qué beneficios concretos disfrutaría. Renuncio a un hombre muy generoso.

Benson ladeó la cabeza y la examinó con sus ojos marrones.

—Sí. ¿Por qué dejar a alguien como Brayden por alguien como yo? Él será conde; yo solo soy un segundo hijo.

Helen soltó una risa ligera.

—Lord Brayden… digamos que no es un hombre fácil. Exige perfección y espera que cumpla todos sus caprichos. Prefiero algo más de flexibilidad.

—Coincido. Si quisiera una mujer que solo obedeciera, me casaría.

Helen contuvo el gesto de disgusto. Lo miró una vez más buscando algo que lo redimiera. Nada. Su vista se posó en el chaleco a rayas: del bolsillo asomaba un borde de papel. Solo tenía que hacerse con él. Acabaría el trabajo y volvería a casa.

Benson carraspeó, consciente quizá de su distracción.

—Le proporcionaré una casa en Mayfair y cuantos sirvientes necesite. Correré con su ropa y con todo lo demás. Además, le giraré una asignación mensual. ¿Satisface eso sus necesidades?

—Señor Benson, es usted más que generoso —repuso en voz baja—. Pero no debo iniciar una relación nueva hasta romper con lord Brayden. No querría hacerlo en un lugar público como esta fiesta. Al regresar a Londres, le comunicaré mi decisión. Hasta entonces, conviene ser cautos. Me sentiría fatal si le ocurriera algo porque Brayden descubriera nuestra amistad.

Se levantó para marcharse, consciente de que antes tenía que acercarse a él.

—Estoy de acuerdo, señora Jones.

Benson se alzó para tomarla del codo y acompañarla a la puerta. Helen se detuvo y se volvió. Los ojos de él se oscurecieron con un deseo descarado.

—Quizá deberíamos sellar nuestro acuerdo con un beso.

Su sonrisa se volvió lasciva.

—No podría estar más de acuerdo.

Antes de que ella diera un paso, él la atrajo y presionó sus labios húmedos sobre los suyos. Conteniendo las náuseas, ella le rodeó el cuello y correspondió. Aquel beso viscoso no se parecía en nada a la caricia de Brayden. Para acortar el trance, fue bajando los brazos, deslizó el papel del chaleco y lo guardó en su propio bolsillo. Luego lo apartó con suavidad.

—Es usted muy impaciente, señor Benson.

Esbozó una sonrisa y se volvió hacia la puerta.

—¿Cuándo volveré a verla en privado?

—Espero que pronto.

¡Ojalá nunca!

Al llegar al pomo, notó que él estaba pegado a su espalda. La atrajo y le besó la nuca.

—Muy pronto —murmuró.

—Debo irme, querido.

—Por supuesto.

Se apartó y le permitió abrir. Ya en el pasillo, Helen inspiró hondo. Ansiosa por encontrar a Brayden y entregarle el papel, corrió a su dormitorio. Abrió y lo sorprendió paseándose con el ceño encendido. Él se detuvo.

Se volvió, con los ojos de un verde oscuro.

—¿Dejaste que ese hombre te besara?

¿Para eso estaba furioso? ¿Y cómo lo sabía?

—¿Estabas escuchando mi conversación privada?

—Sí. Cuando te vi entrar en el estudio y a Margot subir la escalera, supe que no ibas a hablar de guirnaldas.

—Así que me seguiste. Me espiaste.

Se acercó con una amenaza quieta en el paso.

—Es lo que hago. Ahora dime por qué lo besaste.

Su ira solo alimentó la de ella.

—¿A ti qué te importa? ¿Eres el único hombre con derecho a besarme?

—Sí.

La atrajo y descendió a por su boca. Sus labios fueron duros, punitivos… y, de algún modo, maravillosos. Cuando su lengua buscó la suya, Helen respondió a la exigencia. Jamás la había besado un hombre celoso, pero si aquello era el celo, debía de sentirse así. Aunque estaba segura de que Brayden jamás permitiría que una emoción lo dominara.



James volcó en el beso toda su frustración y sus celos. En veintiocho años no había sentido nada parecido a la punzada que lo atravesó al comprender que Helen había permitido que Benson la besara. Había escuchado su conversación desde la oficina de la secretaria, cada palabra nítida. Pero en cuanto advirtió el silencio dentro del estudio, el mundo se le puso patas arriba.

Se apartó de ella y se volvió hacia las ventanas. El corazón le martilleaba el pecho. ¿Cómo había podido besar a Benson?

—¿Te importaría decirme exactamente de qué iba todo esto? —ordenó Helen.

—No.

—¿Te gustaría saber por qué lo besé?

James apretó los puños, más frustrado a cada latido.

—Me pareció obvio que estabas preparando tu futuro para cuando esto termine.

Ella tuvo la audacia de reír.

—No creerás de veras que podría tener algo con ese hombre repugnante, ¿verdad?

—Me resultó muy convincente.

—Gracias.

Él se volvió de golpe.

—¿Cómo?

—Si no hubiera logrado convencer a Benson, jamás le habría sacado esto del chaleco —repuso, sacando un papel del bolsillo.

—¿Le has robado una nota? —casi bramó. No recordaba la última vez que una ira así le recorriera el cuerpo.

—Te costaba acercarte a él. Lo vi guardar un papel y supe que podía quitárselo. Ahora podremos volver a Londres.

—Dame eso —gruñó, arrebatándoselo. No quiso imaginar lo necio que debía de parecer ante sus ojos. Jamás había permitido que los celos lo dominasen. Hasta ahora.

Leyó la carta. La bilis de los celos se transformó en furia.

—¿Cómo has podido hacer esto sin decírmelo antes?

—Te oí hablar con lord Ancroft. Supe que buscabas una misiva relacionada con Benson. —Se dejó caer en la silla, satisfecha—. Así que se la quité.

—Pequeña insensata —murmuró—. Puede que me hayas costado la misión.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Él le arrojó la carta al regazo.

—Es una carta para su madre. Nada más. Ahora sospechará que tú se la has quitado. Pensará que trabajamos juntos.

Helen se mordió el labio y repasó la nota.

—Lo siento mucho —susurró.

—Lo has arruinado todo. Tú, con tu prisa por alejarte de mí. ¿Tanto ansías mi dinero para dejar a tu protector actual? ¿Será Benson el próximo en tu cama?

—¿Qué?…

Se volvió hacia la puerta, pero él aún no había terminado. La giró y la obligó a apoyarse contra la madera.

—¿Cómo pudiste permitir que te besara? —repitió, antes de tomarle la boca. Quería castigarla. Quería que supiera que solo él debía besarla.

En cuanto su lengua rozó la de ella, el deseo lo arrasó. Quería que Helen se entregase a él, no a Benson ni a ningún otro. Le rodeó la espalda con las manos y desgarró la costura del vestido. Profundizó el beso hasta arrancarle un gemido.

Anhelaba sentir sus pechos contra su pecho, su cuerpo suave cabalgándolo. Cuando intentó bajarle el vestido, ella lo empujó con tal fuerza que dio un paso atrás.

—¿Esa es la única forma que tienes de hacer el amor con una mujer? —gritó—. ¿Forzándola contra una puerta o contra el muro de una iglesia?

Sus palabras fueron un cubo de agua helada. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Helen corrió al dormitorio y se dejó caer sobre la cama. James salió de la estancia a zancadas, incapaz de afrontar lo que casi había hecho.

Otra vez.



—¿Por qué?

Helen se sentó en la cama y se enjugó las lágrimas. ¿Por qué la trataba así? Ella solo había intentado ayudarlo. Y él… él había estado a punto de forzarla. Repasó la discusión y, de pronto, cayó en cuenta de algo que rozaba lo absurdo.

Se había enfadado por la nota, sí, pero estaba mucho más furioso porque Benson la hubiera besado. Brayden estaba celoso. Enfadado, celoso y posesivo. Aquellos besos punitivos habían nacido de los celos. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios. Él la deseaba. El corazón le latió con más fuerza ante esa certeza. Si lo hubiera permitido, él habría hecho el amor con ella. Tal vez no de la forma que a Helen le habría gustado, pero lo habría hecho de todos modos. Aun así, la ira seguía ardiéndole por su método. Si le hubiera hablado de sus celos, habría podido tranquilizarlo. Debió hablar con ella. Claro que él parecía incapaz de hablar con sinceridad de nada.

Bien. No pensaba aplacarlo ahora. Que fuera él quien acudiera a ella. Casi se echó a reír al imaginar a Brayden pidiéndole perdón. Aquel hombre era más terco que una mula.

Se levantó y llamó a una criada. Quería un baño y cambiarse de ropa antes de que él regresara. En realidad, deseaba haber terminado y estar fuera de la habitación cuando él volviera. No tenía ánimos para hablar con él en un tiempo.

En cuanto estuvo bañada y vestida, tomó la carta de Benson para su madre y se la guardó en el bolsillo. Tenía que devolverla al estudio, donde él pudiera hallarla sin sospechar de su mano. Abrió la puerta y se detuvo a escuchar por si Brayden rondaba el pasillo.

Miró la escalera y descendió. La puerta del estudio estaba entornada; entró con cautela. No había nadie. Dejó la nota en el

suelo, junto a la silla donde Benson se había sentado. Cruzó la estancia con la intención de marcharse y encontrar un rincón tranquilo donde leer un rato.

—Señora Jones, ¿qué hace aquí?

Se detuvo. Benson. ¿Qué hacía allí?

—He venido a ver si me dejé un libro de poesía. ¿Lo ha visto?

—No. No recuerdo que entrara con un libro —observó él.

Frunció el ceño, como si de verdad cavilara.

—¿De veras? Entonces, ¿dónde lo habré dejado?

—No sabría decir. He venido a buscar una carta que llevaba encima antes de hablar con usted. Parece que se me cayó del bolsillo.

—Oh, quizá se le cayó cuando… —Apartó la mirada, como avergonzada de aludir al beso.

—Puede ser. —Se acercó a la silla, echó un vistazo—. Ahí está. —La recogió y se la guardó en el chaleco.

—Debo seguir buscando mi libro. Que tenga un buen día, señor Benson.

—Señora Jones, espere. —Se colocó junto a ella—. ¿Podríamos vernos más tarde?

Le sonrió con cortesía.

—No, señor Benson. Como le dije antes, primero debo romper con lord Brayden.

—¿Es eso cierto?

La voz de Brayden resonó desde el umbral.

Una parte de ella se aliviò al verlo entrar antes de que Benson intentara besarla otra vez; otra, en cambio, sintió una punzada de ira.

Brayden se apoyó con naturalidad en la puerta, brazos cruzados.

—Quizá alguno quiera explicarme qué sucede.

—Señor Benson, debería marcharse mientras hablo con lord Brayden —indicó Helen.

—Creo que prefiero quedarme.

—Oh, quédese, Benson. —Brayden avanzó felino hacia el centro—. Pero dejemos algo claro: la señora Jones es mi amante. No es suya ni lo será.

Cuando Brayden se acercó, Benson abrió mucho los ojos, asustado.

—Lo entiendo.

Y salió antes de que Brayden diera un paso más.

Helen aguardó a que Benson estuviera fuera del alcance del oído.

—Muy bien hecho, Brayden. Estoy segura de que no volverá a molestarme. —Se dirigió a la puerta, pero él la hizo girar para enfrentarla.

—No hemos terminado.

Ella alzó una ceja y se soltó.

—Después de lo de esta tarde, hemos terminado del todo.

Capítulo 15

Helen se sentó a cenar justo cuando lord Ancroft entró con Brayden a su lado. Apartó la mirada cuando él la buscó con los ojos. Jamás se había sentido tan decepcionada con alguien y, aun así, no podía expulsar la idea de que en Brayden había algo que lo redimía. Seguía queriendo descubrir esa parte de él.

Benson tomó asiento a su lado y, con la pierna, le rozó el muslo. Helen tuvo el impulso de cambiarse de sitio y arrimarse a lord Bingham. Dudaba que el viejo conde notara el movimiento.

La mirada helada de Brayden la fulminó desde el otro extremo de la mesa.

—¿Se encuentra bien, señora Jones? —preguntó Benson, con una preocupación impostada en su voz grave—. Está algo pálida.

Helen parpadeó y apartó los ojos de Brayden.

—Estoy bien. Acabo de recordar que hoy es el cumpleaños de mi hermana y olvidé felicitarla.

—Ah, claro.

Comió demasiado deprisa, solo por alejarse cuanto antes de Benson. De poco servía, porque la cena era de cinco platos y se alargaría horas. Luego tocaría esperar a que lady Farleigh se levantara y llamara a las damas al salón. Pinchó el pato asado, pero tenía el estómago cerrado.

—Señora Jones, ¿vendrá esta noche a la función de mimos? Lady Farleigh lleva meses preparándola. ¿O prefiere las cartas? —insistió Benson antes de meterse un gran trozo de pato en la boca.

No podía creer que, después del enfrentamiento en la biblioteca, él siguiera con aquello. Margot había traído una compañía de mimos para representar una pieza invernal y había prometido, además, mesas de juego para quien lo deseara. Helen solo quería escapar del ruido y de la gente, sobre todo de Benson y de Brayden.

—Creo que no será prudente ninguna de las dos cosas. Puede que me retire temprano. Me viene un dolor de cabeza horrible.

—¿Quiere que la acompañe a su habitación?

Aquel hombre no sabía frenarse. ¿Buscaba provocar a Brayden?

—No sería apropiado.

—Por supuesto. Solo es apropiado que la acompañe Brayden.

—Tsk, tsk… no me muestre sus celos.

¿Acabaría alguna vez aquella comida? Volvió a mirar a Brayden. Ojalá él le hablara de los demonios que lo roían. Incluso tras el desastre de la tarde, estaba segura de que había algo más. Una necesidad de controlarlo todo. ¿Controlarla a ella quizá? ¿A todas las mujeres?

Por fin terminó la cena. Mientras las damas se dirigían al salón, alcanzó a Margot.

—Margot, necesito aire.

—Hace mucho frío fuera —frunció el ceño.

—No tardaré. Solo quiero estar sola un rato para pensar.

—¿Brayden sigue causándote problemas?

Asintió.

—Y Benson también.

—De acuerdo. Buscaré una excusa para cubrirte. Pero no tardes o mandaré a un lacayo.

—Gracias.

Subió a por su capa de lana y salió. La paz y la oscuridad la envolvieron. Caminó por el sendero hasta encontrar un banco en lo que, en verano, sería un jardín. Apartó la nieve en polvo y se sentó. Con las estrellas brillando, por primera vez en mucho tiempo estaba sola.

Ojalá su mayor problema se arreglara con sentarse allí. En algún momento de la noche tendría que enfrentar de nuevo a Brayden. Debería estar furiosa, y una parte lo estaba, pero también percibía su dolor. Algo lo devoraba, y tenía que ver con ella.

—¿Qué demonios haces aquí, pasando frío?

Giró la cabeza. Él la miraba como si hubiera perdido el juicio.

—Necesitaba estar sola un rato. Si no te importa, me gustaría seguir estándolo.

En vez de marcharse, Brayden se acercó y se sentó en el extremo del banco. Bastaría con que cualquiera de los dos se moviera unos centímetros para tocarse.

—¿Sabías que estaba aquí? —preguntó ella.

—Lady Farleigh comentó que quizás te vendría bien dar un paseo esta noche. Dijo que el aire frío me haría bien.

—Ya veo.

Se quedaron en silencio. Al cabo de un momento, él se removió.

—No puedo pedirte perdón lo suficiente por lo de esta tarde —murmuró, mirando el suelo helado—. Fui un perfecto imbécil.

—Sí. Lo fuiste. ¿Por qué lo hiciste?

—Estaba enfadado.

—¿Por qué? —insistió.

Soltó un suspiro. Helen vio el vaho disiparse en la noche.

—Mi vida ha sido secretos y mentiras. Tú me mientes u ocultas cosas. Oírte hacer planes con Benson me sacó de mis casillas. No es

excusa. Lo sé.

—No, no lo es. Sobre todo cuando tú también guardas tus secretos. —Se acercó un poco—. ¿Estabas celoso de Benson?

—Sí —admitió en voz baja—. Cuando cierro los ojos y pienso en él besándote, quiero estrangularlo.

—Solo intentaba ayudarte —susurró.

—Ahora lo sé.

Deseaba con todas sus fuerzas que siguiera hablando. Quizá entonces le abriría alguna puerta a su interior.

—¿Crees que podríamos contarnos parte de nuestros secretos sin desvelarlo todo?

Él giró apenas la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Me gustaría intentarlo.

—Empiezo yo. Una mujer me pagó para que acogiera a su bebé cuando descubrió que estaba embarazada. Era rica y no podía permitirse que el secreto saliera a la luz. Me compró la casa para que viviera allí mientras criaba a su hija. Me prometió que, cuando la niña cumpliera dieciocho, me cedería la propiedad.

—Una mujer —murmuró Brayden, negando con la cabeza y soltando un largo suspiro—. Debería haberlo imaginado. ¿Y si su marido descubre la verdad?

—No está casada. Al menos, que yo sepa. Puede que lo estuviera antes. Nunca hablamos de ello.

—¿Fue ella quien te enseñó a leer? —preguntó, acercándose un poco más.

—Sí. Y me enseñó a hablar con corrección y buenos modales. Quería que también pudiera enseñárselos a su hija. Cuando aprendí a leer, empecé a ir a la biblioteca y traer libros de historia y de matemáticas. Fue como abrir una puerta a otro mundo. —Lo miró y sonrió—. Descubrí que no me gustan mucho las matemáticas.

Él se rió por lo bajo.

—A mí me encantaban en la escuela. La poesía me aburría, pero con los números era feliz.

—No puedo contarte nada más. Le prometí que jamás revelaría su nombre.

—Gracias.



James sabía que ella esperaba que le confiara su secreto, pero no tenía idea de cómo hacerlo sin contarlo todo. Aun así, como Helen había propuesto, podían revelar una parte sin desvelar el resto. Al menos, intentarlo.

—Cuando tenía diez años, dos días antes de Navidad, me dijeron que mi madre había muerto en un accidente de carruaje.

Ella abrió mucho los ojos y le tomó la mano.

—Lo siento.

—Para entonces tú ya habías perdido a tus dos padres —apretó con suavidad sus dedos—. Viví ocho años con mi padre creyendo aquella historia. Y, aquella noche de hace diez años, descubrí que no era verdad.

—¿Qué quieres decir? ¿Tu madre no murió en un accidente?

Cerró los ojos para bloquear el dolor que todavía le producía ese recuerdo.

—Descubrí que seguía viva.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Tras saberlo, cogí una botella de brandy y acabé en St. George's.

—Eso explica muchas cosas. ¿Tus padres se reconciliaron?

Casi rió sin humor.

—No. Ella no quiere saber nada de mi padre. Se marchó porque él tenía no solo una, sino varias amantes, y una de ellas incluso tuvo un hijo suyo.

—¿Sabe él que ella sigue viva? —susurró Helen—. Debió de ser durísimo descubrirlo.

Esta vez sí soltó una risa breve, teñida de desdén.

—Duro para él… sobre todo porque lo sabía desde hacía ocho años. Fue él quien inventó lo del accidente.

Ella se cubrió la boca con la mano.

—Dios mío… ¿Se fugó con otro hombre?

—No exactamente. Con hombres, quizá, pero no solo uno. No puedo contarte más sin traicionar promesas.

Helen posó un dedo sobre sus labios fríos.

—Entonces no digas más.

James besó la yema de ese dedo y lo sostuvo entre sus manos.

—Debo decir esto: no hay justificación para cómo te traté esta tarde. Lo siento más de lo que puedo expresarte.

Le acarició las mejillas heladas y rozó su boca con un beso suave.

—Te doy mi palabra de que no volveré a tratarte así.

—Gracias, Brayden.

—No me importaría que me llamaras James.

Ella sonrió contra sus labios y volvió a besarlo.

—Gracias, James.

—Ancroft me dijo que debí contarte hace días por qué estoy aquí.

Helen lo miró a los ojos.

—¿Has decidido confiar en mí?

—Tal vez un poco. Trabajo para un hombre del Gobierno: me pidió que vigilara a Benson. Corre el rumor de un atentado contra la vida del regente. Se sospecha que Benson es el mensajero.

—Por eso buscabas una nota sobre él.

—Exacto.

Frunció el ceño, preocupada.

—¿Por qué no acudiste a mí? Sabes que puedo robar una cartera. Y, por ser mujer, puedo acercarme más a él sin levantar sospechas.

—No quería involucrarte, Helen. No sé de qué es capaz Benson.

—Gracias por contármelo. Si lo veo con más notas, te avisaré.

—Volvamos dentro antes de que te quedes helada —se puso en pie y le tendió la mano—. Necesito pedirte un favor. Sé que no lo merezco después de todo esto…

—¿Qué necesitas?

—Mantén ocupado a Benson abajo mientras reviso de nuevo su habitación.

—Me ha pedido que vaya a la obra o que juegue a las cartas con él. Averiguaré qué prefiere y lo entretendré mientras registras su cuarto. ¿Cuánto tiempo?

Consultó el reloj a la luz de la luna.

—Media hora, como mínimo. Cuando termine, bajaré al salón.

—Muy bien —le acarició la mejilla—. Ten cuidado esta noche.

—Lo haré. Y no dejes que te lleve a solas a una habitación —todavía se le colaba un leve tono de celos.

—No pienso hacerlo.

Caminaron de regreso en un silencio cómodo. James se preguntó si algún día ella podría perdonarlo por lo de hoy… y por lo de hace diez años. Quería reparar el daño, pero no sabía cómo. Tal vez, con el tiempo, Helen le contaría más. Aún había cosas que guardaba, por promesas hechas o por miedo. No era justo exigirle más cuando él jamás podría revelarle la identidad de su madre… ni la de su media hermana.



Helen entró primero en el salón de baile, donde los mimos aguardaban para entretener a los invitados. El viejo Padre Navidad cruzó el escenario para presentar la pieza y a sus personajes. Ella recorrió con la mirada a los asistentes y no encontró a Benson.

Rezando para que no se hubiera retirado a su cuarto, pasó al salón contiguo, dispuesto con mesas para cartas, ajedrez y backgammon. Lo halló de pie junto a una ventana, observando las partidas. Se acercó despacio.

—Señor Benson —saludó al situarse a su lado—. Me siento mucho mejor y me encantaría jugar a las cartas.

—¿Qué tal al backgammon? Hay una mesa para dos allí —indicó, señalando una mesita apartada.

—De acuerdo, aunque debo admitir que no soy muy diestra en ese juego.

—Le enseñaré algunas estrategias —ofreció, tendiéndole el brazo.

Tras vacilar un instante, ella lo tomó y caminaron hasta la mesa. Helen se sentó y contempló el tablero. Lady Russell le había enseñado a jugar años atrás, pero no lo había vuelto a tocar desde entonces.

—¿Por qué no empieza usted, ya que hace tiempo que no juega?

—Por supuesto —aceptó él, y repasó con rapidez las reglas y unas pautas sencillas.

Helen lanzó una mirada fugaz al reloj de la repisa. Eran las diez y media; debía mantenerlo ocupado hasta, al menos, las once.

—¿Ya la aburre el juego? ¿O la aburro yo? —inquirió él cuando ella volvió a fijarse en las fichas.

—Ninguna de las dos —replicó con calma—. Solo miraba la hora. No me había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba fuera.

Benson se recostó mientras ella movía sus piezas y sonrió.

—¿El aire frío alivió el dolor de cabeza o fue la compañía de Brayden?

Helen contuvo la sorpresa y lo encaró con una ceja arqueada.

—Brayden se unió a mí fuera sin mi permiso. Aun así, aproveché para hablarle de mi deseo de terminar la relación.

—¿Antes o después de que la besara?

¡Había admitido abiertamente que la había espiado!

—Ese beso no fue más que una despedida.

—¿Entonces se va? —Benson echó un vistazo a la sala, como comprobando que Brayden no estuviera cerca.

—Dijo que prefería quedarse. Por desgracia, Lady Farleigh no tiene más dormitorios, así que seguiremos compartiendo habitación. Se ofreció a dormir en el sofá.

—Podría quedarse conmigo —propuso, mientras lanzaba los dados.

—Podría, pero no quisiera avergonzar a lord Brayden delante de todos. Además, es un hombre muy celoso.

—Eso he oído. ¿Zanjaron la cuestión?

Helen observó la jugada de él y retiró una de sus fichas del tablero.

—Tan bien como cabía esperar. No le sorprendió; últimamente discutimos más de lo conveniente.

—Ya veo. ¿Cuándo podré visitarla al regresar a Londres?

Necesitaba una excusa para mantenerlo alejado.

—Después de Año Nuevo. Pasaré la Navidad con mi hermana.

—Ah, ¿la misma hermana que cumple años hoy?

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

¿Su nombre? ¡Quería saber su nombre! ¿Por qué ese interrogatorio?

—La señora Lillian Johnson. Ella y su marido, David, viven en una casita en Hereford Street —se inclinó hacia el tablero, acercándose un poco a él—. Se casó por debajo de su nivel. Mi padre quería que lo hiciera con un terrateniente cerca de Carlisle.

—¿Por qué no obedeció?

Se le daba demasiado bien improvisar historias; quizá, al volver, debería comentarle a su amiga Jennifer lo de escribir.

—Se fugaron a Gretna Green. Cuando regresaron, ella ya estaba encinta. Mi padre se escandalizó.

—Y supongo que su madre también —apuntó.

—Por desgracia, mi madre falleció antes de todo aquello.

—Lo siento —musitó, y tomó su turno.

Helen volvió a mirar el reloj. Brayden había dicho media hora y ya habían pasado treinta y cinco minutos sin rastro de él. Observó

el tablero: Benson tenía varias fichas bien colocadas; podría ganar en una o dos tiradas. Tenía que buscar algo para entretenerlo hasta que Brayden regresara.

—¿Piensa visitar a su madre por Navidad? —preguntó, estirando la charla.

—Dependerá de algunos asuntos que tengo entre manos.

Qué respuesta tan extraña.

—¿Qué clase de asuntos?

Él hizo un gesto negando con la cabeza.

—Solo negocios. Nada que pueda interesarle.

Ella sonrió con lo que esperaba fuese un aire seductor.

—Oh, quizá se equivoque. Todo lo que tenga que ver con usted me resulta fascinante.

—¿De veras? Tal vez, cuando la conozca mejor, se lo cuente. Pero no hasta saber que puedo confiar.

Parpadeó, sorprendida.

—¿Confiar en mí? ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Sigue demasiado cerca de Brayden. Y no confío en él. Ha prestado poca atención a Farleigh estos últimos años por culpa de su matrimonio con Margot.

—¿Y por qué le importaría eso a Brayden?

—Ella y Brayden eran muy amigos antes de que ella conociera a Farleigh. Luego él aparece aquí con usted. Hay algo más tras su presencia que el simple deseo de asistir a una fiesta.

—¿Como qué? —insistió Helen.

—Creo que quiere a Lady Farleigh de vuelta en su cama.

Trató de ignorar el nudo en el estómago.

—Pero Lady Farleigh parece muy enamorada de su marido.

—Pura comedia para que Farleigh crea que esa zorra le es fiel.

—Entonces, ¿por qué me trajo Brayden?

Benson le lanzó una mirada burlona.

—Para que Farleigh crea que no es una amenaza para su matrimonio. Pero, como dice, ustedes discuten más. Quizá porque él planeaba romper para volver con Lady Farleigh.

Helen se mordió el labio, pensativa. Quería creer que Benson mentía. Sin embargo, al ver a Brayden cruzar el umbral y dirigir una mirada a Lady Farleigh, no pudo evitar preguntarse si, esta vez, Benson decía la verdad.

Capítulo 16

James observó cómo Helen y Benson seguían en el backgammon. Tras registrar la habitación de Benson durante casi cuarenta y cinco minutos, no había encontrado nada. O bien él le ocultaba información o la misiva aún no había llegado.

La frustración de James crecía con cada minuto que pasaba en aquella maldita velada. Tenía que localizar la nota y llevar a Helen de vuelta a Londres antes de que alguno de los dos hiciera algo de lo que luego se arrepintiera.

Steven se acercó con aire despreocupado.

—Llevan casi una hora jugando al backgammon. Antes de eso, disputó una partida de cartas con lord Bingham.

—Gracias, Steven —susurró James—. Acabo de registrar su habitación y no he hallado nada que lo incrimine.

—¿Crees que te dieron información errónea? —alzando una ceja—. No sería la primera vez.

James advirtió las miradas de soslayo que Helen les lanzaba. Tendría que recordarle que fuese más discreta; Benson podría sospechar. Con lentitud, ella se levantó del asiento y regaló a Benson una sonrisa enigmática. James sintió el impulso, cada vez más apremiante, de cruzar la sala, tomarla entre sus brazos y besarla delante de todos.

¿Qué le pasaba?

Jamás había sentido una reacción tan intensa hacia una mujer. Los celos nunca habían formado parte de sus relaciones. ¿Por qué

ahora? Y más cuando ella no hacía sino interpretar un papel.

Helen pasó a su lado sin dedicarle una mirada, tampoco a Steven. Él escuchó el taconeo de sus zapatos sobre el mármol del pasillo. Al notar la atención de Benson clavada en él, comprendió que debía esperar antes de seguirla a su habitación.

Benson se aproximó con una sonrisa satisfecha. Todos los sentidos de James se afinaron. El hombre estaba demasiado cómodo, como si supiera algo que él ignoraba. Una punzada de alarma le recorrió la espalda. Algo no encajaba.

No esperó más y se apresuró a regresar a su dormitorio. Al abrir la puerta, encontró a Helen sentada en el sillón orejero, descalza, con las piernas recogidas bajo el cuerpo. Retrocedió un paso. Su belleza lo dejó sin aliento. Era un necio por creer que podía resistirse a ella.

—¿Qué haces, Brayden? —preguntó ella; la voz le temblaba apenas.

—Nada en absoluto.

—¿Encontraste algo en la habitación de Benson?

—No.

—Brayden, ¿por qué sigues apoyado en la puerta? —insistió—. ¿Te encuentras bien?

Maldita sea, no lo estaba. Solo verla allí, en ese sillón, encendía un deseo feroz. ¿Cómo iba a dormir en la misma cama que ella esa noche?

—Tengo que irme —murmuró.

—¿Por qué?

Se volvió y golpeó la madera con el puño. ¿Por qué no entendía lo difícil que era aquello para él? Porque ella no lo sabía.

—Si no salgo ahora mismo, voy a tomarte en brazos y llevarte a esa cama —dijo, mirándola de soslayo—. Y no vamos a dormir.

Helen se humedeció los labios carnosos, y otra oleada de sangre le estalló en las venas.

—¿Y si te dijera que no me importa?

—A mí sí, Helen —replicó, volviendo a golpear la puerta—. Después de lo que te hice hace diez años y de lo que casi te hago hoy.

—Creí que no significaba nada para ti —susurró ella.

Él la acechó. Se detuvo frente al sillón, la alzó y la sujetó por los hombros.

—Lo que pasó aquella noche forjó un vínculo entre nosotros que quizá ninguno quiere admitir. Nunca dejé de pensar en ti ni en lo que te hice. No vuelvas a creer que no significas nada para mí. Te busqué durante semanas por las calles de Londres, tratando de encontrarte. Nadie sabía de ti.

El corazón de Helen dio un vuelco. Él la había buscado. Ella había pasado semanas convencida de que no había sido más que una válvula para su frustración.

Parpadeó para contener las lágrimas que, de pronto, la desbordaron.

—¿Por qué?

—Porque lo que hice aquella noche fue un delito.

—No lo fue, Brayden. Fue poco caballeroso, sin duda, pero no un acto ilegal —intentó zafarse; él no la soltó.

—¿Desde cuándo la violación no es un delito?

—Oh, Dios mío —susurró, tapándose la boca. ¿Cómo podía pensar algo tan atroz?

—¿Qué?

—Brayden, tú nunca me violaste.

La soltó tan rápido que ella cayó contra el respaldo.

—Yo estaba allí. Y aunque bebí demasiado esa noche, recuerdo que dijiste que no.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Helen se incorporó como pudo para alcanzarlo antes de que se marchara. No podía permitir que siguiera creyendo aquello. Cuando él estiró la mano hacia el pomo, ella se lanzó y se aferró a su espalda.

—Maldita sea, Helen —gruñó—. Suéltame. No puedo soportar este cuarto ni un minuto más. Sé lo que hice, y si tú lo recuerdas, recordarás exactamente lo que pasó. Pero no puedo estar aquí cuando te vuelva a la memoria.

—Brayden —lloró, empapándole la chaqueta—. No me violaste. Solo probé tu brandy. No estaba borracha. Recuerdo cada detalle de esa noche.

—Entonces recordarás que me dijiste que no. Lo oí, y lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Solo que estaba demasiado borracho para pensar con claridad y me comporté como un perfecto imbécil.

Helen apoyó la frente en su espalda y sintió el latido firme bajo la palma. El impulso de aliviar su dolor era irrefrenable.

—Dije que no porque no quería que mi primera vez contigo fuese en las escaleras de St. George.

Él inclinó la cabeza hacia la puerta.

—Eras inocente. Dijiste que no y yo debía haberme detenido.

—Te deseaba —susurró—. Te deseaba tanto que, en vez de hacerte entender que quería un lugar más privado, te dejé hacer lo que quisieras.

—Fue una violación.

—No. Te deseaba aquella noche casi tanto como te deseo ahora.

James se volvió despacio y la miró de frente. Oírla decir que lo deseaba lo cambió todo. Deslizó los pulgares por sus mejillas y le

secó las lágrimas.

—¿Qué has dicho?

—Te deseaba desesperadamente. No había nadie con quien quisiera estar la primera vez.

Y él la había tratado como a una cualquiera. Aunque su inexperiencia pudiera servir de excusa, debía haber sabido comportarse mejor.

—Lo siento.

—Era evidente que estabas molesto por algo.

—Sí. Y quizá habría sido distinto si hubiese tenido más experiencia —murmuró.

—¿Como la que tienes ahora? —susurró, apenas audible.

Él acercó los labios a sus mejillas y fue besándola hasta la oreja.

—¿Te gustaría averiguarlo?

—Oh, Dios, sí.

Se agachó, pasó un brazo bajo sus piernas y la alzó. Mientras la llevaba a la cama, la observó, atento a cualquier señal de vacilación. Sus ojos azules no dejaban lugar a dudas: ardían de deseo.

La depositó junto al lecho y la besó con suavidad, hasta arrancarle un gemido. Separándose de sus labios tentadores, la volvió con delicadeza.

—Estos días, mientras fingías que eras mi amante, han sido una tortura —admitió mientras desabrochaba los botones del vestido.

—Bien. No quería ser la única en sufrir esta agonía.

Cuando la prenda resbaló por su cuerpo, besó su nuca. Ella se estremeció al sentir los labios descender por los hombros hasta la camisa. Con dedos ágiles, él desabrochó el corpiño y lo dejó a un

lado. Luego le quitó la camisa y las enaguas, hasta dejarla de pie ante él con solo las medias.

—Suéltate el cabello para mí —le susurró—. Quiero verlo en todo su esplendor.

—¿Ahora?

—Ahora.

Él contempló sus pechos pequeños y redondeados, conteniéndose para no acariciarlos. Observó cómo se movían cuando ella alzó las manos hacia las horquillas. A medida que cada una caía al suelo, su deseo se tensaba como un arco. Quería tumbarla y hundirse en su calor. Pero esta vez sería para ella. La primera vez lo había estropeado tanto que haría cuanto estuviera en su mano para convertir esta en la mejor de su vida.

Cuando la última horquilla cayó, la melena rubia se derramó sobre su espalda. James pasó las manos por aquellos mechones sedosos. Verla así, descalza y solo con las medias, casi lo desarmó.

—¿Puedo desvestirte? —preguntó ella.

Él sonrió ante el matiz tímido de su voz. ¿Era una actuación para convencerlo de que seguía siendo una joven inocente? Le daba igual con cuántos hombres hubiese estado; no iba a juzgarla.

—Sí.

Aunque sabía que la mataría de deseo tener sus manos sobre él, la dejó hacer. Ella le quitó la chaqueta y el chaleco, dejándolos sobre la silla de la esquina, y se ocupó de la corbata. Una vez libre del nudo, desabrochó los pequeños botones de la camisa de lino. El pulso de él martilleaba cuando notó que pretendía sacársela de los pantalones.

Quedó solo con pantalones y botas. Sus dedos se deslizaron por su pecho, obligándolo a tensar los músculos para no ceder al fuego que lo consumía.

—Déjame quitarme primero las botas —roncó.

—Muy bien, pero yo me ocuparé de los pantalones.

—¿Ah, sí?

—Me gustaría ver con exactitud qué tuve dentro de mí hace diez años.

Él se aferró al poste de la cama para no perder el control. Se descalzó con más prisa que nunca y quedó frente a ella.

—Soy todo tuyo.

Helen tragó saliva y le recorrió el torso con la mirada. De nuevo, sus dedos avanzaron con cautela, esta vez rozando sus pezones. Él gimió y le sujetó las manos.

—Cariño, debes parar.

—Lo siento —murmuró, frunciendo el ceño.

—Quítame los pantalones, porque si no te toco pronto, voy a hacer el ridículo.

Le sorprendió ver un atisbo de confusión en su rostro, pero cerró los ojos cuando ella desabrochó la calzona. Si los abría, estaría perdido; prefirió imaginarla. Sintió sus manos suaves descenderle la prenda hasta las rodillas.

Al oír la breve inhalación de ella, se forzó a mirar. Helen contemplaba su erección con asombro. Casi se echó a reír.

—¿Soy mucho más grande que la mayoría?

—No lo sé —susurró. Con lentitud, alargó la mano para tocarlo.

Él echó la cabeza atrás, disfrutando de la caricia. Le tomó la muñeca para detenerla.

—Esta noche estoy demasiado al límite para eso, cariño.

Helen habría deseado tener más experiencia para entender mejor a qué se refería. Había escuchado a mujeres del burdel, pero su primera vez había sido tan rápida que nada de aquello tenía sentido. Mientras acariciaba su longitud, se estremeció al imaginarlo dentro de ella.

—Déjame amarte esta noche —le susurró al oído—. Quiero oírte gemir mi nombre cuando alcances el clímax.

Le besó el cuello y luego la boca. El roce de su lengua encendió un latido húmedo entre sus muslos. Movió las caderas, saboreando la presión firme entre ambos.

Él la alzó y la tendió con cuidado en la cama. Sonriendo ante su cuerpo desnudo, desató las ligas que sujetaban las medias. Las deslizó con calma por sus piernas y, al llegar al arco del pie, dejó caer un beso.

—Oh, Dios mío —susurró ella.

Él sonrió contra su piel. Volvió a ascender con besos, deteniéndose solo para admirar sus pechos. Con su peso cubriéndola, ella se sintió pequeña y, por primera vez en mucho tiempo, a salvo. Cuando alzó las manos para acariciar su cabello corto, él la besó de nuevo.

Helen profundizó el beso y le exigió tanto como él a ella. Por fin se separó solo para tomar con la boca su pezón erecto. Ella se arqueó hacia su contacto. Nunca había sentido algo tan pecaminoso. Su cuerpo ansiaba más, y lo obtuvo cuando la mano de él se deslizó por su vientre hasta la parte superior de sus muslos.

Sus dedos abrieron con cuidado los pliegues y, mientras el pulgar la acariciaba, el deseo de Helen crecía. Él siguió atendiéndola, al tiempo que su boca descendía en un rastro de besos. Cuando los labios de James sustituyeron a sus dedos, ella gimió.

La pasión se desbocó hasta que Helen arqueó la espalda, cerró los ojos y se derramó. Poco a poco, él se detuvo y ella fue regresando a la realidad. Al abrir los ojos, lo encontró mirándola, sonriente.

—Te deseo tanto ahora mismo —susurró él.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—A que me digas que me deseas.

Helen parpadeó para contener las lágrimas que le nublaban la vista. Comprendió su petición: después de diez años, él aún cargaba con remordimientos y quería asegurarse de que ella lo quería. Acarició sus mejillas y lo besó con ternura.

—Te deseo, James. Ahora más que hace diez años.

Con un gemido, se acomodó sobre ella. La erección de él presionó su entrada. Helen alzó las caderas para facilitarle el acceso y sintió cómo se deslizaba, lento, en su humedad. Él la invadió sin prisa, dejando que su cuerpo se abriera para recibirlo.

—Dios mío, qué estrecha estás.

Ella sostuvo la mirada avellana mientras él la llenaba por completo.

—Pon las piernas alrededor de mis caderas, cariño —le pidió, con una gota de sudor perlándole la frente.

Cuando lo hizo, James percibió algo que lo detuvo un instante. Aquella no era una mujer experimentada. Dudaba que alguien hubiera hecho el amor con ella desde él. La idea de que no hubiera estado con otro hombre le provocó una punzada extraña en el pecho.

La colmó hasta el fondo y, estirándose sobre ella, le tomó las manos, las llevó por encima de la cabeza y entrelazó sus dedos.

—Mentirosa —le susurró al oído antes de salir de su cuerpo y volver a hundirse en su calor.

—¿Qué? —jadeó Helen.

Repitió la embestida, esta vez más rápida, viendo brillar los ojos de ella. Nunca había sentido nada tan exquisito como su cuerpo bajo el suyo. Aquella mujer menuda lo tenía atrapado como ninguna otra. Cuando Helen cerró los ojos, adivinó que estaba a punto de culminar. Empujó de nuevo y la sintió apretarse a su alrededor, hasta que no pudo evitar seguirla al borde y caer con ella.

Se recostó un momento sobre su cuerpo y luego rodaron juntos. Helen apoyó la cabeza en su hombro mientras él miraba el techo. En diez años había buscado satisfacción en mujeres muy distintas, y ninguna lo había dejado tan pleno. Eso lo aterraba.

Le llegaron las palabras de su madre sobre casarse con una mujer respetable. Helen era cualquier cosa menos respetable: había sido carterista, vendedora de naranjas y limpiaba habitaciones en un burdel. No era, se dijo, una mujer para desposar.

Helen era mujer para amante.

Al escuchar su respiración acompasada, supo que se había quedado dormida sobre él. Nunca había tenido una amante fija, solo encuentros aquí y allá. Por su trabajo, no quería la complicación de alguien que esperara verlo varias veces por semana. Pero ahora que su misión acabaría pronto, podría tomar a Helen como amante.

Podría comprarle una casa. Proporcionarle una asignación generosa para vestidos, criados y cuanto deseara. Sería la amante perfecta: inteligente y un poco descarada, y eso le gustaba. Le gustaba que no le diera siempre la razón.

Ella abrió los ojos azules y lo encontró observándola. Una tímida sonrisa se dibujó en sus labios. Incapaz de contenerse, él la acercó y le besó la frente. Helen se apartó con el ceño fruncido.

—¿Por qué me miras así?

—Me pregunto por qué me llamaste mentirosa en mitad de…

Él sonrió al ver cómo se le encendían las mejillas.

—¿De hacer el amor?

—Sí.

—Porque me di cuenta enseguida de que no has estado con muchos hombres, si es que ha habido alguno aparte de mí.

Helen se incorporó sobre la almohada y apoyó la cabeza en la mano.

—No recuerdo haber dicho que hubiera estado con muchos hombres. Eso lo supusiste tú.

Él se tumbó boca arriba y volvió la vista al techo.

—¿Alguna vez serás completamente sincera conmigo?

—¿Y tú conmigo? —preguntó en voz baja.

—¿De qué hablas? He sido sincero —replicó, girándose hacia ella—. Incluso te conté lo de Francia. ¡No se lo he dicho a nadie!

—No me has dicho quién te hizo tanto daño como para que no confíes en la gente, en especial en las mujeres —murmuró, rozándole la mejilla con el dorso de la mano.

—Mi trabajo exige que no confíe en nadie.

Ella cerró los ojos.

—Entiendo que hay cosas que no puedes contarme, como yo tengo otras que no puedo contarte. —Los abrió de nuevo—. Benson me dijo que tú y lady Farleigh tuvisteis una relación íntima. ¿Es cierto?

¿Cuánto podía revelarle? Dudaba que a Hannah le importara.

—Solo fueron unas pocas veces. No he sido célibe estos diez años.

—¿Intentas volver a llevarla a tu cama?

James se rió.

—La única mujer que he querido en mi cama durante la última semana y media eres tú. De hecho, fui yo quien presentó a Margot a Farleigh.

—Entonces, ¿por qué diría Benson algo así?

—Debe de saber parte de la verdad —dijo James—. Antes de convertirse en la amante de Farleigh, Margot trabajó en un burdel.

Helen se apartó y lo miró fija.

—¿Un burdel?

—Sí. Pagué sus servicios dos o tres veces. —Le posó un dedo en los labios—. La última noche que estuvimos juntos, pasamos hablando hasta el alba. La convencí de que podía aspirar a algo mejor que la prostitución.

—¿Y cómo es mejor ser amante que prostituta? —exclamó.

—Tú trabajaste en un burdel. Sabes lo que esas mujeres soportan cada noche: deben acostarse con quien las elija, sea amable o cruel. No tienen alternativa. Como amantes, al menos pueden conocer al hombre antes de decidir. Entonces solo han de estar con él.

Helen sabía que tenía razón. Cuando trabajó en casa de milady Russell, había visto a mujeres con moretones. Debía reconocerle algo a milady Russell: si un hombre maltrataba a una de sus chicas, se le negaba la entrada… salvo que la propia mujer consintiera un trato más duro.

—Supongo que tienes razón —admitió al fin—. Siento haberlo sacado.

Él se volvió hacia ella con una pequeña sonrisa.

—Yo no. Si tienes preguntas sobre mí, hazlas. Procuraré responder con sinceridad. Pero debes entender que, por mi trabajo, habrá cuestiones a las que no podré responder.

—Lo entiendo —asintió. Aun así, se preguntaba cuántos secretos guardaba. ¿Le diría alguna vez quién lo había herido?

Durante un buen rato se limitaron a mirarse.

—¿En qué piensas?

No quiso volver al pasado.

—En lo maravillosa que es la época navideña.

James apartó la mirada y murmuró:

—Detesto estos días.

Helen se incorporó, cubriéndose el pecho con la colcha.

—¿Cómo puedes odiarlos? Siempre han sido mis favoritos.

—En diciembre nunca pasa nada bueno. —Hizo una mueca—. Nací en diciembre. Mi madre nos abandonó en diciembre. Supe que seguía viva en diciembre. Y hasta esta noche, creí que había violado a una mujer en diciembre. —La miró con el ceño fruncido—. ¿Qué tiene de bueno esta maldita época?

Una sonrisa lenta iluminó a Helen.

—La gente es más generosa y lleva más dinero encima. Compran más naranjas, y no les importa tanto si un carterista les roba un poco para comprar carbón. Siempre me ha gustado la Navidad. Tiene algo de mágico.

—Quizá consigas hacerme cambiar de opinión —susurró, y la besó despacio, como pidiendo permiso. No es que ella pudiera negárselo. Sus labios y su lengua encendieron ese calor que siempre le aflojaba las rodillas. Se apartó con suavidad y la miró a los ojos azules, oscurecidos por la pasión—. Quizá continuemos esta conversación más tarde.

Capítulo 17

Helen abrió lentamente los ojos y se acostumbró a la tenue luz que entraba por las ventanas. Un brazo fuerte la ceñía contra un pecho igual de firme. Volvió a cerrarlos para saborear aquella sensación de seguridad y calma. ¿Cómo podía sentirse tan cómoda con él?

Apenas lo conocía desde hacía poco más de una semana y, sin embargo, allí estaba, desnuda en su cama. Se preguntó qué habría ocurrido si él la hubiera encontrado diez años atrás, después de aquella noche. No era tan ingenua como para pensar que él se habría arrodillado a declararle amor eterno. Lo más probable es que se hubiese disculpado, le hubiera dado algo de dinero y la hubiera enviado por su camino.

Tal y como haría dentro de cuatro días.

Suspiró. La única diferencia ahora era que él se movía entre su grupo de amigos. Lo vería cada pocos meses en alguna reunión. Como vizconde y futuro conde, tendría que casarse en poco tiempo. Entonces lo contemplaría mimando a su esposa y quizá a sus hijos.

De pronto, el corazón le dolió.

Quizá tendría que renunciar a sus amigos para salvarse de la ruina segura. Se volvió con cuidado entre sus brazos y le miró el rostro. Dormía sin tensión, casi satisfecho. Los pómulos marcados y la mandíbula aparecían sombreados por la barba incipiente. Helen alzó una mano, le acarició la mejilla y disfrutó de la aspereza cálida del vello matutino.

Los ojos color avellana se abrieron para mirarla, y una sonrisa le curvó los labios perfectos.

—Buenos días —murmuró con voz ronca.

—Buenos días —susurró ella en respuesta. Echaría de menos despertar en sus brazos.

—Podríamos desayunar aquí arriba —propuso. La besó con suavidad—. Desayuno en la cama y luego quizá un baño caliente… juntos.

—Suena maravilloso.

—He oído una objeción ahí —bromeó, y volvió a besarla.

Aquel beso insinuante le provocó un cosquilleo en la espalda.

—Le he dado a Benson la impresión de que tú y yo no nos llevamos demasiado bien.

—Me he dado cuenta. ¿Por qué?

Él le mordisqueó el hombro, juguetón. Ella contuvo una risa.

—Si decides que necesitas mi ayuda, me permitirá acercarme a Benson.

Él se recostó en las almohadas y se quedó mirando el techo.

—Helen, no puedo arriesgarme. Benson podría ser extremadamente peligroso.

—Pero no pasa nada por mantener la farsa —insistió, girándose hacia él—. Puede que no necesites mi ayuda… o puede que sí. Si la necesitas, podré intervenir y quitarle la nota.

—Sabes que no voy a permitir que te involucres.

—¿Por qué?

—Porque mi trabajo es peligroso. No voy a poner tu vida en riesgo —respondió, clavándole la mirada.

Crecida en las calles de Londres, Helen conocía bien los riesgos. Su atención caballerosa por su seguridad le derritió el corazón. No deseaba ponerse en peligro, pero sí quería ayudarle.

—Piénsalo, James.

—Lo haré —prometió.

—Entonces, ¿seguimos con lo que empecé con Benson? —preguntó en voz baja.

Él soltó un largo suspiro.

—Sí.

—Bien. Ahora… si Benson descubre que hemos desayunado en nuestra habitación, podría sospechar más de lo que ya lo hace. Será mejor bajar y fingir que seguimos molestos.

Él le besó la mandíbula y ascendió hasta su oreja.

—Detesto cuando tienes razón.

—Quizá podamos escaparnos después del almuerzo.

Helen sintió la sonrisa de él contra su mejilla.

—Eso suena un poco perverso, cariño.

—Cierto. Estoy segura de que nunca has hecho nada perverso.

Él rió quedo.

—Jamás. Y la idea de sugerir encuentros a media tarde me horroriza. Eso solo debería hacerse después del anochecer, con todas las velas apagadas y nuestras ropas de dormir bien puestas.

Helen soltó una risita.

—Y, desde luego, no más de una vez al mes.

—Ahora te burlas —repuso, acercándola hasta que ella notó su erección entre ambos.

—James —dijo entonces, seria—. ¿Qué te hace estar tan seguro de que existe esa misiva?

Se recostó y dejó escapar otro suspiro.

—No lo estoy. Pero, hasta saberlo con certeza, debo suponer que mi información es correcta.

—¿Para quién crees que es el mensaje?

—Prefiero no decirlo aún —cortó. Apartó las mantas y tomó los pantalones—. Voy a pedir que preparen un baño.

—Gracias. ¿Vas a salir hoy con los demás a cortar un árbol de hoja perenne? Hannah dijo que milord Farleigh insiste en que esté colocado antes del baile de mañana por la noche.

—Si Benson va, yo también.

—Margot me ha pedido que la ayude con los adornos del baile. Supone que, como hija de un terrateniente, tendré experiencia —comentó, poniéndose el camisón de franela.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Nunca he decorado para un baile.

—Solo tienes que fingir que eres Bridges, Jennifer o Margaret. Seguro que las has oído hablar de lo que hay que hacer antes de recibir invitados.

Lo había hecho, aunque rara vez aportaba ideas. El baile de mañana sería el primero al que asistiría. Vendría más gente de la zona, habría música y la invitarían a bailar. Se mordió el labio, pensativa. Al ver a las parejas la otra noche, había anhelado unirse a ellas.

—¿Qué ocurre? —preguntó James, acercándose—. Tienes ese gesto muy serio.

—No es nada.

—¿Algo relacionado con el baile?

—No, estaré bien —negó con la cabeza, y fue al armario de la ropa blanca.

Quizá fingiera dolor de cabeza. Pero no podía: si Brayden la necesitaba, debía estar presente. Fingiría que aún le molestaba el tobillo y rechazaría las invitaciones.

James, atento a su reacción cada vez que se mencionaba el baile, comprendió el origen de su inquietud. Tras un desayuno rápido, buscó a Margot para explicarle que, después de dos años de luto por su marido, Helen se sentía aprensiva. Milady Farleigh aseguró que tendría la sala de música para ella sin interrupciones mientras los caballeros salían a por el árbol. Resuelto eso, James rastreó la casa en busca de Steven. Lo halló por fin en el invernadero, con un libro en el regazo.

—Steven, te he estado buscando.

Él alzó la vista cuando James cerró la puerta.

—¿Algún problema?

—No. Necesito un favor —dijo James, sentándose frente a él.

—Sabes que haré lo que pueda. ¿Qué necesitas? —Steven cerró el volumen y lo dejó sobre la mesa.

—Tengo que quedarme aquí esta tarde mientras los caballeros acompañan a Farleigh a cortar el árbol. ¿Puedes vigilar a Benson si decide ir?

—Por supuesto. ¿Por qué no vas tú?

—Helen está preocupada por el baile de mañana. Nunca ha asistido a uno y no sabe bailar.

Steven sonrió.

—Encantado de quedarme y enseñarle yo mismo. Muchas mujeres aseguran que soy un bailarín exquisito.

—Estoy segura de que lo eres; sin embargo, yo le enseñaré a bailar.

—Me encanta el matiz celoso de tu voz.

—Vete al diablo, Ancroft.

Odiaba que cualquiera notara cuánto le importaba Helen. Eso podría ponerla en peligro, y no iba a permitir que algo le ocurriera por culpa de su trabajo.

—Estoy seguro de que me iré, Brayden —bromeó Steven—. Pero quizá llegues tú primero.

—No lo dudes —zanjó James. A esas alturas, ya no había salvación para su alma.

—Seguiré a Benson —aceptó Steven con un suspiro—. ¿Has encontrado algo?

—No.

—Supongo que a veces la información falla.

—Por desgracia, quienes la proporcionan suelen ser tan fiables como los propios delincuentes —concedió James—. ¿Has decidido qué harás después de la fiesta?

—Creo que viajaré un tiempo. Escapar del frío de Inglaterra en enero. Luego, cuando vuelva, probablemente tenga que empezar a buscar esposa. A mi padre le exaspera que, con veintinueve años, aún no me haya asentado ni le haya dado una prole de varones.

—La maldición de nacer noble —dijo James—. En algún momento me veré en la misma tesitura. Aunque creo que mi padre empieza a aceptar la idea de que no me case.

Steven hizo un gesto despreocupado.

—Te casarás, Brayden. Pero solo por amor.

—No es amor lo que busco.

Steven lo estudió con calma.

—He visto y oído tus intentos por volver a ser aceptado. Buscas respetabilidad.

—Parece que la perdí estos últimos diez años. Me han sugerido que me case para recuperarla.

—La respetabilidad está sobrevalorada. Cásate por amor, Brayden.

—No creo que sea posible. Haré lo que me aconsejan y recuperaré la respetabilidad.



Helen bajaba las escaleras cuando oyó la voz alegre de Margot.

—Ven, Emily —la llamó milady Farleigh.

Helen no tenía idea de lo que Margot tramaba aquella mañana. Casi en cuanto terminó el desayuno, milady insistió en que la acompañara.

—¿Adónde vamos?

—Solo tenemos una o dos horas mientras los hombres están fuera para refrescarte la memoria con unos pasos básicos de un par de bailes.

Entraron en la sala de música y Helen se encontró con Brayden, recostado en una silla, una sonrisa sarcástica en los labios. Le había contado a milady Farleigh que no sabía bailar.

—¿Y por qué está aquí lord Brayden?

Milady soltó una risita.

—Para ser tu pareja. Y, como no se baila sin música, yo tocaré el pianoforte mientras lord Brayden baila contigo.

—Muy bien —respondió Helen, esperando a que él se levantara. Ignoraba si sería buen bailarín, pero poco importaba mientras pudiera enseñarle algunos pasos.

—¿Por cuál empezamos, Brayden?

—Un vals —respondió él—. Sé que es tu favorito, Margot, así que mañana sonará más que ninguna otra cosa. Además, siendo solo dos, será más sencillo que una cuadrilla.

—Y mucho más divertido —añadió Hannah con una sonrisa. Hojeó unas partituras y asentó—: Cuando estéis listos, Brayden.

Helen tragó saliva cuando él se puso en pie y se acercó. Le dedicó una sonrisa ladeada antes de tenderle los brazos. Ella dio un paso y le tomó la mano. La calidez de su palma en la espalda le provocó un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Al ver cómo la sonrisa de él se ampliaba, supo que también lo había sentido.

Intentó atender a las breves indicaciones que Brayden le murmuró para el baile. Margot comenzó a tocar y él marcó el compás para Helen.

—Uno, dos, tres.

Ella le pisó la bota.

—Inténtalo de nuevo.

Hannah repitió desde el principio. Tras cinco intentos, Helen se detuvo, frustrada.

—Nunca lo conseguiré.

Brayden miró a Margot.

—¿Nos dejas dos minutos a solas?

—¿Eso es todo lo que necesitas ahora, Brayden? —replicó milady con fingida seducción.

Él arqueó una ceja y negó.

—Muy bien —cedió ella, cruzó el suelo de madera y cerró la puerta tras de sí.

—Mírame —pidió James, volviendo la vista a Helen—. Un vals es todo lo que te gusta.

—¿Qué quieres decir?

La acercó de nuevo, esta vez más.

—Es un baile escandaloso. Te coloca en los brazos de un hombre, con su mano en tu espalda. Casi es seducción la forma en que tu cuerpo se acomoda al suyo.

Ella se perdió en el matiz verdoso de sus ojos y dejó de pensar en otra cosa.

—Con el vals, los cuerpos pueden llegar a rozarse y despertar todo tipo de sensaciones impropias —susurró, atrayéndola todavía más.

Se movieron sin música, guiados solo por el contacto. El calor le subió a la piel. En ese instante, Helen deseó algo más que un baile.

—Estás bailando, cariño —le murmuró.

—¿Qué? —Sus pies se detuvieron—. ¡No estaba bailando!

Su sonrisa le sacudió el corazón.

—Sí que lo estabas.

En ese momento Margot volvió a entrar.

—Parece que ahora os lleváis mucho mejor.

Helen se apartó un poco.

—Me estaba enseñando a bailar, nada más.

Milady encogió los hombros y volvió al pianoforte.

—Desde el principio. Y esta vez, si cometéis un error, seguid.

James la atrajo otra vez, aunque no tan cerca como antes.

—¿Lista?

Helen asintió. Cuando empezó la música, mantuvo los ojos fijos en él. Se deslizaron por la sala como si lo hubiesen hecho cientos de veces.

—Mucho mejor —aprobó en voz baja.

Tras casi dos horas practicando, oyeron a los caballeros regresar. A Helen le dolían los pies. Se sentó en el sofá mientras James se retiraba para que Benson no los sorprendiera juntos.

—¿Qué pasa realmente entre vosotros dos? —preguntó Margot, acercándose.

—¿A qué se refiere?

—Brayden me dijo que llevabas años sin bailar por el luto de tu marido. Parecía que nunca hubieras bailado en tu vida.

La vergüenza le tiñó las mejillas.

—Nunca había bailado un vals, Margot. Es un baile nuevo y apenas empieza a aceptarse.

Al menos, eso esperaba. Había oído a Bridges hablar maravillas de ese baile, aunque su amiga admitía que era algo atrevido.

—Entonces, ¿por qué no me enseñas los pasos del minué? Es mucho más antiguo. Estoy segura de que lo habrás bailado.

Helen apartó la mirada. No pertenecía a aquel mundo ni a ningún otro vinculado a la alta sociedad. Incluso Margot, antigua prostituta y amante, se movía allí con más soltura que ella. De no ser por el dinero, jamás habría aceptado acompañarlo. Fingir ser hija de un vicario ya le resultaba agotador; simular ser una dama era imposible.

—Tampoco sé bailar el minué —admitió al fin—. Nunca he bailado en público.

Margot le lanzó una mirada que a Helen le recordó a su madre.

—Emily, ¿quieres decirme qué sucede en realidad?

Helen quiso gritar que ya no era Emily. Pero, en el fondo, siempre sería la carterista.

—No soy hija de un terrateniente.

—¿Eres la amante de Brayden?

Después de la noche anterior, supuso que lo era, al menos por lo que restaba de semana.

—Sí.

—¿Por qué mentiste, y más a mí?

—Brayden no quería que nadie supiera que no tengo la educación de la mayoría de las mujeres con las que trata. Creyó mejor inventar una identidad.

Margot negó, incrédula.

—No encaja con él. Si alguien conoce mis orígenes, es Brayden. Debería haber supuesto que yo te aceptaría fuese cual fuese tu crianza. A menos que…

Su voz se perdió y la mirada se le volvió distante.

—¿A menos que qué?

Margot sonrió.

—A menos que inventara la historia para que la alta sociedad te aceptara mejor. Las viudas casi siempre tienen amantes; que tú lo seas no es lo más escandaloso.

Helen frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿Por qué le importaría?

Margot le tomó las manos.

—¿No lo ves? Significa que piensa llevarte a Londres y presentarte. ¡Lo más probable es que te pida en matrimonio!

La emoción en la voz de Margot hizo que Helen deseara poder compartirla. Pero sabía que no era así. Brayden no había inventado nada para presentarla en la ciudad, ni quería casarse con ella. Era su amante ficticia durante esa semana. Recordó las palabras de milord Ancroft: Brayden no tenía amantes. Cuando la semana terminara, también acabaría lo suyo. Solo sería una amante temporal.

Y nunca sería nada más.

Cuando Margot salió de la sala de música, Helen se acercó a la ventana. No nevaba desde el día anterior y pequeños parches de hierba asomaban por la nieve. Apoyó la frente en el cristal frío mientras un escalofrío le recorría el cuerpo. Echaba de menos su casita y a los niños.

Pero sabía que, una vez de vuelta en Londres, echaría todavía más de menos a Brayden.

Capítulo 18

James se acercó a la entrada y casi soltó una carcajada. Diez caballeros forcejeaban para meter un enorme abeto en la casa: el espectáculo rozaba lo cómico. Al fin, empujaron el árbol por la puerta y se detuvieron; él se apartó para que maniobraran y lo condujeran hasta el salón de baile.

—¿No es esto lo más ridículo que has visto nunca? —le preguntó Margot al alcanzar el umbral del salón.

—Es entretenido de ver.

—Mi marido está loco. No entiendo por qué insiste en esta idea tan absurda. El año pasado el árbol estaba sobre la mesa. Eso era perfectamente aceptable. Pero esta monstruosidad va a ocupar toda la habitación.

—Te quiere —repuso James, con una punzada de envidia que enseguida apartó—. Solo intenta hacerte feliz y que te sientas orgullosa.

Hannah sonrió y miró a su marido con cariño.

—Así es.

Quizá algún día pudiera devolverle tanta generosidad.

—Dudo que espere otra cosa que tu amor a cambio.

Antes de que Margot apartara la cabeza, James alcanzó a ver un destello de dolor en sus ojos. Se preguntó el motivo. Tal vez Hannah y Farleigh no estaban tan enamorados como aparentaban.

El amor no importaba; solo causaba sufrimiento a alguien. No ayudó a su madre cuando su padre acumulaba aventuras e incluso tuvo un hijo con otra mujer. El amor era cosa de necios, y James no lo era.

Entonces vio a Helen avanzar por el pasillo. El corazón se le aceleró a medida que ella se acercaba. Quizá sí era un poco necio.

—¿Podría hablar contigo a solas?

Al oír el tono grave, supo que algo pasaba. Adiós a la tarde que había planeado: hacer el amor con calma y después un baño juntos.

—Ve a nuestra habitación. Iré en un minuto.

Siguió con la mirada el balanceo de sus caderas bajo la falda de lana marrón.

—¿Le dijiste algo después de que me fuera? —preguntó a Margot.

Un rubor leve le coloreó las mejillas. Rápidamente le refirió la conversación que había mantenido en la sala de música.

—Maldita sea —murmuró—. Ahora probablemente esté enfadada conmigo por haberte contado lo de su baile.

—No parecía enfadada —Margot frunció el ceño—. Un poco avergonzada, pero no enfadada.

—Bueno, no va a descargar su enojo contigo. Ese honor me lo reservará a mí.

—Entonces, buena suerte —se despidió ella, alejándose.

Con un suspiro, James subió las escaleras hacia su habitación. Al abrir la puerta, encontró a Helen de pie junto a la ventana del pequeño salón anexo.

—¿Qué ocurre, Helen?

Ella se mordió el labio inferior.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué exactamente?

Bajó la mirada.

—Por enseñarme a bailar. No tenías por qué hacerlo. Fue muy amable…

—No lo hice por amabilidad —replicó; ni siquiera estaba seguro de tenerla—. A estas alturas ya deberías conocerme mejor.

—Quizá no, pero aun así fue un detalle considerado.

—Tal vez tenía un motivo oculto —aventuró con una leve sonrisa.

Ella lo miró y le devolvió la sonrisa.

—¿Ah, sí?

Él acortó la distancia hasta quedar a un par de centímetros.

—Quizá quieras darme las gracias como es debido.

Ella terminó de acercarse y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Y cómo sería eso exactamente? —susurró al oído.

—Besándome sería un comienzo perfecto.

Esperó, deseoso de ver si aceptaba la invitación. La sonrisa sensual de ella casi le hizo olvidar que le había cedido el control. Helen inclinó la cabeza y, con los ojos cerrados, rozó sus labios con los de él, indecisa al principio.

James contuvo el impulso de atraerla, empeñado en que aprendiera que podía tomar las riendas. Cuando su lengua le pidió paso, se abrió a ella y profundizó el beso, alimentando un deseo que ardía sin disimulo. Helen gimió suavemente al encuentro de sus lenguas.

Sintió el instante en que la timidez de ella se desvanecía. Se apretó contra su cuerpo, frotando las caderas con su erección. Sus dedos alcanzaron la corbata y la desató con premura. Mientras perdía el control, él se quitó la chaqueta y el chaleco, ansioso por sentir piel contra piel.

Helen desabrochó los botones de su vestido y lo dejó caer al suelo; se deshizo de la ropa interior con gesto resuelto mientras le tiraba de la camisa de lino. Luego se apartó apenas para bajarle los pantalones por las caderas.

—¿No deberíamos ir a la cama? —preguntó.

—No. Te quiero aquí, en el suelo, junto a la chimenea.

Ella frunció el ceño y miró la alfombra.

—¿No será incómodo?

«No te preocupes: yo estaré en el suelo y tú encima de mí». La atrajo y la besó de nuevo.

Helen le devolvió el beso. ¿La quería encima? Una oleada de excitación le recorrió las venas. James descendió con los labios por su cuello hasta el pezón. Cuando lo envolvió con la boca, ella jadeó y se aferró a sus hombros.

Él se arrodilló y besó su vientre, deslizando los dedos entre sus pliegues antes de sustituirlos por la boca. Cuando su lengua rozó su clítoris, pensó que las piernas iban a fallarle. Sin dónde asirse, luchó por mantenerse en pie. La pasión fue creciendo, firme, y, cuando él la penetró con los dedos, dejó que el clímax la inundara hasta derrumbarse sobre su cuerpo.

Entre risas, él la tendió encima. Ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas y, al deslizar las uñas por su pecho, sonrió ante el leve siseo que provocaba.

—¿Y ahora qué?

La sonrisa de ella le aceleró el pulso.

—Haz lo que te apetezca.

—Oh, esto me gusta —murmuró, inclinándose para pasar la lengua por su pezón.

—¿Qué más te gusta?

—Tantas cosas… —murmuró ella, deslizando los labios por su piel.

Él respondió con un gemido contenido.

—¿Y esto? —susurró, deteniendo el movimiento para observar su reacción.

—Demasiado —alcanzó a decir él, enredando los dedos en su cabello.

—Entonces esto te gustará aún más —murmuró ella con una sonrisa apenas perceptible.

James se arqueó bajo ella, incapaz de contener los gemidos. La sensación de tenerlo entre los labios la hizo jadear también. Se sentía poderosa, dueña del ritmo mientras lo tomaba y lo liberaba una y otra vez.

De pronto, él la atrajo de nuevo hacia sus caderas. Sus ojos, casi completamente verdes, ardían de deseo.

—Confía en mí, Helen —susurró él con una sonrisa ladeada.

Ella lo miró en silencio, conteniendo la respiración.

—Solo déjate llevar —añadió con voz queda.

Helen asintió despacio, obedeciendo la indicación. Una sonrisa leve se dibujó en su rostro.

—Nunca he montado a caballo —confesó, y su risa suave rompió la tensión del momento.

Él gimió y le alzó las caderas, guiándola hacia lo que su cuerpo ya intuía. Ella le apartó las manos de la cintura y las llevó a los costados. Esta vez quería el control. Quería volverlo loco hasta precipitarlo al límite.

James no apartó la mirada de su rostro mientras ella lo cabalgaba con brío. No recordaba la última vez que había disfrutado tanto con una mujer. Era sensual, juguetona y, desde luego, nada tímida. Quiso alargar aquel instante durante horas, pero la fuerza del deseo lo arrastraba con rapidez.

Su respiración se volvió corta y acelerada. Aún no podía rendirse. Anhelaba ver su expresión al llegar al clímax, la pasión desbordada.

—Brayden… —gimió ella, aumentando el ritmo.

Verla cerrar los ojos y abrir la boca, apretándose contra él, lo dejó sin defensa. Le sostuvo las caderas para llenarla por completo y se dejó llevar por la oleada que lo anegaba. No recordaba nada igual. Hasta entonces, el sexo había sido una simple liberación física. Nunca había querido más.

Y seguía diciéndose que no deseaba más. Pero con Helen todo era distinto, y no estaba seguro de que aquella sensación le agradara.



Helen regresó por fin a la realidad y advirtió que estaba tendida sobre el cuerpo firme de Brayden. Sus dedos le acariciaban el cabello por la espalda. Bajo su oreja, escuchaba el latido sereno de su corazón. No quería moverse. No quería que aquel momento terminara.

—Si no nos damos prisa, llegaremos tarde al almuerzo —murmuró él con suavidad.

—¿Es necesario?

—Mmm… me temo que sí. Tengo trabajo que hacer.

Ella alzó la cabeza y lo miró con una sonrisa.

—¿Te he estado distrayendo hoy?

Él acercó los labios y la besó con ternura.

—Todos los días.

—Está bien —susurró, apartándose—. ¿Tengo tiempo para darme un baño?

Él miró el reloj de la mesita.

—No —respondió con una sonrisa—. Y si no nos apresuramos, todos se preguntarán por qué llegamos tan tarde.

Helen miró alrededor y reparó por fin en la hora. Con un respingo, recogió la ropa y corrió hacia el armario de la ropa blanca.

—¡No puedo creer lo tarde que es!

Brayden la siguió, dejó su ropa en una silla y llenó una palangana. Mientras ella sacaba la ropa interior, él le posó un paño frío en la nuca. Helen se quedó quieta mientras él lo deslizaba por el pecho, bajo los pechos y los brazos, y más abajo, hasta los pliegues. Después de asearla, hizo lo mismo consigo. Por mucho que ella quisiera devolverle la atención, tenía que vestirse.

Se puso la ropa interior y luego se volvió hacia él.

—¿Me atarías el corsé, por favor?

—Por supuesto, milady —contestó, y le mordisqueó juguetonamente el hombro.

Ella soltó una risa breve. En cuanto el corsé quedó ajustado, se puso el vestido.

—Ese color te sienta muy bien —observó él, sin apartar la mirada de la seda azul pálido.

—Gracias.

Lo siguió con los ojos mientras se cambiaba para la tarde. La tentación de olvidar el almuerzo la asaltó cuando él se enfundó la camisa de lino sobre el torso musculoso. Quiso rozar con los dedos el vello fino que le cubría los pezones.

—Si sigues mirándome así, no llegaremos a tiempo —advirtió Brayden—. Y por mucho que me encantaría ausentarme, creo que Benson sospecharía si faltamos los dos.

Ella parpadeó, sintiendo cómo el calor le subía a las mejillas. Nunca había sido de quedarse embobada ante un hombre, pero con él parecía inevitable.

—De acuerdo. Tenemos que estar en el almuerzo.

Apartó la mirada de la tentación.

—¿Eso significa que estás de acuerdo en que continuemos con nuestra farsa?

—Sí. Intentaremos hacer creer a Benson que no somos felices juntos.

—Muy bien.

Cuando él terminó de vestirse, bajaron juntos al comedor. Al entrar, encontraron a Benson observándolos desde el otro lado de la sala, con gesto inescrutable.

—Alguien no parece contento de vernos juntos —susurró Brayden.

—No, no lo está.

Helen recorrió la mesa en busca de su lugar. Al ver su tarjeta, comentó en voz baja:

—Probablemente tampoco le guste la distribución de los asientos.

—Y, sin embargo, no pareces muy angustiada por volver a sentarte a mi lado.

—Quizá debería ignorarte.

Ya sentados, Helen hizo lo posible por no prestar atención al hombre que tenía a su derecha. Pero cada vez que respiraba, percibía el aroma de sándalo. Cualquier movimiento de él bastaba para que su mirada se le escapara. Había creído que, después de hacer el amor, su deseo se aplacaría, pero sucedía lo contrario.

Era como si nunca pudiera saciarse de él.

Las consecuencias de sus actos, lo sabía, terminarían por doler. En lo más hondo intuía que no estaban destinados a permanecer juntos. La distancia entre sus mundos era demasiado grande. Ella era una ladrona. Él, un vizconde que algún día sería conde.

Si al menos pudiera endurecer el corazón.

Terminado el almuerzo, se reunió con Margot para decidir dónde colocar las decoraciones del baile de la noche siguiente. La embargó la emoción al pensar en asistir a su primer baile. Entró en la estancia y soltó un suspiro.

Unos lacayos, subidos a escaleras, sujetaban guirnaldas blancas del techo. Lord Farleigh, en un rincón, daba instrucciones a otros criados para fijar el árbol y evitar que se desplomara durante la velada. Hannah avanzaba directamente hacia Helen.

—¡Emily, ven a ayudarme! —pidió con una sonrisa amable.

La tomó del brazo y la condujo al extremo opuesto del salón.

—Pensaba montar aquí el juego, ¡pero no creo que haya espacio suficiente!

Helen miró alrededor y se dirigió a una puerta cerrada que daba a un pequeño salón contiguo.

—¿Por qué no coloca la sala de juego aquí?

—Es demasiado pequeña.

—Espera.

Cruzó el salón hasta otra puerta cerrada al fondo.

—Esta comunica con la biblioteca. ¿Y si repartimos las mesas entre las dos habitaciones?

Margot frunció el ceño mientras examinaba los espacios.

—Me pregunto si eso apartará demasiado a quienes quieren jugar del resto.

Helen rió quedo.

—Como la mayoría de los que juegan son hombres, creo que lo preferirán.

—Puede que tengas razón.

Echó un vistazo a ambas estancias y sonrió.

—Creo que funcionará.

Margot volvió a tomarla del brazo.

—¿Cómo os va a ti y a Brayden? Casi os ignorasteis durante el almuerzo.

Por más que Helen habría querido confiarle algo a una mujer, no podía contárselo todo.

—Estamos discutiendo más.

—Lo había oído —suspiró Margot—. Brayden es un hombre difícil, Emily. Entiendo que no sea sencillo ser su amante.

—Sí —murmuró, aunque se quedó cavilando. ¿De quién lo había oído Margot? ¿Habría sido el propio Brayden quien sembró esa idea?

—Bueno, no te preocupes —añadió Margot—. Sé exactamente qué hacer para que Brayden cambie de opinión.

—¿Ah, sí?

Margot sonrió.

—Ya lo verás más tarde.

Helen siguió ayudándola, pero no logró apartar de la cabeza aquella afirmación inquietante.

Capítulo 19

James esperó a que Helen terminara de peinarse antes de bajar a cenar. La frustración por aquella misión crecía con cada día. No había hallado prueba alguna de que Benson estuviera vinculado con alguien mínimamente sospechoso, ni rastro de que hubiera recibido ninguna nota, por lo que empezaba a creer que la información que le habían dado era errónea.

Aun así, confiaba en su intuición pues le había salvado la vida demasiadas veces. Y su intuición le gritaba que Benson estaba involucrado. Había pasado la tarde siguiéndolo en secreto y el hombre no hizo más que charlar con unos caballeros y leer en la biblioteca.

Entonces, ¿por qué tenía James la certeza de que algo no encajaba?

No podía ser celos por Helen. Ella le había dicho lo repugnante que le resultaba Benson.

—¿Qué tal estoy?

James salió de sus cavilaciones y miró a Helen. Con un vestido de seda a rayas verde esmeralda y marfil, el cabello recogido en un moño suelto y la sonrisa en los labios, estaba perfecta.

—¿Brayden?

Parpadeó y sonrió.

—Lo siento.

Se levantó, se acercó y la atrajo con un gesto.

—Me temo que estaba calculando cuánto tardaría en quitarte ese vestido.

Ella rió quedo.

—¿Ya?

—¿Contigo? —le besó el cuello, inspirando el dulce aroma de lavanda—. Siempre.

—Creo que es usted insaciable, milord.

El comentario lo dejó helado. Nunca había conocido a una mujer de la que no se cansara en pocos días. Una vez más recordó cómo había permitido que la atracción por Helen lo distrajera de su misión. Eso debía terminar.

Se apartó.

—Deberíamos bajar.

Ella frunció el ceño ante su tono frío.

Mientras descendían la escalera, se preguntó junto a quién la sentarían aquella noche. Supuso que, como siempre, estaría a su lado. Al entrar en el comedor, descubrió que no era así.

—¿Por qué vuelvo a estar junto a Benson? —susurró ella.

—No lo sé.

—¿Qué se supone que debo hacer ahora?

—Te sentarás a su lado e intentarás sacarle información —replicó con dureza.

Ella se volvió, encendida de ira.

—¿Qué te pasa esta noche? ¿He hecho algo que te haya enfadado?

—No pasa nada —cortó, y la dejó para buscar su propio asiento.

No pasa nada, repitió para sí. Todo estaba mal.

Margot ocupó la silla contigua.

—¿Estás bien esta noche, Brayden? Pareces un poco irritado.

—Estoy bien —soltó, seco.

Margot dejó escapar una risita.

—Claro que sí.

Miró hacia el otro extremo de la mesa, donde Helen se acomodaba.

—Te habrás dado cuenta de que Benson la quiere.

—Lo ha dejado clarísimo.

—Sí, le gustan las mujeres delgadas y rubias.

Él la miró de soslayo.

—¿Debo suponer que la pusiste ahí para ver si me ponía celoso?

Negó con la cabeza, divertida.

—No. La senté ahí porque sabía que te pondrías celoso.

—¿Por qué?

—Porque es muy interesante verlo. Nunca te he visto ni he oído que te pusieras celoso por ninguna otra mujer —dio un sorbo a su vino—. Desde luego, no lo estuviste conmigo.

—No estoy celoso. Sencillamente, no confío en Benson ni en ningún otro hombre aquí.

—Benson es bastante inofensivo —comentó.

James se lo pensó. Al mirar hacia la mesa, lo sorprendió observando el escote del vestido de Helen. Ella parecía terriblemente incómoda mientras intentaba sostener la conversación. James apretó el puño alrededor del cuchillo.

No estaba celoso.

Solo le molestaba que Helen tuviera que soportar a un cerdo tan repugnante a su lado. Eso era todo.

Terminada la cena y retiradas las damas al salón para una lectura de poesía, James probó el brandy y mantuvo a Benson bajo observación. A los pocos minutos, éste se excusó y salió. James lo siguió de inmediato.

Se coló en la oficina del secretario cuando Benson entró en el estudio: la misma habitación que había utilizado para escuchar a Helen con él. Rezó para que ella no fuera tan imprudente como para volver a reunirse a solas con ese hombre.

Esperó en silencio, atento únicamente a los pasos de Benson en la estancia. Al cabo de un momento, la puerta volvió a abrirse y apenas alcanzó a oír una voz de mujer.

—Mañana por la noche, en el baile —susurró—. Y ni se te ocurra traer a esa puta cuando te vayas.

¿Puta? Benson no había traído a nadie a la fiesta.

—Haré lo que me dé la gana. Si deja a ese bastardo y viene conmigo, me la lleveré.

—Él te matará.

La voz le resultaba familiar, pero el yeso de las paredes distorsionaba el timbre y no consiguió identificarla.

—Que lo intente.

—Es un hombre extremadamente peligroso —insistió la mujer —. Te matará sin pensar dos veces.

—No si lo mato primero.

¡Maldición! ¿Hablaban de él? Si Benson estaba dispuesto a matar, a James o a cualquiera, debía advertir a Helen. No podía volver a quedarse a solas con él.

—Toma lo que has venido a buscar y vuelve a Londres. Haz exactamente lo que dice la nota y nada más. Te pagarán cuando termines el trabajo.

Ya no le quedaba duda de que Benson estaba implicado. Pero ¿quién era la mujer?

La puerta del estudio se cerró. James la abrió con cautela y asomó al pasillo: solo alcanzó a ver un destello de seda plateada. Echó a correr, pero cuando llegó a la esquina el corredor estaba vacío. Conteniendo la respiración, regresó al salón donde las damas aguardaban a los caballeros. Repasó la estancia con la mirada: cinco mujeres vestían seda plateada o gris claro.

Cualquiera de ellas podía estar involucrada.

Helen lo observó mientras escudriñaba la sala. Al principio supuso que la buscaba, pero él continuó fijándose en varias damas y ni siquiera miró hacia donde ella estaba. Por fin se aproximó con el ceño fruncido.

—Necesito hablar contigo —murmuró, sentándose a su lado en el sofá.

—¿Dónde?

—Sígueme.

Salió con ella y abrió la puerta de una estancia pequeña.

—¿El despacho del mayordomo?

—Necesito una habitación privada.

—¿De qué se trata?

—Benson está definitivamente involucrado.

Habría querido caminar de un lado a otro, pero el cuarto era demasiado estrecho. Le explicó, en voz baja, la conversación que había escuchado en la oficina del secretario.

—¿Notaste si alguna de las mujeres con seda plateada llegó tarde después del brandy?

—Muchas la llevaban, Brayden. Es habitual que corramos al salón antes de volver a sentarnos. Incluso yo regresé tarde.

Él asintió despacio.

—Entiendo.

—Gracias, de todos modos —susurró ella.

—¿Por qué? —frunció el ceño, arrugando su hermoso rostro.

Ella se puso de puntillas y lo besó en los labios.

—Por confiar en mí.

—No llevabas seda plateada —replicó con severidad.

Helen se preguntó por qué volvía a apartarse de ella. Ya lo había notado en el dormitorio.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No.

Se volvió hacia la puerta.

—Tengo un trabajo que hacer, eso es todo.

¿Era su manera de decirle que estorbaba?

Regresó a mirarla.

—Estaré a tu lado casi toda la noche. No te fíes de Benson en absoluto.

—¿Crees que podría intentar matarte de verdad?

—No lo sé. Pero la mujer mencionó que Benson podría llevarse a otra consigo. Puede que se refiriera a ti.

Una punzada de miedo le recorrió la espalda.

—¿Crees que podría intentar secuestrarme?

—¡No lo sé! —golpeó con el puño la madera del armario—. No debería haberte traído.

Estaba preocupado por ella. Nadie se había preocupado por Helen antes. Se acercó y le rodeó el cuello con los brazos; al notar cómo se tensaba, lo besó con suavidad.

Él la apretó contra sí y profundizó el beso. Cuando ella se apartó, muy despacio, murmuró:

—Me mantendrás a salvo, Brayden.

—No puedo prometerte nada.

Ella asintió, convencida de que hablaba de algo más que de su seguridad.

—Nunca te he pedido promesas.

—Tenemos que volver antes de que noten nuestra ausencia.

—De acuerdo.

Regresaron al salón justo cuando tres damas concluían «The Holly and the Ivy». Helen tomó asiento en la parte de atrás; Brayden permaneció de pie detrás de ella. Se preguntó cómo reaccionaría Benson ante aquella actitud protectora.

Le echó un vistazo y encontró la ira ardiéndole en los ojos. Cuando él notó su mirada, Helen apartó la vista, como si temiera que la sorprendiera observándolo. La mano de Brayden descendió hasta su hombro. No supo si lo hacía por Benson o por ella. El pulgar de él acarició el punto donde el cuello se une al hombro y un estremecimiento le recorrió la piel; el deseo se encendió con ese simple roce.

Tras otro villancico, Lady Farleigh anunció que el té y la limonada estaban servidos en el comedor.

—Te traeré un poco de té —dijo él, y salió.

Benson acudió a su lado de inmediato. Sentándose en la silla contigua, siseó:

—¿Por qué se comporta ahora como tu protector, ahora que quieres dejarlo?

—Puede que sea más difícil de lo que esperaba. Por favor, vete antes de que vuelva.

—Vente conmigo, Emily —susurró—. Me marcho el miércoles por la mañana. Espérame en los establos a las ocho.

—Vete ya —le rogó—. Mañana te diré si puedo irme contigo.

—Hasta mañana, entonces.

Se alejó justo cuando Brayden regresaba con el té. Él le tendió una taza.

—¿Cómo ha ido?

—¿Cómo querías que fuera? —arqueó una ceja.

—¿Te ha repetido la invitación?

Percibió en su voz una leve nota de celos y sonrió.

—Me ha pedido que me vaya con él.

—¿En serio?

—Al parecer, se marcha el miércoles por la mañana.

—Buen trabajo, cariño.

Contuvo un bostezo.

—Creo que me retiraré ya.

Se puso en pie y lo miró.

—¿Me acompañas?

Al ver el conflicto cruzarle el rostro, se preguntó por qué dudaba. ¿Cuestionaba su futuro? Nunca habían hablado de planes: ella sabía que no los habría. ¿Y por qué le importaba? No se hacía ilusiones de que aquello durara más de una semana.

—Sí. Te acompañaré.



James atrajo el cuerpo desnudo de Helen hacia sí. Una extraña sensación de satisfacción lo invadió mientras ambos se recuperaban de otro clímax extraordinario. ¿Qué tenía aquella mujer tan delgada que lo hacía sentirse así? No recordaba la última vez que algo

semejante lo había conmovido. Si es que alguna vez le había ocurrido.

No se saciaba de ella. Y, aun así, sabía que tendría que renunciar a Helen en unos días. Quizá ahí residía el origen de su obsesión: jamás había estado con una mujer con fecha de partida. Debía hartarse antes de devolverla a Londres.

Excepto que ya había hecho el amor con ella más veces que con la mayoría de las mujeres de su vida. Nunca había sentido ni una pizca de remordimiento con ninguna de ellas. Se dijo que estaba siendo necio. Nada había cambiado: seguía creyendo que las mujeres solo servían para el placer.

Ella se volvió y le dedicó una sonrisa que le aceleró el pulso.

—Creo que nos hemos perdido otro villancico abajo —comentó.

—¿Bajamos rápido?

—No. —Estiró el brazo sobre su pecho y apoyó la cabeza en su hombro—. Creo que me retiro por esta noche.

—Yo también.

Él la abrazó con fuerza. Helen le acarició el brazo, suave.

—¿Cómo es tu padre?

—¿Qué? —¿Por qué querría saber de ese bastardo?

—Tu padre. Me dijiste que sabía que tu madre seguía viva, pero me preguntaba cómo es como persona.

James fijó la vista en el techo.

—Era un hombre difícil, Helen. Tenía expectativas muy altas sobre mí. Me resultó más fácil irme que quedarme en su casa.

—¿En qué sentido eran altas sus expectativas? —preguntó ella, incorporándose para mirarlo.

—Esperaba que viviera a su altura. Me dijo que eso incluía no divertirme con prostitutas, no tener amantes, encontrar una mujer respetable con quien casarme y darle nietos. —Esbozó una mueca—.

Sin embargo, él visitaba prostitutas y mantenía amantes estando casado con mi madre. Ella era una buena mujer respetable, y aun así él no podía mantenerse alejado de otras.

—¿Por eso ella lo dejó?

—Sí. Descubrió que había tenido un hijo con una actriz. Mi madre lo enfrentó y él lo admitió sin mostrar ni una pizca de culpa. Le dijo que había cumplido con su deber dándole un hijo y una hija, pero que sus necesidades exigían una salida.

Ella le acarició la mejilla.

—¿Le negaba sus derechos conyugales?

—No. Pero la dejaba en Cheshire mientras él disfrutaba de la temporada en Londres cada año.

—No lo entiendo —murmuró ella, rozándole los labios con el pulgar—. Ella era condesa. ¿Por qué no la llevaba a la ciudad para la temporada?

—Le avergonzaba —admitió despacio—. Era de Gales. Se casó con ella por obligación con ambas familias. Nunca la amó.

—¿Y ella lo amaba?

—Muchísimo. —Cerró los ojos para ocultar el dolor—. Dejarlo a él y a sus hijos casi la mata. Pero quería venganza. Pensó que, si se marchaba, él iría tras ella y le diría cuánto la amaba. Nunca lo hizo.

Abrió los ojos y vio a Helen secándose una lágrima. La atrajo y la besó con lentitud.

—Es la historia más triste que he oído nunca.

—Cuando se marchó, él la encontró… pero solo para decirle que jamás podría volver a la finca. También le cortó el dinero.

—¿Cómo sobrevivió?

James apartó la mirada. No podía decirle la verdad.

—Encontró trabajo. La vi por casualidad la misma noche en que tú y yo nos acostamos.

—Sí, me lo contaste. Pero ¿qué pasó con el otro niño?

—¿Mi hermana, Emma?

—No. Dijiste que la amante de tu padre era actriz y que tenía un hijo…

—¿Qué?

Ella lo sostuvo con la mirada, los ojos azules brillando a la luz de las velas. Le rozó los labios con la yema del dedo.

—No puedo creer que no me diera cuenta antes.

—¿De qué?

—Del parecido. Tienes los labios más perfectos que he visto jamás.

Era imposible que supiera la verdad. Grace se parecía mucho más a su padre que él.

—Es Grace, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —casi gritó. ¿Cómo demonios lo había deducido?

—Tenéis los mismos labios. Y, pensándolo bien, todo encaja. Por eso conocías a Grace. —Se recostó en las almohadas y soltó una risa baja—. Su madre era actriz y su padre, conde.

Él se inclinó sobre ella, clavándole la mirada.

—No puedes contárselo a nadie. Ni siquiera a Grace.

—No soy tonta, Brayden. Sé que tu padre le da dinero para que guarde el secreto.

Él la besó de nuevo, suave.

—Sé que no eres tonta, Helen.

—Bien —respondió ella, devolviéndole el beso.

James presionó su creciente erección contra su cuerpo.

—¿Hemos terminado de hablar de mi hermana?

Helen frotó la cadera contra su dureza.

—Creo que sí.

Capítulo 20

Helen aguardó con paciencia mientras la doncella que Hannah le había asignado terminaba de peinarla. James, sentado en una silla, fruncía el ceño, perdido en sus pensamientos. Cuando la doncella acabó y se retiró, Helen por fin formuló la pregunta que llevaba una hora rondándole la cabeza.

—¿Cómo debo tratar a Benson esta mañana?

James juntó los dedos frente a la boca.

—Creo que tenemos que tenderle una trampa perfecta a Benson.

—¿Qué quieres decir?

—Sabemos que Benson está definitivamente encaprichado de ti. Puede que incluso quiera llevarte con él.

—Entonces, repito: ¿cómo debo tratarlo?

Él se levantó y se acercó.

—Tú hazte la gatita herida y yo haré de bastardo dominante. Quiero que crea que no tienes ninguna posibilidad de irte con él. Quiero que me vea contigo en todo momento.

—¿Por qué?

—Porque si pasa algo y necesito que le robes la cartera, correrás hacia él. Se compadecerá de ti y querrá protegerte.

—Eres un hombre muy astuto —dijo ella, pasando un dedo por su mandíbula.

Él le tomó el dedo y lo besó, introduciéndolo lentamente en su boca cálida. Ella contuvo el aliento.

—No soy astuto —repuso al fin, y le besó la palma—. Solo soy prudente.

Era una línea muy fina entre la astucia y la prudencia, pensó Helen. Se apartó de sus brazos y volvió a mirarse en el espejo de cuerpo entero.

—Creo que deberíamos llegar al desayuno por separado.

—Estoy de acuerdo —dijo él, con la voz tirante—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Solo no entres a solas en ninguna habitación con él — la giró para que lo mirara—. ¿Entiendes?

Sus ojos intensos la traspasaron. A ella le gustaba bastante ese lado celoso.

—Entiendo.

Helen salió sola y se detuvo en el último escalón. Respiró hondo para armarse de confianza, bajó las escaleras y se dirigió al comedor. La sala estaba dispuesta con pequeñas mesas redondas, propicias para conversaciones íntimas mientras se tomaba café o té. Lady Farleigh había adornado la repisa de la chimenea con acebo y había colocado ramas de pino en cada mesa, lo que impregnaba el aire de un aroma fresco.

Vio a Benson sentado con lord Brentwood. Él la miró con deseo en sus ojos castaños, pero solo le hizo un leve gesto con la cabeza. Sabiendo que, en su supuesta situación, no debía sentarse con ellos, se encaminó a la mesa donde Ancroft tomaba su té matutino.

—Buenos días, señora Jones —saludó él cuando se acomodó frente a él.

—Buenos días, lord Ancroft.

—Usted y Brayden se retiraron bastante temprano anoche. Los echamos de menos —dijo en un tono lo bastante alto como para atraer la atención de Benson.

—Sí, estaba… bastante cansada.

Steven le dedicó una sonrisa breve.

—¿Y lord Brayden se unirá a nosotros para desayunar?

Parecía saber exactamente cómo manejar la situación.

—No me interesa saberlo.

Ella miró de reojo a Benson, que hacía como si escuchara a lord Brentwood, aunque atendía a su conversación. Una mano grande y firme le palmeó la espalda.

—Buena chica, Emily —soltó Brayden con condescendencia, sentándose a su lado—. Me alegra ver que has decidido hacerme caso y sentarte con un caballero en quien confío.

—Eres un cerdo —siseó ella lo bastante alto como para que Benson la oyera.

Él le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No vuelvas a decir eso en público.

Como sabía que daba la espalda a Benson, Helen le sacó la lengua. Brayden se estremeció, como conteniendo una sonrisa, antes de soltarla. Ella desayunó con la cabeza baja, fingiendo ignorar al hombre que tenía a su lado. Aunque no es que pudiera ignorar su aroma masculino.

Comió deprisa y se levantó. La mano de Brayden se posó en su muñeca.

—¿Adónde vas?

—Lady Farleigh me ha pedido ayuda con la decoración del salón de baile.

—Muy bien. —Consultó el reloj de bolsillo—. Quiero que vuelvas a nuestra habitación a la una.

—Por supuesto.

Sabía que todo era un juego, pero había algo muy excitante en dejarse dominar por él. Y no le importaba, ya que a él tampoco le incomodaba que fuese ella quien tomara el control en la cama.

Él le soltó la mano con un guiño rápido. Al mirar atrás, Helen advirtió que Benson ya había abandonado la sala. No dudó de que la esperaría al acecho en algún pasillo.

Al doblar la esquina hacia el salón de baile, allí estaba.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación—. Anoche me quedé intranquilo por ti.

—Estaba bien —respondió, apartando la vista como si tratara de ocultar sus verdaderos sentimientos.

—¿Te volvió a tomar?

Al oír el leve matiz de excitación en su voz, contestó:

—Sí. Ese hombre es un cerdo.

—¿Qué hizo?

Helen se detuvo y lo miró fijamente. No podía creer las preguntas que le hacía. ¿Quería un relato detallado de sus intimidades?

—Prefiero no hablar de eso.

—Lo siento mucho, Emily —intentó atraerla hacia sí, pero ella lo apartó.

—¿Estás loco? Si nos pilla otra vez, ¡te matará!

Él se inclinó más.

—Pero eso es bastante emocionante, ¿no crees? La idea de que pueda sorprendernos mientras hacemos el amor…

—No. Preferiría no volver a verlo nunca. Pero hasta que regrese a Londres no puedo hacer nada.

—¿Cómo puedes estar segura de que en Londres será distinto?

Si eso era cierto, ella no tenía idea de cómo mantener a Brayden lejos.

—Tengo amigos que me dejarán quedarme con ellos hasta que encuentre a otra mujer.

—Puedo ocuparme de Brayden —afirmó Benson con firmeza.

—No, no puedes.

—Te llevaré a Londres y te buscaré una casa donde estés a salvo.

—Lo pensaré, señor Benson. Ahora debo reunirme con Lady Farleigh —dijo, y se alejó con rapidez.



James observó a Helen salir del dormitorio y encaminarse al salón con el vestido de seda rojo que él le había comprado. Sabía que el color realzaría su piel pálida y su cabello dorado, pero no imaginó que ante sus ojos tendría el porte de una auténtica seductora. ¿Cómo iba a vigilar a Benson toda la noche si lo único que quería era mirarla a ella?

—¿Me queda bien? —preguntó—. Me parece un poco más ajustado que cuando me lo probé.

Él sonrió al advertir que había ganado algo de peso, cosa que le venía bien, pero seguía estando demasiado delgada.

—Te queda perfecto. Mejor que la última vez.

—¿De verdad? Nunca había llevado un escote así.

—Y eso lo hace absolutamente perfecto.

Le ofreció el brazo. Ella lo enlazó y una oleada de consciencia le recorrió la piel.

—Estoy un poco asustada —admitió mientras bajaban.

—Lo harás muy bien. Esta noche solo tienes que bailar conmigo.

—Me refería al asunto de Benson —susurró.

—No tienes que hacer nada. Si ves que alguien le entrega un mensaje, ven a buscarme. Si no me encuentras, busca a Ancroft.

Asintió. Un leve temblor de aprensión le recorrió el cuerpo. Solo debía localizar la misiva y salir de allí sana y salva. Sin embargo, esa corazonada sobre el trabajo no la abandonaba; y odiaba esas sensaciones, porque solían anunciar que algo estaba a punto de torcerse.

Al entrar en el salón de baile, James sonrió. Margot había convertido la estancia en un carnaval invernal: guirnaldas blancas cubrían el techo, y alrededor de la pista habían colocado algodón mullido; en las mesas, ramos frescos con bayas rojas. El centro de atención era el gran abeto de la esquina, junto a los músicos.

—¿Dónde están las velas del árbol? —preguntó.

Helen soltó una risita.

—Margot convenció a Farleigh de no encenderlas para el baile. Le aterra un incendio.

—Una mujer muy sensata. —Notó una sombra de dolor cruzarle el rostro—. Y… que ama a su marido.

—Lo sé —murmuró.

Bordearon la pista. Helen parecía hipnotizada por los bailarines que ejecutaban una cuadrilla. Al ver su expresión absorta, James deseó haber tenido tiempo de enseñarle más bailes.

Deja de pensar en ella y concéntrate en la misión, se advirtió. Al fin y al cabo, solo sabía bailar el vals, y aquella sería su única ocasión. Cuando regresara a casa, volvería a su rutina con los huérfanos: no habría más bailes ni fiestas.

Apartó la mirada de Helen y recorrió la sala. Steven, desde el otro extremo, le hizo un gesto de asentimiento y se encogió de hombros. ¿Dónde demonios estaba Benson?

Por fin lo vio entrar solo. Saludó con un leve movimiento de cabeza a varios caballeros y de inmediato buscó a Helen con la vista. Lord Brentwood lo interceptó y entabló conversación, pero Benson miraba alrededor, distraído, como si lo dicho no le interesara.

—No deja de mirarte —susurró James al oído de Helen.

—Me he dado cuenta. Parece aburrido con lo que sea que lord Brentwood le esté contando.

—Coincido. Me pregunto si busca a alguien.

—Quizá sí. Voy a acercarme a la mesa de refrescos. A ver si me sigue con la mirada.

Por mucho que quisiera contemplar el balanceo de sus caderas bajo la seda, James se mantuvo atento a Benson. Cuando Brentwood se apartó, Benson siguió escudriñando la sala. Al advertir que Helen ya no estaba a su lado, se dirigió hacia la mesa de refrescos.

James se quedó donde estaba al ver que Steven tomaba el mismo rumbo. Lo observó iniciar conversación con Helen y, en un momento, ambos regresaron con él.

—Así que no voy a estar sola esta noche, ¿eh? —dijo ella, alzando una ceja.

—No.

—Bueno, ya veo que aquí no hago falta —bromeó Steven, y se retiró.

—¿No confías en mí? —Ella apuró un sorbo de vino, lento.

—Confío en ti. —Le tomó la copa y probó el líquido afrutado—. En quien no confío es en Benson.

—No puedo ayudarte a recuperar un mensaje si no puedo alejarme de ti y de lord Ancroft.

Le encantaba el brillo de sus ojos azules cuando se frustraba.

—No estás aquí para recuperar un mensaje. Estás para fingir que eres mi amante, ¿recuerdas?

—Sí —replicó, con brusquedad—. Lo recuerdo.

—Bien. Ahora, baila conmigo.

—No. No puedo bailar y hablar.

—Pero el asunto está zanjado —contestó con calma.

—No para mí. —Cruzó los brazos—. Si no puedo ayudar, ¿para qué estoy aquí?

Había demasiadas respuestas equivocadas a esa pregunta, casi todas orbitando el placer.

—No pienso arriesgar tu bienestar. No harás nada salvo que te lo pida expresamente.

Ella parpadeó y desvió la vista. Tras conocer su infancia, él sabía que Helen necesitaba sentirse a salvo.

—Ahora, ¿bailamos?

—Si crees que tus pies sobrevivirán —replicó, aunque tomó su brazo.

—Sobreviviré a un pequeño pisotón.

Esperaron al borde hasta que los músicos iniciaron un vals. Él la atrajo y se deslizaron por la pista. Mientras giraban, James buscó a Benson y, por fin, lo localizó valsando con Margot. Sabiendo que, por unos minutos, estaría entretenido, se concentró en Helen.

—Tienes un talento natural —murmuró.

—En absoluto. Este es el único baile que sé. —Lo miró y sonrió —. Pero lo estoy disfrutando muchísimo.

—Me alegra. Me encantaría verte en todos los bailes, hasta que te dolieran los pies.

Maldita sea. Error. Ella no volvería a pisar un baile de la alta sociedad. La habían admitido aquí porque a Margot le gustaba fingir que era una dama hecha y derecha. Pocos de verdadero peso social acudían a sus veladas. De los pares presentes, Bingham estaría por algún asunto con Farleigh; Steven era amigo de años; Brentwood, un joven vizconde, probablemente asistía por las damas. Y pasaba demasiado tiempo con Benson. Tal vez ahí hubiera algo.

—Bueno, esta es mi única oportunidad —dijo Helen al cabo—. Debería aprovecharla.

Esperaba un matiz de tristeza por lo que la sorprendió su tono alegre.

—Siento lo que dije. No estaba pensando.

—No soy una chica con la cabeza en las nubes. Sé cuál es mi lugar y lo acepté hace tiempo. Mi vida pudo ser mucho peor.

Al salir de la pista, él volvió a buscar a Benson.

—¿Lo ves?

—Allí —señaló a la mesa de refrescos—. Parece que bailar con Margot fue trabajo duro.

—Gracias.

La condujo hacia allí, pero la música se detuvo y lord Farleigh anunció una cena completa de Navidad.

—¿Es habitual? —preguntó ella.

—No es raro. Algunos anfitriones la sirven. Y como Margot aún intenta impresionar a ciertos invitados, no me sorprende.

—¿Y qué hacemos con… lo nuestro?

—Mantenerlo en vilo, por si acaso.

Ella sonrió.

—¿De veras? Pensaba que no querías que me involucrara.

—Ya lo estás, me guste o no.

—¿Y ahora?

—Creo que deberías parecer enfadada conmigo —susurró James al oído mientras entraban en el comedor—. Finge que acabo de decirte algo horrible.

Helen se volvió hacia él con ira fingida.

—¡No puedo creer que me hayas dicho eso!

Se apartó con una sonrisa interior. Enseguida, Benson se le acercó.

—¿Va todo bien?

—Ese hombre es un animal —contestó—. Le he dicho que, al volver a Londres, buscaré otro alojamiento. Después de todo lo acordado, acaba de…

—¿Qué te ha dicho?

—Algo completamente inapropiado.

Los ojos de Benson chispearon de interés.

—¿Me lo contarás después de la cena?

—Quizá —murmuró con timidez—. No es apropiado hablar de eso en público.

¡El hombre estaba salivando! Al ver su tarjeta, comprobó que Margot había sentado a Brayden junto a ella en lugar de a Benson.

—Tendré que ignorarte —le anunció a Brayden al tomar asiento.

—Quizá, si no te hubiera enseñado a bailar, Margot no nos habría puesto juntos.

—Pero verte en la pista valió la pena. Y, por supuesto, siéntete libre de ignorarme toda la cena —añadió él al sentarse—. Solo recuerda que no puedo hacerme responsable de enseñarte los modales necesarios para esta fiesta.

Ella se inclinó.

—¿Intentas enfadarme más? —siseó.

—Sí —admitió en voz baja—. Empieza a sospechar de nuestro comportamiento. Creo que estar juntos es una ventaja. Ahora mira hacia otro lado y sonríele a Benson.

Obedeció y obtuvo de él una sonrisa seductora. Reprimiendo una arcada de repugnancia, bebió un sorbo de vino. Podía hacerlo. Bastaba con recordar algunas de las historias oídas en el burdel. Las palabras le saldrían solas.

Se concentró en su plato de ganso asado con patatas. Pronto concluiría la fiesta y tendría el dinero prometido. Con ella podría comprar comida suficiente para dar a los niños una cena de Navidad como aquella. Pero eso también significaba que su tiempo con Brayden terminaría.

Durante la comida, él rozó su pierna con la de ella, y hasta le acarició la cadera. El calor en sus mejillas crecía a cada gesto. Se inclinó; Helen aspiró el aroma tentador de su jabón de sándalo. Le temblaron las manos al tomar el tenedor.

Benson le dirigió miradas comprensivas durante toda la cena.

Cuando terminó el pudín de ciruelas, Brayden se acercó a su oído.

—No quiero que te acerques a ese hombre ahora mismo. Con la forma en que te mira, no me fío.

Ella se llevó la servilleta a los labios.

—Lo entiendo. Pero la misiva es la razón por la que estamos aquí. Ese es tu trabajo.

—Mantente alejada de Benson salvo que yo te indique lo contrario.

Sintiéndose observada por Benson, se alzó y lo encaró con fingida ira.

—Haré lo que me plazca. No eres mi dueño.

Salió con la intención de regresar al salón de baile, pero necesitaba antes serenarse. Se dirigió al tocador de señoras en busca de un poco de paz. Al salir, vio a Benson delante. Un lacayo se detuvo y le entregó una nota. ¡Una nota!

—Gracias, buen hombre —murmuró Benson, guardándola en el bolsillo del chaleco—. Ya puedo irme de esta horrible fiesta.

Aquello debía de ser la misiva que James necesitaba. Al ver que Benson se volvía, Helen comprendió que no había tiempo para buscarlo.

Él la aguardó con una sonrisa y, cuando llegó, la tomó del brazo y la arrastró a la estancia más cercana: el estudio de Farleigh.

—Debió de ser insufrible sentarte a su lado durante la cena.

—No tiene idea, señor Benson.

Cruzó la habitación para poner distancia. Él avanzó.

—Llámame Thomas.

Retrocedió hasta chocar con el gran escritorio de cerezo. Él la fue acorralando hasta que su aliento le calentó las mejillas.

—Dime qué te dijo Brayden. Me ha tenido en ascuas toda la cena.

Tenía que ganar tiempo.

—¿Quiere saberlo?

—Oh, sí. —Le rozó el borde del vestido con la yema del dedo.

¿Dónde estaba Brayden? Si lograba mantenerlo hablando, quizá no intentaría otra cosa. Él había prometido vigilarla y a estas alturas se habría percatado de que ambos faltaban.

—Dijo que quería atarme a la cama y… —dejó la frase en el aire y fingió un delicado estremecimiento.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Qué quería hacerte?

—Usó un término grosero.

—Dime la palabra, Emily. Quiero oírla de tus labios.

Notó crecer su erección contra ella. Tragó.

—No puedo decir esa palabra, Thomas. Es horrible.

Deslizó la mano por su pecho para apartarlo. Él besó su mandíbula, subió a la oreja.

—Dilo —ordenó—. Dilo.

Ella intentó pensar cómo repelerlo.

—Dijo que quería… que quería…

Él le sujetó las manos y las aplastó contra el tablero. La empujó a sentarse en el borde y le separó las piernas. Helen tembló de miedo mientras él le encajaba las caderas. El bulto duro de sus pantalones se frotó contra ella. La bilis le subió a la garganta: había dejado que aquello fuera demasiado lejos. Debería haber atendido a las advertencias de Brayden. Los labios húmedos de Benson le recorrieron el cuello hasta la clavícula.

—Dime lo que Brayden quería hacerte.

—Te diré lo que Brayden quiere hacer —retumbó una voz grave a su espalda.

Capítulo 21

James sintió una furia ciega al ver a Helen inmovilizada por Benson. Cruzó la estancia a zancadas, con Steven pisándole los talones. Sujetó a Benson por la corbata y lo estampó contra el escritorio.

—Debería matarte por lo que intentabas hacerle.

—Brayden, lleva a la señora Jones a tu habitación —indicó Steven con calma.

—No —gorgoteó Benson—. Ella ya no lo quiere. Ya se lo ha dicho.

James apretó la corbata hasta que los ojos del otro casi se le salieron de las órbitas.

—Ella es mía. ¿Me entiendes?

Benson asintió apenas.

—Si vuelves a acercarte a ella, te mataré.

Con la otra mano, James le vació el bolsillo del chaleco y se guardó la nota mientras Benson, ocupado en buscar aire, ni lo advertía. Benson volvió a asentir, lívido.

Soltó al bastardo y, todavía en tensión, volvió la ira hacia Helen.

—Sube a nuestra habitación y no te muevas hasta que llegue.

Ella lo miró sin moverse.

—Ahora.

Helen apretó los labios y asintió. James intentó ignorar el brillo de lágrimas que le vio en los ojos: no podía permitirse flaquear; tenía un trabajo que cumplir. Cuando ella salió, se encaró de nuevo con Benson.

—No la toques. No le hables. —Avanzó un paso hasta obligarlo a retroceder—. De hecho, ni siquiera la mires.

Se dirigió a la puerta. Tal como habían previsto, Steven se quedó atrás. Lo vio agarrar a Benson por las solapas: de ese modo el hombre nunca sabría quién de los tres se había hecho con la nota.

Al abrir, alcanzó a oír a Steven reprenderlo:

—Eres idiota de diez maneras. Te dije que era un hombre celoso y que te mantuvieras lejos de ella.

James tenía otra conversación pendiente: con la mujer que no sabía escuchar. Hizo un arreglo rápido con Hannah y subió despacio las escaleras, dando tiempo a que Helen se inquietara por lo que iba a decirle. Abrió la puerta y la encontró de espaldas, mirando por la ventana la nieve.

—Solo dilo —murmuró ella sin darse la vuelta.

—¿Decir qué?

—Dime que fui una tonta por entrar sola con Benson. Que me volví loca corriendo ese riesgo. Que debería haberte dejado encargar de todo.

Él se acercó y empezó a quitarle las horquillas. Helen lo miró, desconcertada.

—¿Y si te dijera que casi todo lo hiciste perfecto?

—¿Qué?

Le peinó el cabello sedoso con los dedos.

—Lo único que hiciste mal fue no contarme tu plan. Por suerte, me figuré que intentarías algo, así que Steven y yo nos preparamos.

—Yo… ¿cómo podías saber lo que iba a hacer?

—Porque te conozco, Helen. Tú y yo somos muy parecidos. En tu lugar, habría hecho lo mismo.

—¿No estás enfadado conmigo?

—No.

—Pero… ¿cómo lo sabías? Me crucé con Benson y vi que un lacayo le entregaba una nota.

—Estaba justo detrás de ti. Vi lo mismo.

Ella frunció el ceño.

—Pero no pude cogerla. Así que todo fue en vano.

James sacó un pliegue del bolsillo del chaleco.

—¿Esta?

Helen abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo la has conseguido?

Él se inclinó y le sonrió contra el cuello.

—No eres la única que sabe robar carteras.

—¿Es realmente la nota, Brayden?

—Sí. Ya la he leído y confirma el lugar donde atentarán contra la vida del príncipe.

—¿Y ahora qué?

James miró hacia fuera: la nieve arreciaba.

—Nada hasta mañana. Con suerte, dejará de nevar y podremos volver a Londres.

—¿No podemos irnos ahora?

—¿Tienes tanta prisa por alejarte de mí?

Negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

—No. Me temo que Benson descubra que la nota ha desaparecido y venga tras nosotros. Poner distancia ayudaría.

—No de noche y con nieve. Benson no se atreverá a nada en casa de Farleigh. Además, Steven prometió vigilarlo el resto de la velada. Hasta mañana.

Se acercó al escritorio, sacó una pistola cargada y la dejó en la mesilla.

—Por si acaso.

Helen dio un pequeño grito ahogado.

—¿Crees que tendrás que usarla?

—Espero que no. Pero no pienso arriesgarme.

Llamaron a la puerta y ella se sobresaltó.

—Tranquila —dijo James, y abrió para dar paso a los criados. Entraron con una gran tina de cobre y varios cubos de agua humeante. Cuando se marcharon, cerró con llave y la miró con una sonrisa.

—Su baño, milady.

—Ya me bañé esta mañana. Aunque no en una tina tan grande.

Él le tomó la mano y la hizo girar. Mientras le desabrochaba el vestido, murmuró:

—Quiero quitarte el hedor de ese hombre.

—Muy bien.

Esperó a que terminara con el corsé, luego se dio la vuelta y dejó caer la camisa al suelo.

—¿Te bañarás conmigo? La bañera es bastante grande para dos.

Justo lo que él quería oír.

—Enseguida. Entra y te lavaré.

Sus ojos azules se oscurecieron hasta parecer zafiros. Él quiso verlos engarzados en su cuello, junto con rubíes, y vestirla solo con

sedas y satén. Helen se hundió en el agua caliente mientras James se quitaba la chaqueta. Se arremangó y se arrodilló tras la tina.

—Dame tu jabón.

Ella le pasó la pastilla de lavanda. Él la frotó entre las manos hasta sacar espuma y, soltándola, llevó las palmas enjabonadas al cuello de Helen, allí donde aquel bastardo la había besado.

—¿Qué haces? —susurró, con la voz temblorosa.

—Borrar todo rastro de Benson.

—¿Por qué?

Acunó agua en las manos y la enjuagó con suavidad.

—Porque no soporto pensar, que tengas el olor de ese hombre que tanto desprecias. —Le murmuró al oído—. Ahora dime qué quería hacerte.

—¿Cómo has oído eso?

—Steven y yo estábamos en el despacho del mayordomo. Se oye casi todo. Dijiste algo de que quería atarte a la cama. ¿Qué se suponía que haría después?

Ella le susurró la palabra.

—¿Dónde ha oído una dama como tú una expresión así? —ronroneó—. Mmm… me pregunto qué otras cosas interesantes aprendiste trabajando en un burdel.

Se enjabonó de nuevo y dejó que las manos le resbalaran por el pecho hasta rozarle los pezones rosados.

—No creo que Benson me tocara ahí —rió ella.

—Mejor. Porque si lo hubiera hecho, habría tenido que matarlo.

—¿Estabas de verdad celoso, James? ¿O fingías para impresionar a Benson?

Sus manos descendieron por el vientre hasta el rizo suave entre sus piernas. La pregunta lo detuvo. Inclinó el cuello y le

mordisqueó el hombro.

Se estaba involucrando demasiado. Ninguna otra mujer lo había afectado así. Aun así, le había prometido ser sincero en lo que pudiera.

—Sí. Quise destrozarlo con mis manos. Si Steven no llega a estar allí, quizá lo habría hecho.

Ella lo miró con una sonrisa lenta.

—¿Vas a unirte a mí?

—Oh, maldita sea —susurró.

Se desnudó deprisa. Al entrar por el otro extremo, el agua se derramó por los bordes. Helen soltó una risita cuando sus pies resbalaron por sus muslos. Nunca había imaginado que bañarse con un hombre pudiera ser tan sensual y, a la vez, tan divertido. Sus pies siguieron ascendiendo hasta sus costillas; cruzó los tobillos sobre su pecho y rozó con los dedos sus pezones.

James sonrió y a ella se le aceleró el corazón. Se deslizó más, enredó las piernas a su espalda y la atrajo.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensaba que estarías más cómoda encima de mí.

—¿No querrás decir que vamos a hacer el amor aquí? —chilló, entre risas.

Él la izó por el torso hasta que sus caderas quedaron sobre las de él y la mantuvo suspendida sobre su dureza.

—No es tan distinto de la última vez.

—¡Se va a desbordar el agua!

Sintió su erección en la entrada y, de pronto, dejó de importarle el desastre. Se acomodó para abrirse a él. Cuando James la llenó, lo miró a los ojos y supo que estaba perdida. Por mucho que entendiera que era un error, estaba enamorándose.

Ver el rostro de él encendido mientras se deslizaba dentro y fuera casi la desbarató. Quería despertar junto a su barba matinal, dormir acurrucada contra su pecho y saber que nada podría hacerle daño. Él la hundió con más profundidad; la pasión trepó en ella hasta hacerla temblar con el éxtasis que él le arrancaba.

James le sujetó las caderas y la apretó contra su miembro. Echó la cabeza hacia atrás contra el borde de la tina al derramar su semilla en su interior. Y Helen, con una certeza serena, lo supo:

Lo amaba.

Y estaba condenada a amar a un hombre al que jamás podría tener por marido.



James se había quedado dormido en el carruaje durante el regreso a Londres. Tras pasar casi toda la noche en vela, aguardando por si Benson irrumpía en su habitación, no había conciliado el sueño hasta entonces. Miró por la ventanilla: el carruaje avanzaba con lentitud sobre la nieve recién caída. Estaba casi seguro de que no llegarían a la ciudad antes del anochecer.

Al girarse, vio a Helen contemplar el paisaje.

—Helen, tendremos que pasar la noche aquí.

Ella asintió.

—Lo supuse. —Lo miró con preocupación—. ¿Crees que alguien nos ha seguido?

No deseaba asustarla, pero sabía que ella prefería la verdad.

—Me sorprendería mucho que no.

Helen se mordió el labio y volvió a asentir.

—¿Estaré a salvo cuando lleguemos a Londres?

—Sí. Benson y quienquiera que esté metido en esto pensarán que fui yo quien tomó la nota, no tú.

Rezaba para que así fuera. La única forma de garantizar la seguridad de Helen era poner la nota en manos de Jensen cuanto antes.

—Gracias por tu sinceridad.

Llegaron a St. Albans a las tres. Al entrar en la posada King's Mistress Inn, James vio a Steven bajar de su carruaje y dirigirse a la Black Swan Inn, al otro lado de la calle. El plan original era que Steven tomara rumbo norte, pero el tiempo lo había impedido. Optaron por alojarse en posadas distintas y comprobar si alguien de la comitiva los seguía.

James miró la cama con anhelo: necesitaba dormir un poco para poder mantenerse despierto aquella noche.

—Helen, ¿has disparado alguna vez una pistola?

Ella se apartó del fuego, pálida.

—No —susurró—. ¿Es necesario?

—Eso espero que no. Pero, para poder mantenerme despierto luego, necesito dormir una o dos horas.

Ella asintió despacio.

—Así que tendré que vigilar mientras duermes.

—Exacto. Si alguien entra por esa puerta sin llamar, dispara.

Odiaba pedírselo. Conocía a pocas mujeres que pudieran hacerlo, pero si alguna era capaz, era Helen.

—Puedo hacerlo.

Llevó la pistola, ya cargada, hasta la mesa junto a la chimenea.

—Siéntate en esa silla, de cara a la puerta.

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Ve a dormir. Estaré bien y nos protegeré a los dos.

—No me dejes dormir más de dos horas.

—De acuerdo.

James exhaló. Nunca antes había confiado su vida a una mujer, y no estaba seguro de poder descansar. Avanzó hasta la cama y se quitó chaqueta, chaleco y corbata. Luego las botas. Antes de tumbarse, la miró de nuevo. Helen permanecía erguida en la silla, la mano a un palmo de la pistola.

Aquel gesto de concentración casi le hizo sonreír. Dudaba que alguien intentara nada a plena luz del día en una posada llena de gente. Se dejó caer en el colchón y cerró los ojos.



Helen solo apartó la vista de la puerta para mirar a James, que dormía. El pobre parecía completamente agotado tras haberlos vigilado toda la noche. Cuando pasó la primera hora, con solo el sonido ocasional de pasos en el pasillo, dejó que los músculos tensos se relajaran un poco.

Luchó por no pensar en lo que les depararía el mañana, pero, por más que lo intentara, cada vez que lo miraba los pensamientos regresaban. Sus emociones se intensificaron al saber que aquella sería su última noche juntos.

Una parte de ella quería decirle lo que sentía. Pero su lado sensato sabía que no importaba. James no era un hombre que se enamorara. Después de las mentiras y secretos que había soportado de su madre y su padre, dudaba que supiera siquiera cómo amar.

Ojalá tuviera más tiempo con él. Quizá podría ayudarlo a comprender que el amor cura las heridas profundas. El cariño de los

niños a su cargo la había ayudado mucho. Él también merecía amor.

Pero no sería el suyo quien lo ayudara.

Solo podía esperar que, algún día, encontrara una esposa que le diera amor suficiente. Sin embargo, entendía que él buscaba respetabilidad, y se preguntó si una mujer que se casaba para complacer a su padre llegaría a amar a su marido, a apreciar sus virtudes y sus defectos.

Un leve gemido procedente de la cama la hizo sonreír. Le había concedido cinco minutos más antes de despertarlo. No necesitaba reloj, por lo visto.

—Creí haber dicho dos horas —refunfuñó él.

—Tienes cinco minutos más.

James se frotó la cara con las manos y se incorporó despacio.

—Supongo que no ha habido problemas.

—No.

Apartó las mantas y se acercó a ella.

—Entonces, ¿por qué pareces haber estado llorando?

Helen se secó la cara. ¿Cómo no había notado que las lágrimas le corrían por las mejillas mientras pensaba en él?

—Supongo que me asusté un poco.

Él la alzó de la silla y la estrechó entre sus brazos fuertes.

—Podrías haberme despertado.

Ella negó con la cabeza.

—No. Necesitabas dormir.

—Todo irá bien, Helen —le acarició las mejillas y la besó con suavidad—. Yo te protegeré.

Pero no podía protegerla del dolor que la desgarraría al día siguiente. Nadie podía impedirlo.

—Guarda la pistola en tu bolso —dijo—. Así, si la necesitamos durante la cena, la tendremos a mano.

Helen obedeció y se encaminaron al comedor. Tomaron sidra y pasteles de carne con rapidez. Ella advirtió que James no dejaba de vigilar la sala. A su juicio, no había nadie más de la fiesta. Él terminó, se levantó y dijo:

—Quédate aquí un momento. Tengo que hablar con el posadero.

Helen apuró su pastel y la sidra. James regresó y volvió a sentarse.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Han llegado solo tres personas más para pasar la noche. Ahora que ha oscurecido, es poco probable que lleguen muchas. El posadero me ha señalado a los recién llegados: ninguno estuvo en la fiesta.

Helen suspiró, aliviada, aunque sabía que Ancroft estaba al otro lado de la calle y que alguien podría estar allí.



A las diez de la noche llamaron por fin, muy suave, a la puerta. James se acercó, la entreabrió y dejó pasar a Steven.

—¿Qué has averiguado? —preguntó en cuanto su amigo se sentó junto al fuego.

—Que ahí fuera hace un frío que pela —bromeó Steven, y se corrigió al oír el leve carraspeo de Helen—. Mis disculpas, señorita Lander.

—¿Estaba Benson allí? —intervino ella, acercándose también a la chimenea.

—No.

—¿Viste a alguien conocido? —insistió James.

—Solo a lady Farleigh.

—¿Lady Farleigh? —James se puso en pie y empezó a pasearse junto al hogar—. ¿Qué demonios hacía en una posada si aún le quedaban dos días de fiesta?

—Esta mañana recibió una nota avisando de que su hermana, la señora Hatfield, estaba muy enferma. No esperan que sobreviva a la semana. Entró con su doncella, muy angustiada.

James asintió. Había visto a la señora Hatfield varias veces y nunca gozó de buena salud.

—Pobre Margot. Sé cuánto quiere a su hermana.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Helen.

—Volvemos a la ciudad y dejamos que Jensen se encargue —zanjó James con un leve encogimiento de hombros.

—Buenas noches, entonces —se despidió Steven antes de salir.

Mientras Helen dormía, James volvió a recorrer la habitación de un lado a otro. Algo no encajaba. No era solo esa punzada tenue que le avisaba cuando algo iba mal. Esta vez se le había escapado un detalle. Y solo podía culparse a sí mismo. Había permitido que Helen acaparara su mente y, con demasiada frecuencia, su cuerpo durante toda la misión.

Cuando la devolviera a su casa de Kent Street, podría quitársela de la cabeza. Se dejó caer en la silla junto a la chimenea y se pasó los dedos por el cabello. No bastaría con llevarla a su puerta para dejar de pensar en ella. Tenía que decidir qué hacer.

El matrimonio estaba descartado. Con los antecedentes de Helen, su reputación se hundiría aún más si el secreto salía a la luz. Una parte de él no lo lamentaba. Otra sabía que tenía la obligación de casarse con una mujer respetable que le diera descendencia.

Miró a Helen dormida. Aún guardaban secretos, los dos. Tal vez eso lo decía todo. Si no podían ser completamente francos, quizá estaban destinados a ser solo amantes. Y, de todos modos, él no podía contar a su futura esposa la verdad sobre su madre. Ese escándalo jamás debía salir a la luz.

Su madre tenía razón: necesitaba una mujer respetable. Quizá Helen aceptaría ser su amante hasta que él se casara. Pero hacía mucho que James había decidido que nunca tendría amante una vez casado. Después de ver lo que aquello había hecho a su madre, no podía repetir la historia.

Y mirándola supo que Helen jamás aceptaría ese papel. Tenía a su cargo a los huérfanos. En cuanto llegaran a Londres, lo suyo habría terminado.

Consciente de que esa podía ser su última noche juntos, se desvistió despacio. Quería hacerle el amor, contemplar su rostro cuando alcanzara el éxtasis. Amarla por última vez.

Capítulo 22

Helen despertó con una mano firme sobre el pecho y unos labios cálidos en el cuello. El pulgar de James rozó su piel hasta hacerla estremecer. Ella se volvió y encontró su mirada intensa y el deseo que leyó en ese rostro le recorrió la espalda como un escalofrío. Sus ojos descendieron por su garganta, se detuvieron un instante en el nacimiento del escote y siguieron más abajo.

—Ja…

Él acalló su pregunta con un beso que le robó el aliento. Sus lenguas se buscaron, encendiéndoles la sangre. Rodó sobre ella y, con caricias lentas, fue despertando cada fibra de su cuerpo. Helen se arqueó, rindió la cabeza y dejó que la oleada de calor la envolviera. Cerró los ojos y se entregó a la agitación deliciosa que él le provocaba, hasta que el placer la dejó temblorosa, con la respiración entrecortada.

Cuando abrió los ojos, lo vio sonreírle. Antes de que James pudiera tomar de nuevo la iniciativa, ella lo hizo rodar con un juego rápido y lo tendió de espaldas. Él alzó una ceja, divertido, pero no dijo nada. Helen lo besó de nuevo, saboreándose en su boca, y dejó que sus manos exploraran, sin prisa, aprendiendo su cuerpo; quiso corresponderle con la misma generosidad con la que él la había colmado.

Bastó un gemido suyo para que James la atrajera y la estrechara con fuerza. Volvieron a amarse, esta vez sin palabras, guiados por una cadencia que los llevó, juntos, a la cima. El mundo

se redujo al latido compartido y al calor que aún vibraba entre ambos cuando, al fin, quedaron inmóviles.

Helen se volvió despacio, dándole la espalda. El pecho se le oprimió al comprender por qué aquella unión se sentía aún más honda que las anteriores. No era solo porque lo amaba.

Era porque sería la última vez.

Mañana, ella regresaría a su casa y a la rutina de cuidar a los niños. Él volvería a su vida en Londres y, con toda probabilidad, iniciaría la búsqueda de una esposa. Una mujer respetable. Algo que ella nunca sería.

Pero era fuerte y, pasara lo que pasara, no lloraría delante de él. No alimentaba ilusiones de matrimonio: sabía bien que una mujer como ella no era con quien se casaba un noble. Era —a lo sumo— con quien un noble se entretenía.

James se giró y la atrajo contra su pecho sin decir nada. La rodeó con el brazo y la mantuvo así, segura. Ninguno habló, pues ambos sabían que era su última noche, y que lo suyo no iría más allá.



Tras un insoportable viaje de regreso a Londres, James vio a Helen bajar del carruaje. Apretó los puños de frustración. Ella se volvió hacia él cuando alcanzó la puerta de su casa, le dedicó una sonrisa forzada y entró.

Él dio un paso para seguirla, pero se contuvo. Volvería al día siguiente con el dinero que le debía por el trabajo y para recoger el collar de su hermana.

—¿Adónde desea ir, milord? —preguntó el cochero.

—A White’s.

—Sí, milord.

Enviarían una nota a Jensen para que lo viera allí. Después de la reunión pensaba emborracharse hasta perder el sentido. Tenía que haber alguna forma de adormecer aquel dolor. De alguna manera, debía olvidarla.

Entró en White’s unos minutos más tarde y eligió una mesa discreta en un rincón. Tras enviar la nota a Jensen, echó un vistazo a la sala y agradeció no ver a nadie con quien le apeteciera conversar.

Jensen apareció con su sobriedad habitual, deslizándose sin ruido en el asiento de enfrente. Fue directo al asunto.

—¿Encontraste la misiva?

—Sí.

La empujó por la mesa y observó cómo Jensen fruncía sus cejas blancas.

—¿Viste quién le entregó la nota? —preguntó Jensen al alzar la vista.

—Un lacayo de los Farleigh. No creo que esté implicado. Hay una mujer en todo esto, pero no sé de qué manera. Personalmente, creo que la nota puede venir de lord Brentwood.

Jensen bebió un trago largo de whisky.

—¿Brentwood? ¿Por qué?

—Nada de esto me cuadra, Jensen. El único con rango suficiente en la fiesta como para ser un posible sucesor era lord Ancroft. Por Ancroft respondo yo personalmente.

—¿Estás seguro de Ancroft?

—Lo conozco desde Eton y apostaría mi vida por él.

—Entonces, ¿te ayudó en la fiesta?

James sabía que a Jensen no le gustaría la respuesta.

—Sí. Me ayudó a vigilar a Benson.

Jensen se inclinó y siseó con dureza:

—¿Dejaste que un posible sospechoso te ayudara?

—Confío en él con mi vida.

James tomó la botella y se sirvió un vaso generoso.

—Te estás volviendo descuidado, muchacho. ¿Crees que no sé que también llevaste contigo a una mujer?

Maldita sea. Debería haber supuesto que Jensen tenía a otro hombre allí.

—No había otra forma de estar en esa fiesta. Lord Farleigh siempre ha estado celoso de Margot y de mí. Así que llevé a una mujer que fingió ser mi amante.

—Fingió… y una mierda —se rió Jensen—. ¿Quién era el otro hombre?

—Brentwood.

—¿Qué?

—Y, como digo, confío en Brentwood con mi vida.

Jensen levantó su copa y dio un sorbo.

—Llegó a Londres hace una hora, después de seguir a Benson desde la fiesta.

Eso explicaba las conversaciones que Brentwood había intentado tener con Benson. Conversaciones que James debería haber mantenido si no hubiera estado tan obsesionado con Helen.

Negó con la cabeza. Nada tenía sentido.

—¿Y ahora?

—Benson será arrestado. Esto habría ido mejor si supiéramos quién le pasó la nota. Ahora tendremos que sonsacarle la información.

—¿Quiere que continúe?

James se sentía responsable por no haber hecho un trabajo tan minucioso como de costumbre.

—Puede que vuelva a necesitarte —dijo Jensen, alzando la mano para impedir que James lo interrumpiera—. Solo para terminar este asunto. Después de eso, sabré que has acabado.

—Gracias.

—Te he retenido más tiempo que a la mayoría porque has sido de los mejores. Pero entiendo que tienes responsabilidades con tu familia. Una esposa que encontrar. Hijos que tener. No eres mi primer compañero, Brayden. Sé cuánto tiempo suelo tenerlos y no debería haberte retenido tanto.

James asintió. Hasta oír el nombre de Brentwood, no había imaginado que Jensen trabajaba con varios colaboradores. Tenía sentido: un caballero con título podía entrar en lugares vedados a muchos. Jensen le dio una palmada en el hombro y se marchó.

Una copa no bastó para adormecerle el corazón, así que se sirvió otra y la bebió despacio. Cuando iba a llenar el vaso por cuarta vez, lord Sheraton se sentó frente a él.

—Tienes muy mal aspecto, Brayden.

Maldita sea. Ahora Sheraton llegaba para cantarle las maravillas del matrimonio.

—Vete, Sheraton.

Éste se rió.

—Te conozco desde hace años, y no recuerdo verte tan miserable. Tampoco tan borracho.

—No estoy borracho.

Sabía que necesitaría mucho más alcohol para alcanzar ese punto.

—Quizá aún no —replicó Sheraton, sirviéndose—. Pero ya vas por la mitad.

—Vete a casa con tu mujer.

—Me encantaría, pero está visitando a sus amigas en casa de mi hermana.

James cerró los ojos para no pensar en dónde estaba Helen en ese momento.

—Lady Margaret es la miembro más reciente. La señorita Winslow lee el futuro y es hija ilegítima de un conde anónimo. La única que no parece encajar es la señorita Lander.

Si lo supieras, pensó James.

—Ahora, a lo tuyo —prosiguió Sheraton—. ¿Qué dama te tiene bebiendo a las cinco?

—Ninguna dama me ha hecho esto, ni me lo hará jamás —gruñó James, golpeando la mesa con el vaso.

—Yo habría dicho lo mismo hace dos años. Y jamás habría creído que Jennifer Copley sería la que me haría caer —se encogió de hombros, sonrió—. Pero, maldita sea, valió la pena.

James apretó el vaso hasta pensar que estallaría.

—Dime, Brayden. ¿La señorita Winslow te emparejó con alguien?

—Maldita sea —murmuró, poniéndose en pie. Eso explicaba que no le hubiera dado el nombre de Helen. Grace siempre decía que el momento debía ser perfecto o nada funcionaría—. Voy a matarla.

Sheraton se rió.

—Sabía que tenías esa mirada. Tenía un presentimiento sobre tú y la señorita Winslow.

—¿De qué demonios hablas, Sheraton?

—De ti y la señorita Winslow. He visto cómo os miráis. Y cómo salís a escondidas de las estancias al mismo tiempo.

—Vete al diablo, Sheraton.

James salió de White’s hecho una furia y tomó un coche de alquiler rumbo a casa de su hermanastra. Llamó con los nudillos hasta que el mayordomo abrió por fin.

—Buenas noches, lord Brayden.

James lo apartó con el hombro.

—¿Dónde está?

—Ha salido, milord.

¡Maldita sea! Sheraton había dicho que las damas estaban en casa de lady Lymington.

—La esperaré.

Cruzó el pasillo hasta el pequeño salón donde Grace recibía a sus clientes. Un lacayo entró detrás para encender la chimenea.

—Tráeme whisky y un vaso —ordenó.

Cada minuto que pasaba aumentaba su ira y su frustración. Más le valía a Sheraton estar equivocado. Pero, a medida que el tiempo corría, James empezó a convencerse de que aquello era cosa de Grace.

Tras una hora bebiendo y esperando, oyó abrirse la puerta principal. Voces en el pasillo, y luego el suave clic de unos tacones sobre el mármol. Cruzó los brazos cuando ella entró.

—Me han dicho que tengo compañía a estas horas —anunció Grace. Se sentó en el sofá y lo miró de frente—. ¿Qué quieres, James?

—¿Nos emparejaste?

Ella curvó los labios en una sonrisa sarcástica.

—Yo no emparejo. Solo sé si una pareja está hecha el uno para el otro.

La vaguedad de la respuesta le encendió la sangre.

—¿Lo hiciste? —bramó.

Un lacayo apareció en el umbral.

—¿Todo bien, señora?

—No hay problema. Puedo ocuparme de lord Brayden, Wills. Cierra la puerta, por favor.

—Sí, señora.

El portazo dejó a los dos a solas.

—James, si te has enamorado de ella, quizá sea porque te pusiste en una situación que haría pensar a cualquiera en el amor y el deseo. ¿Y aun así crees que os emparejé? Según tú, yo no tengo poderes —dijo Grace, con una ceja alzada.

Oír repetir las palabras que él le había soltado, enfurecido, cuando ella intentó emparejar a lady Margaret, solo avivó su enojo. Hubo un instante en que quiso odiar a su hermanastra. Culparla por lo ocurrido entre su madre y su padre. Pero sabía que no era culpa suya, sino de ellos.

La miró y advirtió un matiz de tristeza en sus ojos grises.

—Ella y yo sabemos que no puede ser. Venimos de mundos completamente distintos.

—Si la amas, eso no debería importar —susurró Grace, secándose una lágrima—. Mira a Margaret.

—No, el viejo duque nunca negó en público que Margaret fuera su hija. A ojos de la alta sociedad, era hija del duque. Lo nuestro es diferente. Y lo sabes.

—Ella te necesita, James —dijo Grace tras una pausa—. Y tú la necesitas a ella.

—No voy a arruinar las posibilidades de Emma de lograr un buen partido. Se lo merece, después de crecer sin madre.

Tenía que salir de allí. Se puso en pie, pero las palabras de Grace se le quedaron clavadas.

—Además, solo la haría sufrir.

—Eso ya lo has hecho. La necesitas, James.

—No puedo —dijo, golpeando la puerta con el puño.

—Ella podría salvarte —susurró Grace.

James se volvió y la miró de nuevo.

—¿Salvarme de qué?

—De ti mismo.



Helen llegó por fin a casa a las seis. Los niños seguían tan excitados por su regreso que no la dejaban a solas, en especial Jodie. Helen le prometió que leerían juntas cuando los demás estuvieran acostados.

Antes, debía ponerse al día. Christopher y Katherine, los más pequeños, habían sido llevados a casa de una tía durante su ausencia.

—Hannah, ¿estás segura de que esa mujer era su tía?

—Sí. Dijo que estaría encantada de reunirse contigo cuando volvieras. Tardó quince días en enterarse del incendio y otro mes en averiguar qué había sido de los niños. Pero Christopher la reconoció.

—Muy bien. Le enviaré una carta para solicitar una entrevista por la mañana.

Llamaron a la puerta principal. Con cautela, Helen miró y, al ver a Grace, soltó un suspiro. Abrió y dijo:

—¿Qué haces aquí?

—Creo que lo sabes.

—Pasa. ¿Has venido a llevarte también a uno de mis niños?

Grace frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Helen le explicó que los dos pequeños se habían marchado mientras aguardaban a que Hannah trajera el té.

—¿Y qué te trae por aquí en una noche tan fría?

—En casa de Bridges me di cuenta de que no tenías buen semblante. ¿Qué ha pasado?

—¿Tiene sentido mentirte?

—La verdad, no.

—Me fui con lord Brayden —empezó Helen—. No es lo que imaginas. Me pidió que fingiera ser su amante para ayudarle en un trabajo.

—Pero se convirtió en algo más, ¿verdad? —insistió Grace.

—Sí —respondió Helen, apurando un sorbo de té—. No me siento cómoda hablando de esto contigo.

—Tonterías —zanjó Grace con un gesto—. Jennifer, Bridges y Margaret ya me lo han contado todo.

—Sí, pero ellas no hablaban de su hermano, ¿cierto?

Por primera vez en los siete años que Helen conocía a Grace, ésta se quedó sin palabras. Miró el fuego, boquiabierta.

—¿Te lo contó él?

—No. Lo deduje cuando me habló del matrimonio de sus padres.

Grace parpadeó y la miró con la misma intensidad con que solía mirarla Brayden. Para Helen, el parentesco resultó de pronto evidente.

—¿Te habló de sus padres? ¿De su madre?

—No todo, pero lo suficiente. ¿Por qué te sorprende?

Las preguntas de Grace la desconcertaban. Sus amigas le habían dicho siempre que sus maridos eran sinceros con ellas. ¿Por

qué iban a ser distintos los amantes?

—Porque mi hermano no confía en nadie. Casi todo lo que sé de él es por mis habilidades. No le cuenta nada a nadie. Nunca —negó Grace.

Helen se encogió de hombros.

—No fue fácil hacerle hablar, pero al final lo hizo.

—¿Y cómo os llevabais? El hombre tiene mal genio.

—En general fue un caballero y me trató muy bien. —recordó la tarde en que él casi se la llevó enfadado.

—Brayden, un caballero… eso sí es un oxímoron.

—A mí me pareció bastante agradable —dijo Helen, como si hablara del tiempo y no del hombre del que se había enamorado.

—¿Lo amas, Helen? —preguntó Grace en voz suave.

—Sí —admitió ella, con lágrimas en los ojos—. Pero no importa. No puede salir nada de eso.

—Tengo que irme —anunció Grace con una sonrisa secreta—. Tengo trabajo para una clienta.

—¿A estas horas?

—Sí. Es muy exigente.

Grace salió de casa de Helen y se detuvo en el último escalón. Que Brayden le hubiera confiado sus secretos a Helen era increíble y maravilloso. Era un hombre difícil de amar. Sin embargo, Grace siempre había sabido que Helen era perfecta para él. Si ella había logrado ablandar ese corazón helado, estaba convencida de que podían amarse de veras.

Aun así, la sorprendían las confidencias de Brayden. Por lo que sabía de él, jamás revelaría asuntos personales a una mujer que apenas conocía de unos días. Se sujetó a la barandilla. Eran exactamente lo que el otro necesitaba.

De algún modo, debía encontrar la forma de reunirlos.

Capítulo 23

James llamó a la puerta de la casa de Helen a la mañana siguiente. Miró hacia la vivienda de su madre y rezó para que aún no se hubiera levantado y no lo viera entrar en casa de Helen. La puerta se abrió con un chirrido y Helen apareció en el umbral con un práctico vestido de lana gris.

Parecía, exactamente, una mujer cuyo único propósito era cuidar de huérfanos. Nada que ver con la seductora que se había marchado con él.

—¿No tienes un lacayo que te abra la puerta?

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, sí: veinte lacayos, diez criadas y, por supuesto, mi mayordomo.

No pudo pasar por alto el sarcasmo.

—Lo siento.

—Pasa antes de que alguien te vea en la puerta —pidió, abriendo más para que entrara.

Él cruzó el umbral y se quitó el abrigo y el sombrero. Ella los tomó y los colgó en un gancho. La casa rezumaba calidez, y el aroma a pan recién horneado llenaba el aire. Del piso alto llegaban voces infantiles.

—¿Qué están haciendo los niños? —preguntó, curioso por saber cómo era el día a día de Helen.

—Los mayores estudian y los pequeños juegan.

Recorrió el gastado suelo de madera hasta un pequeño despacho.

—Hoy he estado muy ocupada y aún no he recuperado el collar.

—Lo entiendo. No puedo imaginar lo que cuesta vestir, dar de comer y poner a ocho niños a estudiar por la mañana.

—Ahora solo son seis.

Al notar que se le quebraba la voz, él preguntó en seguida:

—¿Qué pasó mientras estuvimos fuera, Helen?

—Una tía de los dos más pequeños vino y se los llevó.

Apartó la mirada.

Él se puso a su espalda, la atrajo contra el pecho y la rodeó con los brazos.

—¿No es mejor que estén con la familia?

—Por supuesto. Pero…

—Shhh.

La envolvió en sus brazos. Una parte de él se preguntó si lloraba solo por la pérdida de los niños.

Ella lo miró con los ojos azules llenos de lágrimas.

—Lo siento. Normalmente no lloro así.

—Han sido dos días difíciles.

Asintió y se quedó mirando el botón de su chaleco.

—Debería ir a buscar tu collar. ¿Quieres esperar aquí mientras voy a por él?

—No, iré contigo.

Ahora que la tenía de nuevo cerca, la simple idea de que se marchara, aunque fuera un momento, le resultaba insoportable.

—Está en mi dormitorio.

—Te seguiré.

La sola idea de entrar en su dormitorio le provocó toda clase de pensamientos lascivos. Con un puñado de niños por la casa, dudaba que pudiera hacer nada de lo que quería.

—Aún no confías en mí, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí, confío… Pero soy un hombre malvado que no puede resistirse a entrar en el dormitorio de una mujer.

Ella soltó una risa suave.

—Definitivamente eres un hombre malvado.

La siguió escaleras arriba, observando el balanceo de sus caderas delgadas; sus pensamientos se encendieron, hasta que el eco de risas infantiles los templó.

—Por aquí. Mi dormitorio está en el primer piso.

La estancia era pequeña, ordenada y desnuda: una cama estrecha, un armario y una mesilla.

Helen abrió el armario y sacó una caja del fondo. La llevó a la cama, la abrió y dio un respingo.

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre?

Se asomó y solo vio dibujos infantiles y pequeñas baratijas.

—¡No está!

La sospecha le subió a la garganta.

—¿Ah, no?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Dejé el collar en la caja. Con el escudo en el colgante no podía empeñarlo. Te lo juro, Brayden. Estaba aquí.

—Me dijiste que no serías tan imprudente como para guardar el colgante en tu casa —le recordó. La ira le crecía por segundos.

—Claro que dije eso —replicó, desesperada—. No quería que destrozaras mi casa delante de los niños.

Le creyó al ver su expresión.

—Bien. ¿Quién tuvo acceso a tu habitación mientras estabas fuera?

—No cierro con llave, así que cualquiera de los niños, Hannah o la mujer que contrataste, la señora Trumble.

—¿Alguien sabía que tenías el collar?

—Solo Hannah.

Volvió a rebuscar en la caja.

—Hannah no lo habría cogido. Lleva ocho años conmigo.

La puerta se abrió de golpe y entró corriendo una chiquilla.

—Señorita, se me olvidó enseñarte… —La vocecita se apagó al verlo—. ¿Quién es usted?

James miró a la niña y se aferró al poste de la cama. La mente se le aceleró; los dedos se cerraron en torno al pequeño medallón que siempre llevaba encima. No era posible. No podía ser. Helen se lo habría dicho.

—Jodie, esa pregunta es muy grosera. Este es lord Brayden, que ha venido a por… —Helen soltó una risita y se acercó a la niña y al colgante que lucía al cuello—. Esto.

—Pero lo encontré en la caja, así que pensé que era para mí.

—No —susurró James.

No solo se parecía a Emma: tenía la misma voz que su hermana a esa edad.

—Lo siento, Jodie —dijo Helen, desabrochándole el cordón—. Lo estaba guardando para lord Brayden mientras él estaba fuera. Es demasiado valioso para una niña.

Mientras Helen hablaba, a James se le agolparon las preguntas.

—¿Cuántos años tiene? —consiguió preguntar.

—Nueve.

Apretó el poste con tal fuerza que el mundo pareció inclinarse. Excepto con Helen, siempre había sido muy cauto respecto a los hijos bastardos. Pero diez años atrás, como aquella última semana, ni se le había pasado por la cabeza.

—Señorita —dijo Jodie, y comenzó a temblar—. Él es el hombre.

—¿Qué hombre?

—El de mis sueños. El que intenta llevarme lejos.

Helen le acarició la cabeza.

—No es ese hombre. Jodie, creo que debes dejarnos solos.

—Sí, señorita.

James siguió con la mirada la puerta mientras se cerraba. La ira le bullía. Al fin se volvió hacia Helen.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Helen frunció el ceño.

—¿Decirte qué? No tenía idea de que Jodie tuviera el colgante.

La furia lo desbordó.

—No hablo del maldito collar. ¿Cómo pudiste ocultarme su secreto? ¿Después de estas dos semanas?

Ella lo miró, confundida y herida.

—No sé de qué hablas.

Sacó el medallón del bolsillo y lo abrió. La miniatura de su hermana, pintada a los diez años, brilló a la luz. Se lo tendió.

—¿Cómo has conseguido una miniatura de ella?

Las manos de Helen temblaban mientras la examinaba.

—¿Cómo?

—Esa es mi hermana Emma. Pintada cuando tenía diez.

—Te equivocas. Es Jodie. ¡Es idéntica!

—¿Por qué no me dijiste que tenías una hija, Helen? —La sujetó por los hombros y la sacudió apenas—. ¡Tenía derecho a saberlo!

Entonces lo comprendió.

—Dios mío… crees que es nuestra hija.

—Por supuesto. ¿De quién más?

Helen se dejó caer en la cama. No era su hija…

—Dios mío —sollozó—. ¡Tú y ella!

Ahora todo encajaba. Lady Russell le había advertido que se mantuviera alejada de Brayden: que no respetaba a las mujeres y solo la haría sufrir. Lady Russell jamás quiso que él supiera de la existencia de su hija. Él le había dicho a Helen que ella fue la primera mujer con la que estuvo. Lady Russell dio a luz siete meses después de aquella noche. Y Jodie había sido un bebé muy sano, no prematuro.

Le había mentido. Otra vez.

—Vete —susurró—. No quiero volver a verte. ¡Fuera de mi casa!

Él tomó el collar y se encaminó hacia la puerta, encendido de rabia.

—Volveré mañana a por mi hija.

El corazón de Helen se heló. Ya había perdido a dos niños esa semana. No perdería a otro.

—No me la quitarás.

—Aunque deba llevarlo ante el propio regente. ¿De verdad crees que permitirá que una hija mía languidezca en un orfanato?

—¡No vuelvas a poner un pie en mi casa! —gritó, arrojándole una almohada.

Se abrazó el vientre mientras él daba un portazo.

Las lágrimas le corrían por las mejillas al derrumbarse sobre la colcha. No podía perder a Jodie. Odiaba admitir que tenía favoritos, pero Jodie había sido su primer bebé. Con el tiempo acogió a otros «accidentes» de distintas mujeres y los amó también. Aun así, Jodie ocupaba un lugar único en su corazón.

No podía perderla.

Perderla significaba perderlo todo: la casa, los otros niños, su vida. Sin el apoyo de lady Russell, Helen sabía que no podría mantener la vivienda. Tendría que enviar a los pequeños a otros hogares. Hannah buscaría otro empleo.

Y Helen se quedaría sin nada. Acabaría en la calle. Quizá incluso obligada a trabajar en un burdel. Solo que esta vez dudaba que fuera a limpiar habitaciones.

Con férrea determinación, se incorporó y se secó las lágrimas. Se negaba a convertirse en prostituta. Tenía que haber una salida.

Lo primero sería hablar con lady Russell. Tal vez pudiera convencer a Brayden de que no se llevara a la niña. Aunque, visto lo de hoy, dudaba que ni siquiera lady Russell lograra hacerlo entrar en razón.

Aun así, tenía que intentarlo, aunque supusiera admitir ante lady Russell que se había acostado con Brayden.



James salió de la casa de Helen hecho una furia. Nunca se había sentido tan traicionado. Con los copos gruesos cayendo del cielo,

miró alrededor y comprendió que solo había una persona a la que podía acudir, la única que le había advertido sobre Helen desde el principio. Por una vez, debería haber escuchado a su madre.

Abrió la puerta del burdel y entró en un mundo que no dormía. A las once de la mañana ya había dos hombres en el salón, observando con descaro a las mujeres. Sin decir palabra, subió las escaleras pesadamente hasta la habitación de su madre.

Llamó suave y aguardó permiso para entrar. Por las tardes podía pasar sin anunciarse, salvo que alguna de las chicas lo detuviera. Por la mañana no, cuando aún podía haber un cliente dentro.

—Adelante —respondió ella, con tono irritado.

Entró y la encontró ya vestida para el día.

—Veo que tú también estás teniendo una mañana magnífica.

Ella puso los ojos en blanco.

—Esa condenada chica, Mary Emily, ha aceptado convertirse en la amante de Sourwood.

—¿Eso es todo? —se acercó a la ventana y miró a la calle—. Acabo de descubrir que tengo una hija.

Su madre tuvo la osadía de reír.

—¿Solo una?

Él giró la cabeza, gélido.

—Sabes que siempre he sido cuidadoso. Tú me lo enseñaste.

—Cierto, pero hubo unos años en que no nos hablábamos. ¿Puedo suponer que entonces fuiste menos prudente?

—Solo una vez. Y la semana pasada.

Por lo que sabía, Helen podía estar embarazada. Tomó un vaso de la mesa y lo lanzó contra la chimenea.

—¡Maldita sea!

—Ah, sí, aquella primera vez con la chica de la calle. Seguro que no puede ser esa, ni siquiera sabías su nombre.

Guardó silencio.

—Ella te lo dijo, ¿verdad?

—Sí. Grace conocía el nombre de la chica.

Volvió a la ventana y vio un carruaje negro detenerse ante la casa de Helen.

—Y, de hecho, tú también la conoces.

Su madre frunció el ceño.

—¿Yo? Las únicas mujeres que conozco con hijos fuera del matrimonio son las chicas de aquí. —Paseó por la estancia con el ceño fruncido—. No se me había ocurrido que alguna de ellas hubiera estado contigo antes.

—No fue ninguna de tus chicas —golpeó el marco de la ventana con el puño—. Fue la señorita Lander.

—¿Helen? —susurró—. Pero eso es imposible.

Se volvió, con las manos en las caderas.

—¿De verdad? Entonces explícame por qué la niña mayor de su casa es idéntica a Emma. Y digo idéntica a su edad.

—Oh, Dios…

El rostro de su madre se volvió ceniciento.

—¿Qué ocurre?

—Nunca quise contarlo. No puedo creer que tenga que decírtelo a ti.

Se aferró al respaldo de una silla.

—¿Contarme qué? ¿Sabías que Jodie era mi hija?

Su madre cerró los ojos y, por primera vez en todos los años que él recordaba, una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Jodie no es tu hija, James.

—¿Eso te ha dicho ella?

—Helen no tenía por qué contarme nada sobre Jodie —respiró hondo—. Jodie es tu hermana.

—¡Por todos los diablos! ¿Por qué no me dijiste antes que tenía otra hermanastra? ¡Sabes que no me habría importado!

—Lo sé, James. No era de ti de quien la protegía.

Rodeó la silla azul y se sentó.

—Siéntate.

—No deseo sentarme ahora mismo.

—Si quieres oír mi historia, siéntate.

Suspiró, frustrado, y ocupó el asiento frente a ella.

—De acuerdo. No es difícil imaginar cómo pude tener otra hermana, pero quiero saber cómo llegó Helen a cuidar de ella.

—Empecemos por ahí. Hace unos doce años, iba a comprar un sombrero. De camino a la sombrerería, una muchacha muy delgada chocó conmigo. Me di cuenta enseguida de que me había robado el bolso.

Helen nunca le había contado cómo había terminado en el burdel, pero todo encajó.

—Eras la mujer que la dejó limpiar habitaciones.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y cómo sabes eso?

Él enrojeció.

—Puedes imaginarlo.

—Maldita sea, James. Te dije que la dejaras en paz.

Suspiró y prosiguió:

—Como te decía, vino a limpiar. Le dije que, si quería trabajar arriba, podía hacerlo. Dos años después supe que estaba embarazada. No podía perder a este niño como te perdí a ti y a Emma. Una noche, Helen regresó muy alterada porque había entregado su inocencia a alguien. —Le lanzó una mirada fría—. Aquel día decidí comprar una casa y buscarle a Helen un lugar donde cuidar de mi hija. Así, si ella quedaba encinta, tendría también un hogar para criar a su criatura. Le dimos una nueva identidad. Le enseñé a leer, a escribir y a comportarse entre gente de posición. Quería que mi hija recibiera una buena educación.

—Le salvaste la vida —murmuró él.

—Ella me salvó de perder otro hijo. —Lo sostuvo con la mirada —. Aunque no pueda criarla, al menos la tengo cerca. Si quiero verla, puedo. Ahora, ¿cómo conociste exactamente a Helen?

James explicó cómo se habían visto tras su primera visita al burdel. Luego contó el resto. Una punzada de culpa lo atravesó al recordar cómo había tratado a Helen esa mañana.

—¿Fue tu amante de verdad o solo fingió? —preguntó al fin su madre.

—Prefiero no responder.

—Entonces ya tengo mi respuesta —negó con la cabeza, mirando su falda de seda verde—. Dime algo: ¿te enfadaste tanto al ver a Jodie porque creíste haber descubierto un bastardo, o porque pensaste que te lo habían ocultado?

—Lo segundo. Si tuviera un hijo, haría todo lo posible por criarlo yo mismo.

Como había hecho Steven con su hija. James lo respetaba por esa decisión, más aún después de ver lo que Grace había padecido por culpa de su padre.

—¿Estás enamorado de ella?

Conocía la respuesta, pero se negó a decirla.

—No importa.

—Sí que importa, James. Si tu padre me hubiera amado de verdad, mi vida habría sido muy distinta.

—¿Te arrepientes de tu decisión?

—Algunos días —respondió despacio—. Tomé una decisión. Puede que no fuera la mejor, pero fue mía.

—Háblame de Jodie —pidió él, ansioso por saber más de su nueva hermana.

—Helen ha hecho un trabajo excelente. No podría haber pedido una mujer mejor para criarla.

—Debería haber caído por su nombre en que no era hija de Helen. Le pusiste el de tu madre.

James le debía a Helen una gran disculpa. Cuando acabara de hablar con su madre, iría a verla. Aun así, algo lo inquietaba.

—Madre, no comprendo cómo Jodie puede parecerse tanto a Emma. Es increíble. Y, sin embargo, Emma se parece más a padre, que es moreno, que a ti, que eres rubia.

Ella enrojeció.

—Nunca dije que Jodie fuera tu media hermana.

—Por todos los… le dejaste…

—No pronuncies esa palabra delante de mí —lo cortó—. Tu padre ha estado aquí varias veces en los últimos dieciocho años.

—No tienes motivo para recibirlo.

—Sigue siendo mi marido, James. Si exige sus derechos conyugales, no puedo negarme.

El rubor le tiñó por completo el rostro.

—No quieres negarte, ¿verdad? Maldita sea, aún lo amas.

Se encogió de hombros.

—Solo un poco. Admito que disfruto cuando está conmigo. Aún más cuando se marcha. Tu padre y yo somos volátiles. En la cama puede ser agradable, pero no es la mejor receta para un matrimonio.

James se levantó y volvió a la ventana.

—¿Sabe lo de Jodie?

—No. Si se lo hubiera dicho, se la habría llevado a su casa con Emma. Entonces no volvería a ver a mi hija. Ya perdí a una, no perderé a otra.

No podía culparla. El ardor que lo consumió al pensar que había perdido nueve años de la vida de su supuesta hija no se comparaba con la realidad que su madre afrontaba a diario. Y, aunque muchos la condenaran por dejar a su marido, James sabía que ella se había sentido traicionada por el hombre al que amaba.

—Sigo sin entender cómo puedes dejarlo entrar en tu dormitorio después de lo que te hizo.

—¿Puedes decirme con sinceridad que, si te casaras hoy, olvidarías a Helen? ¿No pensarías en lo que habéis vivido? ¿No soñarías con cómo se sentía, con cómo besaba?

—Prefiero no hablar de eso contigo —rezongó—. Pero tú me interrogas sobre mi vida privada.

—Touché.

—No importa. Encontraré una esposa y le seré fiel.

—Y, aun así, en tus sueños solo verás a Helen —susurró su madre.

—Basta —ordenó—. Tú misma me dijiste que casarme con una mujer respetable resolvería mis problemas.

—Eso fue antes de que te enamoraras.

—Nunca he dicho que lo esté.

Su madre rió.

—No hace falta. Desde que entraste has mirado tantas veces hacia su casa que he perdido la cuenta.

James cerró los ojos y apoyó la frente en el marco.

—Se detuvo un carruaje y sentí curiosidad por saber quién la visitaba.

—¿Y reconociste el carruaje?

—Parece el de lady Farleigh. —Frunció el ceño—. ¿Cómo sabía Margot la verdadera identidad de Helen? Ella no quería que nadie conociera su nombre.

—Oh, vi a su hermana hace tres días —dijo con indiferencia.

—¿La hermana de lady Farleigh? ¿Lily Hatfield?

—Sí. Estaba en la tienda de telas. Feliz porque su nuevo médico decidió que debía comer más carne, aunque no le guste. Desde entonces, la fatiga desapareció y su salud ha mejorado mucho.

James tragó en seco y clavó la vista en el carruaje. Steven le había dicho que Margot contó que su hermana estaba muriéndose, y que por eso estaba en la posada y de camino a Londres.

—James, ¿qué ocurre?

Bajó la mirada justo a tiempo para ver a Margot aferrar a Helen del brazo y casi empujarla dentro del carruaje. Maldita sea. Margot era cómplice de Benson.

—Están secuestrando a Helen.

Capítulo 24

Helen intentó zafarse del agarre de Margot, pero la mujer era más fuerte de lo que aparentaba. Al no tener a nadie que la ayudara, apuntó al pie de su captora y, con el tacón, le pisó los dedos. Solo obtuvo por respuesta un codazo en las costillas.

—Pequeña zorra, súbete al carruaje antes de que te mate aquí mismo —escupió Margot.

—Pues hazlo —replicó Helen con frialdad—. Pero entonces no conseguirás lo que buscas, ¿verdad?

Solo podía suponer que querían la nota que Brayden le había arrebatado a Benson. Se abrió la portezuela y Benson la miró con un brillo malsano en los ojos.

—Quizá lo único que queremos eres tú —dijo.

El terror le heló la sangre cuando él la agarró del brazo y la empujó dentro.

—¡Suéltame! —gritó, rezando para que alguien la oyera.

Cayó al suelo del carruaje. Margot le apartó las piernas de una patada y se sentó. El vehículo se alejó del único hogar que Helen había amado. Solo los niños habían visto algo; Hannah había salido a la carnicería a por carne para un guiso y Helen dudaba que la criada hubiera oído nada.

Se incorporó y se sentó frente a Benson. Por mucho miedo que tuviera, no podía permitir que lo advirtieran. Por fortuna, había alcanzado a coger su bolso antes de que Margot la arrastrara fuera de la casa. Brayden no había sacado de allí la pistola. Ahora tenía un

arma cargada con una sola bala… pero había dos personas en el carruaje.

Quizá Margot estuviese desarmada, pero no podía arriesgarse: la mujer había amenazado con matarla ante su propia puerta. Benson probablemente llevaría pistola, y el cochero también. En algún momento podría quedarse a solas con uno de ellos. Tenía que aferrarse a esa posibilidad.

—¿Podría alguno de ustedes decirme de qué trata todo esto? —preguntó al fin.

Margot negó ligeramente.

—Hablaremos en privado.

—¿Cuándo?

—Cuando lleguemos a nuestro destino —gruñó Benson.

Margot lo fulminó.

—No le grites. Todo esto es culpa tuya, bastardo sin carácter. Si hubieras sido capaz de concentrarte en el objetivo y no en ella, nada de esto habría pasado.

—No puedo evitarlo —roncó Benson—. Todo el mundo sabe que me gustan las mujeres pequeñas y rubias. Y con ojos azules… Solo pensar en ella aquí, en este carruaje, me enciende.

—Eres un cerdo —lo despachó Margot—. Otra vez pensando con esa cabeza —señaló el bulto de sus pantalones— y no con la que deberías.

Helen guardó silencio e intentó mirar por la rendija de la cortina. Al distinguir edificios, dedujo que no salían de la ciudad. Tras varias curvas, el carruaje se detuvo.

Benson se volvió hacia ella.

—Vas a bajar y subir esas escaleras como una dama. No lo eres, pero puedes fingir una vez más, ¿no? Y al entrar, no abrirás la boca o te disparo aquí mismo.

—¿Dónde estamos? —preguntó, observando la gran casa.

Margot sonrió.

—No te preocupes por eso.

—¿Por qué no?

—Tu única preocupación debería ser lo que pensamos hacer contigo —murmuró Benson con desprecio.

Helen tragó para contener el miedo. Encontraría una salida. Tenía que hacerlo, porque la alternativa era la muerte.

Entraron en la mansión cuando el mayordomo abrió.

—Buenas tardes, milady Farleigh, señor Benson —saludó, esperando una presentación—. ¿La señorita…?

—Esta es nueva para Su Excelencia.

¿Su Excelencia? ¿De qué duque hablaban?

El mayordomo frunció los labios, pero asintió.

—Muy bien. Llévenla a la otra habitación.

Un escalofrío le recorrió la espalda mientras la conducían escaleras arriba. Abrieron una puerta: una estancia amplia con una gran cama en el centro y una mesa larga a un lado.

—Átala al poste, para empezar —ordenó Margot.

Benson la empujó contra uno de los balaustres y le ató las manos a la espalda con fuerza. Le arrebató el bolso y lo arrojó sobre la colcha. Las cuerdas le mordían la piel mientras trataba de soltarse.

—Ni lo intentes —rió Margot—. Benson fue marinero; sabe hacer nudos.

—¿Qué es todo esto, Margot? —exigió Helen—. Al menos debería saber dónde estoy y por qué.

—Creo que lo sabes perfectamente.

El dolor le ardía en la mejilla del golpe anterior.

—No sé por qué estoy aquí —gritó.

—¿Dónde está la nota que le quitaste a Benson? —El aliento caliente de Margot le abrasó la piel.

—No le quité ninguna nota —respondió.

—Sí lo hiciste —intervino él—. Por suerte, la primera era solo una carta para mi madre.

Al ver la sorpresa imposible de disimular, continuó:

—¿Creías que soy estúpido? Revisé el estudio cuando volviste y dejaste la carta junto a la silla.

—Nunca hice eso —protestó.

—¿Nos tomas por tontos? —Margot pasó a su lado—. Entonces, ¿dónde está?

—No tengo ninguna nota.

Margor soltó una carcajada seca.

—Nunca pensé que la guardases tú. Quiero saber a quién se la diste: ¿a Brayden o a Ancroft?

No podía decirlo. Si lo hacía, matarían a Brayden. Pero si callaba, la matarían a ella.

—A ninguno de los dos —improvisó—. Tu marido la quería, milady Farleigh. Quería saber qué tramabas escabulléndote con Benson.

—Mentirosa —respondió Margot, y la abofeteó con más fuerza —. Farleigh no sabe nada de esto. Supongo que esperaremos a que Maldon te saque la información. Te hará hablar en un santiamén.

—¿El duque de Maldon? —susurró.

Había oído historias de sus depravaciones.

Benson se inclinó hacia Margot.

—¿No puedo tenerla una vez antes que el duque? Él no tiene por qué enterarse. Me quedaré con su…

Margot le cruzó la cara.

—Nadie la toca hasta que Su Excelencia lo autorice.

Helen tragó para deshacer el nudo de la garganta. Pensaban quebrarla para obtener la información. Y aunque diera el nombre de Brayden, estaba segura de que no se detendrían. Por primera vez desde que irrumpieron en su casa, la desesperanza la invadió.

Tras una hora de burlas destinadas a asustarla, Benson se marchó. Margot se sentó en una silla junto a la chimenea.

—Margot, ¿por qué haces esto?

Ella apartó la vista del fuego y la fijó en Helen.

—Tú, más que nadie, deberías entenderlo.

—No lo entiendo.

—Cuando Farleigh se casó conmigo, perdió reputación. La alta sociedad lo consideró un idiota por desposar a su amante, y además exprostituta. Amo a mi marido y quiero lo mejor para él. Cuando Maldon reine, yo seré la líder de la alta sociedad gracias a mi amistad con él. Todos acudirán a mí en busca de aceptación.

—¿Y si tu plan falla? —preguntó Helen, con voz baja, sin ánimo de provocarla; solo quería que viera la realidad.

—No fallará. Tú no nos detuviste.

—Entonces, ¿para qué queréis la nota?

—No la necesitamos, tonta. Benson la leyó. Ahora solo hay que atar cabos sueltos.

—¿Y ese cabo soy yo?

—Sí. Y cualquiera que la haya leído.

Aun quedaba algo que Helen no comprendía.

—¿Qué saca Benson de todo esto?

Margot rio de buena gana.

—Un título. Quizá un ducado. ¿Qué hombre no querría eso?

Helen no veía modo de detenerlos. Debía mantener el nombre de Brayden fuera de esto, pero ¿cómo, si la amenazaban? Si descubrían su nombre, hallarían la nota y lo matarían.

No podía permitirlo.



James bajó las escaleras del burdel a la carrera, esquivando a un hombre que pretendía subir a una de las mujeres en brazos. Tenía que salir y salvarla. Al franquear la puerta, vio el sencillo carruaje negro doblar hacia George Street. Saltó a su faetón y espoleó al caballo.

La mayoría de los carros de reparto ya habían partido; solo estorbaban peatones y carruajes de compras. Al girar hacia George Street, buscó con la mirada el vehículo, pero casi todos se parecían.

Desesperado por una pista, siguió por George Street y continuó hacia Hanover Square. Se detuvo en la casa de los Farleigh, solo para que el lacayo le dijera que no veía a milady desde noviembre, cuando partieron a su finca.

Debían de haber ido a casa de Benson. Maldición. Tenía que encontrarla antes de que fuera tarde. El trayecto hasta la vivienda modesta de Benson se le hizo eterno. Carros y carretas lo frenaban; un presagio de desastre le oprimía el pecho.

Le abrió un criado.

—Buenas tardes.

—Apártate —gruñó James—. ¿Dónde está tu amo?

—El señor Benson salió hace una semana y no ha regresado.

Si Margot y Benson no habían vuelto a sus casas, ¿dónde demonios estaban? Sin confiar en el mozo, registró la planta baja y subió a toda prisa. Al oír los pasos pesados de dos lacayos, se dirigió a los dormitorios. Todos vacíos.

Lo alcanzaron cuando salía del cuarto de Benson. Tras arrastrarlo por las escaleras, lo empujaron a la calle y cerraron de un portazo. James rodó por los tres escalones de ladrillo.

—¿Qué demonios haces?

Se puso en pie, ignorando los cortes de manos y rodillas. Alzó la vista y vio a Brentwood.

—Benson y lady Farleigh se han llevado a Helen —murmuró, encaminándose al faetón. No sabía dónde buscar, pero no podía rendirse.

—¿Quién es Helen? ¿Y no te dijo Jensen que ya no estabas en este caso?

—Helen es la señora Jones. La dama que estaba conmigo en la fiesta de los Farleigh.

—Santos cielos… —masculló Brentwood—. ¿Cómo encaja lord Farleigh en todo esto?

James se detuvo, barriendo la calle con la mirada.

—No lo sé. Está muy lejos en la línea de sucesión. ¿Por qué iba a importarle quién fuese rey?

—Quizá él no esté implicado —aventuró Brentwood—. Puede que lady Farleigh actúe por su cuenta.

James golpeó el borde del faetón, sobresaltando al caballo.

—Milady nunca fue aceptada por la alta sociedad.

—Maldita sea —repitió Brentwood—. Pero, si mantiene una relación estrecha con el próximo rey, su posición subiría como la espuma. Tendrían que aceptarla.

—Exacto. —James se acercó al caballo y lo calmó—. ¿Quién más está detrás? Hay alguien de rango mucho mayor moviendo los hilos.

—No lo sé —admitió Brentwood—. ¿Qué se nos escapa?

—No lo sé, pero tengo que encontrar a Helen antes de que le hagan daño.

—Déjame ayudarte, Brayden. Jensen dice que eres el mejor y que puedo aprender de ti.

James lo miró y asintió.

—De acuerdo. Vamos a casa de la señorita Winslow.

—¿La casamentera?

—Sí.



—Señora, tiene dos visitas —anunció Timms.

Grace levantó la vista del libro y frunció el ceño. No esperaba clientes hasta el día siguiente y todos sus amigos habían dicho que hoy estarían ocupados. Aun así, una inquietud la había acompañado desde la mañana.

—¿Quién es?

—Lord Brayden y lord Brentwood, señora.

¿Por qué Brayden traería a Brentwood? Se le erizó la nuca.

—Hágales pasar y traiga té, por favor.

—Sí, señorita.

Al poco, oyó el paso pesado de las botas de su medio hermano, seguido de otros más ligeros. En cuanto Brayden cruzó el

umbral, supo que Helen estaba en peligro.

—Oh, cielos —murmuró Grace al ver el dolor en sus ojos—. ¿Qué ha ocurrido?

Brentwood observó en silencio mientras Brayden explicaba lo que había visto aquella mañana. Grace lo escuchó sin confesar el temor que la roía desde horas atrás.

—¿Llevas algo suyo encima? —preguntó.

—¿Para qué?

—Aunque estáis unidos emocionalmente, necesito un objeto suyo para ayudarla. Tus emociones no bastan ahora.

Él sacó una horquilla del chaleco y se la tendió.

—Gracias.

Grace la sostuvo en la palma y, con la otra mano, tomó la de su hermano. Cerró los ojos y esperó el ligero mareo que siempre acompañaba a las visiones.

—Está en una casa muy grande. Elegante.

—¿Dónde, Grace? —apremió Brayden—. Necesito el lugar.

—Shhh.

Se concentró en la imagen.

—La casa está en Mayfair. Me viene una y otra vez la palabra "duque", pero no sé por qué.

La visión se desvaneció.

—Lo siento, Brayden. Es todo cuanto pude ver.

—¿Cómo demonios lo hace? —murmuró Brentwood.

—Señorita Winslow, este es lord Brentwood. Trabaja a veces para el señor Jensen —dijo Brayden.

—Entonces supongo que lo veré de vez en cuando, cuando necesitéis ayuda.

Brentwood abrió la boca, atónito.

—¿Quiere decir que aquí es donde obtiene la información que nadie más consigue? —preguntó a Brayden.

—Solo a veces —replicó él. Luego, a Grace—: Gracias.

—Siento no haber visto más.

—Lo sé —respondió con resignación—. ¿Está bien?

—No podría asegurarlo. ¿Sabes quién es el duque?

Brayden se dejó caer en un sillón y se pasó los dedos por el pelo corto.

—No. Podría ser cualquier duque. O quizá una calle con "duque" en el nombre.

—Espera —dijo Grace, paseando por la estancia—. Has dicho que lady Farleigh está implicada. Creo que sé quién es el duque.

Brayden se volvió.

—¿Cómo?

—Lady Farleigh solía visitarme antes de ser condesa. Estaba relacionada con un hombre que solo la veía en el burdel. Ella ansiaba que le ofreciera un puesto como amante, pero nunca lo hizo. Aun así, se separaron en buenos términos cuando Farleigh le propuso matrimonio.

—¿Quién es, Grace?

—El duque de Maldon —susurró—. Creo que está allí. Dios mío, tienes que encontrarla. Las historias sobre lo que le hizo a lady Farleigh son espantosas.

—Si la trataba tan mal, ¿por qué querría tenerlo por protector? —preguntó Brentwood.

—En dinero y posición, un duque supera a un conde —contestó Brayden—. Vámonos.

—James, espera —lo detuvo Grace cuando él se dirigía a la puerta. No le importó llamarlo por su nombre de pila ante Brentwood—. Su Excelencia es un hombre peligroso. Parece inofensivo, pero no lo es.

—Gracias, Grace.

—Tráela a casa sana y salva.

—Haré cuanto pueda.

—Y, Brayden… —hizo una pausa, dominada por la emoción—, cuida de ti. No soportaría que te ocurriera nada terrible.

—Lo entiendo, Grace.

Grace los vio marcharse, pero el mal presentimiento no se fue con ellos. Sentía que algo terrible estaba por suceder y no tenía forma de impedirlo.

Capítulo 25

Ya llegaba cerca de tres horas de pie, atada al poste de la cama, y Helen sentía que las rodillas iban a ceder. El sol de la tarde se apagaba en el horizonte y las sombras alargadas ocupaban la habitación fría. Cuando Benson y Margot comprendieron que no iba a revelar dónde estaba la misiva, salieron. Prefería su ausencia, pero el temblor no la abandonaba.

Ignorar lo que vendría después la aterrorizaba por completo. Lo peor era saber que nadie la encontraría allí. Nadie sospecharía que el duque estuviera implicado en aquel complot. Y, aunque alguien avisara a Brayden de su secuestro, no estaba segura de que fuera a buscarla. Después de cómo se había comportado ese día, ni siquiera sabía si deseaba que lo hiciera.

Que él no le creyera dolía más que cualquier tormento. Había sido una necia al enamorarse. Y, aun así, el tiempo a su lado había sido el mejor de su vida. Una vida que, al parecer, sería breve.

La puerta se abrió y el duque de Maldon entró, seguido de Margot y Benson. Avanzaba erguido, con brío; el cabello blanco no lo volvía un anciano débil. Se acercó tanto que su aliento fétido le quemó la nariz.

Ella apartó la cara. Maldon le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Ahora bien, ¿cuánto dolor tendré que infligirte antes de que me digas el nombre del hombre que guarda la misiva?

—De todos modos piensas forzarme, así que ¿por qué iba a decirte para quién trabajaba?

Su sonrisa se torció.

—Una vez más, depende de cuánto disfrutes del dolor, señorita Lander.

Extendió la mano y Margot le colocó un látigo en la palma.

Helen tembló. Había oído a mujeres del oficio contar historias sobre hombres que azotaban por placer. Alguna lo toleraba, la mayoría lo detestaba por el sufrimiento. No creía que Maldon buscara gozo, sino una sola cosa: su dolor.

—Una vez más, señorita Lander, ¿quién es su contacto?

Para demorar el castigo, intentó desviar la conversación:

—¿Cómo supo quién era yo?

Maldon soltó una breve risa.

—Lady Farleigh la siguió hasta Londres. ¿Creían usted y Brayden que estaban siendo discretos?

—No, pero ¿por qué no siguieron a Ancroft?

—Hicimos que otro lo vigilara.

Le hincó los dedos en la mandíbula hasta arrancarle un quejido.

—Será muy fácil sacarte información.

Se colocó detrás de ella y le soltó las manos. Antes de que pudiera moverse, Benson ya la tenía sujeta.

—Dale la vuelta a la zorra —ordenó Maldon.

Le ataron de nuevo las muñecas al poste, ahora de espaldas a la estancia.

—Por favor, no me hagáis daño.

Se detestó por suplicarles.

—Dime: ¿fue Brayden o Ancroft?

Como no respondió, el frío acero de un cuchillo le abrió la parte trasera del vestido. Maldon le arrancó la espalda del tejido y cortó el corpiño y la enagua. El aire helado le golpeó la piel. Sabía lo que vendría. Aun así, cuando el extremo del látigo la alcanzó, gritó.

Jamás había sentido un dolor así.

—¿Te place? —bufó Maldon, apretándole los pechos—. Vaya, qué pequeños. Prefiero a las mujeres de busto generoso, como Lady Farleigh. Pero el señor Benson pasó mucho tiempo en barcos, y le recuerdas a los muchachos que tuvo. Le gusta tomar por detrás. Tú fuiste la querida de Brayden; supongo que contigo también lo intentó.

Le oprimió el pecho hasta arrancarle otro alarido.

—Última oportunidad para detener esto. ¿Quién? —Retrocedió el brazo para cargar el látigo.

—Oh, Dios, no.

El golpe cayó de nuevo.

Por mucho que doliera, no revelaría el nombre de Brayden. No cargaría con su muerte.

—¿Quién? —rugió Maldon, y volvió a azotarla.

Helen se arqueó de dolor y se aferró al poste, con las lágrimas desbordándole los ojos.

—¿Por qué estabas allí? —preguntó, alzando otra vez el látigo.

A eso sí podía contestar.

—Solo fingía ser la amante de Brayden. Era la única manera de que él entrara en la fiesta, porque lord Farleigh le tiene celos.

Lanzó una mirada a Margot, cuyas mejillas se encendieron.

—¿Y estabas allí para seducir a Benson? —insistió, haciendo silbar el cuero en el aire.

—No… Sí… No lo sé —soltó entre sollozos—. Brayden y Ancroft querían que pudiera acercarme a Benson por si tenían que robarle la cartera.

—Un trabajo sencillo, cuando todo el mundo sabe que le gustan las rubias delgadas y jóvenes, hombres o mujeres.

Se quedó helada. Todo el mundo lo sabía. No le extrañaba que Brayden dijera que ella era perfecta. La había usado como cebo.

—¡Maldito sea!

—Oh, no lo sabías, ¿verdad? —se regodeó Maldon.

El dolor volvió a arderle en la espalda. Se apretó al poste y parpadeó con fuerza para no desvanecerse.

—Por favor… Detente.

—Entonces dime el nombre.

Maldon se colocó detrás y frotó su erección contra ella.

—Creo que está lista para mí, Margot.

—No —gritó Helen—. Por favor, no me hagas esto.

Él se volvió hacia Lady Farleigh.

—Prepárame, Margot.

Margot le desabotonó la chaqueta y el chaleco. Sonrió a Helen.

—Espera a ver el tamaño de su miembro. Te impresionará.

Benson se acercó despacio.

—Y cuando él termine, me divertiré yo.

Con cortes precisos, Benson redujo su ropa hecha jirones hasta dejarla desnuda ante todos. La vergüenza le nubló la vista de lágrimas.

—Haz que mire —ordenó Margot.

Benson le obligó a alzar la cara. Margot bajaba los pantalones al viejo duque cuando el miembro de este saltó al aire. Lo acarició

con lentitud hasta que Maldon cerró los ojos.

—Quizá te meta ese gran palo por detrás para dejarte lista —murmuró Benson con brillo febril.

—Desátala —apremió Maldon—. Ya casi estoy preparado para ella.

Benson le soltó las muñecas, sin dejar de sujetarla con su mano enorme. Helen oyó los pasos de Maldon acercándose.

—Última oportunidad, señorita Lander. —El látigo le abrió otra línea de fuego y luego quedó en alto—. ¿Quién tiene la nota?

—No lo sé —gritó—. ¡No lo sé!

El cuero descendió de nuevo. La espalda le ardía como si hubiera prendido. Ya no había salvación.

Entonces resonaron pasos apresurados en el pasillo y, antes de que nadie reaccionara, la puerta se estrelló contra la pared. Helen estuvo a punto de desvanecerse al ver a Brayden irrumpir con una pistola en cada mano.



James recorrió la estancia con la mirada y sintió un latigazo en la sien al ver a Helen, desnuda y expuesta ante todos. Solo Dios sabía lo que ya le habrían hecho.

Benson la soltó, y ella cayó boca abajo sobre la cama. James alzó su pistola.

—¡Malditos! —bramó.

Con Benson a tiro, apretó el gatillo. El hombre se desplomó entre gritos.

Helen tiró de la colcha para cubrirse. James fijó entonces su atención en el viejo duque, desnudo y con un arma apuntándole.

—¿Quién morirá primero, Brayden? —se burló Maldon.

—Pagarás por lo que le has hecho a la señorita Lander —replicó James, lanzando una ojeada a Helen, que forcejeaba con la colcha.

—Si me matas, te colgarán por asesinar a un duque. Mis sirvientes me protegerán.

—Y a usted lo colgarán por traición, Su Excelencia —repuso James con frialdad. Estaba seguro de que ni Maldon ni los suyos sabían que Jensen y Brentwood lo seguían.

—Nadie más conoce mi implicación. Jamás se debió permitir que esos reyes hannoverianos gobernaran este país. Me encargaré de que los barran y de instaurar una nueva casa reinante.

El dedo de James tembló sobre el gatillo. Anhelaba matarlo, pero había dado su palabra a Jensen de que sería la justicia quien prevaleciera.

—Aunque quizá tu ramera deba verte morir mientras la tomo —escupió Maldon.

—¡No! —gritó Helen, justo cuando el arma del duque tronó.

Con mano firme, empuñó la pistolita que James le había dado y disparó. Maldon se vino abajo.

Lady Farleigh chilló, fulminó a Helen con la mirada y sacó otra pistola del bolsillo. James, derribado por el disparo de Maldon, se lanzó hacia Helen. El humo anegó la habitación cuando Lady Farleigh apuntó y disparó.

Helen gritó y se desplomó sobre la cama. James corrió hasta ella al tiempo que Jensen y Brentwood irrumpían en la estancia.

—Maldita sea —murmuró Brentwood—. Esto parece un campo de batalla.

James apartó la colcha del hombro de Helen y se quedó helado. El tiro de Maldon solo la había rozado, pero el de Lady Farleigh rozaba la perfección siniestra. Palpó la parte posterior del hombro, rogando hallar una herida de salida.

Al sentir sangre, un alivio fugaz lo atravesó. La movió apenas para comprobarla y comprendió su error: las marcas del látigo le revolvieron el estómago.

—Jensen, llama al cirujano de inmediato —ordenó.

—A casa —murmuró Helen—. Quiero ir a casa.

—Shhh —le susurró James—. Ahorra fuerzas.

La sostuvo, con los ojos nublados. Jamás había visto un rostro tan pálido. Presionó un trozo de lino arrancado de la almohada contra la herida y rezó como nunca en su vida.

—Brayden, no quiero morir aquí. Llévame a casa.

James alzó la vista y apretó los labios. No le negaría lo único que de veras le pedía.

—Brentwood, ayúdame con ella y manda al cirujano a su casa.

Cuando la alzó en brazos, Helen volvió a desvanecerse. Solo esperaba que fuera por el dolor y no por la pérdida de sangre. Brentwood lo ayudó a acomodarla en el carruaje de Jensen.

—Brayden… —dijo Brentwood, deteniéndose—. Lo siento muchísimo.

—Se pondrá bien.

Incluso mientras lo decía, sabía que quizá mentía.

El trayecto fue una pesadilla. Helen entraba y salía de la conciencia, gimiendo. James la estrechó contra sí con lágrimas ardiéndole en las mejillas. Nunca debió arrastrarla a aquel embrollo.

Ella abrió los ojos un instante y le sonrió.

—Me has salvado —susurró.

—¿Por qué, Helen? —la voz le salió ronca—. ¿Por qué no les diste mi nombre?

—Te quiero —murmuró—. Te habrían matado.

Y volvió a desmayarse.

¿Lo quería? Por eso había callado. Las lágrimas le quemaron la piel mientras la contemplaba. La había tratado como a cualquier otra, esperando que lo traicionara.

Pero no lo había hecho.

Había arriesgado su vida por él. Por amor. Hasta conocerla, James no había comprendido lo que era. ¿Y ahora? Ahora sabía cuánto la quería, cómo su existencia ya no sería la misma sin ella, cómo jamás mejoraría si la perdía.

Su dolor era culpa suya. Nunca se perdonaría haberla llevado a esa misión. A él le dolía el hombro, sí, pero nada comparado con los latigazos y el plomo que ella había soportado.

El carruaje se detuvo frente a la casa de Helen en Kent Street. El cochero abrió la portezuela y ayudó a James a bajar con ella aún entre los brazos.

—Abra la puerta, luego vaya a la casa contigua y dígale a Lady Russell que Brayden la requiere aquí de inmediato —ordenó, clavándole la mirada—. No acepte un no por respuesta bajo ningún concepto. No me importa si debe sacarla de un salón.

La sorpresa del cochero se desdibujó por fin.

—Sí, milord.

James aporreó la puerta de la casa de Helen hasta que una mujer de mediana edad la abrió.

—El cirujano viene en camino. Hierva agua y lleve sábanas limpias a su dormitorio cuanto antes.

—¡Dios mío, ¿qué ha pasado?!

—Le han disparado.

No quiso imaginar lo demás. Subió las escaleras despacio para no añadirle dolor.

Helen abrió los ojos cuando la depositó en la cama.

—Gracias por traerme a casa, Brayden.

—No hables. El cirujano llegará en breve y te sacará esa bala.

—Por favor, no me dejes —susurró—. Tengo mucho miedo.

—No te dejaré. Te lo prometo.

Asintió, pero las lágrimas brotaron.

—Le dije a Lady Farleigh que traía mala suerte traer el acebo antes de Nochebuena.

—¿Qué?

Ella negó con la cabeza.

Él se inclinó y le besó las lágrimas.

—Lo siento —murmuró—. Todo esto es culpa mía.

—Oh, Dios mío —sonó la voz de su madre desde la puerta—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Le han disparado.

—¿Quién?

James negó.

—Es una historia larga, pero fue Lady Farleigh.

—Te dije que la dejaras en paz, James.

Su madre se sentó al borde de la cama y, con gesto delicado, apartó los mechones dorados de la frente de Helen. A James le golpeó el recuerdo de cuando ella hacía lo mismo con él de niño.

Una anciana irrumpió jadeando.

—¡Lady Russell!

—Hannah, agua fresca para la frente —ordenó Lady Russell—. Ve ahora. Si necesitas hielo, pide en la casa de al lado y diles que yo

lo mando.

Hannah salió corriendo.

Helen volvió a abrir los ojos.

—¿Lady Russell?

—Shhh, querida. Te pondrás bien. El cirujano está al caer. Piensa en todo lo que te espera: los niños, tu hogar, tus amigas… James.

Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Él me odia —dijo, como si no supiera que estaba allí—. Cree que Jodie es nuestra hija.

—Calla. Ya he corregido su malentendido —repuso la madre de James en tono apaciguador.

Hannah regresó a la carrera.

—El cirujano está aquí, señora.

—Todos fuera de la cama —ordenó una voz grave—. Me llamo señor Michaels.

El médico se acercó y examinó la herida. Helen gritó al sentir el tacto, y a James le costó no apartarlo de un empujón. Permaneció junto al lecho, con los puños cerrados.

—La bala está muy profunda, pero, por fortuna, en el músculo —informó. Miró alrededor—. Lady Russell, necesitaré su ayuda. El resto, fuera de la habitación.

—No me moveré de aquí —afirmó James.

—Quizá sea mejor dejar al cirujano trabajar sin que lo mire con ira cada vez que ella gime —sugirió su madre en voz baja.

—No la abandonaré. Se lo prometí.

Ella asintió, comprensiva.

—Señor Michaels, lord Brayden se queda.

El cirujano mostró sus instrumentos y alzó las cejas.

—Muy bien, pero le advierto…

Se dispuso a obrar mientras James tomaba la mano de Helen.

—Sé valiente —le susurró.

Cuando ella gimió y le apretó con fuerza, dudó de cuánta entereza podía pedirle.

—No se inquiete, milord —comentó el médico—. Las damas suelen desvanecerse antes de que esto avance.

¿Se suponía que aquello debía consolarlo? Helen volvió a gemir e intentó moverse.

—No se quede ahí —ordenó el señor Michaels—. Sujétela. No puedo permitir que se mueva cuando vaya a buscar la bala.

James le apoyó una mano en el pecho y otra en el hombro para inmovilizarla. El cirujano sacó de la bolsa unas pinzas largas. James desvió la mirada: no podía contemplar su sufrimiento. A él lo habían herido una vez y la bala quedó dentro; recordaba bien aquel dolor insoportable.

Cuando el instrumento penetró en la herida, Helen gritó e intentó apartarse. James la sostuvo con firmeza.

—Mírame, Helen —murmuró—. Solo mírame.

Ella obedeció, aunque él no sabía si alcanzaba a ver entre lágrimas. Abrió apenas los ojos.

—Te amo —susurró, y perdió el sentido.

—Así es —dijo el señor Michaels—. Mucho mejor cuando se rinden al desmayo. Y… aquí está.

Extrajo la bala y se la tendió a James.

Él quiso arrojar aquella maldita pieza al otro lado del cuarto. En lugar de eso, la dejó sobre la cama y observó cómo el médico vertía whisky en la herida y la cosía.

—También la azotaron —añadió James cuando el cirujano terminó de vendar.

El señor Michaels la volvió de costado y limpió los trazos del látigo.

—¿Quién le hizo esto?

—No importa. Dos han muerto y el tercero será ahorcado por este y otros delitos.

—Bien —murmuró el cirujano.

Acabó y la recostó con suavidad sobre las almohadas.

—Usted también necesita que le limpien esa herida.

—¿Vivirá? —preguntó James, temiendo la respuesta.

El médico carraspeó y le higienizó el hombro.

—Si supera la noche, habrá esperanzas. Ha perdido mucha sangre. Si la herida se infecta, podría no lograrlo.

—¿Qué puedo hacer?

El cirujano le cubrió el hombro y negó.

—Rezar.

Capítulo 26

James rezó toda la noche mientras Helen entraba y salía de la inconsciencia. Incluso despierta, parecía no advertir que él estaba sentado junto a la cama, sosteniéndole la mano. Hizo con Dios todos los pactos que se le ocurrieron para que ella viviera. Prometió ser un hombre mejor, no beber en exceso y, quizá, volver a la iglesia.

Al amanecer, él estaba exhausto y ella no parecía mejorar. Le tocó la frente: no había rastro de fiebre. Su madre entró en la estancia y posó una mano en su hombro sano.

—¿Cómo está?

—Más o menos igual. Se despierta, pero no parece darse cuenta de dónde está ni de que yo estoy aquí.

—Pero sigue viva, James.

Asintió, temeroso de decir en voz alta su preocupación: aún podía no sobrevivir. Sabía que podían pasar días antes de que asomara la fiebre y, cuando llegara, sus posibilidades menguarían.

Dios, cómo detestaba diciembre. Otro ejemplo de que en Navidad siempre ocurrían desgracias.

—Necesitas descansar —dijo su madre—. Ve a la habitación contigua y duerme en mi cuarto. Nadie te molestará.

—No puedo, madre.

Ella parpadeó, conteniendo las lágrimas.

—James, tú también has recibido un disparo. Podrías sucumbir a la fiebre tan fácilmente como Helen. Por favor, duerme dos o tres

horas. Te prometo que, si hay algún cambio, te llamaré.

Sabía que tenía razón, pero le oprimía el pecho la idea de alejarse.

—Lo pensaré.

—Por favor, James.

—No puedo estar tan lejos de ella.

—Milord Brayden —dijo Hannah desde la puerta—, mi habitación está justo encima de esta. Puede subir allí a dormir.

—Lo ves —intervino su madre—. Ve a descansar antes de que llame al médico para que te dé un poco de láudano.

—De acuerdo, pero si se despierta, quiero que me avisen.

—Enviaré a alguien para que te avise.

James volvió a mirar la pálida figura de Helen y, al fin, siguió el consejo. Hannah lo condujo a un cuarto aún más pequeño. Ella se retiró y él se quitó las botas.

Antes de tenderse, la puerta chirrió y sus músculos se tensaron. Helen no podía haber cambiado de estado tan pronto. Jodie asomó la cara.

—Entra, Jodie.

—¿Por qué está aquí, milord Brayden? —preguntó con apenas una vacilación.

—La señorita Lander está herida. La traje para que se restablezca. —Tragó—. ¿Por qué estás tú aquí?

—¿Va a alejarme de ella?

Entró y se quedó al pie de la cama.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque sigo soñando que un hombre que se parece a usted va a llevarme lejos.

James cerró los ojos. Soñaba. Sabía bien lo que eso significaba. Grace le había dicho muchas veces que sus habilidades no venían solo de su madre. Le enseñó a escuchar su intuición y confiar en ella. Aunque Emma jamás habló de ello, intuía que Jodie compartía parte de esas dotes.

No supo cómo responder. Si Helen no sobrevivía, pediría a su madre que le permitiera cuidar de Jodie. Si Helen se reponía y aceptaba casarse con él, volvería a pedir a su hermana que viviese con ellos.

—No te llevaré de aquí a menos que decidas venir conmigo.

—¿Eres mi padre?

Cansado de mentiras, replicó sin rodeos:

—No, Jodie. —La miró de frente—. Soy tu hermano.

—Oh —dijo, sorprendida—. No sabía que tenía un hermano.

—Hasta hoy, yo no sabía que tenía otra hermana.

Se acercó con timidez.

—¿Cómo te llamas?

—Jem.

Ella le sonrió, todavía cohibida.

—Encantada de conocerte, Jem.

—Yo también. —Palmeó la colcha—. Ven, siéntate un momento.

Se sentó a su lado.

—¿De verdad eres un lord?

—Sí, soy vizconde, y algún día seré conde.

—¿Eso me convierte en una dama?

Él soltó un largo suspiro. No tenía idea de cómo responder. Ella era hija legítima de un conde y, sin embargo, como todos creían muerta a su madre, no podía considerarse legítima. Qué embrollo.

—La verdad, no estoy seguro.

Ella bajó la vista a sus manos.

—Oh. Me gustaría tanto ser una dama…

Él le alzó la barbilla.

—Ser una dama es más que nacer en una cuna noble. Mira a la señorita Lander: es más dama que muchas en la alta sociedad.

—Señorita Jodie —llamó Hannah desde la puerta—, debe dejar solo a milord Brayden para que descanse.

—Hablaremos pronto —dijo James a la niña con una sonrisa.

Cuando Jodie se marchó, él se tumbó con la cabeza en ebullición. Tantas cosas estaban a punto de cambiar. Solo rezó para que Helen estuviera allí, con él, para verlo.



Al caer la tarde, Helen gimió por el dolor punzante que le devoraba el hombro y la espalda. Parpadeó, pero la luz era demasiado intensa para mantener los ojos abiertos. Aun así, aquella rápida ojeada le bastó: Lady Russell estaba sentada junto a la cama y Hannah se retorcía las manos.

Y Brayden no estaba en la habitación. Él había prometido no dejarla sola.

Luchó contra el dolor, segura de que, si Lady Russell advertía su incomodidad, insistiría con más láudano. Helen detestaba su sabor y la extraña neblina que le dejaba en el cuerpo; prefería el dolor a las sensaciones del opio.

Lady Russell notó el leve movimiento.

—Helen, sé que estás despierta… aunque no entiendo por qué lo ocultas.

Helen abrió los ojos despacio. Por fortuna, una nube había cubierto el sol y el cuarto se había oscurecido lo suficiente.

—¿Lo llamo? —preguntó Hannah desde la puerta.

—No. No ha dormido en toda la noche —repuso Lady Russell, incorporándose para tomar una botella de la mesilla.

—No… —gimió Helen, mirando el frasco.

—Shhh —apaciguó Lady Russell, con tono maternal—. Ahora necesitas dormir y dejar que el cuerpo se recupere. El láudano te ayudará.

—No… Brayden… —balbuceó.

—James está durmiendo en la habitación de Hannah. Ha pasado la noche a tu lado, pero enfermará si no descansa —explicó Lady Russell mientras le colocaba de nuevo un paño frío en la frente —. Todos queremos que te repongas.

Helen tenía tantas preguntas… pero la mente empezó a dar vueltas, arrastrada por el láudano.



Varias horas después, James, algo repuesto, regresó a la habitación de Helen. Nada más entrar, vio a su madre inclinada sobre ella y a Hannah salir a toda prisa.

—¿Qué sucede?

Su madre alzó la vista.

—Le ha subido un poco la fiebre. He mandado a Hannah por hielo y agua.

James se sentó en el borde del lecho y tomó la mano cálida de Helen.

—¿Desde cuándo?

—Se despertó hace un par de horas y le di más láudano para que durmiera. Entonces no estaba caliente.

Al oír pasos, esperaba a Hannah con el hielo. En su lugar, Grace apareció en el umbral, con la mano en la boca.

—Grace —susurró.

—James, ¿qué ha pasado?

—Le dispararon. —Volvió la mirada al rostro pálido de Helen—. Ahora tiene fiebre. Lo siento; debí enviarte una nota.

—La estuve aguardando. Ese mal presentimiento crecía y crecía, hasta que tuve que venir a averiguar qué ocurría.

—Grace… —murmuró su madre, como probando el nombre.

James soltó un suspiro mientras ambas se miraban.

—Es ella, madre.

—Oh —fue todo cuanto acertó a decir su madre.

—Lady Russell —saludó Grace con una rápida reverencia—. Es un placer conocerla.

Su madre asintió y la examinó con ojo crítico.

—Se parece mucho a su padre, jovencita.

—Gracias. —Grace apartó la vista, incómoda ante el encuentro.

—No te culpo, Grace —añadió Lady Russell con llaneza—. Nunca lo hice.

—Gracias, milady.

Hannah entró con un cubo de hielo y agua. Lady Russell se lo tomó, empapó el paño y refrescó la frente de Helen.

—Déjeme ver la herida —pidió Grace—. Conozco algo de hierbas curativas; quizá pueda ayudar.

—¿De veras? —se sorprendió James.

Grace esbozó una sonrisa tenue.

—No lo sabes todo de mí, James.

Lady Russell se apartó para cederle sitio. Grace levantó con cuidado el vendaje y evaluó el trabajo del cirujano. James apretó la mano de Helen al ver el enrojecimiento irritado.

—En realidad, esto no tiene mal aspecto —frunció el ceño—. No entiendo por qué le sube la fiebre.

—La espalda —dijeron a la vez James y su madre.

—¿Qué tiene en la espalda? —preguntó Grace, girando a Helen con suavidad sobre un costado.

—La azotaron.

—No deberías haber revelado su nombre —murmuró Grace. Levantó el vendaje y negó con la cabeza—. Esto sí que no pinta bien. Necesito que alguien envíe recado a las señoras Sheraton, Lymington y Noland.

—Yo me encargo —repuso Lady Russell, abriendo la mesilla para tomar papel y pluma—. ¿Qué debo poner?

—Que vayan a mi casa a por mi libro de curaciones y las hierbas de mi gabinete. Jennifer sabrá dónde están. Luego que vengan todas aquí para ayudar.

—Nos las arreglamos bien sin tanto revuelo —objetó James.

—¿Ah, sí? —replicó Grace con firmeza—. Entonces ¿por qué empieza a enfermarle la espalda? Con su ayuda, todos podréis descansar por turnos y cuidarla mejor.

—Enviaré a un lacayo a casa de Lady Sheraton —intervino su madre, y salió de la estancia.

—¿Qué ocurrió, Brayden? —exigió Grace.

James le relató, sin omitir nada, el secuestro de Helen.

—¿Qué voy a hacer, Grace?

Ella le apretó el hombro.

—No lo sé —susurró.

James volvió la mirada al rostro lívido de Helen. Verla así lo estaba consumiendo.

—No podemos perderla, Grace. No ahora. No justo antes de Navidad.

—Haré cuanto esté en mi mano.

—No lo entiendes —murmuró él—. Solo quería que los niños tuviesen una buena Navidad. No pueden perderla ahora. —Hizo una pausa, con la garganta anudada—. No puedo perderla ahora.

Al mirarla, vio que las lágrimas también corrían por las mejillas de Grace. Se enjugó las propias, se alzó y la abrazó.

—Por favor, sálvala.

—Haré todo lo posible.

Menos de una hora después, las tres damas a las que James había ayudado a Grace a reunir aguardaban en la entrada de la casa de Helen. Por fortuna, ninguna había subido aún. Él se negó a apartarse de su lado y siguió cambiando la compresa de su frente para mantenerla fresca.

El murmullo de voces anunció su llegada.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Lady Sheraton.

—Azotaron a Helen y le dispararon —contestó Grace con calma.

—¿Quién haría algo así? —se escandalizó Lady Lymington.

James dejó escapar una sonrisa leve: Lady Bridges Lymington era tan exigente como su hermano Sheraton. Entraron, y las tres no pudieron reprimir un gemido.

—Ya sabemos quién disparó —comentó Bridges.

Él se volvió hacia ella con una mirada helada.

—¿Por qué supone que fui yo?

La duquesa de Noland se le acercó.

—Por supuesto que no creo que haya sido usted, milord Brayden. Pero ¿por qué está aquí?

—Le salvó la vida —intervino Grace, con un punto de orgullo—.

—Basta de vanidades, Grace —cortó James—. Dinos qué podemos hacer por ella.

—Jennifer, necesito que organices un horario para turnarnos y asistirla —dispuso Grace mientras hojeaba su libro de hierbas.

James observó cómo mezclaba varias hierbas con agua hasta formar una cataplasma.

—Su Excelencia, ¿me ayuda a girarla de costado?

Margaret frunció el ceño.

—Milord Brayden, no es apropiado que la toque. Ni siquiera lleva camisón.

—Margaret, haz lo que te dice —ordenó Grace con voz que no admitía réplica.

La duquesa obedeció, y entre ambas giraron a Helen. James se tensó cuando un quejido escapó de los labios de ella.

—No te inquietes, Brayden —lo tranquilizó Grace mientras aplicaba la cataplasma—. Puede que aún tarde un par de días, pero esto la ayudará.

Se inclinó al oído de James.

—Te lo prometo.

Él quiso abrazar a su hermana por todo lo que estaba haciendo, pero sabía que no deseaba que nadie más conociera su vínculo.

Jennifer, Bridges y Margaret salieron para organizar los turnos y encargar a Hannah que mantuviera a los niños controlados. En cuanto la habitación quedó despejada, James estrechó a Grace entre los brazos.

—¿Volverá tu madre? —preguntó ella.

—No hasta mañana por la mañana, salvo una urgencia. Además, con las señoras abajo, pensé que era mejor que se retirara.

—Es cierto, aunque querrá ver a Helen en algún momento —concedió Grace, apartándose—. Se preocupa mucho por ella.

—¿Hay algo que no sepas?

Grace bajó la vista, pensativa.

—Por desgracia, hay mucho que ignoro. —Se volvió hacia sus frascos y volvió a reunir las hierbas.

—Creo que lo más prudente será decir que es una vecina solícita —propuso James.

—Margaret sabrá quién es, James.

—No necesitan saberlo todo.

—Algún día podría salir a la luz.

—Y algún día tu secreto también —replicó él.

Grace asintió con un suspiro.

—Soy consciente.



Grace bajó las escaleras y encontró a sus amigas en el gabinete de Helen discutiendo cómo turnarse para las visitas. Como Jennifer y Bridges estaban amamantando a sus hijos, disponían de poco

tiempo para permanecer allí. En cuanto entró, comenzaron las preguntas.

—¿Qué ocurrió exactamente, Grace? —preguntó Jennifer.

—¿Por qué está Brayden arriba con ella… a solas? —añadió Margaret.

—Secuestraron a Helen después de ayudar a Brayden en un pequeño encargo. Tardó más de lo previsto en dar con sus captores. Cuando llegó, ya la habían azotado —Grace bajó la mirada—. No sabemos si hubo algo más.

—Oh, no —susurró Bridges.

—Cuando Brayden entró, abatió a uno de los hombres, pero otro le disparó a él. Helen tomó la pistola y mató a ese segundo.

—Entonces, ¿cómo resultó herida? —inquirió Jennifer.

Sin querer dar detalles sobre Lady Farleigh, Grace optó por la discreción.

—Había una mujer en la habitación. Disparó a Helen. Brayden la trajo enseguida. Él y milady Russell la están cuidando.

—¿Milady Russell? —se escandalizó Margaret—. ¡Es la propietaria del burdel contiguo!

—Sí. Y es una mujer extraordinariamente compasiva. Os ruego que la tratéis con respeto.

Las tres asintieron en murmullo.

—Aun así, él no debería permanecer arriba con Helen cuando no lleva nada puesto —insistió Margaret—. Eso la arruinará.

Grace la sostuvo con la mirada.

—No sería la primera vez que él la ve desnuda.

Las tres se taparon la boca con un gesto de sobresalto. Jennifer fue la primera en recobrar la palabra.

—¿Helen? ¿Con un hombre?

—¿Alguna de vosotras fue distinta? —replicó Grace con sorna suave.

—Bueno, no —balbuceó Bridges—, pero ella siempre fue la voz de la razón. Nos decía que era pecado yacer con un hombre sin matrimonio.

—Y, sin embargo, eso no os detuvo, ¿verdad?

Las tres rieron y negaron.

—Helen y Brayden… —susurró Margaret, ya con una sonrisa—. ¿Creéis que él la ama?

—¿No visteis el fuego en su rostro? —respondió Jennifer—. Ese es un libertino enamorado.

Capítulo 27

Tras dos días viendo cómo la fiebre de Helen no cedía, James creyó que perdería la razón. Al cuarto día, el ardor aumentó. Ella batallaba contra un delirio poblado de sueños que él no alcanzaba a comprender, ni estaba seguro de querer comprender. Por lo que había oído, la señora Perkins no había sido amable cuando Helen regresó a casa sin nada que empeñar.

Las pocas noticias que tenía de su verdadera madre, en cambio, le daban algo de consuelo: al menos allí, Helen habría estado a salvo y abrigada. Cambió la compresa de su frente por otra más fría.

Grace entró, la miró y se mordió el labio.

—¿No ha bajado todavía?

—No.

Quiso gritarle. Ella le había prometido que Helen saldría adelante. Ahora, Helen estaba más pálida que nunca y apenas había probado bocado en días.

—¿Ha tomado el caldo?

—Hannah ha hecho todo lo posible. —Cerró los ojos un instante—. Ya estaba muy delgada, Grace.

—Recuperará peso cuando sane. —Le cortó el camino antes de que él soltase lo que estaba pensando—. Ni se te ocurra, James. Va a sobrevivir.

Él rezó para que su hermana tuviera razón.

—¿Estarás bien si bajo unos minutos? Quiero revisar mi libro de hierbas, por si encuentro algo más que intentar. Estaré abajo.

—Ve. Aquí hay demasiado silencio.

Aunque pasaba casi todo el tiempo allí, él se aseguraba de velarla cada noche. Como Grace no tenía marido al que volver, se quedaba a pernoctar con él. La habitación, y toda la casa, parecían suspendidas en un silencio inquieto con los niños ya en la cama.

Poco después de que Grace se marchara, el delirio regresó. Esta vez, él era el centro de sus sueños.

—Brayden —susurró Helen—. Más secretos, más mentiras.

—Shhh, Helen —murmuró, refrescándole de nuevo la frente—.

—No puedo amarlo… —balbució.

—Te equivocas.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No, Helen. Lo correcto es esto.

—Estoy completamente equivocada. Mentirosa. Ladrona…

—No me importa.

Le llevó la mano a los labios y la besó. Volvió a hacerlo. Notó la piel más caliente que antes; cuando le tocó la frente, ardía.

—¡Grace! —gritó.

Escuchó sus pasos ligeros acercarse con premura.

—¿Qué ocurre?

—La fiebre va a más.

—Hielo —dijo Grace en voz baja—. Debemos enfriarla por completo.

Habían aplazado ese recurso, por si la fiebre cedía sola. Ninguno sabía si funcionaría, pero Grace lo había convencido de intentarlo si empeoraba.

—¡Hannah! —llamó James.

—Sí, milord.

—Ve junto a milady Russell y pídele todo el hielo que tenga.

Hannah palideció.

—Sí, milord.

—Traeré más mantas —añadió Grace, vacilante—. James, no tengo certeza de que esto resulte.

—Lo sé. Ve a por ellas.

Helen se retorcía, el delirio más fiero que la vez anterior. James la contempló con el corazón encogido: amaba a esa mujer más de lo que jamás habría imaginado.

—No vas a morir —ordenó, ronco.

Ella gimió quedo.

—¿Me oyes, Helen? No vas a morir. —Le tomó la mano ardiente entre las suyas—. No podría soportarlo —susurró.

En cuestión de minutos, su madre regresó con Grace y Hannah. Grace cubrió a Helen con una manta y distribuyó hielo picado por todo su cuerpo.

—¿Cuánto esperamos? —preguntó James.

—De cinco a diez minutos.

Grace iba y venía, sin poder estar quieta, mientras los minutos se estiraban. James, sentado junto al lecho, le palpaba la frente cada poco, buscando el menor indicio de alivio. Tras diez minutos, retiraron el hielo. Helen temblaba y gemía.

—No sé si ha servido de algo —admitió Grace, con lágrimas en los ojos. Se cubrió la boca con la mano trémula—. He probado cuanto sé. Lo siento.

James cerró los párpados para no enfrentarse al dolor desolador de no poder hacer nada más por ella. Las otras mujeres

abandonaron la estancia en silencio, como comprendiendo que él necesitaba quedarse a solas con Helen. De nuevo en su silla, peleó contra el cansancio que lo empujaba a dormir. Tras una hora de resistencia, dejó caer los ojos un instante, rezando para que ella no muriese mientras él se rendía unos minutos al sueño.



Helen abrió los ojos despacio. La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el fuego de la chimenea y una vela. Sus labios agrietados le dolieron cuando intentó sonreír al ver a Brayden dormido en la silla, a su lado.

Muy poco de los últimos días permanecía nítido en su memoria. Recordaba el disparo y, después, todo era borroso. Sabía que Brayden había estado allí. También Grace. Frunció el ceño: estaba casi segura de que Lady Russell había entrado varias veces. Movió con cautela el brazo izquierdo y un gemido se le escapó por el dolor.

—Helen.

Brayden se incorporó de inmediato y la observó con atención.

—¿Sigues delirando?

—No lo creo —respondió con voz áspera. Intentó sonreír, pero los labios cuarteados la hicieron desistir.

Él le palpó la frente y esbozó una sonrisa aliviada.

—Te ha bajado la fiebre.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? No recuerdo los días.

—Cinco. Larguísimos.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

Se acercó a la cama y le tomó la mano con su mano firme.

—Casi. En algún momento me tumbé en el cuarto de Hannah para dormir un poco.

—¿Me hieren de un disparo y tú te vas al lecho de otra mujer? —bromeó, procurando no reír por no avivar el dolor.

—Sabes que soy un libertino —replicó con una sonrisa ladeada —. Pero no tanto.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por salvarme. Por traerme a casa. —Parpadeó para contener la emoción—. Por quedarte conmigo.

—Fue culpa mía que todo ocurriera así. —Le alzó la mano, áspera y caliente, y la besó—. Nunca debí ofrecerte dinero para que vinieras conmigo. Sabía que lo necesitabas o no habrías intentado robar en la fiesta de Jennifer.

—Me avergonzaba tanto lo que hice…

Él sonrió contra su piel.

—Y ni siquiera pudiste empeñar el collar.

—No.

—Oh, Helen… —La miró con el ceño apretado—. ¿Benson o Maldon te hicieron algo más?

Ante la angustia en su rostro, ella apretó su mano.

—No. Pero si no hubieras llegado… —no pudo terminar la frase.

—Shhh. No hace falta que digas nada. —Hizo una pausa—. Deberías haberle dado mi nombre a Maldon.

—Igual me habrían ultrajado y luego me habrían matado. —Vio la mueca de dolor que lo cruzó y deseó arrancarle aquella pena—. ¿Qué ocurrió con Lady Farleigh?

—Aún no lo sé.

—¿Has salido de esta casa desde que me trajiste?

Negó.

—No podía arriesgarme a que pasara algo mientras yo no estaba.

El corazón le golpeó el pecho. Quiso decirle cuánto lo amaba, pero aún había secretos y mentiras entre ambos.

—¿Me ordenaste que no muriera? —preguntó en voz baja.

Las mejillas se le tiñeron.

—Creo que sí.

—Gracias —añadió, sonriéndole.

Unos pasos quedos la hicieron mirar hacia la puerta. Grace y Lady Russell se detuvieron en el umbral con los ojos muy abiertos.

—¡Estás despierta! —exclamó Grace, y corrió hacia la cama. Le posó la mano en la frente y sonrió—. Aún estás un poco caliente, pero mucho menos.

—Gracias por ayudarme —le dijo Helen.

Lady Russell se acercó al pie del lecho y la contempló con ternura. Al labio inferior de Helen le asomó un temblor. Doce años atrás, Lady Russell le había salvado la vida, y Helen nunca había agradecido de veras todo lo que aquella mujer hizo por ella.

Podría haberla entregado a las autoridades por las monedas que intentó robarle del bolsillo. Podría haberla dejado en la calle. En cambio, la acogió, le dio una habitación y un plato de comida. Sin ella, Helen probablemente sería una prostituta o, peor aún, ya estaría en la horca por carterista.

—Gracias, Lady Russell.

La mujer se situó junto a Grace, que se había sentado en el borde del colchón. Con suavidad, apartó un mechón de la frente de Helen.

—No he hecho gran cosa, querida.

—Usted sabe cuánto ha hecho por mí. Y nunca se lo he agradecido como corresponde.

Lady Russell miró a James y volvió a mirarla.

—Basta. Tú has hecho algo extraordinario por mí.

Helen quiso responderles a ambos, decir tantas cosas… pero los párpados se le volvieron pesados. Enseguida se rindió de nuevo al sueño.



James dejó a Helen dormida, con Jennifer velando por ella, y bajó a desayunar. Se sentía más ligero que en días. Al pasar junto a un espejo, se detuvo a mirarse: cinco jornadas sin afeitar, un aseo somero en un jofaina y apenas bocado suficiente para mantener con vida a un niño.

—Tienes un aspecto horrible —se dijo al espejo del vestíbulo.

—Es verdad —confirmó su madre con una sonrisa, mientras descendía la escalera—. ¿Por qué no cruzas al lado y pides que te preparen un baño en mi habitación? Aprovecha y come algo decente mientras estás allí.

—Creo que aceptaré su hospitalidad.

—Pero las chicas cuestan extra —bromeó ella, aún sonriendo.

—No creo que vuelva a necesitar ninguna.

—De algún modo, imaginaba que dirías eso.

James pasó a la casa contigua y pidió a un lacayo que trajera ropa de su domicilio. Tras un desayuno abundante de huevos cocidos y jamón, llegaron sus prendas… y también su ayuda de cámara. Pryor lo afeitó y dispuso un baño bien caliente.

James se desvistió y arrojó la ropa a Pryor.

—Tienen manchas de sangre.

Pryor hizo una mueca.

—Y después de tantos días, dudo que salgan.

—Puedes quemarlas. Después de llevarlas cinco días, no pienso ponérmelas otra vez.

Se hundió en el agua humeante y se sintió mejor que en mucho tiempo. El calor le aflojó los músculos tensos. Tras restregarse la suciedad acumulada, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Todo iría bien. Cuando Helen sanara del todo, se casarían. Sus amigas la ayudarían a ser admitida en la buena sociedad. Algún día ella estaría encinta y le daría un hermoso hijo o hija.

Y él le enseñaría todos los bailes. Quería verla danzar hasta que le dolieran los pies.

Al oír cerrarse la puerta, supuso que Pryor había salido a por algo.

—¿Qué haces bañándote en la habitación de Lady Russell?

James exhaló y abrió los ojos. Su padre lo miraba con severidad.

—Disfruto de un baño caliente. ¿Y tú qué haces aquí?

—No me hables así —le cortó—. Supongo que has necesitado lavarte después de estar con alguna de esas damas de abajo. ¿Dónde está ella?

James ignoró la pulla.

—Está al lado, con la señorita Lander.

—¿La huérfana? —Su padre recorrió la estancia como si fuera suya—. ¿Qué hace allí?

—La señorita Lander estaba gravemente herida y ella la ha estado ayudando. —James tomó una toalla de la silla, se incorporó y se envolvió—. ¿Dónde está mi ayuda de cámara?

—Se marchó cuando entré. Pero, insisto, ¿por qué estás aquí?

—Lo que hago con mi tiempo es asunto mío —replicó el conde —. ¿Y tú dónde te has metido? Tu hermana está preocupada por ti.

James estuvo tentado de preguntar cuál de las dos, pero no podía delatar a su madre.

—He estado ocupado. Dile a Emma que la visitaré en unos días.

—¿Ocupado dónde? —insistió su padre, clavándole la mirada—. De juerga y jugando, supongo.

—También he estado asistiendo a la señorita Lander, que vive al lado. —Se puso los calzones y los pantalones—. De hecho, debo volver.

—¿Qué le ha pasado para que todo el mundo ande pendiente de ella?

No tenía sentido negarlo: la historia acabaría por saberse.

—Le han disparado.

—¿Y tú cómo te has visto envuelto? —El conde reanudó su paseo—. No importa, creo que prefiero no saberlo.

James se vistió con prisa, deseoso de salir.

—En realidad, padre, salvé a la señorita Lander. No esperas creerlo, pero así fue.

—Por cierto —añadió el conde—, he hablado con Coddington y acepta el matrimonio.

La mano de James se detuvo a medio abotonar el chaleco.

—¿Casarme? ¿Con quién?

—Con su hija Susan, por supuesto.

Su madre le había mencionado ese nombre antes de que él partiera a casa de Farleigh. Debía de haberlo hablado también con su padre. La ira le subió a la sangre.

—No voy a casarme con Susan Coddington.

—Sí lo harás —zanjó su padre, cruzándose de brazos—. He esperado bastante a que te divirtieras. Tienes veintiocho años: es hora de casarte y asegurarte un heredero.

James siguió con el chaleco, lacónico:

—Tengo toda la intención de casarme.

—Bien, entonces enviaré una nota a Coddington avisando de que lo visitarás por la mañana.

—Me casaré con la señorita Lander —replicó, anudándose la corbata. Se calzó la chaqueta.

—No harás tal cosa —gruñó el conde, frunciendo las cejas blancas—. Te lo prohíbo.

James soltó una breve risa.

—Prohíbelo si quieres. No cambiará nada. Me casaré con la señorita Lander.

—James, piensa lo que dices. Es hija de un vicario. No pertenece a la alta sociedad. Jamás será aceptada ni te ayudará a recuperar el crédito.

—Sus mejores amigas son Lady Sheraton, Lady Lymington y la duquesa de Noland. Estoy seguro de que pueden ayudarla a entrar.

—¿Y si hay un escándalo en su pasado?

—¿Y si lo hay en el mío? —James sostuvo la mirada de su padre—. Uno que nadie conoce.

El conde apretó la mandíbula.

—Eres vizconde y algún día conde. A ti, todo puede perdonársete. A la hija de un vicario, no.

—Déjalo, padre. Ya he elegido esposa.

Capítulo 28

Helen despertó unas horas después con el murmullo de una discusión en voz baja tras la puerta de su dormitorio. Forzó el oído y al fin reconoció las voces de Brayden y Lady Russell. Hablaban de matrimonio.

—¿Cómo has podido decirle con quién debía casarme? —preguntó Brayden—. Solo intentabas ayudar, lo sé.

—No era asunto tuyo. Nunca he dicho que quisiera casarme con ella —añadió, con la voz contenida pero cargada de ira.

—Shhh, vas a despertar a Helen.

Al oír pasos, Helen fingió dormir. Reguló la respiración, aunque el corazón le martilleaba. Los pasos se alejaron; siguió atenta. Necesitaba entender.

—Sigue dormida —aseguró Lady Russell.

—No me casaré con esa muchacha —susurró Brayden con aspereza—. No lo haré.

—Imaginaba que no. Pero fui a verlo antes de que todo esto sucediera.

—¿Por qué fuiste a verlo?

—Pensé que podría convencerte de que era lo correcto.

—Es la última persona a la que escucharía, después de tantas mentiras.

Helen se preguntó quién era ese «él» y por qué Brayden no lo oiría. El peso de las pisadas de él se fue alejando, como si necesitara

poner distancia. ¿Por qué la sorprendía?

Parpadeó para contener un pinchazo de dolor. Sabía que él no se casaría con ella, pero escucharlo la atravesó. Nunca se hizo ilusiones, ya que venían de mundos distintos. Aun así, el corazón le dolía.

Lo amaba más de lo que jamás creyó posible. Cuando lo vio irrumpir en la casa de Maldon, pensó que lo hacía por amor. Ahora ya no sabía por qué la había seguido. ¿Deber? ¿Responsabilidad? Él mismo había admitido sentirse culpable por haberla involucrado. Tal vez no era más que una carga. Ahora que mejoraba, él podría retomar su vida y olvidarla.

Pero ella no lo olvidaría.

Grace entró tan sigilosa que Helen no la oyó hasta que estuvo junto al lecho.

—¿Por qué lloras? ¿Te duele?

¡Sí! Pero no existía hierba capaz de sanar un corazón roto.

—No… yo… —balbuceó.

—¿Qué ha pasado? —Grace se sentó en el borde de la cama.

—Oh, Grace… Pensé que después de todo quizá había una posibilidad de que me quisiera. Que incluso me pidiera la mano. —Se enjugó una lágrima—. Pero soy una mujer tonta. Nuestros orígenes no podrían ser más distintos.

—Cuando delirábas, Brayden solo se apartó de tu lado cuando lo obligamos. Nunca vi a un hombre tan pendiente de una mujer. Te ama.

Helen fijó la vista en el techo blanco.

—Puede ser, pero no lo suficiente para casarse conmigo. Y nunca esperé casarme, así que ni siquiera sé por qué estoy así.

Grace le dedicó una sonrisa suave.

—Porque lo amas. Y quieres pasar la vida con él.

—Lo amo tanto que duele.

—¿Por qué crees que no quiere casarse?

—Le oí hablar con Lady Russell. Afirmó que no se casaría conmigo. —Bajó la voz—. Creo que Lady Russell está enamorada de él.

—¿Qué? —Grace frunció el ceño—. No tiene sentido. Hablaré con él.

Helen le sujetó la mano.

—Por favor, no. Es asunto suyo y mío. Sé cuánto te gusta ver funcionar tus emparejamientos, pero este no está destinado a ser. Me despediré y lo dejaré marchar.

—Entonces, ¿lo hago subir?

—Sí. Mejor terminar con esto ahora.

Grace bajó las escaleras aturdida. Tal vez Helen, aún febril, había entendido mal. Fuera como fuese, Brayden debía arreglarlo de inmediato. Lo halló paseando por el estudio.

—¿Qué ocurre? —preguntó él en cuanto la vio.

—Eso iba a preguntarte yo. Pareces quien acaba de recibir una noticia terrible.

Él alzó las manos.

—Mis padres, por supuesto. —Cerró la puerta—. ¿Sabes que mi padre visita a mi madre?

—¿Visita en el sentido de…?

—¡Sí!

Grace dejó escapar una risita.

—Según la ley, siguen casados, así que…

—La misma excusa que ella me dio. Que le permite ejercer sus «derechos como marido». —Se plantó frente a Grace—. ¡Derechos como marido! ¡Lo deja entrar en su habitación! ¡En su cama!

—James, quizá aún sienten algo el uno por el otro.

—Ah, sí, es solo lujuria. Y charlan sobre Emma y sobre mí. —Gruñó y reanudó su deambular.

—Siéntate. Me vuelves loca de tanto ir y venir. —Esperó a que obedeciera—. Que tus padres no tengan la relación que tú querrías no significa que esté mal. Puede que no puedan vivir juntos.

—Eso mismo me explicaron.

—Y quizá sea su verdad. Tras el rumor de tu padre sobre su muerte, no le quedó otra que ocultar su vida. No puede «volver de entre los muertos».

—¿Por qué no? Lo hizo por mí.

Llamaron a la puerta. Hannah asomó la cabeza.

—Perdone, mi lord, hay alguien que desea verle.

—¿A mí? Nadie sabe que estoy aquí.

—Dice que es su hermana, mi lord.

—¿Emma? Hágala pasar. —Miró a Grace—. ¿Quieres conocerla?

Grace tragó saliva. Llevaba deseando conocer a Emma desde que conocía a Brayden. Asintió, sin voz.

—Debí presentaros hace mucho —murmuró él.

—No me presentes como tu hermana, te lo ruego. Solo le haría daño.

Él ladeó la cabeza.

—Como prefieras.

Emma entró, se lanzó a los brazos de Brayden.

—¡Jem! Estaba muy preocupada.

—Lo siento. Debí enviarte una nota.

Emma miró entonces a Grace y ahogó un pequeño grito.

—Perdón, no me di cuenta de que tenías visita. ¿Eres la señorita Lander?

—No, Grace Winslow.

—¡La casamentera! —Se volvió hacia Brayden—. ¿Eso hacías? ¿Buscar una esposa?

—No, ya la encontré —respondió con una sonrisa franca.

Emma abrió mucho los ojos.

—¿Te refieres a… la señorita Winslow?

—No —contestaron a la vez.

—¿Cómo supiste que estaba aquí, Emma?

—Papá llegó hace un rato. Le repetí lo preocupada que estaba, y me dijo que estabas ayudando a la señorita Lander aquí al lado.

—¿Papá te lo dijo?

—Sí.

Grace miró a la joven con una ternura que le llenó el pecho. Nunca tuvo una hermana con quien compartir confidencias o compras.

—¿La señorita Winslow te ha emparejado con alguien? —preguntó Emma, vivaracha.

Brayden cruzó una mirada con Grace.

—No estoy del todo seguro.

—Puede que le haya ayudado un poco —repuso Grace—. Pero no hacía falta gran cosa. Desde hace diez años sabe a quién buscar.

—Bueno, ¿y quién es? —insistió Emma—. Quiero conocerla.

—No le importará, supongo. Pero ha estado muy enferma, por lo que solo podrá ser una presentación breve. —Brayden se disponía a sacar a Emma del estudio.

—No te aconsejo presentarlas todavía —intervino Grace en voz baja, acercándose—. Ella tiene algunas ideas equivocadas que debes

corregir. Cuando lo hagas, será magnífico que conozca a tu hermana.

—¿Qué ideas?

—Algo sobre que Lady Russell está enamorada de ti —respondió, con una media sonrisa.

Una risa femenina llegó desde la puerta.

—¿Y cómo ha llegado a esa ocurrencia?

Grace se volvió hacia Lady Russell.

—No estoy segura. Pero alguno de ustedes tendrá que aclarárselo.

—Hablaré con ella —anunció James. Luego miró a Lady Russell, a Emma, parpadeó y volvió a Grace.

—Disculpe —preguntó Emma a Lady Russell—. Sé que es descortés, pero… ¿nos conocemos?

James gimió por dentro ante la pregunta. Estaba harto de las mentiras y de los secretos de su familia. Le había prometido a su madre no revelar a Emma que seguía viva, pero, al ver desfilar tantas emociones por el rostro de aquella mujer, dejó de importarle.

—Emma, esta es…

—Lady Russell —lo interrumpió su madre con severidad—. Soy vecina de la señorita Lander.

—Ah —Emma frunció el ceño—. Entonces debo de estar equivocada. Soy Emma, la hermana de lord Brayden.

—Lo sé —susurró Lady Russell, y al instante se llevó la mano a la boca.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Emma, brusca.

—Soy amiga de lord Brayden desde hace muchos años —murmuró su madre, desviando la mirada.

Emma la observó sin parpadear.

—Jem, ¿te has fijado alguna vez en lo mucho que se parece al retrato de nuestra madre? El que cuelga en el estudio de padre. Es increíble.

James sostuvo la mirada de su madre. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Díselo —le apremió—. Haz, o lo haré yo.

—Quizá deba marcharme —dijo Grace en voz baja—. No pertenezco a esta escena.

—¿De veras? —replicó James—. Me parece que perteneces tanto como yo. Es más, quizá deberíamos llamar a Jodie para que venga también.

—¡James! —exclamó su madre—. No me hagas esto… ni a ella.

—Estoy cansado de las mentiras. Díselo.

—Emma, siéntate en el sofá y hablemos con calma —pidió Lady Russell con suavidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó Emma, mirando de uno a otro.

Su madre cerró los ojos.

—Díselo tú, James —susurró—. No creo poder hacerlo. Aún recuerdo tu cara cuando supiste la verdad… y cómo reaccionaste.

James se acercó al sofá y tomó la mano de su hermana.

—Siéntate, Emma. —Respiró hondo—. Lady Russell se parece al retrato de mamá porque es nuestra madre.

Emma palideció. Por un momento pareció que iba a desvanecerse.

—No… —negó con la cabeza—. Mamá está muerta. Murió cuando yo tenía dos años.

—No morí, Emma —respondió Lady Russell en voz baja—. Tu padre dijo eso porque yo lo dejé. Quiso que todos creyeran que había fallecido.

—No —repitió Emma, ahora más alto. Luego miró a James—. ¿Cuándo lo supiste?

James cerró los ojos contra el recuerdo.

—Hace diez años.

—¿Y no me lo dijiste?

—Tenías diez. ¿Cómo explicar algo así a una niña? Cuando empecé a verla, me pidió que no te lo contara.

—No puedo creerlo —murmuró Emma. Alzó la vista hacia Grace —. ¿Y por qué pensé que la señorita Winslow tenía algo que ver?

Lady Russell se sentó al otro lado de Emma.

—Tu padre tuvo varias aventuras con viudas, además de sus amantes. Cuando supe que había engendrado otra hija con una de ellas, me enfurecí. Entonces lo abandoné.

Emma miró a James, desconcertada.

—Grace es esa hija —confirmó él.

Emma clavó los ojos en Grace.

—¿Eres mi media hermana?

—Sí —asintió Grace.

—¿Y Jodie? ¿Otra media hermana?

—No —respondió Lady Russell despacio—. Es tu hermana. Y no, James no lo supo hasta hace unos días. Nadie lo sabía, mucho menos tu padre.

Emma se llevó una mano a la frente.

—No entiendo nada.

—James y Grace —pidió su madre—, dejarnos hablar de todo esto. Y que alguien traiga a Jodie. Tienes razón, James. Se acabó el tiempo de los secretos.



James subió las escaleras para hablar con Helen mientras Grace llevaba a Jodie con su madre. Un alivio hondo lo atravesó ahora que Emma conocía la verdad; esperaba que comprendiera mejor a su madre que él cuando la descubrió. Solo le quedaba contárselo todo a Helen.

Entró y la encontró incorporada en la cama. Tenía las mejillas sonrosadas, pero, por primera vez en días, no era por la fiebre.

—¿Cómo estás? —preguntó, sentándose en la silla junto al lecho.

—Bien —respondió ella, con la vista clavada en la colcha azul.

—¿Has comido?

—Sí.

—¿Qué te pasa, Helen? No eres mujer de monosílabos.

—Está bien. —Apartó la mirada de la colcha y la llevó a la chimenea—. Quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí estos días.

—Entonces, ¿por qué miras a cualquier sitio menos a mí?

—Brayden, por favor… Ya es bastante difícil sin tus comentarios.

Cruzó los brazos. Había algo más que esa idea absurda de que Lady Russell estuviera enamorada de él.

—Muy bien, continúa.

Helen cerró los ojos.

—Llevas aquí demasiado tiempo. La gente empezará a hablar. Creo que sería mejor que volvieras a tu casa esta tarde.

—¿De veras? ¿Quieres que me vaya y no regrese?

—Sí.

¿Cómo había sido tan necio? Nunca se disculpó por su arrebato a propósito de Jodie.

—¿Es por aquello? —preguntó—. Puedo explicarlo.

—No hace falta. Imagino lo difícil que debió de ser descubrir que tenías una hija. Si hubiera sabido que era tuya, te lo habría dicho.

—¿Incluso si milady Russell te hubiera pedido que callaras? ¿Incluso si lo hubieras perdido todo al revelar la verdad?

Necesitaba oír su respuesta, aunque ya no cambiara nada.

—Sí. Si uno de los progenitores puede cuidar de su hijo, lo mejor para el niño es estar con esa persona.

James ladeó la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Si es así, ¿por qué no pediste a milady Russell que criara a su hija?

Helen puso los ojos en blanco.

—Eso es completamente distinto.

—¿En qué?

—Milady Russell no podía criar a una niña en un burdel. Lo mejor para Jodie era que se criara aquí.

—¿Alguna vez le preguntaste por el padre?

—No —admitió por fin, mirándolo—. Supuse que sería un hombre que pagó por sus servicios y del que quizá ni sabría el nombre.

—Ah —sonrió James—. Tiene sentido. Así que, ahora que has decidido que yo soy su padre, crees que debo arreglar su traslado a mi casa.

Helen intentó contenerse, pero una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Sí. Supongo que es lo correcto.

—Entiendo. —Se puso en pie y dio un paso hacia la cama—. ¿Y si te dijera que no soy el padre de Jodie?

—Los dos sabemos que lo eres. Por eso te enfadaste tanto conmigo: pensaste que te lo había ocultado.

—Es cierto que me enfadé, pero porque lo supuse. Por su edad y su aspecto. Conocí a milady Russell la misma noche en que tú y yo nos acostamos en la iglesia, y no volví a verla hasta un año después. Di por hecho que Jodie debía de ser nuestra hija.

—Pero no es así —exclamó Helen—. Te acostaste con milady Russell y debió de ser dos meses antes de que nos conociéramos. Jodie nació siete meses después de nuestra primera vez.

—Sí, tu primera vez. —Se inclinó sobre ella, a solo unos centímetros de su rostro—. Y la mía también.

El aliento de Helen se volvió más breve mientras él se cernía sobre ella.

—Mientes.

—No es cierto. Fuiste la primera mujer con la que estuve. La única con la que quise estar aquella noche.

—Entonces, ¿cómo…?

La detuvo con un beso leve. Dios, cuánto había echado de menos su boca.

—Jodie es mi hermana.

Capítulo 29

—¿Jodie es qué? —preguntó Helen, sin aliento por el beso.

—Es mi hermana.

Helen lo miró con el ceño fruncido mientras él se sentaba en el borde de la cama. Por un instante pensó que el golpe lo habría trastornado: si Jodie era su hermana, o bien su padre se había acostado con Lady Russell o…

—Oh, Dios mío —murmuró, clavándolo con la mirada.

Por primera vez advirtió cuánto le recordaba su sonrisa a la de Lady Russell. Él le había contado que conoció a su madre "fallecida" aquella noche, hacía diez años. Y Ancroft había mencionado que fueron a casa de Lady Russell.

—¿Cómo…? ¿De verdad es tu madre?

James se acercó a la puerta y la cerró para que aquello no trascendiera.

—Sí.

Helen no supo qué responder. De pronto, tantas cosas en él encajaban: su falta de respeto hacia ciertas mujeres, la desconfianza, su reacción en la iglesia aquella noche. El corazón se le enterneció por él.

—¿Cómo lo descubriste? Me dijiste que supiste que seguía viva aquella noche, hace diez años.

Brayden regresó a la cama, se sentó y le tomó la mano.

—Steven y lord Kesgrave me llevaron a jugar a los dados por mi décimo octavo cumpleaños. Luego pensaron que debían iniciarme en los "placeres de la carne" y me llevaron a la casa de al lado. Cuando Lady Russell entró en la habitación, solo pudimos mirarnos.

Helen no podía imaginar cuánto le dolería descubrir que su madre, a la que creía muerta, era la propietaria de un burdel. Apretó su mano; una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Oh, James… Siento tanto que lo supieras de ese modo.

—Como imaginarás, me quedé en shock. Robé una botella de brandy y acabé en St. George's, donde te arrebaté la inocencia.

—¿Pero cómo? —susurró—. ¿Cómo pudo abrir un burdel?

Él le contó cómo su madre había abandonado a los niños y la reacción de su padre. Pero aún faltaba una pieza.

—Sigo sin entenderlo. ¿Cómo pudo costeárselo? Necesitaba dinero, y me dijiste que tu padre no le dio nada.

James hizo una mueca.

—Por increíble que parezca, antes de que fuese dueña del burdel, el propietario original la encontró en la calle, intentando prostituirse. Según mi madre, jamás habría ganado un penique así. Aquella mujer, la señora Lee, la acogió, vio enseguida lo lista que era, le enseñó el negocio y, cuatro años después, se lo vendió.

—Igual que tu madre me acogió a mí —susurró Helen.

—Sí.

Con un gesto doliente, Helen rozó su mejilla. Oír por fin la verdad en su voz la hizo quererlo más. Pero tenía que dejar de hacerlo. Nada cambiaba lo que había oído en el pasillo esa mañana.

Retiró la mano con lentitud.

—Gracias por decirme la verdad, James. Nunca contaré a nadie que es tu madre.

—¿Qué te preocupa, Helen?

—Nada —respondió con la voz hecha un hilo.

—Entonces, ¿por qué parece que vas a llorar? —Le acarició la mejilla.

Ella apoyó la frente en la calidez de su palma.

—No voy a llorar.

Al menos, no hasta que él saliera de la habitación.

—Mírame, Helen.

Parpadeó y alzó la vista a sus ojos avellana. No podría apartarse aunque quisiera.

—Te quiero —susurró él—. Cuando te dispararon, pensé que nunca podría decirte cuánto has cambiado mi vida. Para mejor.

—Por favor, no… —No soportaba oírlo, sabiendo que, quizá, no podrían estar juntos.

—¿No qué? ¿No decirte cuánto te amo? ¿No confesarte que casi muero al verte debatirte entre la vida y la muerte sin poder ayudarte?

—¡Basta! —Se apartó y dejó caer la cabeza sobre la almohada —. Deja de torturarme. No puedo ser tu amante.

—No quiero una amante, Helen. Quiero una esposa.

—Pero tú no me quieres a mí.

Él le sostuvo la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Eres la única mujer con la que he querido casarme.

—Le dijiste a Lady Russell que no te casarías conmigo. Te oí esta mañana, justo fuera de mi habitación.

Él rió quedo.

—Debes dejar de escuchar a escondidas. Sueles entenderlo todo al revés.

—¿De qué hablas?

—Mi madre estuvo hablando con mi padre sobre quién sería, según ellos, una esposa adecuada y respetable para mí. Coincidieron en que la señorita Coddington limpiaría mi reputación. Esta mañana le dije que jamás me casaría con esa muchacha.

—Oh… —susurró, avergonzada por haberlos escuchado.

—Mi madre sabe que te amo. Grace lo sabe. Y te garantizo que tus amigas también. Puede que me mostrara algo… obstinado cuando me pidieron que saliera de la habitación un par de veces.

—¿Tú, obstinado? —sonrió—. No me lo imagino.

Él echó la cabeza atrás y rió.

—¿Así que todos sabían que me querías, menos yo?

Helen soltó una risita.

—¿Sabes cuánto te quiero?

—Me salvaste la vida disparando a un duque. No revelaste mi nombre cuando te azotaban. —Le dedicó una sonrisa ladeada que aceleró el corazón de Helen—. Creo que me hago una idea.

—Mañana es tu cumpleaños y, dos días después, Navidad.

—Así es —asintió, sin entender por qué lo mencionaba.

—No te he comprado nada para ninguna de las dos ocasiones —susurró.

Él le sonrió.

—Verte despierta y en pie es el mejor regalo. Y, si quieres darme algo, dame tu "sí" para ser mi esposa.

—Está bien —dijo, con una sonrisa empañada de lágrimas—. Me casaré contigo, James.

Se mordió el labio, pensativa.

—Conozco esa mirada —bromeó él.

—¿Qué hacemos con los huérfanos? No puedo abandonarlos.

—¿Por qué habrías de hacerlo? La mayoría de mujeres de la alta sociedad hacen caridad. Esta será la tuya. Puedes contratar a alguien que ayude a Hannah con los niños. —Hizo una pausa, entrelazando sus dedos con los de Helen—. Y… ¿crees que podríamos pedir que Jodie viviera con nosotros?

—¿Qué diría tu madre?

—Creo que, mientras pueda visitarnos, le agradará la idea.

—Sería un honor para mí que nos visitara. Aunque quizá corran rumores.

—No me importa. Que digan que es nuestra hija, mi hija… me da igual. Lo único importante es que estemos juntos y que mi hermana esté con su familia.

El pecho de Helen se desbordó de emoción, aunque todavía le quedaban dudas.

—¿Y tu empeño en recuperar tu respetabilidad? Casarte conmigo no te ayudará. Si alguien descubre mi pasado, tú quedarás arruinado.

—Un hombre sabio me dijo que la respetabilidad está sobrevalorada. Y que me casaría por amor.

—¿Quién dijo eso?

—Steven.

—Un hombre muy sabio.

James notó el vaivén de emociones en su rostro y comprendió que ella seguía intranquila. En verdad, tras el encuentro con Lady Farleigh, él también tenía sus reservas.

—¿Te inquieta que se sepa? ¿O lo que pueda pasar con tu posición?

Helen soltó una risa suave.

—¿Qué posición? Mi única preocupación eres tú. Tú querías recuperar tu crédito.

—Hay algo que podríamos hacer. Te advierto que es precipitado… y quizá una locura.

—¿Cuál es tu idea?

—Dejamos que arda el escándalo. Filtramos el rumor de que, en realidad, eres Emily Jones antes de casarnos. Al fin y al cabo, no puedo casarme con "Helen Lander". No sería un matrimonio legal.

Sus ojos azules se agrandaron.

—Eso sí que sería escandaloso.

—Si lo hablamos con nuestros amigos, nos apoyarán.

La idea le gustó, pero dudó al recordar ciertas palabras de él, hacía unas semanas.

—¿Y si deciden que sus esposas no deben tratarme por mi pasado?

James jamás debió sembrarle ese temor. A la mayoría de los hombres les importaría poco… mientras ella fuese su esposa. Y nada impediría a esas damas visitarla. Ellas sabían por experiencia que los escándalos duran lo que tarda en nacer el siguiente.

—Creo que tus amigas no harían caso a sus maridos en lo que a ti respecta.

—Todas son un poco testarudas —rió.

—¿Un poco? Después de ver cómo han intentado intimidarme estos días, empiezo a compadecer a sus maridos.

Helen rió también y, de inmediato, hizo una mueca por el tirón del hombro.

—¿De verdad crees que lo del escándalo podría funcionar?

—Seríamos el escándalo de la temporada. Al menos de la navideña. Para cuando llegue la grande, seremos noticia vieja y otro escándalo habrá ocupado nuestro lugar.

—Es una idea bastante malvada —admitió—. Y me gusta bastante… y tú también.

Él llevó su mano a los labios.

—Y yo te quiero bastante.

Epílogo

Día de Navidad, 1817

James observó cómo Hannah sacaba a todos los niños del salón para llevarlos a la cama. Él y Helen les dieron un beso de buenas noches antes de despedirlos. No recordaba haber disfrutado tanto de una Navidad. Por la mañana, Helen le había pedido con amabilidad que acompañara a Hannah y a los pequeños a la iglesia. Temiendo que ella insistiera en ir si él se negaba, aceptó. Para su sorpresa, el sermón de Navidad le resultó alentador. Regresó a la casa de Helen con el corazón más ligero.

Después de una suculenta cena de ganso, dejaron que los niños abrieran sus regalos. Además de los pequeños obsequios que Helen había comprado, James había llevado un juguete para cada uno.

Ahora, recostado en la gastada butaca del salón, sonreía. Sus amigos se habían reunido allí, pues Helen aún convalecía de sus heridas. Por fortuna, comía mejor y el color había vuelto a sus mejillas.

Lady Farleigh había sido arrestada y aguardaba juicio e inevitable condena por intento de asesinato, además de otros delitos. Los chismosos ya habían comenzado a hablar. Sin embargo, temiendo el desagrado de la duquesa de Noland, muchos preferían callar. Con un poco de ayuda de Jensen, estaba cuajando una versión distinta del rumor.

—Helen, todos quieren saber si es cierto que ayudaste a salvar al príncipe de un atentado —preguntó Margaret.

Helen se sonrojó y miró a James.

—Puede que ayudara, pero Brayden fue el verdadero héroe.

—Aun así, de pronto han dejado de cuchichear sobre tu infancia de ladrona —comentó Jennifer, alzando su copa hacia él.

—Dicen que, por tus acciones, te ennoblecerán. Tendremos que empezar a llamarte Lady Lander —añadió Lady Sheraton, divertida.

—Justo a tiempo para la boda —dijo James, mirando a Helen.

Habían decidido casarse en Nochevieja. Aquel iba a ser el día de la boda de Emma, pero su hermana había comprendido que no podía casarse con Braxton. Necesitaba tiempo para asimilar la verdad sobre su madre.

La casa se llenó de risas, y durante unos instantes pareció que el pasado quedaba tan lejos como la nieve tras los cristales. Helen apoyó la cabeza en el hombro de James, y él tomó su mano con ternura. Por primera vez en muchos años, no sintió el peso de la culpa ni el eco de la guerra, sino una paz sencilla, cálida, como la luz del fuego que danzaba en el hogar.

Afuera, la noche caía sobre el valle, cubriéndolo todo con un manto blanco. Dentro, en el corazón de la vieja casa, el futuro empezaba a tomar forma.